TIERRA CONTRAFUTURO

LUIS CARLOS BARRAGÁN CASTRO

minotauro

TIERRA CONTRAFUTURO

LUIS CARLOS BARRAGÁN CASTRO

minotauro

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2021
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-958-42-9616-0
ISBN 10: 958-42-9615-9

Primera edición (Colombia): septiembre de 2021
Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Conoce más en: https://www.planetadelibros.com.co/

Para Rodrigo Bastidas y Diego Cepeda

¿Quién habla en nombre de la Tierra?

Carl Sagan

Índice

Parte 1

"…estoy dispuesto a dedicarle mi existencia y mi fortuna. ¿No es acaso el más noble de los ideales hacer que todos los hombres (y mujeres) puedan comprenderse algún día?".

Leo Africanus, de Amin Maalouf

"O, por el contrario, agonizaría, riéndose como un tonto mientras caminaba hacia la muerte, en el mortífero lugar donde la gente ríe, hace gestos y se retuerce mientras muere".

Norstrilia, de Cordwainer Smith

María del Carmen Saavedra

Doña María del Carmen estaba lavando la ropa cuando vio el objeto volador atravesando la atmósfera. Era una masa incandescente con una forma abstracta que se deshacía como un puñado de arena en un estanque, como una antigua pelota de fútbol de fuego, rota, dando tumbos por el cielo y dejando un dramático chorro de humo blanco. Se dio la bendición: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Qué es eso tan horrible, Virgen Santa?". El choque supersónico se escuchó un rato después. BUUMMM. Los vecinos gritaron. Las alarmas de los carros se activaron. Las guacamayas del patio enloquecieron, aleteando violentamente contra los lados de la jaula en la que vivían. Doña María entró a la casa, todavía cubriéndose los oídos y notando que las ventanas vibraban; su hermana estaba hablando por teléfono con un dedo en la oreja que tenía libre. El televisor estaba encendido, pero ella no le ponía atención, estaba concentrada en lo que le decían al teléfono. Doña María le subió el volumen al televisor, estaban pasando las primeras imágenes satelitales. Un colombiano que trabajaba en la NASA estaba diciendo por videollamada que el objeto que estaba ingresando en la atmósfera venía de la constelación de Bootes, posiblemente de Arcturus, la estrella más brillante, e iba a caer en algún lugar de la selva del Vaupés. Doña Clemencia, su hermana, seguía concentrada en el teléfono, así que Doña María se lo quitó de las manos.

—¿No ve que va a caer un meteorito en la selva?

—Agarraron a su hijo robando —dijo Clemencia preocupada.

—¿Qué?

—Así como lo oye. Yo se lo dije, mija, usted malcrió a ese muchachito. Nunca lo puso a hacer oficio, siempre a darle el almuerzo en el cuarto y a consentirlo.

Doña María no entendía cómo ambas cosas podían estar

sucediendo al mismo tiempo, pero en ese momento su instinto maternal estableció las prioridades: ni una nave espacial ni una aparición refulgente de la mismísima Virgen la distraería. Al principio no podía creerlo, era como si las palabras todavía no tuvieran significado y estuvieran revoloteando en la antesala de su cerebro.

—¿Cómo así? ¿A quién robó?

Julián era un chico gordo, alto, muchísimo más alto que la mamá y que la tía Clemencia. Había agarrado el vicio del cigarrillo a los doce, y su infatigable sed casi hizo quebrar el negocio de refrescos, cervezas y postres que habían abierto en el garaje de la casa. Todo iba perfecto hasta que Doña María del Carmen se enteró de que Julián había comenzado a salir con unos muchachos que decían demasiadas groserías, y con ellos empezó a agarrar maña y calle, tomando cerveza y fumando marihuana en vez de ir a la escuela. Esa fue la primera vez que alguien le rompió el corazón, porque a nadie, ni siquiera al papá de Julián, se lo había entregado. Doña María había encerrado a Julián, le había mostrado lo herida que estaba, pero Julián solo miraba de lado, como diciendo: “Me importa un bledo”.

—¿Es que acaso nosotros le enseñamos esas mañas? No quiero que ande más con esos muchachos. Y si prefiere irse a vagabundear con ellos, yo a usted ya no le doy nada. Pero ¡nada!

Apenas se graduó del bachillerato lo obligó a meterse a estudiar algo, y como era bueno en matemáticas entró a Economía en la Universidad de Antioquia. Además, para no pagar arriendo, se fue a vivir a Medellín con su tío Armando, el hermano de María del Carmen y Clemencia.

Clemencia miró el televisor, el cual mostraba una figura fulgurante atravesando el cielo a toda velocidad. Luego miró de nuevo a su hermana María del Carmen, todavía furiosa.

—Armando lo grabó. Activó una cámara en el cuarto y, mientras se bañaba, Julián entró y le robó plata de la mesa de noche. Lo tiene en video. Va a venir acá a Florencia, dice que viene en la moto.

María del Carmen ya no pudo poner atención a las noticias, aunque aún en la tarde vociferaban sobe el estruendo supersónico que rompió los vidrios de todas las casas en la trayectoria. Se registró que en los hospitales de San José del Guaviare, Calamar,

Puerto Palermo y Miraflores, todas las mujeres embarazadas abortaron en las horas siguientes. Lo reportaron en Mocoa y los videos que le tomaron desde Sibundoy aparecieron en la emisión de la noche. Doña María se sentía mareada, como si le hubieran dado con un sartén en la cara o como si fuera a darle un ataque al corazón. Las imágenes de una explosión que parecía una bomba atómica no la hicieron ni parpadear. La explosión se llevó varias hectáreas de selva e iluminó el cielo de los alrededores de Mitú con un destello rojo. Una bola de fuego inmensa se extendió en una onda de choque que sacudió toda la selva, chispeando blanco en el núcleo del impacto. Los helicópteros no tardaron en sobrevolar la zona, y en todo el planeta no se habló de otra cosa. La luz blanca y púrpura de un fenómeno psíquico expandiéndose por las hectáreas de la selva apenas le hicieron ponerse las manos en la boca y luego se dio cuenta de una relación poética: su hijo le había clavado un puñal en el corazón, así como esa maldita cosa se había clavado en el corazón del Vaupés. Nunca en esa familia se había escuchado de alguien que fuera ladrón. ¡Nunca!

Todo el día estuvo pasmada, con el labio temblando. Los vecinos que fueron a la tienda a comprar cervezas entraron asustados por lo que había pasado en Mitú: “Lo más probable es que el pueblo entero haya desaparecido”. Cincuenta mil personas con sus tierras habían sido borrados del mapa en un instante.

—Señora María, ¿cómo me le va?

—Bien, don Gerardo, ¿qué va a llevar? —respondió con la mirada distante mientras se comía la uña del dedo índice.

Puso las cosas que no eran en la bolsa que no era: el chorizo de uno se lo dio a otro, le dio pan viejo a alguien porque no se dio cuenta de que estaba en el lado incorrecto del estante y, por no estar mirando, se le cayó una cerveza. Le tocó agacharse a recoger todo, con ese dolor de espalda que a veces le daba.

Así como lo anunció, el tío Armando viajó en su moto desde Medellín hasta Florencia, tardó un día entero en llegar y apareció doblando la esquina a la mañana siguiente después de conducir toda la noche. Hacía un calor terrible y lo recibieron con una limonada. Armando estaba lavado en sudor. Dijo que estaban moviendo a todas las fuerzas del Ejército Nacional por aire y tierra para hacer un perímetro cerca de la explosión; en la carretera había visto muchos camiones llenos de bachilleres,

baterías antiaéreas que iban a transportar hasta el río Vaupés y aviones que volaban hacia el epicentro para dejar caer miles de paracaidistas. No había carretera entre el centro del país y la capital del Vaupés. Era una región olvidada y aislada, apenas aprovisionada con un avión semanal con productos importados, y donde la conexión a internet era tan mala que eso de ver películas por *streaming* todavía no se conocía. Armando llegó muy emocionado por lo que estaba pasando en el oriente del país. Sus hermanas no habían prendido el televisor, eso solo lo hacían al medio día y a las ocho de la noche para ver *La Rosa de Guadalupe* y los noticieros. Así que no se habían enterado. Fue él quien les contó la noticia más emocionante de la historia humana.

No era un meteorito, sino una nave espacial: una estructura oval, un enorme huevo irregular de un material oscuro con motores de una tecnología desconocida. Era una verdadera maravilla que estuviera casi completo, enterrado en el limo espeso de la selva en la mitad de un cráter completamente circular. Un derrame de cierto tipo de radiación, que los satélites no podían especificar, hacía resplandecer el lugar; aquella luz, aventurarían algunos medios amarillistas, iluminó las pesadillas telepáticamente ordenadas que todos soñaron la primera noche, una sensación de felicidad maniática y enfermiza. En la televisión: un montón de entrevistas a las personas que lo habían visto, gente que había perdido a sus seres queridos en Mitú, las abuelitas que se quedaron allá, los grandes amigos de parrandas que vieron un último destello antes de convertirse en ceniza. El presidente dio un discurso sobre la biodiversidad del Vaupés, de la valoración de los daños y los planes de los organismos de protección del medio ambiente; juró que iba a destinar muchos recursos para mitigar la crisis. Sobre la presión extranjera, dijo que no pediría ayuda a menos que fuera necesario.

Durante el almuerzo solo hablaron de la nave y sus ocupantes, de las posibilidades de que vinieran en son de paz o en son de guerra; María del Carmen casi había olvidado que su hijo era un ladrón. Cuando se acabó el almuerzo, Clemencia se fue a atender el local, Armando sacó su celular y le mostró a doña María el video de su hijo violando el séptimo mandamiento: un plano de la habitación, Armando cubierto con una toalla organiza la cámara, y luego se va al baño. Como ahí no pasaba nada, adelantó un poco el video: Julián entra a la habitación, busca algo en la mesa

de noche, guarda unos billetes en su bolsillo y sale. Armando detuvo el video.

María del Carmen tenía las manos sobre su boca. No podía creerlo. Sentía que el mundo le daba vueltas, comenzó a respirar aceleradamente. Aunque Julián le había robado a Armando, la ofensa era contra ella. Esto era un ultraje cometido directamente a todo lo que ella le había dado: el tiempo, la dedicación, los desayunos, los permisos para que fuera a jugar, a irse de fiesta, y las veces que le permitió no ir a la escuela.

—Cálmese. Tome aire.

Armando guardó su celular y continuó:

—Y parece que ha estado robándole a Ling Ling también, pero eso no hemos podido comprobarlo.

Ling Ling era la esposa de Armando. Una mujer delicada como una porcelana que hablaba muy poco español, pero ellos se entendían en chino. A ella se le habían desaparecido cien mil pesos, dos relojes de oro y un pocillo.

—No le hemos dicho nada a Julián, queremos hablar esto todos juntos como una familia. Él no sabe que nosotros sabemos.

Armando pudo ver cómo su hermana sufría una transformación, su cara estaba petrificada. Doña María sentía que el mundo estaba diciéndole: “Mira, observa cómo nada de esto es para ti. Estar en casa, lavando platos y restregando ropa. Eso es todo a lo que puedes aspirar”. Cuando Julián se fue a estudiar a la universidad, María comenzó a tener sueños intensos sobre cierto tipo de éxito: Julián se gradúa con honores. Julián compra un carro. Julián se lleva a la mamá a la capital. Pero ahora que había visto el video, era como si Julián mismo le estuviera enseñando una lección: “Aprende tu sitio en esta tienda de esquina, aprende la lección de tu lejanía, de tu aislamiento, porque acá te vas a quedar. Esta es tu distancia, tu pobreza y tu impotencia”.

Armando se quedó mirándola en silencio. María trató de hablar entrecortada y dolorosamente:

—Ese ya no es mi hijo. Para mí ya está muerto.

Samuel Rojas

Sami almorzaba sin ver el televisor del restaurante. No quería volver a su oficina, se sentía minúsculo, incapaz de defenderse de su jefe. Cuchareaba distraído. Un helicóptero en la pantalla lo sacó de su ensimismamiento y su odio. La aeronave del noticiero sobrevolaba un cráter enorme con un artefacto negro y curvo en el centro. El humo y un brillo cambiante impedían ver los detalles.

Sami era un tipo albino, blanco, tan blanco que hasta su vello púbico era blanco. Estudiaba en la misma universidad que yo, y lo veía de vez en cuando con sus ojos rosados llenos de locura. Nos saludamos dos o tres veces antes de que ennoviara con mi mejor amiga: Mafalda, la chica alta de Derecho que siempre se vestía con faldas largas o vestidos de flores amarillas. Intentaban ser vegetarianos, pero todos sabían que Sami se escapaba para comer chorizos grasientos con arepa de los venezolanos para luego decirle mentiras a Mafalda. Todos mentían, ahora lo sé: todos los que se dejaban la barba y hablaban del calentamiento global querían ser empleados, comprar cosas en empaques plásticos y conseguir un apartamento en lo que antes había sido una reserva natural. Todos añoraban vivir en comunas hippies haciendo canastas de mimbre, pero no se arriesgarían y terminarían haciendo un préstamo para estudiar en el exterior. Los sueños se limitaban a estudiar una maestría y a esperar que nadie se enterara de las cosas ilegales que hacíamos para sobrevivir. Era cuestión de esperar. Como Sami, que además de ser el asistente de un profesor que lo trataba mal, tenía un negocio en internet de venta de conejos en vía de extinción, los cuales criaba en su apartamento alquilado y enviaba por correo. Lo más divertido de Sami, y eso que no lo conocí íntimamente, al menos no en ese momento, es que siempre que hablaba hacía unos soniditos como de ratoncito, especialmente en sus discursos más revolucionarios: “Shk shk shk, la opinión pública no es la

opinión pública, shk shk shk, la democracia no es democracia, shk shk shk, porque sin una población educada no es más que un abuso de la estadística”. Además: “Seguimos siendo una colonia española, shk shk shk”. Si se ponía filosófico: “Las personas no son personas”, “toda forma de arte es completamente falsa, shk shk”, “Kant es el único que completa el modelo del uni-verso de Copérnico” y “el liberalismo postmoderno no es más que libre comercio con publicidad anticapitalista falsa, shk shk shk”. Sami tuvo que aprender una de las lecciones más duras de la vida cuando lo echaron de la casa en Tunja, hace años, y tuvo que llegar a Bogotá sin un peso, pero nunca habló de eso, solo decía que lo mejor era intentar reírse de todo, porque al final la vida solo era un juego cruel sin propósito ni ganadores ni perdedores. En su tiempo libre tocaba la guitarra cantando cosas que no tenían sentido y riéndose de sí mismo. Era cierto: Sami era un perdedor. Nadie daba un peso por él, nadie quería ser como él. Era un perdedor albino y de ojos rosados, lo único envidiable era su novia.

Y luego estaban los rumores más emocionantes, rumores derivados de su participación en las asambleas estudiantiles, de sus diatribas políticas pseudoproféticas mezcladas con el “shk shk shk”. Eran solo chismes, información incomprobable: decían que era un capucho que pertenecía al frente anarquista y que tiraba piedras durante las manifestaciones, lo cierto es que cuando se tomaba la palabra siempre le daban un aplauso al terminar. Tenía labia, eso sí.

Mafalda, la novia de Sami, era mi única amiga. Desde pequeña era irónica y le interesaba criticarlo todo, y ahora que estaba grande, quería lanzarse a la política. Pero en los últimos días dejamos de hablar de política, las conversaciones eran solo sobre Sami y su nuevo plan: volverse un mochilero punk y largarse a buscar los extraterrestres del Vaupés. Mafalda lo había tomado muy mal. El día en que se estrelló la nave, Sami llegó a casa totalmente frustrado con su trabajo, con su carrera y con su vida:

—¿Sabes qué? Me voy, no me aguanto esta puta ciudad —dijo después de abrir la puerta de un golpe. En su dramática entrada pisó un conejito sin querer y se quedó mirando el reguero de sangre bajo su zapato de puntera—. ¡Qué mierda! Hasta los

conejitos están sufriendo.

Mafalda lo miró con los ojos entornados, pero supuso que era uno de sus tantos malos días.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, lo digo en serio. Una semana para organizar todo, vender los conejos y me voy.

—Sami, pero sacamos este apartamento hace tres meses. Entonces, ¿a la mierda nuestros planes?

Intentando recoger lo que quedaba del conejito, Sami se agachó y se quedó callado. Ella siguió hablando:

—Esto debería ser una decisión de los dos, ¿no? Eso es lo que hacen las parejas.

Pero Sami no la escuchaba. Había sido una semana horrible, una semana de mierda en la que a Mafalda le había ido bien, muy bien: estaba haciendo una alianza con el partido Ambientalista, su tutor de tesis doctoral la amaba, había publicado un artículo en un *journal* de Ciencia Política, políticos famosos estaban felicitándola y había tenido un almuerzo con miembros del partido para presentar propuestas de consejería. Todos los días ella llegaba sonriendo. Todos los días Sami le respondía con una sonrisa falsa que le quemaba desde los labios hasta el estómago de envidia.

—Nena, eso está muy bien, que alegría. Eres una dura. Yo sé que vas a ser tremenda.

Pero Sami se reprochaba en voz alta cada vez que estaba solo: “Ella es mejor que tú, Sami. Eres un idiota. ¿Cuántas cosas has logrado en tu vida, menos quince?”.

Una vez, Mafalda entró al baño mientras él hablaba solo:

—Soy tan perdedor, soy tan inútil. ¿Cuándo voy a hacer algo?

Sami estaba quitándose el champú de los ojos, cuando los abrió la vio ahí, cepillándose los dientes. No dijo nada, ni él ni ella. Ignoraron el tema por varias semanas, hasta que una vez, después de haber tomado aguardiente, Sami le dijo:

—¿Por qué siempre llegas con buenas noticias, y yo, con malas? Soy una caricatura. Solo me falta resbalarme con una cáscara de banano.

Mafalda intentó tranquilizarlo:

—Solo tienes que definir qué es lo que quieres y luego hacerlo. Solo tienes que, ya sabes, ser optimista.

Sami se quedó mirándola de una forma que, en ciertas ocasiones, o bajo cierto tipo de iluminación, habría parecido odio. Ella sabía lo que Sami creía sobre el pensamiento positivo: le parecía ridículo.

—Dile eso a la gente de Siria que perdió a su familia, a ver si un día reaparecen sonriendo. ¡Tan boba!

Sami explotó cuando Mafalda le respondió:

—Nadie es responsable de si nace pobre o rico, pero todos son responsables de si mueren pobres o ricos.

—¡Eso es lo más clasista e irresponsable que has dicho! —gritó mientras sus ojos rosados vibraban sin control.

—¡Lo que pasa es que no quieres cambiar!

—Solo una idiota diría algo así. Deberías saber que hay gente más privilegiada que otra, como tú, pero ni siquiera reconoces eso. ¡Y eso que te gusta Camilo Torres!

Por eso comencé a admirarlo. Por eso empezó a gustarme. A mí me tocó ser una mujer gorda que espiaba vidas ajenas, me tocó ser una mujer resentida por no tener una mejor educación ni un mejor cuerpo. Ni siquiera podía vestirme como quería, solo como me tocaba. Mi privilegio no daba para contar mi propia vida, sino la de los demás.

Cuando Sami se arrodilló para tocar el cadáver caliente del conejito, Mafalda le preguntó:

—Entonces, ¿a la mierda todos nuestros planes? ¿Y la maestría? ¿Vas a dejarla así?

Sami acarició las vísceras del conejo, se untó la mano de sangre, jugó con ella como si no entendiera la muerte y respondió:

—Sí, a la mierda todos nuestros planes, a la mierda mi trabajo y a la mierda la maestría. Ni siquiera entiendo por qué estás con un perdedor como yo.

Y Sami se fue. Se convirtió en lo que quería ser: un mochilero punk. Cuesta coraje tomar una decisión así, o no tener nada que perder. Los papás de Sami no le hablaban hace años, sus amigos se habían reducido y ahora sus compañeros eran los del trabajo, todos buscando una carta de recomendación de un profesor para

una universidad mejor. En ese mundo nadie conoce a nadie, nadie es amigo de nadie. Le tenía miedo a la gente *cool*, le tenía miedo a las personas que se sentían cómodas con sus cuerpos y sus vidas. Sami estaba transformándose. Lo vi en una fiesta de la gente de Ingeniería, bailando música que no era para bailar, quitándose la camiseta, drogándose con todo lo que encontraba, autodestruyéndose y buscando peleas con cualquier tipo que se encontrara. De lo único que hablaba era de dormir en las calles y de amanecer bajo un puente, como si eso fuera lo mejor a lo que uno pudiera aspirar. Quería destruir los medios de producción, quemar las tiendas *chic* de ropa cara, orinarse en las hamburguesas de cadena, reírse de las horribles serenatas de cumpleaños, de los centros comerciales con descuentos por el día de la madre, de los músicos que contrataban en el bingo de las iglesias. Todo eso. Todo. Esa noche hablamos en la fiesta: entré al baño y lo encontré llorando frente al espejo.

—Hola, Tamara. ¿Qué onda? —dijo mientras se limpiaba la cara con la manga de su saco.

—Me llamo Talula, no Tamara.

—Perdón, Talula, ¿cómo estás? —Apenas me miró, seguía concentrado analizando su rostro, sus ojos rojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras?

—Nada, parce, problemas en la casa.

—Okeeey. —Giré los ojos como diciendo: "Lo que tú digas, Sami".

—La verdad es que quiero destruir todo. Todo este sistema. Quiero cambiar todo. Quiero quemar todo. Quiero matar a todas las personas en esta fiesta.

Nos quedamos en silencio, notó mi cara de terror.

—Tranquila, no voy a hacerte nada —remató sonriendo, como si hubiera estado bromeando, y salió del baño—. Nos vemos por ahí.

Después de años de analizarlo, puedo concluir que Sami debía canalizar su energía y su frustación para no convertirse en un asesino serial, por eso se puso el objetivo de irse en una semana: vendió los conejitos a mitad de precio, buscó compañero de viaje, pero no encontró a nadie, porque la magia de ser un vagabundo

del dharma dejó de brillar y el jipismo se había convertido en tener un MacBook, ser vegano e ir a Starbucks.

Mafalda lo vio con preocupación durante esa semana, estaba sucio y sin afeitar; revisaba mapas obsesivamente, planeando qué rutas tomar para encontrar a los alienígenas. Mafalda lo miraba con tristeza. La convivencia no fue fácil. Mafalda quería hablarle y decirle que lo que iba a hacer era, primero, ridículo; segundo, irresponsable, y tercero, totalmente desconsiderado. Mafalda me contó que mientras comían, ella no dejaba de pensar en cómo decírselo, cómo abrir la boca y decirle que su actitud la estaba afectando. Sami jamás habló del tema, solo de su viaje, de lo que iba a ver. No llevó muchas cosas: apenas una mochila pequeña, una carpa, un sleeping y su guitarra. Con la plata de los conejos se compró un pasaje a Villavicencio.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —le dijo Mafalda una noche.

Mafalda se debatía entre recriminarle su irresponsabilidad y el slogan que la motivaba: *No dejes que nada te detenga de hacer realidad tus sueños*. Sabía que Sami iba a cumplir su sueño, por ridículo que fuera. Después de todo, ese mismo slogan era lo que la movía a ser representante, ministra y, tal vez, presidenta. *Que nada te detenga*. Ese NADA significaba pasar por encima de la gente, herir personas, matar, robar, partir corazones, destruir familias, dejar a niños sin padres y permitir el enriquecimiento ilícito de gobernadores pusilánimes. Mafalda prefirió quedarse callada. Sami irradiaba euforia cuando hablaba de los lugares que quería ver, y era difícil no contagiarse de esa alegría.

—Mira, Mafe, voy a conocer el raudal de Jirjirimo.

Al final de la semana Mafalda ya había hecho las paces con él.

Durante la cena del sábado, antes de su partida, Mafe se quedó mirándolo un rato. Era un hombre hecho y derecho, pero durante los últimos meses, y especialmente en la última semana, se había convertido en un adolescente.

—Sami, ¿cuánto tiempo vas a estar en eso? ¿Cuánto crees?

—No tengo la más mínima idea. No sé. Podría irme a vivir a la selva por años.

—Entonces creo que lo más sensato es que terminemos, ¿no? No es justo contigo ni conmigo que tengamos esta exclusividad

sexual y emocional si no vamos a estar juntos. Terminemos.

Sami la miró, torciendo un poco la boca, sabiendo que estaba caminando sobre cáscaras de huevo. Sami la amaba, la quería y le gustaba, pero ella tenía la razón.

—Mañana.

Mafalda no entendió la respuesta.

—Mañana terminamos. Nuestra relación dura hasta mañana en la mañana. Tú tienes todo el derecho a salir con quien quieras y yo tengo que seguir mi camino. Y luego veremos si nos volvemos a encontrar.

Mafalda pensó que tal vez la próxima vez se encontrarían en una morgue. Luego tragó saliva y como vio que a Sami parecía no importarle, ella tampoco demostró interés en el asunto. Como que "bien por ti, Sami, perro hijueputa, cómete a todos los que quieras".

Al día siguiente le preparó un desayuno rápido de huevos y café, y bajó a la recepción del edificio a acompañarlo a las cinco de la mañana. Le dio un último beso de despedida. Tal vez Sami no era capaz de sentir empatía, no podía siquiera entender por qué Mafalda estaba sufriendo ni veía que la estaba abandonando, solo podía ver su futuro: las caminatas, los paisajes, la diversión, las aventuras. Se podía decir que no sabía amar, no entendía el cariño, no le gustaba que lo acariciaran a menos de que fuera duro y sin titubear, y no sabía qué hacer cuando alguien lloraba frente a él. Psicólogos afirmaron, tras analizar sus posturas, su forma de hablar, sus continuas obsesiones y la intensidad de sus conversaciones, que debía tener cierto grado de Asperger y que carecía de las herramientas básicas de la empatía: con seguridad estaba en el espectro autista.

Unas semanas después, Mafalda se daría cuenta, hablando conmigo, de que lo que más le gustaba de Sami era que fuera un perdedor: por contraste, sus logros se acentuaban. Mafalda sentía que era mejor que Sami y lo necesitaba para que fuera notorio, pero después de que se marchara nos vimos en un bar de lesbianas que a mí me gustaba, y la escuché decir cosas como: "Lo que no sirve que no estorbe", "siempre quise una verga más grande" o "no dependo de ningún hombre, de hecho, al final toda la plata la ponía yo y ya estaba cansada de los conejitos esos, olían inmundo". No nos emborrachamos, pero vimos un show de

striptease como si fuera una puesta de sol.

Un día, Mafalda llegó llorando a mi apartamento.

—¿Qué pasó?

—Sami me dejó metida con el apartamento, nena. Me había jurado que iba a pagar su parte, pero se largó. ¡Todos los hombres son unos hijueputas!

* * *

Cuando Sami se bajó del bus, en Villavicencio, se llenó de miedo. No tenía a dónde ir, ni sabía qué hacer exactamente. No tenía dinero para un hotel, ni siquiera le alcanzaba para esos refugios pulgosos de ocho mil pesos la noche. Caminó sin rumbo, sin hablar con nadie, ocultándose del sol, porque a los albinos eso les pega duro y casi no pueden ver. Iba con su guitarra y gafas oscuras, esperaba tocar en un parque o restaurante a cambio de monedas. Los ñeritos de Villavicencio lo tenían fichado y si no es porque se detiene frente a una calle sórdida y da un giro de ciento ochenta grados, ahí habría acabado esta historia.

—Buenos días, qué bonito es saludar y ser saludado. Hoy les voy a tocar una de Aterciopelados, espero que les guste: Me gusta tu boca nanananana, quiero darte un beso nanananana…

Nadie le puso atención, como si fuera una persona de vidrio.

—Gracias por los aplausos mentales. —No produjo ni media sonrisa.

Lo intentó de nuevo en una plaza, pero corrió con la misma suerte. Un compañero de parque que vendía marihuana le habló del Vaupés.

—Uy, parcero, usté no sabe cómo están las cosas acá con eso de los aliens.

—¿Cómo es la vuelta? —“Cómo es la vuelta” no era algo que él hubiera dicho, pero quería pasar desapercibido.

—Esto está tetiado de militares. Están trayendo un montón de aviones nuevos y tanques y no sé qué más jodas.

—Y si yo quiero ir, ¿cómo hago?

—Le toca irse a San José del Guaviare y agarrar una lancha. Creo.

Por los siguientes meses Sami se perdió en la selva. Algunos

reportaron haberlo visto comiendo ñame y bañándose en los recodos del río Ariari, en la inmensidad del llano, con su tierna piel blanca llena de picaduras y enrojecida por las quemaduras tropicales. Otros mencionaron a una persona con su descripción que tocaba la guitarra en una canoa para turistas gringos que iban al etnohotel Econare Carayurú. Alguien lo vio durmiendo en una hamaca en San José, fue reportado vendiendo dulces y haciendo manillas en Puerto Otero, buscando trabajo de ruso en la Florida, tocando música cristiana en una iglesia de bodega en Calamar, y los rumores dicen que se hizo amigo de un operador de lancha con quien remontó todo el río Vaupés hasta el minúsculo caserío de Yacayaca y allá lo dejó a su suerte. A Mafalda le contaron que le robaron todo antes de llegar a Mitú, que le dio una fiebre toda rara, quizás malaria. No se sabe con certeza qué pasó, antes de que su cara blancuzca apareciera en todos los diarios del planeta Tierra.

Independencia

NO NECESITO A NADIE PARA SER FELIZ, MENOS A UN HOMBRE. Ese fue el primer tuit de Mafalda. Quizás para convencerse de eso, se concentró en el trabajo: obtuvo su oficina en la sede del partido y se dedicó a investigar. Ser perfeccionista y quisquillosa con su trabajo era su forma de desquitarse con todo, así fue desde que la conocí. Se fue de compras y apareció en mi casa con una pinta nueva para celebrar su ascenso.

Al día siguiente, en el Uber que tomó para ir al trabajo, escuchó en la radio que el presidente de Colombia había declarado que la nave había caído en territorio colombiano, y que, como había dicho en comunicados anteriores, no comprometería la soberanía del territorio ante la presión extranjera.

El conductor subió el volumen y chasqueó como diciendo: “La va a cagar”.

—No va a dejar que vengan los gringos, ¿sí oyó? Trump está bravísimo.

—No alcancé a ver las noticias esta mañana. ¿Qué pasó? —preguntó Mafalda.

—Está mañana Trump tuiteó que Colombia no estaba ni medianamente preparada para atender una emergencia de ese tamaño. Si se comprobaba que era una nave espacial, y era lo más probable, ese territorio ya no pertenecía a Colombia sino a toda la humanidad.

—O sea, a los gringos —respondió Mafalda fastidiada.

—No, los franceses y los chinos también creen que el presidente está tomando una decisión estúpida. Esto compromete a todo el mundo. ¿Qué cree que va a pasar si no acepta?

—Va a aceptar, Colombia nunca ha estado en contra de Estados Unidos, en una semana, máximo, eso va a desarmarse.

Todo el mundo estaba comentando y compartiendo memes de

aliens verdes esnifando cocaína, bailando reggaetón y explotando la selva.

En ese momento, Mafalda recibió un mensaje de voz de Sami diciendo que estaba sano y salvo en Mitú y que iba a hacer lo posible por irse del planeta Tierra. La llamada la había hecho desde un teléfono público porque su celular se había caído en un char-co. El final del mensaje era un delirio tropical:

"La oscuridad ya no es la oscuridad. La selva no es la selva. Las matas se han apropiado de mi cuerpo y yo ya no soy yo. Mi alma se quedó enredada en esas raíces, en esas ramas. Y yo soy una masa de carne y nervios, de sueños imperfectos buscando al Operador. Soy una persona de vidrio buscando al Operador. Buscando la apertura en la selva, la gran vagina de la selva".

Mafalda, aun con el celular sobre su oreja, pensó que Sami había enloquecido, que había experimentado eso que llevaba buscando hace años: vivir en la calle, a la intemperie, bajo los puentes, en la selva. Él siempre dijo que debíamos, al menos una vez en la vida, vivir como nuestros antepasados: apenas con lo que podíamos hacer con las manos. Cuando Sami era chiquito, me contó Mafalda, iba al seminario todos los sábados en Tunja, y un cura le habló sobre las órdenes de monjes observantes, quienes se aislaban en el desierto o en las montañas, privándose de cosas básicas como el contacto humano. En esa soledad, en ese frío, con el hambre y con la sed, encontraban la cara del universo o de Dios. San Simeón se había subido a un pilar y había estado ahí por años hasta que murió, y otros se habían metido en una pared o buscaban una cueva, como san Antonio. Pero cualquiera tiene alucinaciones después de cuarenta días en el desierto, eso no tiene nada de milagroso, pensaba Mafalda. El dolor y la sangre eran la foma de purificarse en el catolicismo, la forma de volverse "digno de que entres en mi casa". Sami quería sufrir, porque sufrir le daba placer. Se veía a sí mismo como un monje, un monje que sufría el hambre y limpiaba sus heridas con agua encharcada. En la selva se sentía más gozoso que santa Margarita María Alacoque, monja y enfermera del convento de la Visitación, quien en sus arranques místicos lamía el vómito de una enferma y masticaba el excremento de sus pacientes. Si uno le daba cuerda, Sami podía hablar por horas sobre monjes y monjas sadomasoquistas, y por la presión en sus dientes y sus sonidos de

ratón, se notaba que se emocionaba vislumbrando imágenes religiosas, aunque no creyera en Dios; y en la miseria y la humillación podía imaginar a Santa Catalina de Siena chupando pus de senos infectados o a Santa Inés de Roma excitada por la espada de su verdugo. Ese cura violó a Sami en Tunja, pero su forma de lidiar con eso fue decir que no fue una violación: ambos lo disfrutaron y lo recordaba como parte de la iniciación del dolor y la pureza del catolicismo. A veces contaba esa historia en momentos completamente inadecuados, solo para ver las caras de incomodidad de su público con cierta satisfacción. Sami buscaba una versión de esa espiritualidad anal, pero en las calles, arrastrando cartones, y tal vez llevado por la droga. Además, creía que los ñeros que dormían en sillas de parque estaban a punto de alcanzar la iluminación porque se habían desvinculado del sistema y eran libres. Posiblemente, en las dificultades de la selva, Sami encontraría algo único, una revelación.

—¿Con quién habla? —preguntó el conductor cuando la vio respondiendo con un mensaje de voz.

—Con mi ex —respondió ella, pero lo que de verdad quiso decir fue: “¡Qué le importa!”.

* * *

La selva cambió en las cercanías de la nave. El aire extraterrestre se fusionó con la vegetación de nuestro planeta. Sucedió rápido. Expertos exobiólogos consideraron alta la probabilidad de que una apertura en el casco de la nave hubiese dejado libres esporas, semillas, radiación o algo aún por ser nombrado, que podría esparcirse por la selva. Las órdenes del ejército fueron crear un perímetro de seguridad y poner esos kilómetros a la redonda en cuarentena. Si la nave tenía seres vivos, el peligro de contaminación era inminente. Una infección en la selva, devorando, infectando o sustituyendo la vegetación podría ser imparable y catastrófica; las medidas necesarias para contener la amenaza ambiental debían tomarse lo más rápido posible.

Sami, después de muchos viajes en lancha y de tocar canciones maricas sobre el amor hasta el cansancio para ganarse lo de una aguadepanela en caseríos del Guaviare, se encontró con la nueva frontera: una barrera líquida que nacía de la tierra y deformaba la imagen, crecía varios kilómetros hacia el cielo y se

curvaba formando un domo traslúcido. En las semanas siguientes a la caída de la nave en el corazón de la selva, la radiación se había derramado kilómetro a kilómetro, tragándose animales y plantas insaciablemente. Los expertos reportaron, en noticieros nacionales, que en un radio de cincuenta kilómetros la selva estaba cubierta por una energía inexplicable. A las dos semanas del impacto las noticias confirmaron lo que el gobierno trataba de ocultar: las personas que cruzaban la frontera multicolor no volvían, las comunicaciones no funcionaban y todavía no había nada claro sobre qué diablos era lo que se había estrellado.

Después del inexplicable mensaje de voz desde la selva, Mafalda llegó a la sede del partido pensando en lo que le había dicho el conductor. Durante la reunión de la mañana, sugirió que la opinión de los senadores del partido debía orientarse hacia las relaciones entre Colombia y Estados Unidos, y mientras hablaba se le ocurrieron otras ideas:

—¿Por qué no sugerir un espacio abierto? Hay que ser realistas, en Colombia no tenemos los medios para manejar una crisis de esa magnitud. Podríamos pensar en un ente internacional nuevo. No podemos arriesgarnos a entrar en una crisis internacional y tampoco podemos mostrar que somos débiles ni que ignoramos nuestras propias incapacidades.

A los dirigentes del partido les gustó la idea, así quedó en el acta y fue replicada esa misma tarde por un congresista del partido. Esa noche los noticieros hablaron sobre este proyecto y también salió a la luz que lo que entraba al perímetro protegido no volvía a salir. La comunidad internacional envió varios mensajes: “Colombia tiene soberanía sobre algo que no puede controlar. Cuando se salga de control ya no será solo problema de Colombia sino del mundo entero”. O: “¿Cuántos más tienen que desaparecer antes de que las personas indicadas puedan tomar una decisión?”. El presidente venezolano, por primera vez, apoyó a Colombia. Brasil y Puerto Rico dijeron que la selva en la que había caído era patrimonio de la humanidad. La NASA, Fermilab y CERN enviaron una carta para participar en las investigaciones. Pero pronto, las cosas empezaron a subir de tono, Trump, no paraba de tuitear: *Colombia should stop pretending it has everything under control, and let the grown-ups do their job.*

Los conservadores europeos y gringos sugirieron una

intervención militar. Sentían que era su derecho sagrado: intervenir, así como lo habían hecho con Panamá, Iraq, Vietnam, Afganistán y Corea.

Como respuesta, el gobierno colombiano respondió en un tuit: *No vamos a dejar de reconocer la soberanía de Colombia sobre el Vaupés, pero podemos crear una institución internacional que tenga cierto nivel de independencia.*

Mafalda dio un grito cuando vio las noticias. Algo que ella había sugerido en una sesión del partido había llegado a presidencia, el partido Ambientalista ganaría puntos por ello. Al día siguiente un senador la felicitó y le pidió un informe para presidencia con todos los detalles de lo que se le había ocurrido. Redactó, con un pequeño equipo de asistentes, un documento de tres páginas explicando lo que, sin violar la Constitución, sería una zona de despeje o una región autónoma, en la que un panel de científicos de todo el mundo tomaría las decisiones. La organización, así como la Estación Espacial Internacional o la Antártida, estaría supervisada por tratados internacionales, o la ONU, incluso. No se permitiría una intervención militar, a menos que la organización científica así lo aprobara, y eso solo en caso de peligro inminente, pero virtualmente seguiría siendo un territorio colombiano.

La frontera de luz

Las entrevistas que le hicieron unos años después a Sami (un Sami totalmente distinto) confirmaban que había robado una canoa hacia el río Vaupés y se había alejado, siguiendo solamente el resplandor fronterizo del círculo radioactivo. ¿Qué le había obligado a dejarlo todo para ir como un poseso a zona militarizada? Su voz en las grabaciones sonaba alegre, como un niño hipnotizado por la luz.

—No tenía nada en este planeta, no tenía una razón para quedarme. Sentía que la vida en cualquier parte del mundo habría sido igual, por eso quería irme. Además, la radiación era hermosa. Era lo más bello que había visto hasta entonces. La radiación sí era la radiación.

Atracó en la orilla del río, con la piel tostada, roja, la guitarra medio rota y la mochila mojada. Se quedó varias horas contemplando la luz de la frontera multicolor que lo separaba del epicentro del impacto. Estaba enamorado, ya había escuchado que los que miraban el resplandor comenzaban a sentirse inexplicablemente más contentos, como si operara en sus receptores de dopamina y serotonina: las pocas personas que por alguna razón lograban salir, no recordaban mucho y hacían lo posible por volver al lugar brillante, donde todo era más cálido, más simétrico, más bello.

Sami cruzó la líquida pared multicolor. Sintió algo frío en todo el cuerpo, una ola de algo que se metió por todos sus rinconcitos, en cada poro y en su mente. Adentro era un mundo nuevo y desconocido donde los sonidos no sonaban como antes y los olores no olían como antes. Exploró por horas el laberinto exuberante y enmarañado de troncos y ramas, descansaba de vez en cuando, notaba que los insectos de siempre estaban cambiando, como si se dividieran por mitosis. Estaba en el mundo del LSD, así lo describió en varias ocasiones, no solo él, sino casi todos los que estuvieron dentro y sobrevivieron.

Si nunca han hecho un viaje de LSD, no es fácil de entender: la única vez que lo probé fue con Mafalda, en La Vega, al occidente de Bogotá. Nos fuimos en bicicleta, bajando a toda marcha hacia el valle del Magdalena con el viento en la cara. Nos recibieron mis tías. El plan era almorzar allá y luego subir al monte del Butulú. Nos comimos el ácido antes de llegar a la cima: el cielo se llenó de colores, las huellas digitales se veían más grandes, la perspectiva había cambiado, las cosas normales cobraron un significado nuevo. Los helechos se movían, se transformaban, se mezclaban, crecían. Me quedé mirando helechos como si fueran a revelarme algo de la verdad del universo. La forma parecía ser un lenguaje secreto, algo primitivo que todos teníamos por dentro: las rayas del tigre y de la cebra, la columna vertebral y los helechos.

Sami, en el interior de la selva, sentía que todo se movía y los objetos sólidos se derretían. Todo estaba lleno de ojos, círculos negros que giraban y lo miraban fijamente. Era como si la naturaleza o el planeta entero estuvieran escrutándolo por primera vez, penetrando en su alma. Sería una forma de psicosis descrita en los manuales de psiquiatría: la sensación de ser observado y de no poder escapar. Sami estaba plagado de pensamientos felices e intensos, movimientos involuntarios, tics y carcajadas incontrolables que resonaban en la selva, distorsionadas y expansivas. Luego comenzó el pico del evento: euforia. Euforia pura y dura recorriendo su cuerpo. Cualquier cosa que lo tocara le producía intensas oleadas de placer, creciendo en ramificaciones orgásmicas bajo la piel. Estuvo acariciando sus tetillas mientras caminaba, incapaz de darle atención al hecho de que estaba completamente perdido, que caminaba en círculos hacia su destrucción. La dopamina liberada le hacía sentir que esta era la cima de su vida, que esto era lo más hermoso que le había pasado, que era completamente feliz y podía morir allí mismo. Sus inseguridades desaparecieron. Los árboles que lo miraban sonriendo le hicieron pensar que el mundo era mucho más amable. Su individualidad se estaba disolviendo, ahora era claro que nada separaba a un árbol de un humano, y que todo el planeta era un solo organismo multicelular. Ya no tenía miedo de nada. Le habría gustado hablar con alguien, explicarle lo que pensaba, le habría gustado llamar a Mafalda y decirle que la amaba, que amaba a toda la

humanidad, estaba descubriendo quién era, por fin entendía la portada de *The Dark Side of the Moon* y a los Beatles y las ceremonias chamánicas. Solo tenía una duda: ¿Acaso los alienígenas eran unos hippies que iban de sistema solar en sistema solar regando amor y flores?

Después de un día caminando hacia lo que parecía ser el centro, habiendo tenido miles de pensamientos escurridizos, encontró un pequeño poblado indígena con construcciones de concreto, cerca de uno de los afluentes del río Vaupés: los animales domésticos se revolcaban por el suelo por los constantes e incontrolables embates de euforia, las puertas de las casas permanecían abiertas, las neveras se habían descongelado y la ropa que debía colgar en las cuerdas estaba por el piso, llena de tierra.

Unos meses antes de la caída de la nave espacial había salido un artículo muy triste sobre los indígenas del Vaupés: sufrían una epidemia de suicidios. Sami lo había leído y lo recordó durante su viaje, por eso se sorprendió al ver un niño en el interior de una casa, mirándolo fijamente con una gran sonrisa. Todos en ese pueblito estaban simplemente quietos, por eso parecía un pueblo fantasma. Familias enteras yacían sonriendo, felices, intentando contener las carcajadas, viendo con inquietud cómo la felicidad llenaba cada espacio, se comía las habitaciones, los corredores de sus casas, abrazaba los árboles como una avalancha de placer erótico, filial, religioso.

El artículo decía que para los indígenas de la zona era difícil ver a un blanco: si no iban para buscar los lugares donde se había grabado *El Abrazo de la Serpiente* para hacerse *selfies*, eran una razón para temer, porque los blancos los habían buscado por el negocio del caucho, los habían metido en la guerra; las guerrillas, los paramilitares, los narcotraficantes o los evangelizadores habían llegado a joderles la vida y a decirles lo que estaba bien y lo que estaba mal. El choque de culturas entre los indígenas y los blancos había dejado horribles heridas sin cerrar. Desde que las FARC se tomó Mitú, el Estado había olvidado la región, solo les quedaba la epidemia que los estaba matando poco a poco. Cuando Sami estuvo viajando por los ríos escuchó sobre dos suicidios. Una enfermera de Las Palmas y otra de Yacayaca habían reportado que cada vez eran más comunes los casos.

Muchachos que se peinaban como Neymar, chicas que intentaban bailar choque en las fiestas de pueblo, negocios de Play Station donde los chicos probaban el alcohol por primera vez, todos se infectaban tarde o temprano y muchos terminaban colgándose: era la salida fácil a una vida sin propósito. Nadie sabe cómo comenzó. Antes de que cayera la nave espacial, cualquier cosa era motivo para matarse. Una chica indígena se colgó de un árbol porque se sentía gorda, una señora se envenenó cuando descubrió que el marido le ponía los cachos con un muchacho de otro caserío, un tipo que no se había podido casar después de los cuarenta metió la cabeza en un horno, un chico de nueve años que sacó malas notas en el colegio se dio un tiro con la pistola del papá que era policía. Lo irónico del caso es que cuando la nave cayó, mató a los que estaban cerca, a los valientes y a los cobardes, a todos: a los que no lo habían pensado, a los que lo intentaron y fallaron, a los que temían intentarlo. Sus casas volaron en pedazos, sus perritos fueron vaporizados y sus calles se derritieron y se convirtieron en vidrio. Los indígenas que quedaban en los alrededores radioactivos, así como los veía Sami, eran ahora felices. Sami intentó hablarles, pero no se movían, solo lo saludaban, sin dejar de sonreír y mostrar los dientes, algunos en el suelo retorciéndose y otros de rodillas atacados de la risa, víctimas dispersas de una alegre masacre.

Sami siguió caminando, dejó el caserío y se internó en la selva una vez más. Pasaron varias horas, se detuvo y se quedó dormido en el suelo después de examinar sus huellas digitales por horas. Lo despertaron unos ruidos nuevos, no eran de animal, eran de una persona; apenas pudo abrir los ojos y girar la cabeza, vio a una señora de unos cincuenta años mirándolo directamente. Era repolluda, con flacidez en los brazos y papada. Estaba embutida en ropa de verano: pantalones tres cuartos y cabello teñido de rojo con raíces. La piel tenía manchas solares, no se habían salvado las manos ni los hombros, su mirada penetrante y seria contrastaba con la sonrisa de Sami. Tenía un sombrerito de tierra caliente y una mochila de Hello Kitty, estaba sentada, quieta, examinándolo con cautela. La blancura de Sami lo hacía parecer una víctima de la radiación, al menos para doña María del Carmen, que nunca había visto a un albino. Se examinaron en silencio, Sami aún en el suelo, incapaz de pensar en si ella era una amenaza o no. Sami se siguió retorciendo, sintiendo placer,

eyaculando en sus propios pantalones, restregándose con las raíces y soltando carcajadas desvariadas de enfermo. Ella no le apartó la mirada, intensa y seca, como la de un doctor asqueado por tanta excentricidad. Sami tuvo la sensación de volver a dormirse, de que pasó mucho tiempo, y cuando abrió de nuevo los ojos ella seguía ahí, con su mirada penetrante, caminando en círculos alrededor suyo. Después ella se arrodilló, posó su mano izquierda sobre el pecho de Sami, y luego la derecha la puso en la boca de él, intentando meterle algo frío y viscoso en la sonrisa tensa, inmovilizándole la cabeza que no lograba resistirse a los raudales de placer.

—Está muriéndose de deshidratación. Tiene que comer.

Sami la miró con extrañeza, pero sin dejar de sonreír, sintiendo que la materia viscosa inundaba su boca. Logró tragar, y de inmediato sintió que los colores, el éxtasis y la llenura se desvanecían un poco. Pudo entender que lo que ella le ofrecía era un gel translúcido, y lo sacaba a manotadas de una lata negra con marcas alienígenas.

—Es alimento para animales como nosotros. Con estómagos como los nuestros.

Pero lo que había allí no parecía comida. Hasta entonces Sami no se había dado cuenta de que llevaba más de dos días sin probar bocado ni tomar agua. Se sentaron bajo un árbol a comer más.

—Es albino, ¿cierto? Nunca había visto un albino.

—Sí, señora —dijo volviendo en sí, jadeando—. Gracias por la comida.

—Yo sé que no sabe bien, pero algo es algo. Si no come, el veneno le llega al cerebro más rápido.

—¿El veneno?

—El veneno del aire hace que la gente se sienta feliz. Luego se mueren de hambre, felices. Todos mueren felices.

—¿Y usted qué hace acá?

—Llevo en esta parte de la selva casi un mes.

Al principio, antes de entrar al campo de cuarentena, había estado muy asustada, con el corazón roto y mortalmente deprimida, pero luego se sintió mejor. Nunca se había sentido mejor.

—Si uno no come de esto, el veneno comienza a hacer efecto, acá en la cabeza, y uno comienza a sentir que todo está bien, que uno es feliz. Los problemas van olvidándose. Es como una droga —concluyó sonriendo.

—¿Qué hace acá? ¿Qué está buscando?

Ella sonrió, tomó su tiempo antes de responder, preguntándose si Sami era de confiar, en si había hecho bien en rescatarlo a él y no a los otros.

—Quiero irme de este planeta. No me lo aguanto más. No me aguanto a nadie.

—La gente que amamos no es la gente que amamos —dijo Sami aún sonriendo, notando por primera vez que estaba débil, su cuerpo estaba herido, sucio y cansado.

—¡Exactamente! Por fin alguien que me entiende.

Después de comer, con un acuerdo tácito, empezaron a caminar juntos. Llegar a la nave y evitar al Ejército Nacional sería difícil, se imaginó Sami, pero doña María del Carmen había estado allí lo suficiente como para reconocer los caminos secretos de las esponjas fungiformes que se habían formado bajo el limo de la selva. María se había vuelto muy observadora, seguía los pasos de animales grandes que parecían encausados por los senderos brillantes. Había nuevas especies, parásitos extraños que habían viajado con los extraterrestres por miles de años luz, con patrones evolutivos completamente distintos, pero ahora firmemente enganchados a las raíces de los árboles que comenzaban a marcar síntomas de una infección colorida.

Sami intentó hacerle preguntas, pero ella no quiso responder o respondía con evasivas. Como Sami no tenía carpa, la había perdido junto con su celular y su mochila, doña María le dejó quedarse en su cambuche, pero solo si se bañaba. Le hizo caso, sintiendo que estaba bajo su autoridad, se quitó la ropa frente a ella y, solo cuando estaba bajo el agua del río pensó en lo raro que había sido no tener pudor. Por su lado, doña María no le quitó los ojos de encima, examinando la delicada piel de Sami llena de quemaduras solares mientras seguía sorbiendo gel transparente de la lata alienígena.

Sami se acostó a su lado durante la noche, sintiéndose un poco incómodo, como si la presencia rechoncha de la señora fuera a quemarlo, e intentó todo lo posible por no tocar su piel suavecita

de tercera edad en tierra caliente.

Al día siguiente ambos estaban afectados por las erupciones de felicidad absoluta, y en un esfuerzo doña María se arrastró hacia la lata, se enjuagó la boca en gel, y le embutió a Sami una manotada. Doblaron la carpa, caminaron varias horas y llegaron a un claro donde estaban los valsorgs. Y lo digo así de simple, así como si no tuviera importancia, pero en realidad Sami fue uno de los primeros seres humanos en encontrarse con vida inteligente de otro planeta. Fue un momento histórico. En las entrevistas de los años siguientes contó que se sintió como Neil Armstrong cuando dio su primer paso sobre la Luna, pero quien en verdad merecía ese crédito era la señora María. No estábamos solos en el universo, había vida en otros mundos. Sami estaba extasiado, respirando entrecortadamente. Los valsorgs eran unos rectángulos tridimensionales, de unos dos metros de altura, de cuatro lados, negros, pero capaces de cambiar de color. La superficie era como un espejo oscuro, como una pantalla de celular. Los valsorgs flotaban, se movían lentamente y en completo silencio, zigzagueando. Nadie habría pensado que fueran seres vivos, habrían pasado por robots, por drones, por alguna especie de tecnología incomprensible. Sami se sentó a verlos, extasiado, sin palabras. Uno de ellos se acercó a él, a pesar de los efectos de la radiación y gracias al gel enlatado que había comido, pudo articular algunas preguntas que doña María respondió: respiran oxígeno, son capaces de sobrevivir en la humedad de la selva y la temperatura de la Tierra no les hace daño, al menos no visiblemente. Sami se paró e hizo algo que muchos habrían temido hacer: los tocó. Trató de rasguñar la superficie, pero el material del que estaban hechos no tenía fisura ni textura, eran lisos. No tenían aperturas. No era inmediatamente evidente que pudieran alimentarse, respirar, cagar u orinar; los sonidos que emitían venían de muy profundo. ¿Cómo flotaban? ¿De qué se alimentaban? ¿Cómo era posible que lucieran así? ¿De qué planeta venían? ¿Cómo había dado la evolución con semejante forma?

Doña María contó que cuando los vio por primera vez, no sabía si la percibían, solo flotaban a su lado sin hacer nada. Los observó por un rato, luego se les acercó e intentó tocarlos. Pasó un día entero tratando de comunicarse, pero los enigmáticos cubos ni siquiera parecían notarla. Cuando los oyó hablar entre

ellos dio con imitar los sonidos: fue la primera vez que la “vieron”. Uno podría pasar su vida al lado de un ser inteligente y nunca darse cuenta, así como las hormigas no nos notan a nosotros.

Doña María le pasó la lata a Sami para que no dejara de comer y habló con los cubos en su idioma:

—Arkrtr frtrtr ar artrtyor. Ik, Jejejeje. Krkri kri.

Sami se quedó mirando el espectáculo, parecían delfines.

—Se llaman a sí mismos algo como valsorgs.

—¿Cómo aprendió a hablar con ellos? —preguntó Sami impresionado.

—Tienen una tecnología de traducción.

—¿Puedo aprender también?

—¿Atritkr karmr po trakr to kreko? —preguntó a uno de los cubos flotantes.

—Sprrr truuj krir prrr prri rrr reri —respondió el cubo como si tuviera una caja de resonancia en su interior.

—¡Wow! eso fue intenso —dijo Sami.

—Prefieren tener un solo contacto por ahora. Qué lástima. Yo voy a ser la intérprete. Está preguntándome si usted es de confiar.

Doña María se había instalado con ellos, les sacaba información y la escribía en un cuaderno.

—Fue muy potente sentirlos en mi cabeza. Esculcándome la mente. Mijo, no tengo palabras para explicarle cómo se instalaron en mí y me leyeron toda con sus aparatos. Me torcieron en el aire para saber qué era, como si yo fuera un animal, si no grito me hubieran abierto y me hubieran desgajado para ver qué tenía por dentro. Y luego usaron su magia, tienen unas armas de comunicación total, he pasado días y días sentada con ellos, perfeccionando nuestra comunicación, calibrando el vocabulario. Ellos me dieron la lata con comida, me sacaron del embate de alegría. Me quieren viva y sobria, yo creo que me quieren de su lado.

—¿Cómo es posible que puedan comunicarse tan fácil?

—También he pensado en eso. Pues, me contaron que vienen de una mancomunidad de especies, sus formas de comunicación son tan variadas y tan complejas que llevan miles y miles de años

perfeccionando sus sistemas de traducción. Son capaces de entender hasta a las hormigas.

Ambos se quedaron en silencio, sentados, mientras Sami se acostumbraba a la presencia de los extraterrestres y luego de un rato quiso saber más de la señora María.

—Yo era una ama de casa. En el garaje tenía una tienda y antes era profesora, pero eso fue hace mucho —le dijo mientras sacaba su cuaderno de la mochila de Hello Kitty, sonriendo.

—Yo era un estudiante de maestría —respondió Sami—, pero dejé todo tirado.

—Yo también. Y con justa razón. Hasta hace poco, pensaba que Dios me había bendecido con un ángel. Ahora creo que Dios no existe. —Dejó esa frase en el aire y suspiró—. Si mi papá me escuchara, me volteaba el mascadero.

—Yo he pensado eso toda la vida: que no existe.

—No tienen ni idea de quién es Jesús de Nazaret —aseguró doña María señalando a los extraterrestres con la boca—. Yo tengo un plan. Antes no tenía nada, pero ahora lo tengo todo claro, mijo. Y si usted no tiene pa'donde ir, venga conmigo. Usted se ve como decente, como una persona de bien que se cansó de todo este circo, ¿cierto, mijo?

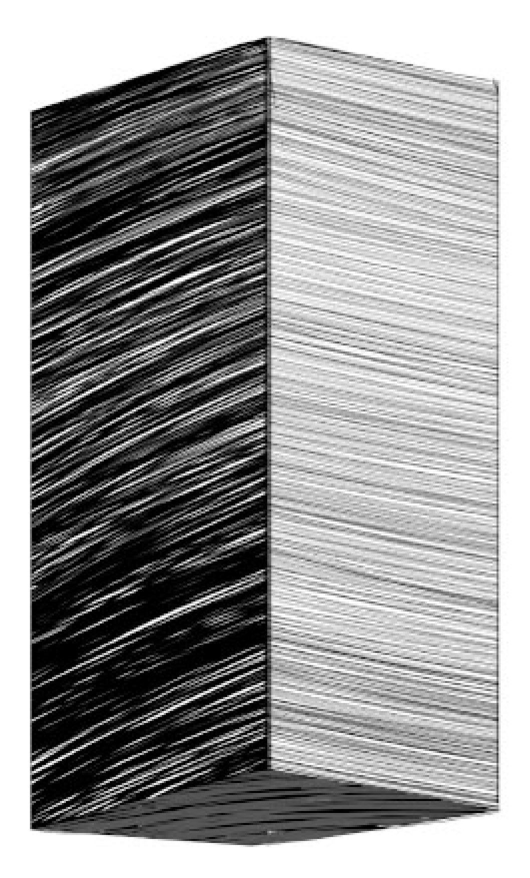
—Sí, señora, eso mismo.

Doña María abrió su cuaderno, espantó algunas moscas y le mostró a Sami unos dibujos hechos con lapicero azul: todo era abstracto, parecían delirios.

—Ellos me han contado todo. Cuando no hemos estado hablando de nuestro lenguaje, me explicaron de dónde vinieron, qué es la nave, cómo operarla, me han descrito todo minuciosamente. Llevo al menos dos semanas llenando este cuaderno con esos apuntes, repiten todo una y otra vez, dónde y cómo manejarla, incluso para personas tan involucionadas como nosotros. —Doña María recordó las noches de intimidad en que los valsorgs susurraron sus secretos, fue discípula de unos maestros inmortales, lo oculto se reveló por fuerza de la casualidad en una iniciación, y ella entendió y respetó ese conocimiento secreto.

—Me suena —dijo Sami a pesar de que parecía imposible—. Me encanta su plan, doña María.

—Y es estúpidamente fácil manejar esas naves —respondió sonriendo.



Valsorg
Planeta PRRRKPRRKEP

Se busca joven intrépido interesado en hacer un viaje interestelar

Los cubos los guiaron al lugar del impacto. En el camino, los árboles comenzaron a mostrar los rastros incuestionables del evento: tron-cos partidos cada vez más violentamente, quemaduras y ramas sin hojas. La tierra marchita, negra, mostraba retoños de nuevos arbustos que habían aprovechado la tierra arrasada para germinar, creciendo en los recodos de riachuelos nuevos. Unos kilómetros más adelante la totalidad de los árboles estaba aplanada, con todos los troncos doblados, peinados como si los hubiera lamido la lengua de un gato descomunal. Los cubos negros movían las ramas con la fuerza invisible de la telequinesis, mientras Sami y doña María tenían que trepar o arrastrarse para superar los obstáculos. El paisaje se parecía a las fotografías en blanco y negro que se tomaron del evento de Tunguska, cuando en 1908 un meteorito se estrelló en un bosque en Yeniseisk. Después de caminar unas horas, los árboles aplanados dieron espacio a un enorme claro circular, totalmente despejado, donde la selva se había evaporado, literalmente. En esa gran amplitud, los efectos iridiscentes de la radiación eran más brillantes. En la mitad del enorme círculo de tierra arrasada había un gran cráter lleno de agua, y justo en el centro la gran nave negra estrellada. Sami se había imaginado que el Gobierno habría tomado control de la situación, que habría un grupo del ejército bloqueando a las personas que intentaban llegar y que solo personal autorizado tendría acceso a la nave y a los restos radioactivos. Pero no, eso no fue lo que encontró. Lo que encontró fue una especie de villa naturista: todos desnudos, algunos jugaban con pelotas, pero la mayoría estaban acostados en el suelo, jadeando, flacos pero felices, sonriendo. Los habitantes de la pequeña villa eran científicos y soldados. Saludaron a Sami y a doña María. Los cubos se quedaron en los límites del bosque, y se devolvieron a su campamento en la selva.

—Hola, blanquito —le dijo un tipo con cabello largo que estaba poniéndose chaquiras en la barba, exhibiendo una sonrisa tan amplia que parecía sardónica—. Hola, señora.

Sami los saludó. Todos se veían alegres. Si por tres semanas se escuchó de la terrible tragedia de los más de trescientos soldados y científicos que se habían perdido tras la frontera multicolor, si se habían hecho entierros simbólicos y los noticieros seguían procesiones de soldados que lo habían dado todo por su patria, fue todo en vano. Esos pobres diablos no se imaginaban cómo tenían el corazón volcado de angustia sus madres y sus amigos. Se había establecido una comisión internacional por los muertos, por los que entraron y no volvieron, pero que estaban ahí vivos, al menos los de la última misión, sonrientes y en completa armonía con el universo. Ninguna imagen satelital salía en buena resolución, nada era claro, la naturaleza del suceso era irreconocible para el mundo. ¿Qué pasó con los otros cincuenta poblados en el área de la explosión? Más de tres mil familias habían sido borradas del mapa, los caseríos e indígenas, que representaban la “riqueza étnica” del país, se evaporaron. Los que sobrevivieron a la explosión estaban allí, en este gran cráter de diversión nudista, quietos, en el suelo, disfrutando las oleadas de placer, con cuerpos que ya estaban cansados de reírse, pero que igual seguían haciéndolo. El espacio negro carbonizado en el que crecían plantas mutantes se parecía a las playas a rebosar de gente que sonreía en California en los años sesenta, con los ojos rojos de tanta euforia y drogas, con las caras adoloridas de tanto sonreír.

Los exsoldados y excientificos los saludaban como si fueran viejos amigos, pero doña María no les respondía con la misma euforia: había comido mucho más gel que Sami y podía ver mejor, con menos alucinaciones, tenía resistencia a la enfermiza felicidad. Los invitaron a sentarse y a quitarse la ropa: Sami aceptó, doña María, no. “¿Por qué estoy quitándome la ropa?”, alcanzó a pensar, pero ya era muy tarde. Estaban reunidos alrededor del cráter, la nave en el centro podía verse con más detalle. Tenía forma de huevo negro con pequeñas formaciones orgánicas repetidas en cinco vértices, como una monstruosa fruta de carambolo cruzada por innumerables cicatrices.

Se sentaron con tres de los desconocidos nudistas: dos mujeres

y un hombre.

—Mucho gusto. María del Carmen.

—Mucho gusto. Samuel Rojas, pero pueden decirme Sami.

—¿Cuánto llevan acá?

—¡Ja! Ni idea —soltó Sami casi gritando. Todos ahogaron una carcajada.

—¡Eso no importa! —dijo una de las mujeres, mostrando que no se había lavado los dientes en semanas y sus encías estaban inflamadas y los dientes cubiertos de sarro—. Mucho gusto, Tatiana Ríos, la jefe del equipo cubano.

La otra mujer se llamaba Jacinta, era de la policía de Mitú. Contó que, al acercarse, comenzaron a notar que se sentían muy felices, que habían perdido el pudor, el dolor y la incomodidad. Los primeros días fue mucho más intenso, la felicidad era tal que se habían mantenido en el suelo, sintiendo las ráfagas de placer, un orgasmo inacabable que no los cansaba. Todos los que habían llegado habían sentido esa fuerza: plenos, alegres, amados y en éxtasis; aunque no habían comido en tres días, se sentían llenos. Cuando la policía y el ejército llegaron a cubrir el área, lo hicieron como un escuadrón de ataque: organizados, estrictos, profesionales. Pero tras la frontera, la comunicación con el exterior se había perdido y habían comenzado a tener visiones psicodélicas. Intentaron mantener el orden, pero fue imposible. Exobiólogos, botanistas, físicos y químicos, que llegaron usando trajes contra radiación, sucumbieron rápidamente. Las armas que los soldados sostenían no solo les parecían innecesarias, sino completamente repugnantes, así que las dejaron caer. La ropa les pesaba, se desnudaron. Perdieron interés en la misión: prefirieron jugar, tomarles fotos a los monos e intentar, sin éxito, comunicarse con los cubos negros.

—El interior de la nave, como verán —dijo Tatiana—, es muy extraño, no hay nada. Creemos que lo que produjo la radiación está bajo el agua. No sabemos qué es ni nos interesa —continuó entre carcajadas—. Ahora todos somos felices. Y la felicidad no tiene fin.

Tatiana era una mujer corpulenta y morena, balbuceó que tenía un Ph. D. en Química de la Sorbona y había trabajado con un equipo de latinos en SpaceX. En sus momentos de lucidez, cuando no se interrumpía a sí misma por carcajadas, logró decir

que no era radiación en el sentido estricto de la palabra. Su informe presentaba muchas preguntas y ninguna respuesta. Material de la nave: desconocido. Naturaleza de los prismas negros flotantes: indefinida. Síntomas: felicidad excesiva.

Cuando llegó la noche, si es que esa leve oscuridad podía llamarse así, Sami y doña María armaron su carpa y se durmieron, mientras los científicos se perdían en laberintos mentales de alegría: echados sobre las raíces, jugueteando con sus manos y sus ojos para hacer aparecer estrellas al picar un ojo o el otro, incapaces de dormir de verdad, sonriendo en silencio. Pensaban que eran muy afortunados de vivir en ese momento. No había que hacer nada. Era como si la historia humana hubiese acabado de un momento a otro. ¿Progreso? Los científicos habrían afirmado, si hubiesen sentido ganas de hablar, que por más acertadas que fueran las teorías que pudieran proponer, nunca sabrían nada. Los soldados que no estaban quietos en el suelo, hacían fogatas en medio de carcajadas porque ya no había nada más por hacer, todos los objetivos del desarrollo humano se habían alcanzado allí en esa playa íntima y paradisiaca.

En la mañana ninguno tenía hambre, Sami y doña María sintieron de nuevo las arremetidas de las ondas de placer, y les costó arrastrarse hacia la lata de gel, sonriendo, carcajeándose, sintiendo los tirones musculares de la satisfacción más profunda. Doña María comió de su gel enlatado y forzó a Sami a hacer lo mismo.

—Recuerde a qué vinimos. Ya es hora.

Sami y doña María caminaron hacia el cráter arrastrando una silla portátil de la dotación de los científicos, pasaron entre parejas que gemían de placer en el suelo, eyaculando bajo la potencia de la radiación, alucinando y retorciéndose de felicidad absoluta. Sus pasos chapotearon en la delgada capa de agua de lluvia que se había acumulado en el centro del cráter, caminaron hacia la nave, cien metros en el agua cristalina. Aunque había pedazos del armazón desperdigados aquí y allá, el núcleo estaba intacto y se alzaba imponente en el centro del cráter. La puerta estaba abierta, era una hendidura rectangular y allí empezaba una rampa ascendente hacia la oscuridad. La textura era fenomenal: repleta de pliegues simétricos, orgánica, pero al mismo tiempo revelando una matemática sutil, patrones de

Mandelbrot en tres dimensiones esculpidos en roca negra. Tocaron la nave, cruzaron la puerta y se dieron la vuelta para ver la Tierra por última vez, o eso creyeron. El interior estaba completamente vacío, era difícil creer que fuera una nave espacial. Tenía pasillos, pocos, y un par de salas. Las superficies parecían ser de piedra volcánica, accidentada y deformada por cambios geológicos antiguos, repleta de cicatrices de las férreas fuerzas con las que fueron esculpidas sus galerías y bóvedas. Estaba oscuro, la única fuente de luz era la entrada. Se fueron acariciando las paredes como dos ciegos, toqueteando en la oscuridad cada vez más profunda, les tomó mucho tiempo reconocer las dimensiones internas y cavernosas de la nave valsorg. Doña María interrumpió la alegre sorpresa de Sami y lo llevó frente a una pared con un pequeño tablero con líneas que acababa de descubrir, había allí círculos y otras figuras talladas. Pusieron la silla frente a esa pared y Sami repasó los símbolos con la mano en el sentido en que ella lo guiaba, la clave dada en su totalidad por los valsorgs a doña María: algo se encendió, de los pasillos llegó el eco de un cambio de presión. Sami sintió algo en la superficie lisa, años después lo describió como una electricidad viva: era la tímida vibración de una inteligencia artificial. La conexión fue inmediata: la nave escaneó sus cuerpos buscando estructuras pensantes que casaran con su galería de inmensas posibilidades de materia neuronal y cuando las encontró comenzó a transferir datos en ellas. La inteligencia estaba aprendiendo a leer la mente humana, era nueva y extraña para ella, una configuración exótica y emotiva. Nuevos procesos y protocolos se formaban: probaba palabras, números, gestos, nuevos patrones lingüísticos. Hurgó en el neocórtex, relampagueó el sistema límbico, reprodujo estructuras cristalinas en la amígdala y el cerebelo, reconoció las funciones del hipocampo. No era una máquina diseñada para entender la biología de cada ser vivo, pero sí un buscador de pensamientos y de lenguaje. Sami sintió dolor por un segundo, sus ojos brillaron verde vitriolo en la oscuridad y se quedó sin aire ante la visión que estaba teniendo. Una tecnología inmensamente compleja y antigua había aprendido a reconocer los patrones de la mente mamífera con mucha rapidez, formando modelos informáticos de cómo funcionaban las sinapsis, los pensamientos, las órdenes, el vocabulario, el miedo, las necesidades básicas. Sami acababa de

sentir esa especie de penetración mental con la boca abierta de sorpresa. Estar ante esa presencia era indescriptible, algunos habrían enloquecido al sentirla. Unos hologramas pálidos se desplegaron en el interior de la nave, mostrando cálculos en un lenguaje alienígena que danzaban en una flor de luz e iluminaban la superficie dramática de las paredes. La puerta se cerró y los motores se encendieron a su voluntad. Ya no tenía que luchar contra la felicidad parasitaria que a veces tomaba control de sus músculos y de su risa. Sami estaba sin aliento, con los ojos abiertos, entrando en un túnel psíquico de increíble belleza, como si acabara de hacer contacto con Dios en el inmenso espacio de su psicología virtual. Sami lloró ante la belleza del encuentro.

Una voz resonó en valsorg estándar: PARRRR SKRRRO ERPORRR TR RR.

Doña María guardaba un respetuoso silencio. Sami seguía sintiendo los tentáculos de luz en su mente. Tardaron unas horas en explorarse y conocerse íntimamente, Sami, doña María y la nave. Nadie necesitaba aprender a pilotear la nave, era convenientemente fácil, sospechosamente fácil: todo el proceso era intuitivo a través de la conexión mental. Sami y doña María estuvieron sentados sobre el suelo de piedra, como meditando, susurrando palabras clave, activando circuitos de significados en común con civilizaciones milenarias. Tú eres una nave. Tú eres un piloto. Hubo un ruido metálico y profundo, las personas alrededor del cráter quedaron calladas de golpe: todas las risas se detuvieron y pusieron los ojos en la nave. La tierra empezó a vibrar. Sami hizo un gesto con su mano: un inconsciente proceso para obtener una visualización externa, los hologramas cambiaron de tamaño, giraron y proyectaron una imagen del cráter y los nudistas en el exterior. Ya estaban sincronizados.

La nave empezó a elevarse sobre la selva, revelándose en su forma completa y monstruosa ante la mirada estupefacta de todos. El agua que goteaba de su fuselaje bañó a los militares y científicos risueños. Los cubos flotantes en los lindes del claro se veían igual de indiferentes, ahora sabemos que también, a su manera, sufrían los efectos de la venenosa felicidad. Doña María señaló un conjunto de símbolos holográficos:

—Ya sabe qué hacer —le dijo a Sami.

La nave dio un giro abrupto a un kilómetro sobre la superficie

de la selva, pero no se sintió en el interior. Sami escudriñó los comandos que los valsorgs habían señalado. Un hechizo. En el exterior de la nave, de una compuerta en la parte inferior se produjo una especie de tela, un papel aluminio colosal que se extendió rápidamente en el aire, arrojando una sombra dramática sobre el cráter, acompañado por un sonido insoportable, como el grito de un animal electrónico. La tela plateada se endureció convirtiéndose en un disco perfectamente circular, pulido y delgado sin ningún marco ni ningún grosor, creció horizontalmente y se quedó flotando estáticamente a un kilómetro del suelo, justo encima del cráter y su espejo de agua.

Mientras Sami movía las manitos blancas con movimientos de titiritero, enlazado a la computadora central, doña María buscaba fragmentos de código y la ubicación de una estrella específica.

—Los valsorgs me dijeron que sería parecido a la Tierra, podremos respirar —dijo ella señalando un punto de luz holográfico—. Los valsorgs son unos angelitos de Dios.

Sami sonrió, pensando que esa señora era realmente increíble. Era una sonrisa honesta, sobria, no como las que inundaban el territorio del impacto. Ambos, a su manera, estaban pensando en las razones que tenían para abandonar la Tierra: el amor no es el amor, todo es violencia, mi hijo está muerto, Colombia es un desastre, nadie me ama, no tengo razones para vivir aquí, el fracaso es el fracaso. Un mapa de rutas hiperespaciales en el interior del cráneo de Sami interrumpió sus pensamientos. A pesar del idioma, todo era extrañamente comprensible: era como si los sistemas solares estuvieran esparcidos en el complejo óseo del piloto y en las ramificaciones de sus venas. Un perro entrenado habría sido capaz de dirigir la nave.

Ante la mirada atónita y sonriente de los nudistas, sin el cubrimiento mundial de los medios de comunicación ante tal proeza histórica, la nave se elevó aún más para tomar impulso, a cierta altura se detuvo y el motor aceleró en sentido contrario, dirigiéndose como una bala hacia el inmenso disco plateado, se hundió en él, generó unos tres millones de lúmenes en una fracción de segundo y desapareció por los recovecos de lo que nosotros consideramos la tercera dimensión. Unos treinta nudistas que estaban demasiado cerca fueron lanzados por el aire debido a la onda de choque. Después de que la nave se sumergiera por

completo en el disco, el sonido profundo de sus motores dejó de oírse y todo quedó en silencio. El disco plateado quedó flotando sobre el cráter, y la única explicación que pudieron dar los testigos fue que la nave lo había atravesado, y que por lo tanto el disco era una puerta. Ahora todos la conocemos como: La Puerta del Vaupés.

Invitados

Mafalda se volvió insegura: los ojos siempre muy abiertos, tocándose la panza de puro nerviosismo, viéndome caminar de un lado a otro. Comenzamos a hablar más, me visitaba con más frecuencia, ahora que no tenía novio, retomamos nuestra amistad. Era muy raro verla, había pasado de ser una chica popular y exitosa, a estar pasmada. No movía la cabeza, se quedaba quieta casi todo el tiempo hablando de su pueblo.

—Si uno se queda en esos pueblos —dijo una vez—, uno se quema. Cualquier cerebro brillante se consume si no sale de esa pecera. Uno ve viejos esperando la pensión del ejército y personas intentando venderle helados a los mismos cuatro pelagatos que los compran. Esperan sentados en la pequeña plaza del parque mirando el reloj. Qué horror, no quiero volver nunca.

—Pero ahora tú trabajas en administración, ya saliste de esa pecera —le dije sirviéndole un vaso de jugo.

Me visitaba después del trabajo, era nuestra rutina: la recibía en mi estudio, en el centro, y ella siempre traía frutas para hacer el jugo. Nos sentábamos a ver el atardecer, a contar cómo nos había ido en el día, a hablar de todo esto de los aliens en la selva. Veía la transformación de Mafalda como si fuera una película, cada vez diciendo cosas más deformes.

—Esta mañana estaba escuchando la radio —comencé a hablar—. Dijeron que los indígenas del Vaupés han comenzado a intimar con los extraterrestres. No han hablado de sexo, pero sí de relaciones diplomáticas. O eso es lo que entendí. Parece que los gringos quieren meterse.

—Claro, como los aliens no llegaron a Estados Unidos, van a sentirse traicionados —respondió sirviendo más galletas—, con todas esas películas de aliens en Gringolandia... —Se detuvo mientras sonreía—. Tengo que contarte algo, Talu.

—Yo sí te notaba rara, cuéntame.

—Me ascendieron, voy a ser la asistente de la ministra de Relaciones.

—¡Felicitaciones! ¡Tenemos que celebrar!

—Es raro, yo siempre celebraba con Samuel. Creo que lo extraño.

Estuvimos toda la tarde riéndonos, celebrando, aunque de vez en cuando la nostalgia por Sami le borraba la sonrisa. Quise confesarle que él siempre me había gustado, desde el pregrado, pero nunca me notó: yo era muy fea y muy tímida. Soy muy fea y muy tímida. No como ella, alta y flaca y con la piel perfecta. Pero no dije nada sobre él, simplemente celebramos.

Mientras yo llevaba los pocillos al lavaplatos le llegó un mensaje al celular, revisó y gritó:

—¡Mierda!

—¿Qué pasó?

—¡Talula! Gorda, Samuel se fue del planeta.

La noticia decía que un joven albino y una mujer madura se habían metido en la nave y de alguna manera la habían activado. Mafalda no necesitaba más información para saber que ese era su Sami. La nota iba acompañada de la foto borrosa de la nave que algún científico tomó.

—Lo logró, el muy hijo de puta lo logró.

—Pero ¿cómo salió esa información? —pregunté, mientras ella leía un artículo recién publicado.

En los días que siguieron a la huida de Sami, la radiación amainó hasta ser casi imperceptible, y los excientificos y exsoldados que rodeaban el cráter descubrieron que habían perdido semanas de sus vidas jugando a ser felices. El hechizo se había roto. Se contaban más de cuarenta muertos por deshidratación e inanición, los que sobrevivieron habían estado tragando tierra, lo que había obstruido sus estómagos. Estaban llenos de infecciones, muchos perdieron dientes y todos estaban desnutridos. Antes de que se vieran con alguien del mundo exterior, mientras se ponían la ropa, llenos de vergüenza, añoraron ese sentimiento de llenura espiritual, querían volver a sentir ese grado de plenitud que no era sino una aceptación sumisa de la realidad existencialista: habían sido felices sin que la vida tuviera sentido por ello. Habían sido felices y punto. Era la

mejor experiencia que habían tenido en vida, y la guardaron como un secreto.

Cuando entraron en contacto con el mundo exterior, por fin describieron aquella huida, y compartieron una foto que tomaron con el último celular que les quedaba en funcionamiento. Sami se volvió un hombre famoso, su albinismo lo hizo recordable; la normalidad de doña María hizo imposible su descripción, nadie supo quién era, nadie supo su papel en aquel hecho histórico: era la primera vez que dos colombianos (dos humanos) robaban una nave espacial, como ladrones que se roban un carro mal parqueado, y hacían un salto por un agujero de gusano.

Se busca señora de edad avanzada que quiera un cambio en su vida para aventura interplanetaria

Una pared en la sala principal de la nave se volvió traslúcida. Estaban navegando en el hiperespacio: un túnel de luces de colores cambiando a toda velocidad. Sin poder hacer algo, sin ser completamente conscientes de lo que estaban haciendo, Sami y doña María quedaron hipnotizados, mirando en dirección al agujero de gusano. No habían esperado nada, por eso las explosiones de colores les parecieron aterradoras. La luz amarilla parecía fluir hacia los bordes del visualizador, antes de que otra mancha violeta creciera desde el centro e inundara todo. Lo sólido parecía humo, los planetas parecían doblarse antes de desaparecer por completo en las esquinas del visor. Las estrellas se estiraban, derritiéndose dramáticamente antes de que el siguiente manchón magenta o azul turquesa creciera en volutas espesas, invadiendo todo el espacio visual con texturas de tinta disuelta, rompiéndose en enanas blancas y nébulas. Ambos miraban idiotamente, fascinados por la inmensidad señalaban uno u otro punto que se desintegraba rápidamente; se sentían girando en espirales de manchas que se entrechocaban, masas multicolor creciendo desde el centro del cerebro, ensanchándose hasta cubrir toda la mente. Enana blanca, quásar, supergigante roja, planetoides distantes: el inmenso vacío negro del hiperespacio era una sopa excéntrica.

Se tardarían el tiempo equivalente a tres semanas, había concluido doña María tras su conversación con los valsorgs. Rompió el silencio sin quitarle los ojos al espacio sideral:

—Mijo, yo tenía una tienda de abarrotes, y ahora míreme.

Sami se tambaleó, reincorporándose cuando el hechizo que el visualizador tenía sobre él amainó, se paró y fue a recorrer las galerías internas de la nave: todo estaba vacío. Lo más sensato era concluir que los valsorgs se quedaban flotando por ahí, esperando

que terminara la cuenta regresiva y que llegaran al planeta de destino, sin cámaras de hipersueño, ni nada de lo que tienen las naves de las películas de ciencia ficción.

El veneno ya no estaba actuando, habían vuelto a su estado normal: las carcajadas y la felicidad habían acabado, dando paso a una resaca pastosa. Fue en ese instante en el que Sami pensó por primera vez en su propia desnudez, extrañó la radiación, la felicidad profunda del éxtasis. Estaba desnudo, en cambio ella estaba vestida y tenía una maleta pequeña de Hello Kitty con algunos artículos de aseo. Sin el veneno, Sami podía pensar con más claridad, no solo sintió pudor, sintió miedo: no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado en la selva, caminando con doña María, no entendía por qué se había quitado la ropa, y peor aún, no sabía por qué había aceptado la loca propuesta de doña María ni sabía hacia dónde iban.

—Señora María, ¿será que me puede explicar otra vez cuál es el plan? —le preguntó mientras se cubría los genitales. La señora María sonrió. Se sentó en el piso, suspirando a lo grande.

—Samuel, mijo, vamos a ir mochileando de planeta en planeta.

—¿Qué?

—¿No me dijo que quería irse del planeta?

—Pues sí, pero no me imaginé que fuera posible. Pude haber venido más preparado. Necesito un cepillo de dientes, y no sé, un libro. ¿No necesitamos, como, trajes espaciales? O sea, señora, ¿cómo se le ocurrió todo este disparate? Apenas se abra la puerta, el aire de a donde sea que lleguemos nos va a matar, la temperatura nos va a freír vivos. ¡No sé! ¿Ha pensado en estas cosas? ¿Esta nave tiene algo para mantenernos en la temperatura adecuada? ¿Suficiente oxígeno y comida? ¿Cómo podemos estar seguros de que no tiene parásitos que van a terminar matándonos?

—No —dijo María—. No había pensado en nada de eso.

Sami se paró, todavía cubriéndose, y pensó: “Bueno, voy a estar desnudo por un tiempo, así que es mejor que vaya acostumbrándome”. Se descubrió e intentó actuar lo más natural que pudo. Comenzó a examinar la nave de nuevo, ahora con más cuidado: pasó los dedos por las paredes, por el piso, caminó por un pasillo, salió por otro. Luego volvió a la sala de control.

—¿Qué busca?

—Debe haber algo más: trajes, algún tipo de entretenimiento, algo. No sé.

—Los científicos exploraron la nave por semanas y no encontraron nada.

—Los científicos estaban drogados y no hicieron nada acá. Mire, doña María, usted se fue sin planear nada, sin saber nada de viajes interestelares. ¿Cómo espera que vayamos a sobrevivir? Creo que lo mejor es volver a la Tierra.

—¡No! Yo a la Tierra no vuelvo ni loca. Allá no hay nada para mí, he pasado casi toda mi vida haciendo cosas que no quiero hacer, y mi hijo es un ladrón y ahora está muerto.

Sami la miró con seriedad.

—Yo he pasado toda mi vida sintiendo que soy un perdedor y comparándome con mi novia perfecta. Tampoco quiero volver, pero sin trajes espaciales, sin comida, sin nada, esto es un suicidio.

Doña María le mostró el cilindro de gel, estaba lleno hasta la tapa.

—Esta gelatina no se acaba. Podemos vivir de esto.

¿A quién estaba engañando? Esto era lo más emocionante a lo que un humano podía aspirar, lo mejor que pudo hacer fue quedarse callado. Estuvieron revisando planetas, uno tras otro, turnándose, compenetrándose con la mente de la nave, buscando información, aprendiendo sobre sistemas y agujeros negros. Sami daba vueltas, inspeccionando el lugar: por lo que podía ver, tendrían que convivir en un espacio del tamaño de un apartamento pequeño. No sabía de dónde provenía el aire, supuso que, si no se acababa en unos días, era porque había algún sistema de reciclaje y calefacción. Seguían adheridos al suelo, eso significaba que la nave tenía un sistema de gravedad artificial, o que el hiperespacio tenía algo parecido a gravedad o microgravedad. No eran más que suposiciones, Sami realmente no sabía nada del espacio. Una última pregunta asaltó su mente: "¿dónde vamos a defecar?". Era evidente que en algún momento iban a tener que hacerlo.

El primer día durmieron en lo que denominaron *la sala*. Habían aprendido a aumentar el filtro de la pared translúcida y la

cerraron por completo para dormir. Esa “noche”, palabra que carecía de significado durante el viaje, doña María se quedó mirando a Sami en la débil oscuridad, y tuvo pensamientos pecaminosos. Se dio la bendición y pensó: “¿A qué Dios le rezo? He cometido el pecado de los pensamientos lujuriosos. He cometido el pecado de abandonar mi familia”.

Durante los días en la selva, no habían intimado mucho porque doña María estaba en modo alerta. Pero el segundo “día”, cuando doña María iluminó la sala bajando el filtro a 10 %, el cuerpo bien formado de Sami, con músculos relativamente prominentes por el esfuerzo físico de andar por la selva, le pareció más llamativo. Sami tenía una erección matutina, que doña María vio con recelo, y una pancita peluda que en color blanco resultaba inquietante, pero cuando Samuel abrió los ojos, ella torció la boca y desvió la mirada.

—Vamos a estar acá mucho tiempo, tal vez lo mejor que podemos hacer es conocernos.

—Soy ingeniero —dijo incorporándose, sentándose contra la pared, entrecerrando los párpados porque la luz del túnel iridiscente del hiperespacio le hería los ojos rosados—. Ingeniero civil. Estaba haciendo una maestría en Energías Renovables. Pero me estaba yendo como un zapato porque yo no quería ser ingeniero. ¿Y usted?

—Yo era profesora de colegio. Daba clases de Español y de Sociales, y en bachillerato dictaba Filosofía. Pero solo presocráticos y Platón. Luego me pasó algo y me tocó atender una tienda. —Hizo una pausa de nostalgia y luego cambió de tema—. ¿Cuántos años tiene, Samuel?

—Veintinueve, ¿y usted?

—Sesenta y dos.

Doña María metió la mano en el cilindro y sacó una gran cantidad de gel, que se dedicó a lamer mientras observaba cómo el cilindro burbujeaba, volviendo a llenarse con la misma sustancia hasta el tope. Sami deseó que no hubiese sido ella su compañera de viaje, no le gustaba la forma en que lamía el gel en sus propias manos, o cómo su cuerpo lacerado por la edad se mostraba voluptuosamente y sin vergüenza, a pesar de que él estaba desnudo. ¿Se había dejado un botón abierto de su camisa por accidente? ¿Quería que aquel joven blanco reparara en su

escote salpicado de pecas?

Es difícil explicar lo que hicieron allí por tanto tiempo. Había días en los que literalmente no hacían nada, eso fue lo que contaron después. Nada. Se aburrían, se desesperaban de estar encerrados en una cuarentena obligatoria. Uno se lo pasaba en un pasillo, la otra intentaba dormir en la sala. Luego cambiaban. Estaban obligados a hablar. Ella escuchó a Sami, que hablaba de arreglar el mundo mientras movía las manitos, intentaba tener conversaciones excitantes y doña María decía que, ya estando en este punto, lo mejor que podían hacer era ser sinceros y contarse todos los secretos.

Gracias a las conversaciones de esos primeros días, hoy sabemos que Sami sí había sido un capucho de las Juventudes Comunistas de la Universidad Nacional, y que había cortado relaciones con sus padres porque siempre que se veían, discutían: eran racistas, homofóbicos y derechistas. Sami era de izquierda y no perdía oportunidad para atacar a sus padres y a sus empresas; lo último que le dijo a su papá fue: "¡Fascista hijueputa, arribista! No haces sino lamerle el culo a un Estado que asesina a sus indígenas, a sus obreros y a sus campesinos". Sami contaba su vida a su compañera de viaje mientras miraba el vórtex, sonriendo, orgulloso de haber roto las relaciones con su familia. El contrapunto había sido que ya no iban a pagarle la carrera ni iban a ayudarle con nada, ni siquiera iban a levantar el teléfono si llamaba. Hablaba como si estuviera frente a una asamblea permanente en la universidad. La verdad era que Sami se había curtido en las luchas universitarias, en los paros de profesores y en el movimiento estudiantil, y explicaba con pasión que había leído *El Capital* dos veces, y todos los de Bakunin y de Kropotkin, un puñado de libros sobre anarquía y anarcosindicalismo, que había estudiado ingeniería porque su papá lo había obligado, pero había leído lo suficiente como para ser economista y politólogo. Creía que Colombia estaba en la inmunda por culpa de las élites de mierda que hacían lo que querían para quedarse en el poder.

—Usted habla mucho de cambiar la sociedad, Samuel, pero ¿usted cree que es así de fácil? Los colombianos están podridos. No solo los políticos, todos. Comienzan robando y ahí ya todo se va al carajo.

—Yo creo que sé cómo hacerlo. Yo sé cómo arreglar este país, pero no tengo acceso al poder y la democracia es una farsa. Este sistema es una mierda, es injusto tener que trabajar para pagar la comida y servirle a cualquier cerdo con plata por unos billetitos.

A los dos días le habló de Mafalda: era una camilista de miedo cuando la conoció en la Universidad Nacional. Ambos tiraron piedra en la entrada de la 26, corrieron, tomados de la mano, cargando botellas de leche para mitigar los efectos de los gases lacrimógenos y pintaron consignas libertarias y clichesudas en las paredes del edificio de Enfermería y de Ciencias Políticas. Ella era creyente y defensora de la lucha armada. "Si la democracia no puede vencerlos, las armas sí podrán", pensaba ella. Sami creía en la educación. Eran opuestos, pero pudieron hacer acuerdos.

—¿Y qué pasó con Mafalda?

—Descubrió que, para tener algún impacto, tenía que meterse en un partido. Seguimos siendo novios hasta hace poquito, pero nuestra forma de actuar cambió un poco: a mí me tocaba conseguir plata como fuera: para el diario, para ayudarle a pagar el arriendo. Al final la dejé, me cansé, de ella y de todo.

—¡Uy no, Samuel! Usted sí estaba como chiflado. Si yo fuera su mamá estaría tan decepcionada. Yo sí la entiendo.

—Pero ahora usted sí me comprende, ¿no?

—Usted tenía sueños, y como…

—Ética, doña María, ¡ética! —Samuel la miró, haciendo un gesto con las manos—. Yo daría todo para sacar a esos zánganos del poder. ¡Manada de cerdos!

Hipnotizados frente a figuras nunca repetidas, era imposible contar el tiempo que había pasado, pero imaginaban que habían sido dos semanas. Por esos días decidieron hacer ejercicios para distraerse. Sami dijo que sabía yoga, pero lo único que hizo fue inventarse figuras extrañas y arriesgadas que doña María intentaba seguir antes de cansarse. También hicieron sentadillas, abdominales y lagartijas. Después, en lo que habían denominado "la tarde", ella le enseñaba valsorg. Además, descubrieron que no defecaban ni orinaban: el gel era justo lo que necesitaba el cuerpo, al punto que no había residuos ni nada extra.

—¿Alguna vez ha robado a alguien, Samuel? —preguntó un día en medio de una sesión de ejercicios.

—¿Qué? No, ¿cómo se le ocurre? Puede que haya estado en las calles un par de veces, pero eso no significa que sea ladrón. Humilde pero honesto.

—¿Me lo jura?

—Sí, doña María, se lo juro.

Cada día olían peor, así que optaron por lavarse con el mismo gel que comían: lo pasaban por las axilas, por la ingle y por el cuello, era lo único que podían hacer. Al inicio de la tercera semana, entendieron que las clases de valsorg eran un fracaso. En una clase de yoga, doña María se resbaló y Sami la sostuvo usando todo su cuerpo. Se habían rozado, pero Sami se sintió presionado por la señora María y se puso rojo, haciendo como que no había pasado nada. Después, hablaron de su trabajo como profesora, y Samuel le preguntó si tenía un novio en el pueblo, ella dijo que hacía años que no salía con nadie. Estaban muy cerca, por primera vez Samuel la imaginó sin ropa, sintió su aliento en la cara, no sabía si le daba asco ver las estrías de sus brazos flácidos, no sabía a dónde mirar.

Hicieron juegos de rimas, contaron chistes, dijeron adivinanzas; luego intentaron hacer juegos con las cosas que doña María tenía en la maleta: una cajita de pañuelos, la billetera con dinero y una tarjeta débito, fotos de su hijo Julián, una foto en blanco y negro de su mamá, quien había muerto hacía varios años; las llaves de la casa, un billete de lotería y un rosario. Tenían una semana más para darles cualidades y usos más elaborados a esos objetos. Lo primero que hicieron fue cortar el billete de lotería para hacer un juego de damas. Jugaron varias horas frente a la pared translúcida que mostraba el túnel de luz, viajando a una velocidad extraordinaria hacia el planeta Nabulus en el sistema Delta Acuario, que en realidad se llamaba Sup.

—¿Por qué dejó de ser profesora? ¿No era feliz?

Doña María suspiró antes de hablar, recordando un evento lejano.

—Sí, era feliz. Me gustaba pensar que estaba haciendo un cambio, que estaba enseñándoles a ser buenos ciudadanos, que mis alumnos iban a ser el futuro. Lo que pasa es que me metí con el director de la escuela, las directivas se enteraron y me echaron, me hicieron una anotación en la hoja de vida y ahora nadie quiere contratarme. También se robaron mi liquidación, la

corrupción encarnada, Samuel, así son los pueblos, llenos de sanguijuelas.

—¿Le gustaba la tienda?

—No, no me la aguantaba. No me gusta vender cosas, pero fue la única idea que se me ocurrió con mi hermana. No me gustaba estar ahí encerrada, era muy aburrido.

—¿No había manera de volver a ser profesora?

—Usted todavía está joven. No creo que lo hayan traicionado mucho, yo ya soy una señora mayor, ya me he dado cuenta de lo que son capaces las personas.

—¿De qué son capaces?

—De lo más cruel. Mi mamá era una española que vino a refugiarse acá por la Guerra Civil. —Sacó la foto del morral de Hello Kitty—. Ella vino pensando que alejándose de Franco podría volver a creer en la gente. La gente comienza mintiendo, luego robando y terminan matando. Si llegan al punto de robar, ya no hay vuelta atrás, ya no hay esperanza. Y así son todos, todos mis alum-nos terminaron siendo hampones.

* * *

Pero también hubo peleas. Uno trataba de imponerse ante el otro: él comenzó a verla como una mujer ignorante, ella lo veía como un niño malcriado. Las casi tres semanas se sentían como tres años. Después de una pelea particularmente fuerte, dejaron de hablar por un par de días, cada uno en su pasillo con el filtro al 100 %. Pero la soledad era peor que el orgullo, ambos estaban cansados y tristes y, aunque no lo admitieran, extrañaban la Tierra. Además, solo tenían una lata de gel. Cuando finalmente se reencontraron, se abrazaron y se pidieron perdón, al hacerlo se tocaron como no lo habían hecho antes. Sami se arrepintió de inmediato, pero ella se mantuvo pegada a él por un rato. Fue incómodo.

Unas horas después de que se retiraran a dormir, Sami despertó al sentir un peso sobre él: el cuerpo desnudo de doña María. Tenía sentido: dos personas aterradas y atrapadas en un lugar estrecho. Sami no estaba totalmente sorprendido, pero le daba miedo y quería decirle que no lo hiciera. La verdad es que se le habían ocurrido muchas formas en que eso habría pasado,

pero igual estiró las manos contra sus hombros para apartarla, rechazándola.

—No… señora. Yo no sé si eso esté bien —dijo soñoliento, pero presintiendo un desastre emocional.

—¿Es porque soy vieja?

—No. No es eso. —Quería decir que estaba comprometido con Mafalda, pero no era cierto. Quería salir corriendo, pero no había a dónde.

Casi no podía verla, pero finalmente ella se inclinó sobre él, forzándose un poco y le besó el cuello. Ella tenía más años que su madre, la idea de estar haciendo algo prohibido lo puso más duro. Ya que habían comenzado a hacer locuras, no había nada de malo en pisar el acelerador: la penetró, se hicieron sexo oral, cambiaron de posiciones, la mayoría desconocidas para una sexagenaria tendera de pueblo. Sami le agarró los gordos, mantuvo cerca de sí los pliegues estriados. *Flap flap flap*. "Qué sonido tan encantador", pensó Sami Rojas, quién no la ponía hace meses.

A la luz del 87 % del filtro, mientras Sami se limpiaba con la mano el semen del abdomen, doña María pensó por segunda vez: "Es hermoso". Pero de nuevo la asaltó el impulso de la confesión: "He cometido el pecado del sexo oral. He cometido el pecado de querer ser joven. He cometido el pecado de disfrutar mi vida".

Sami había tomado la electiva de neurobiología: estudió suficientes *papers* sobre comportamiento sexual humano como para saber que no había nada raro en lo que acababa de pasar. Ponga dos ratas en una celda y eventualmente tendrán sexo, las posibilidades suben si son ratas de distinto sexo. Ponga dos humanos en una celda, con el tiempo, la única opción que tienen es volverse amigos y copular. Ponga tres cerdos hembras y todas se sincronizarán al ciclo menstrual de la cerda alfa, los mismos resultados con humanas viviendo en el mismo apartamento. Son feromonas. Nuestro cuerpo se comunica con feromonas sin que nosotros sea-mos conscientes. Ahora ponga a Samuel Rojas y a doña María en una nave completamente cerrada y espere a que las feromonas hagan lo suyo.

* * *

El viaje entre la Tierra y Nabulus llegó a su fin: el túnel de luz del hiperespacio comenzó a desacelerarse. Toda la tensión y el estrés del túnel desembocó en la paz, la calma, la pausa del espacio sideral. Cruzaron un disco plateado y Nabulus apareció frente a ellos: enorme y verde, con una atmósfera rica en nitrógeno, oxígeno y xenón. La imagen fue tan fuerte y tan nueva, que se quedaron callados, con los ojos muy abiertos, como si nunca hubiesen visto nada más en sus vidas que la oscura y triste soledad de la nave valsorg. Estaban sonriendo, con la luz verde en la cara. Era una esfera perfecta con una textura extraordinaria llena de pequeños detalles, de nubes azules claras y oscuras formando amplias espirales, volutas que parecían de algodón, y continentes bordeados por grandes masas de agua. Reconocieron montañas, formaciones rocosas escarpadas, la textura de una cordillera cubierta de esferas que debían ser inmensas, y picos misteriosos que daban alguna evidencia de su movimiento tectónico. Al verla por más tiempo, la gran masa verde revelaba regiones carmesíes y de un amarillo galio brillantes, como una pintura de Willem de Kooning o de Jacanamijoy: vibrante y demente en la superficie fantástica de un desierto solitario. Valles exuberantes, repletos de lo que debía ser vida extraterrestre, sanguínea y frondosa de pólipos incomprensibles que se proyectaban por cuencas de ríos vibrantes azul cerúleo y bosques púrpuras. Un continente congelado al norte, una tormenta tropical dibujando curvas azuladas cerca del ecuador. Podrían haberse quedado horas atrapados por la fascinación de una belleza tan inasible, tan inenarrable, tan vasta, como lo era la de Nabulus.

Doña María tocó el panel de control, desplegando los hologramas de navegación. Si alguno supiera algo de astronomía habría sido más fácil explicarles que el sistema Sup tenía una estrella supergigante amarilla, con una zona Ricitos de Oro suficientemente grande como para tener cuatro planetas rocosos en órbita en los que podía haber agua líquida. Nabulus era una especie de supertierra, con anillos de partículas de sulfuro y hielo. ¿Cómo podían maniobrar para llegar allá? ¿Qué tenían que hacer para cruzar esa hermosa atmósfera verde y aterrizar en uno de esos continentes? No tenían idea. Solo sospechaban que se habían anclado a la órbita, y luego notaron unos extraños cuerpos que flotaban entre el sulfuro y el hielo de los anillos ¿Eran asteroides?

¿Eran satélites artificiales? Uno de ellos se movía hacia ellos.

El interior de la nave se iluminó de rojo, algo pareció vibrar, el color de las paredes cambió a naranja y la pared translúcida que les permitía ver a Nabulus se cubrió con un holograma: una especie de pólipo rugoso amarillo con filamentos retráctiles moviendo una especie de esfínter y vomitando un hilo que cambiaba de colores. Los viajeros estaban boquiabiertos frente a esa atrocidad. Los hologramas mostraron unas pequeñas naves que se les acercaron, mientras el pólipo amarillo seguía produciendo ese largo hilo de colores.

Hubo un ruido en el interior, eran naves acoplándose. Los humanos no sabían qué hacer: no tenían a dónde correr, no tenían armas, ni siquiera tenían trajes espaciales. El ruido se hizo más grave: estaban forzando la entrada. Brazos robóticos se asían de la superficie mientras hackeaban la inteligencia artificial. Finalmente, las puertas se abrieron. Sami pensó que iba a ser como en las películas de Alien: que cualquier apertura de la nave hacia el espacio succionaría todo lo del interior por la descompresión atmosférica, pero no fue así. El aire se despresurizó y les hizo doler los oídos y los de doña María comenzaron a sangrar. Esperaron en la sala, escondidos detrás de la silla cuando unos pólipos enormes del tamaño de perros llegaron rodando.

—¿Qué son?

—No sé. Babosas —dijo Sami, asustado, pensando que iban a morir.

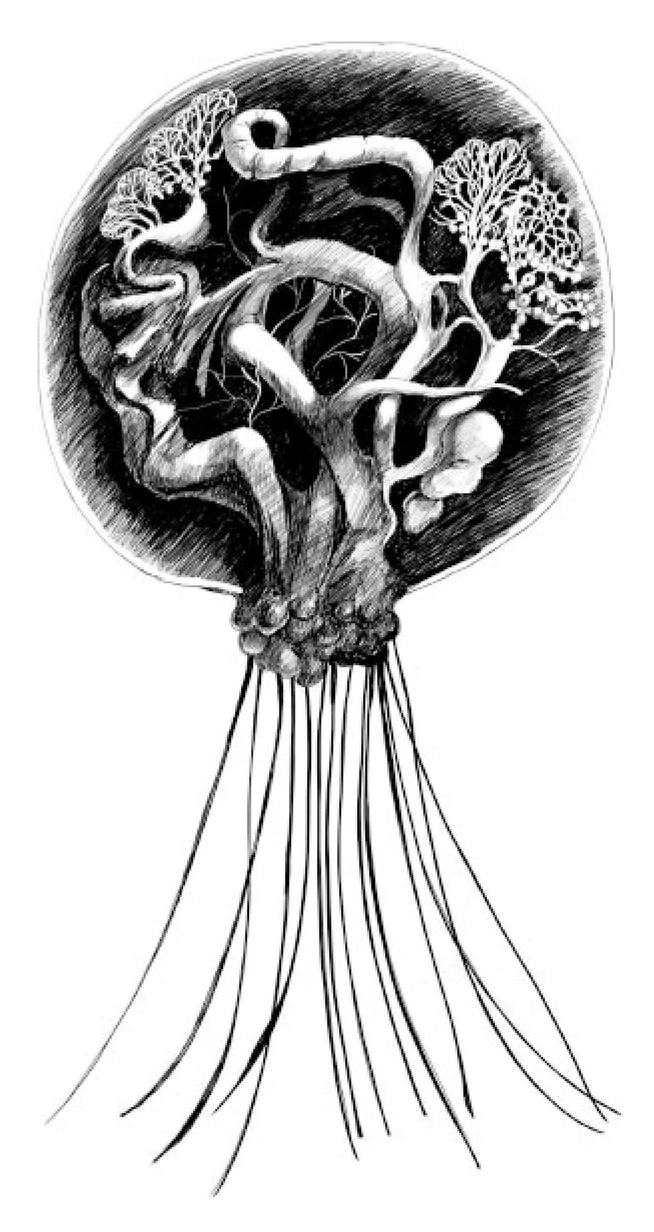
Las babosas parecían incómodas por estar pisando lo que estaban pisando: se les habían pegado mugres, pelos y polvo. Eran semitransparentes, se podía adivinar su sistema gástrico en el interior cristalino y todo tipo de órganos nadando en la celulosa. Unos filamentos negros emergieron de su parte inferior haciéndolos crecer. Uno de ellos comenzó a producir un hilo de colores. El hilo se fue enrollando en el suelo y luego se cortó solo, las babosas se quedaron quietas. Sami y doña María estaban aguantando la respiración, esperando que algo sucediera, pero solo había ese silencio incómodo de dos especies que se conocen por primera vez. La piel, la forma, la extraña estructura de los visitantes causaban un tipo de terror instintivo, una repulsión arcaica a los seres más alejados del árbol filogenético, como el

terror que genera la parte inferior de una cucaracha o una langosta. Los humanos se acercaron al hilo de colores, lo examinaron, pero no entendieron nada.

—Hola —se arriesgó a decir Sami mientras saludaba con la mano—. Somos emm… humanos, de la Tierra. ¿Si… sistema solar?

Cada babosa produjo pedacitos pequeños de hilo, como si estuvieran conversando, y luego vomitaron una especie de mancha dendrítica, una extensión de su cuerpo que se ramificaba en segundos y creció por el suelo hasta alcanzar los pies de doña María, quien cayó al suelo convulsionando. Luego, hubo otro ataque de las babosas, como la estructura de las venas, de las raíces blancas de un arbusto, que alcanzó a Sami y se metió por su piel. Era un proceso de transferencia sináptica: estaban entrando en el sistema nervioso humano. Ambos humanos sintieron los golpes de un pulso electromagnético, algo que se sincronizó con sus cerebros. Sami también cayó al suelo y empezó a convulsionar. Veían luces, sentían que eran arrastrados, toqueteados y saboreados; que sus cuerpos eran cubiertos por una membrana llena de venas con pequeñas formaciones carnosas, como flores de nervios escarlata. Luego perdieron el conocimiento.

Este fue el primer encuentro entre humanos de la Tierra y sölföls de Nabulus.



Sölföl
Planeta Nablus

Ilegal

Los cuerpos de los viajeros pasaron por una sala enorme, flotaron inmovilizados bajo una bóveda inmensa de mosaicos dorados que destellaban, y se dirigieron hacia una serie de puertas rectangulares, todas ellas descomunales, decoradas con cambiantes figuras geométricas. Sus conciencias iban y venían, despertaban y volvían a dormirse, todo parecía un sueño. Pasaron varios días antes de despertar del todo y encontrarse con algo aterrador: las bolas babosas estaban organizadas en celdas hexagonales, eran como racimos de uvas geométricas amarrados por venas rojas en el techo y paredes de la sala circular en la que despertaron; ahora que las veían con más calma, notaron que tenían una textura vagamente parecida a la de penes arrugados y palpitantes, tapizando las paredes como una infección bacteriana, y en su interior traslúcido se adivinaban las formas de sus organelos: parecían plantas exóticas. Bulbos, orquídeas, racimos de estambres, tubos.

Sami estaba en el suelo frente a una especie de copa de vidrio en la que había una babosa con filamentos negros, quieta. Daba la impresión de observarlo, pero no tenía ojos. Trató de incorporarse, pero unas fibras negras que salían del suelo le ataban los brazos y las piernas. Filamentos tan delgados como cabellos cubrían los miembros de Sami, estaban descargándole una serie de actualizaciones inmunológicas, entendieron todo sobre el cuerpo humano sin haber consultado un solo manual.

El sölföl que estaba “mirándolo” abrió un orificio parecido a un ano y comenzó a excretar una cinta de colores: rosa, verde, luego dos segmentos morados sobre un fondo amarillo. El “ano” vibraba como si estuviera haciendo un esfuerzo extraordinario para sacar toda la cinta. Sami movió la cabeza para examinar el espacio: los cúmulos de babosas que tapizaban la bóveda se movieron lánguidamente en espiral alrededor del cuarto, otras estaban esperando en unas copas de cristal y creciendo sobre los

filamentos negros y prensiles, expectantes ante cualquier movimiento de Sami.

Doña María tuvo la misma suerte en una sala muy parecida: la examinaban, jugueteaban con las partes de su cuerpo, la envolvían en una red dendrítica, una especie de tejido nervioso que le daba choques eléctricos, intentando descubrir cómo funcionaba, cómo se prendía, cómo hacían para que hiciera sonidos. Ella se quejaba, pero las babosas no entendían. Después de un tiempo les dejaron libres en la habitación, soltando las fibras que los tenían amarrados. Cuando Sami finalmente tuvo fuerzas suficientes, intentó hablar, hacer señas, tocarlos, pero los seres parecían ignorarlo: simplemente se mantenían unidos, moviéndose en espirales sin perder la formación geométrica.

Un agujero se abrió en el techo, como el óculo del panteón, las babosas cambiaron de posición y unas venas largas descendieron sosteniendo una lata de gel. Sami la recibió, pulsó el código de alimento para seres a base de carbono con un sistema digestivo como el suyo, el mismo código que había aprendido a identificar en la lata que habían traído desde la Tierra y se puso un montón de gel en la boca, hambriento. Las babosas parecieron reconocer algo en él, estaban aprendiendo: lo imitaban, lo reflejaban y luego se quedaban quietas. Cuando Sami decía algo, ellas vibraban y excretaban cintas de colores. Si hubiera tenido algún referente, sabría que habían pasado dos semanas, dos semanas en las que la extrañeza y la fascinación fueron reemplazadas por el aburrimiento. Sami quería salir, ver a doña María, salir de esa cámara, pero las babosas lo mantenían bajo estricta observación. Se puso violento, gruñó, corrió de un lado a otro, intentó atacar una, pero las fibras negras volvieron a amarrarlo. El tiempo seguía corriendo sin saber a qué velocidad.

Sami decidió concentrarse en el ser que se mantenía en la copa de vidrio, la babosa lo notó, creció unos centímetros usando sus filamentos inferiores, y descendió hacia él. La babosa defecó un hilo de colores y una ramificación amarilla que comenzó a extenderse por el suelo. Las raíces pulsátiles avanzaban hacia Sami.

—¡No, no, no! ¡Otra vez no! —alcanzó a gritar.

La ramificación dio un salto y creció sobre los pies de Sami, lo cubrió con esa maraña de sistema nervioso que ahora parecía las

fibras blancas de una mandarina. Los diminutos filamentos se metieron por todos los agujeros de su cuerpo: creciendo y bifurcándose, hasta que entendieron su anatomía en un nivel más avanzado: el funcionamiento de todas sus células, cómo se replicaba su información genética, de qué manera operaba su sistema digestivo y endocrino. Seguramente las babosas habían agotado todos sus otros recursos para comunicarse con Sami y ya sin paciencia, e intrigados por esta forma de vida que daba algunos signos de inteligencia, se habían decidido por la forma más brusca y menos civilizada de estudiar y entender a un extraño. Sami sintió cómo los pequeños tentáculos se introdujeron más profundamente en su cuerpo. Hubo pulsos eléctricos, flashes en la parte de atrás de los ojos y sonidos extraños en su mente: los sölföls acababan de descubrir su cerebro. Lo hicieron saltar, tener pesadillas, gritar, sentir dolor. Algo agrio en las ramificaciones comenzaba a inundar los espacios cavernosos del cerebro. El dolor terminó y Sami escuchó algo en su mente: un parásito mental que copiaba sus pensamientos, duplicaba su visión, aceleraba su ritmo cardiaco y estimulaba sus glándulas sudoríparas. Los balbuceos en su mente comenzaron a sonar como palabras. Tal como lo había hecho la nave valsorg, los sölföl acababan de descubrir la mecánica del lenguaje humano.

—Za… Za.

Sami pensó: “¿Quién es?, ¿qué quieren? ¡Sáquenme de acá! ¡Por favor, sáquenme de acá!”.

—Sáquenme de acá —repitió una voz en su mente.

Sintió que esa corriente eléctrica estaba robándole las palabras, estaba explorando su cerebro, conceptos, definiciones: lavar, perro, cuadrado, vecina, amedrentar, constitución, saliva. ¿Cuál es la posibilidad de que un cerebro originario de un planeta distante entienda a otro cerebro? ¿Cuál es la posibilidad de que dos seres en dos partes de la galaxia desarrollen una estructura análoga al cerebro? ¿Tenían cerebro estas babosas?

—Casi todas las mentes (74) evolucionan (99) de manera convergente —dijo una voz potente en su cerebro—. Así es como funciona. Casi todos los seres que evolucionan en el agua (92) eventualmente desarrollan aletas. Todas las mentes son redes que comparten algún tipo de energía y forman patrones. No tiene

nada de raro.

Sami se asustó al escuchar esa voz tan firme, tan humana.

Se llamaba Ork, se convertiría en uno de los extraterrestres más famosos en la Tierra, pero ahora solo era un guardia fronterizo de 600 ciclos supianos que estaba aprendiendo a hablar con un ser desconocido. Estaba seguro de que todos en la galaxia se iban a enterar de estos nuevos "humanos": nuevos seres que pueden via-jar por el cosmos. Tienen una masa interna dura, cuatro apéndices con más apéndices pequeños al final. No pueden captar el magnetismo ni la electricidad, pero pueden ver en una porción del espectro fotoeléctrico y escuchar una pequeña parte del espectro sónico. Están hechos a base de carbono, los núcleos de sus células tienen ADN, se hacen llamar "humanos" y acaban de descubrir que existen otras formas de vida fuera de su planeta. ¿No son tiernos?

Los filamentos lo apretaron más, los zumbidos en la mente se acabaron y Sami vomitó todo el gel que había consumido. Ork intentó leer el vómito, pero era imposible. Las demás babosas parecían absolutamente encantadas con el espectáculo, vibrando y cambiando de colores, metiéndose unas en otras, mutando y cambiando de forma.

—Mi nombre es Ork. Usted está en una estación (3) fronteriza (223) porque estaba intentando entrar a una parte del territorio del Directorio Interestelar, al planeta Nabulus, sin una nave (097) autorizada (29) —dijo la babosa dentro de la mente de Sami.

Ork tenía la capacidad, como todos los sölföl, de utilizar sus ramificaciones para producir conocimiento y comunicación de forma más o menos abstracta. Podían hacerlo con cualquier especie que tuviera algo parecido a un sistema nervioso, y era sorprendente la lista de criaturas que lo tenían. Funcionaba pirateando las conexiones sinápticas y con muy poco esfuerzo generaba un diccionario y replicaba la voz que tal criatura consideraba una voz con autoridad. No era perfecto, los números eran la forma que habían desarrollado para aclarar los conceptos difíciles. Sami aclaró el concepto *Estación*: lugar en el que algunas cosas o entes se estacionan. Bastante vago. *Nave*: cualquier vehículo que pueda transportar algo en su interior de un lugar a otro, a través del espacio. Eso estaba más o menos claro. No fue necesario definir *Autorizada*.

—Hemos investigado el origen de la nave. Es un vehículo robado. Su caso será estudiado por el Directorio Interestelar. Diga su planeta de origen, su especie y el propósito de su viaje.

Sami estaba tan asustado que contó absolutamente todo lo que sabía, que no era mucho, y definieron todos los conceptos que pudieron. Las ramificaciones dendríticas de Ork se habían enrollado en las piernas de Sami, escalando suavemente por sus genitales y metiéndose por su uretra y ano, cubriendo su pecho, como si estuviera lamiéndolo, intentando llegar a la boca y los ojos, y manteniéndolo quieto mientras respondía como un perrito obediente.

—¿Humanos? ¿Qué son? ¿Qué tipo de civilización tienen? ¿Para qué usan las cosas duras en la apertura?

—¿Nos van a dejar ir? Doña María y yo solo queríamos escapar de nuestro horrible planeta y buscar algo mejor. Son dientes.

—¡Oh, dientes! Sí, a dos mil años luz (147) de aquí, hay una especie que también los tiene.

Después del extraño interrogatorio Ork se dio la vuelta y vomitó, o excretó, varias cintas de colores, como si estuviera hablándole a alguien. Luego giró de nuevo y envió nuevos pulsos a través de sus ramificaciones amarillas:

—La nave en la que llegaron tenía un arma de destrucción masiva que fue robada hace unos cincuenta mil años (546). Unos valsorgs (66) intentaban escapar con ella y con una puerta hiperespacial plegable y al parecer se estrellaron en su planeta. Debió ser un accidente, o buscaban un lugar para esconderse. No se habían reportado formas inteligentes en su sector. El arma no se encontró en la nave, la computadora de la nave dice que hubo un accidente. ¿Tierra? ¿Sol? Nunca habíamos escuchado de ese sistema planetario.

—¿Eso significa que podemos irnos?

—Estaban viajando en una nave robada que se reportó con un arma de destrucción masiva. No pueden irse.

Luego Sami hizo algunas preguntas, preguntas que había pensado durante las semanas del viaje por el hiperespacio, en caso de conocer a una especie inteligente.

—¿Respiran oxígeno? ¿Cómo obtienen energía? ¿Tienen ADN?

¿Cómo se reproducen?

Para hablar de oxígeno, debían determinar si estaban hablando de lo mismo. Concluyeron que hablaban del átomo con ocho electrones. Sami no sabía mucho del tema, solo recordaba algunos conceptos básicos de la tabla periódica, y Ork no era físico, químico o biólogo, sino un simple oficial fronterizo, pero parecía estar conectado a algo, porque solo le costaba un instante corregir lo que acababa de pulsar en su mente. El sölföl fue generoso en sus respuestas: para reproducirse necesitaban cuatro compañeros de cualquier sexo para formar un huevo. Se alimentaban de materia orgánica en descomposición, un aperitivo ideal habría sido la piel muerta, la caspa, las babas secas o las bacterias en las axilas de Sami. Ork habría amado sentarse en una axila de Sami y absorber nutrientes por ósmosis de las capas bacterianas que vivían allí. Eran compatibles.

A los días los pasaron a otra habitación. No tenían camas porque los sölföls no dormían. Las babosas solo necesitaban mantenerse en una copa, o una forma similar, y estar quietos por unas dos horas terrícolas: no sueñan, no dejan de estar conscientes. Sami estuvo caminando de un lado a otro, se sentía de mejor ánimo, aunque la habitación era similar a la anterior, tenía una ventana desde la que se veía Nabulus. Podía quedarse horas mirando los anillos, contándolos, unos más anchos que otros, más oscuros que otros, revisando las costas, escrutando valles. Luego, el sol se ocultaba tras el planeta y en la noche brillaban los centros urbanos. La estación espacial del puesto fronterizo estaba anclada a la órbita, en un punto fijo.

Una babosa entró empujando una especie de tambor. Era como una enfermera, movía sus filamentos negros, y dejaba pequeños hilos de colores por el suelo. Dejó el tambor cerca de Sami, se acercó dando un par de botes y esparció sus venas dendríticas sobre la piel del humano. Lo hizo con naturalidad, metiendo las ramificaciones por la nariz; todos habían aprendido a comunicarse con él. Tal vez todas las babosas en su conjunto se la pasaban compartiendo información.

—Como todavía no sabemos la dieta (77) humana, vamos a darle otra lata Valsir (69).

El tambor flotante funcionaba como carrito de hospital, la “enfermera” lo abrió por un costado y le pasó una lata muy

similar al cilindro valsorg que había tenido antes, pero con códigos distintos. Sami lo abrió y descubrió que con cada giro cambiaba la composición del contenido: un giro y había una sustancia lechosa con unas bolas negras. Un giro y había un líquido graso que olía bastante bien. Sami lo miró por todo lado, hasta donde sabía, producían comida infinita. Había tantas cosas nuevas, todo parecía mágico. Supuso que su primera lata era de una marca genérica, o dedicada a un mayor número de especies, y no le costó mucho imaginar cómo ese producto podía acabar con el hambre y la desnutrición en la Tierra.

Directorio Interestelar

Cuando Sami y doña María huyeron del planeta Tierra, la radiación que cubría la región de Mitú menguó, los destellos iridiscentes se desvanecieron totalmente una semana después. Los desvergonzados y felices nudistas que sobrevivieron se pusieron la ropa penosamente, ocultando sus cuerpos raquíticos, devastados por la inanición, y comenzaron a buscar a los que hacían parte de sus equipos. Un militar de alto rango empezó a dar alaridos para establecer un grupo que buscara comida y otro que contactara al centro de control.

Tatiana, jefe del grupo de científicos cubanos, ordenó que buscaran los equipos desperdigados en medio de la selva. No tardaron mucho en comer comida de verdad, hacía mucho no lo hacían. No habían sentido hambre, los que habían estado comiendo tierra, más por diversión que por necesidad, tenían puñados de barro atascados en su sistema digestivo con inflamaciones rectales y piedras afiladas haciéndolos sangrar: fueron atendidos de urgencia por los médicos que sobrevivían, pero eran más los muertos que los sobrevivientes. Tatiana puso un dron a sobrevolar el área e hizo contacto con la Universidad Nacional, para coordinar los reportes. Apenas unas horas después, los canales de noticias y las páginas web lograron informar de nuevo sobre la situación en el Vaupés. Mandaron nuevos reporteros, más jóvenes y más asustados que los anteriores. Al día siguiente ya había videos por todo el mundo: el cráter, la espectacular ausencia de la nave y la presencia de un enorme disco plateado que flotaba sobre el área. Los testigos contaron con vergüenza que habían estado bajo los efectos de una sustancia psicotrópica y que los eventos alucinatorios habían sido masivos en el radio del campo de fuerza. Aún no podían explicar qué era esa sustancia o radiación ni la razón para que cesaran sus efectos. Circularon miles de imágenes de los pueblos destruidos por el impacto, algunos cubiertos con vegetación extraña o con especies

de fauna nueva, híbridos entre terrestres y alienígenas.

El Ejército Nacional capturó a cinco cubos voladores en las inmediaciones del cráter, los rodearon con sus armas y los amarraron. Nadie les sacó una palabra entendible. Fueron fotografiados, medidos, pesados. Los reportes de casi todos los noticieros del planeta indicaban que los cubos medían casi un metro de anchura y de profundidad, y dos metros de altura. Aunque su exterior parecía artificial, los rayos x mostraron que tenían algo similar a órganos internos y un sistema nervioso, pero todos con ángulos rectos, como si el patrón de crecimiento de los extraterrestres y de sus entrañas fuera el mismo de los cristales de pirita o de bismuto. La resonancia magnética y el examen CT revelaron un flujo de materia en su interior, pero la mecánica detrás de sus sonidos aún no era clara. No tenían ojos, ni ningún orificio en toda la superficie, no reaccionaban al tacto. Debían tener una forma de percibir el mundo exterior, pero era imposible saber si podían ver, oler o sentir como nosotros lo hacíamos.

Al poco tiempo, autorizaron fondos para crear un grupo de lingüistas de la Universidad de los Andes, de Harvard y de Princeton, pagados con el erario de varios gobiernos, incluido el colombiano, todos haciendo lo posible por aprender valsorg. El Instituto Colombiano de Astrofísica y Cosmología, INCOLAC, declaró tener todo bajo control: tenían un número de muertos, un radio de efecto de la zona de eventos. Había científicos de todas partes, pero siempre bajo la jurisdicción del Estado colombiano.

Las imágenes de los cubos negros atados a camillas en instalaciones improvisadas hicieron que la gente se cuestionara si se les estaba dando un trato humanitario. Las imágenes se viralizaron y todos cuestionaron si Colombia tenía la capacidad para tratar un tema tan delicado para el planeta Tierra. Trump twiteó: *The Colombian government is not the right one to handle this situation.* Putin advirtió: *Это может привести к межпланетному кризису*. Angela Merkel insinuó: *Qualifizierte Länder sollten die Situation übernehmen.* Pero el presidente colombiano insistió que no permitiría una intervención internacional: *El Vaupés es territorio colombiano y los aliens están bajo nuestra jurisdicción.* Twitter se llenó de sospechas sobre una posible invasión gringa en Colombia para tomar posesión del Vaupés.

Todos estaban asustados. Si los cubos eran representantes de una cultura belicosa, mantenerlos atrapados podría poner en riesgo a la Tierra. Tratar mal a un embajador había sido la causa histórica de invasiones terribles, como cuando el rey corasmio asesinó a los embajadores de Gengis Khan, y desencadenó una de las invasiones más terribles y cruentas de la historia. El ejecutivo nacional afirmó que estaba haciéndose todo lo posible por entender el idioma de los cubos flotantes, y que se informaría a la ONU lo más pronto posible, pero los presidentes estaban presionando para que el control de la zona no quedara en las manos del gobierno colombiano. Hubo una reunión secreta con Trump, y al día siguiente Colombia había cambiado de opinión. Pero había un as bajo la manga: las noticias hablaron de Mafalda por primera vez.

Mafalda, con el pelo suelto y con gafas, informó sobre la nueva institución que remplazaría al INCOLAC e incluso varios aspectos de la gobernación del Vaupés:

—El Comité de Asuntos Extraterrestres (CAE) será una organización internacional dirigida por científicos y respaldada por una sociedad de países. El objetivo es que todas las decisiones relacionadas con el lugar del impacto queden en manos de un grupo de personas que no representen intereses privados, sino los intereses de la humanidad. Así como los humanos nos hemos unido para construir la Estación Espacial Internacional y para establecer una legislación puramente científica sobre la Antártida, el CAE será una representación de la humanidad para tomar nuestro propio rumbo.

Cuando terminó de hablar, el comentarista del noticiero dijo que esa mujer que toda Colombia, y posiblemente el mundo entero, había visto, era la exnovia de Samuel Rojas, la persona que, según las investigaciones, había robado la nave espacial y huido en ella. ¿A otra dimensión? ¿A otra parte del universo? Solo podía especularse.

Como la idea fue de Mafalda, ascendió a un rol más importante y viajó a Estados Unidos, con pasaporte diplomático, para reunirse con representantes de varias instituciones. Me invitó a un coctel el día antes del viaje. Yo estaba embutida en un traje demasiado elegante para la ocasión, con el cabello arreglado y todo. La mayor parte del tiempo estuve al lado de la mesa de

pasabocas, porque no conocía a nadie. Al final, cuando terminó de hablar con todos sus compañeros de trabajo y la gente de la ONU, me abrazó y me dijo:

—Uff, ¿sí ves? Si uno lo sueña, uno lo hace.

Yo solo sonreí pensando en lo que Sami habría dicho.

En el aeropuerto la requisaron dos veces, era la primera vez que iba a Estados Unidos. Iba acompañada del expresidente del INCOLAC, don Javier Moreno, un viejito con un doctorado en Astrofísica de la Universidad de Arizona que dirigía los pocos proyectos espaciales de Colombia, como el único satélite colombiano que se había lanzado al espacio.

Tuvo frente a ella a todos los representantes de SpaceX, NASA, Harvard, Princeton, CERN, Fermilab, Jaxa, Roscosmos y la Administración Espacial China, también a un par de empresarios y agentes del gobierno gringo. Estaba nerviosa, pero lo ocultó muy bien, pasó de mano en mano las copias de los objetivos y las reglas que proponía fijar para la creación de una especie de microestado de administración mixta y parcialmente independiente. Tenía quince minutos para dar la introducción. Don Javier dio un resumen:

—Se han estudiado los residuos de la nave, la composición química de la "radiación alienígena de felicidad" y su fuente: una esfera que se encontraba bajo la nave, sumergida en la delgada capa de agua del cráter. Las criaturas multicolor descritas por los sobrevivientes nunca habían existido, fueron alucinaciones, aunque no se encontraron residuos extraños en la sangre o piel de los afectados, y eso descarta algún tipo de envenenamiento con alucinógenos. El disco tiene un kilómetro de diámetro aproximadamente, está flotando a unos mil metros sobre la superficie terrestre, no sabemos de qué está hecho. Seres vivos desconocidos se han extendido en el resto del Vaupés, pero aún no entendemos la magnitud de los daños que van a causarles a la flora o fauna locales.

Después de un almuerzo rápido, Mafalda explicó la forma de financiación y las donaciones, la selección y tratamiento del equipo científico y su posición legal. Lo primero que debía hacerse era acondicionar el área: aprovisionar Mitú, construir el aeropuerto más grande del país y las instalaciones para albergar científicos. Esta nueva Mitú debía tener energías limpias y ser

autosostenible para minimizar el impacto en el área adyacente, pues esta selva es un ecosistema importante con fauna y flora protegidos. Aunque en la zona del impacto no habían descubierto amenazas, la seguridad era una de las mayores preocupaciones, así que el Gobierno colombiano se comprometió a poner todas sus fuerzas para garantizarla.

—Esto garantizaría la soberanía colombiana sobre la región, además hasta ahora la presencia del Estado ha mostrado control y seguridad. —Mafalda tomó un sorbo de agua, no es que ella creyera en las fuerzas públicas, no después de tantos casos de corrupción y de abuso de poder, pero no tenía opción—. Y si nos enfrentamos a una nueva amenaza que no podamos contener, el Comité puede pedir ayuda extranjera.

Al final de la tarde, y de una sesión de preguntas y respuestas, con menos nerviosismo y más emocionada, preguntó:

—Ahora que conocen toda la propuesta, ¿quiénes se suman al proyecto?

Todos levantaron la mano.

Mafalda regresó triunfante a su país: la recibió el presidente de Colombia, un gordo tibio que había sido elegido en circunstancias sospechosas. Mafalda sabía que su trabajo en la formación del Comité de Asuntos Extraterrestres (CAE) iba a ser algo corto, pero era lo más emocionante que había hecho hasta ahora. Yo fui a visitarla a su apartamento esa noche, entre vinos me confesó que le gustaría ver la cara de Sami cuando supiera que ella había solucionado la crisis del Vaupés.

* * *

El primer año fue planeación y burocracia: firma de contratos, diseños del Centro de Investigación Internacional y selección de personal para cada una de las áreas. Se construyó una carretera entre Bogotá y el sitio del impacto, que atravesaba el Meta, el Guaviare y el Vaupés. La carretera misma fue un desastre ambiental, pero nadie le puso atención a la gente que protestó en la plaza de Bolívar, en Bogotá. A los tres meses la carretera estuvo lista y la atravesaban camiones con instrumentos, científicos, estudiantes y cientos de objetos para amoblar los laboratorios. El presupuesto era inmenso. Al final de ese año se

publicaba el primer libro sobre los avances en lenguaje valsorg, se fundó un *journal* en el que se publicaron decenas de *papers* muy completos sobre anatomía extraterrestre, y otros dos sobre la puerta del Vaupés, los cuales teorizaban sobre los mecanismos que la hacían flotar y el material del que estaba hecha. El CAE había cometido un error tonto: permitió que se analizara una muestra del disco, y al intentar taladrar la superficie, los equipos y el personal volaron en pedazos.

Ese año casi no nos vimos; la veía en la tele, no la llamaban Mafalda, los muy machistas le decían “la exnovia de Samuel Rojas”. Al final la reemplazaron por una persona con más experiencia, un tal Gonzalo Suárez, que había trabajado en la NASA y en SETI, y Tatiana Ríos quedó como vicepresidente. Mafalda retomó, con un poco de rencor que solo me admitía a mí, sus labores en el partido Ambientalista.

Al segundo año después de la partida de Sami, Mitú era irreco-nocible. En todos los medios se veían los avances y las construcciones. La capital del Vaupés estaba convirtiéndose en una ciudad de científicos internacionales con los mejores laboratorios del mundo. Las becas de investigación eran multimillonarias, así que los habitantes de la nueva Mitú eran equipos de nerds con anteojos y batas de laboratorio que apenas si salían a divertirse una vez al mes. El aeropuerto fue construido con tecnología de punta, y a su alrededor se crearon viviendas, comedores y centros de estudio; también tabernas con luces de colores y restaurantes de comida variada. Las familias locales que tenían hoteles, tiendas y supermercados se estaban tapando en plata. Desgraciadamente, los indígenas de la región habían llegado a servir, a repetir los patrones coloniales: los que limpiaban, los que servían y preparaban la comida eran todos de las comunidades cercanas; indígenas, campesinos y mestizos que aprendieron inglés y ruso a las patadas.

Se volvió común que las panaderías se llamaran “Cosmos”; las salchichonerías, “Carne de Estrellas”, y las papelerías, “Ovnis”. Valsorg se convirtió en una palabra común, y viajar a Mitú, en un sueño popular.

En ese par de años se encontraron los primeros casos de corrupción en los contratos, en la prioridad a ciertos científicos y en el registro de patentes de posibles tecnologías nuevas y sus

derivados comerciales. La presencia militar no se había retirado, y el presidente, en vez de tratar el tema del paro de camioneros y la problemática social interna, solo hablaba del delicado tema alienígena.

En ese entonces yo trabajaba haciendo el diseño gráfico de la empresa de mi tío Flaminio, era una empresa de transporte de mercancía con doce camiones grandes en la ruta a Buenaventura. Yo crecí rodada de camiones, mi tío me enseñó a manejar mula de cuatro ejes a los dieciséis, y a los dieciocho me llamaba para reemplazar a los conductores que se enfermaban. Los dos años posteriores al impacto fueron solitarios para mí: llamaba a mi madre una vez a la semana, intentaba hacer amigos en la oficina, diseñaba afiches, retocaba fotos y, ocasionalmente, manejaba un camión. Tenía fama de marimacha en la oficina y las carreteras, pero pocos se atrevían a decírmelo de frente.

—¿Ya vieron lo que descubrieron en Mitú? —preguntó el contador de la oficina.

—No, ¿qué?

—Mira el artículo, ya te lo envío.

Se llamaba "Por fin logramos descifrar el idioma de los extraterrestres prismáticos y esto fue lo que nos contaron". Lo que leía era tétrico. Era tétrico y espectacular: Los científicos del CAE han estado trabajando en entender el idioma de los famosos cubos flotantes por dos años, y los avances, incluso con toda la tecnología y recursos, habían sido torpes y llenos de fracasos, pero por fin habían descifrado sus nombres, su planeta, sus coordenadas y un poco sobre el funcionamiento de la nave. Se hacían llamar valsorgs, eso ya era un gran avance. Algunos conceptos no lograban entenderse, por ejemplo, los científicos no podían sacarle a los valsorgs ninguna cuenta de tiempo, como si fuera un concepto inexistente para ellos, pero habían calculado que, estimando la ley de la relatividad, a un 80 % de la velocidad de la luz, el viaje había durado cincuenta y siete mil años, aunque en el interior de la nave solo hubieran pasado veinte mil. ¿Cómo se habían mantenido vivos? Era una de las preguntas sin respuesta. Por otro lado, este cálculo nos mostraba su nivel de desarrollo: cuando los humanos apenas estábamos saliendo de África, los valsorgs ya podían viajar entre estrellas. Uno de los cubos flotantes, un ingeniero, explicó que venían del planeta

PRRRKPRRKEP, en la estrella Arcturus, constelación de Bootes, que estaba en una crisis que amenazaba a toda la vida, así que unos pocos, desmoralizados, desnutridos y confundidos, decidieron huir en la nave. Después de varios miles de años de viaje, los retropropulsores fallaron, la gravedad terrestre los atrapó y al entrar en la densa atmosfera se averió el exterior de la nave, lo que impidió la desaceleración y generó el choque; pero el núcleo quedó intacto, era virtualmente indestructible.

Viajeros

Novecientos doce días después del impacto, sin previo aviso, el disco que flotaba sobre el cráter de Mitú comenzó a calentarse. Los detectores arrojaron resultados de incremento en rayos gama. Sonaron las alarmas. Todos los científicos y periodistas despertaron. Corrieron mientras se ponían las batas de laboratorio sobre sus pijamas, tropezando sobre sus pantuflas. Los militares salieron preparados con armas, detectores de radiación y cámaras. Se encendieron los medidores de rayos ultravioleta y los detectores de axiones. Todo estaba en calma, no había ruido, no había nada: pensaron que era una falsa alarma.

Cuando todos estaban cerca, formados alrededor del cráter, pensando que no iba a suceder nada más, un sonido de baja frecuencia tronó, haciendo vibrar los huesos de todos: *Brommmm*. Algo enorme salió disparado por la cara inferior del disco, causando una explosión iridiscente que iluminó la selva por una fracción de segundo y destruyó los andamios que se habían construido alrededor. Lo que emergió del disco era una esfera perfecta cubierta con manchas de cebra. Los reflectores iluminaron la máquina, o el ser vivo, o lo que fuera. Estuvo inmóvil por unos minutos. Tatiana, la presidente del CAE, llegó ajustándose las chanclas y se hizo frente a los militares, entre sus armas y el objeto, llegando a tiempo para controvertir las órdenes que habían recibido de sus superiores. Luego, la esfera se movió silenciosamente y todos sintieron miedo. Mientras tomaban fotos de sus celulares, la mayoría pensaba: los aliens volvieron, los aliens nos van a matar, los aliens nos van a colonizar. Los que no estaban apuntando con algún instrumento, estaban llorando de emoción. Tatiana debía dar órdenes, pero no sabía qué decir. Cuando el miedo le permitió mover las piernas, corrió hacia una cabina, sacó una llave, abrió un compartimento con un botón y lo presionó: era el protocolo de seguridad en caso de contacto. Las luces alrededor del cráter se encendieron en su totalidad y

utilizaron un megáfono con grabaciones en valsorg clásico con los vocablos: Deténgase e identifíquese.

La esfera se detuvo de nuevo y empezó a girar sobre su propio eje, haciendo vibrar el aire, la estática podía oírse. Hubo un relámpago seguido por un trueno que casi les revienta los oídos a todos. Líneas de electricidad unieron a cada ser humano con la esfera flotante por un instante. Todos habían recibido un mensaje en sus lenguas maternas directamente en sus mentes:

SENTIMOS ENTRAR EN TERRITORIO QUE
NO HACE PARTE DEL DIRECTORIO
INTERESTELAR. ESTAMOS DISPUESTOS
A INDEMNIZAR AL TERRITORIO
SOBERANO, SI ES QUE ESTE ES UN
TERRITORIO SOBERANO. LOS VALSORGS
QUE ALBERGAN SON CRIMINALES Y DEBEN
SER DETENIDOS POR SU
PROPIA SEGURIDAD. NO TENEMOS TIEMPO
PARA DEBATIR, PERO PUEDEN APELAR DE
ACUERDO A LA CARTA DE DERECHOS DEL
DIRECTORIO INTERESTELAR.

La esfera dejó de girar y flotó hacia la base donde tenían a los cubos flotantes. Hubo un ruido de baja frecuencia y una fuerza invisible, pero de finísima precisión, cortó y separó los bloques de cemento de las instalaciones, como si fueran enormes fichas de lego. Separaron las paredes, los techos y las escaleras con cortes exactos, desarmaron toda la estructura haciéndola flotar en el aire. Encontraron la cámara donde mantenían a los valsorgs y los hicieron flotar hacia la nave, uno a uno, agitados, vibrando, mascullando en su idioma hasta ingresarlos por una compuerta en la nave de cebra.

La nave regresó al perímetro del disco, explorando bajo la cara inferior: subía, bajaba y recorría el cráter como si buscara algo. Se detuvo. Habiendo encontrado lo que buscaba, la misma fuerza invisible extrajo un objeto que yacía sumergido. Hoy sabemos que esa era la cápsula que contenía la "radiación de la felicidad". Luego la gran esfera con piel de cebra dejó salir otra mucho más pequeña que descendió silenciosamente y se detuvo a pocos centímetros de la superficie del agua. Tantas cosas flotantes

dieron a los asistentes la impresión de estar frente a un colosal cuadro de Dalí. Los fragmentos de las instalaciones se rearmaron hasta quedar exactamente como antes, como si nada hubiera pasado: sin haber herido a nadie, sin haber destruido nada, volviendo a conectar con precisión cada tubo, cada cable, cada detalle. Todos los humanos que rodeaban el espectáculo estaban ocupados: tomando fotos, grabando videos, midiendo niveles de radiación, revisando los sen-sores de rayos gama, rayos X e infrarrojos.

Y de nuevo, la temperatura del disco aumentó y empezó a hacer un sonido de baja frecuencia. La nave se elevó para ganar momentum, y descendió a toda velocidad para atravesar la Puerta del Vaupés por la cara superior.

La vibración de la pequeña esfera bajo el disco no les dio tiempo para salir del asombro. Comparada con la esfera anterior se veía diminuta, pero no lo era tanto, tenía el tamaño de una habitación. Armas y reflectores le apuntaron. Nadie sabía que esperar, y por varios minutos nada pasó. Lentamente, bajo la dirección de Tatiana, algunos científicos y militares con equipos de grabación y de detección de radiación, se acercaron. Entonces la esfera se fraccionó, como el esquema de una máquina en el manual de instrucciones, y dejó ver a sus ocupantes: un bípedo con una túnica y tocado rojos, cargando una babosa en su regazo. El bípedo caminó hacia el equipo de científicos, y pudo constatarse que era un humano, un humano de piel muy blanca, sonrisa encantadora y ojos rosados.

—¡Samuel ha vuelto! —gritó una exobióloga.

—¿Samuel Rojas? —preguntó alguien más.

—El mismo —respondió Sami sonriendo y mojándose los pies mientras caminaba hacia el borde del cráter, hacia las cámaras.

Una decena de actores repetirían hasta la saciedad esta línea para las adaptaciones a series y películas sobre la vida de Samuel Rojas.

Nabulus

Los seres más curiosos de los sistemas planetarios de la Vía Láctea se preguntaron si los humanos podrían convertirse en la especie número 171 del Directorio Interestelar, con tantos postulantes no había muchas esperanzas. A los humanos los habían detectado hacía siglos, pero eran demasiado básicos para contactarlos. Pero ahora que habían aparecido piloteando una nave hiperespacial, se convirtieron en un fenómeno mediático en varios sistemas habitados. ¿De qué están hechos los humanos? ¿Cómo se comunican? ¿Cómo obtienen energía? Desnudos, fueron entrevistados por las presencias telepáticas de embajadores y corresponsales de planetesimales, por civilizaciones que no parecían civilizaciones, por seres vivos que parecían piedras, por otros más que leían sus mentes usando algo que parecían riñones adheridos a sus sienes, mientras ambos convulsionaban y botaban baba por la boca.

Los viajeros también recibieron información: descubrieron que la nave robada llevaba una pequeña puerta portátil que se había desplegado en la Tierra, la que ahora los terrícolas llamábamos la Puerta del Vaupés. Esa tecnología era única y prohibida: la ruta entre la Tierra y el resto de la galaxia tenía que legalizarse antes de poder utilizarla.

Doña María estaba cansada de tanto show. Cansada de dormir en el suelo y de comer gel para seres de carbono con estómagos como los nuestros. Estaba cansada de estar en el espacio, de ver las estrellas, de no poder tocar la Tierra ni de oler su aire. Ambos querían salir de la nave, tocar tierra firme.

Cuando la información sobre la nave valsorg se aclaró y encontraron los registros milenarios de su partida, les dieron un pasaporte de migración para refugiados planetarios y los dejaron en libertad condicional. El Comando Galáctico había tomado la decisión de pasar el caso a la corte del Directorio Interestelar para que tomaran una decisión, y eso se tomaría un tiempo.

—Entonces, ¿podemos irnos?

—No deberían salir, no van a entender nada. Por lo que nos han contado, los humanos no están preparados para ser parte del Directorio —respondió Ork—. Es peligroso que seres vivos como ustedes, de una civilización tipo 1, se encuentren con una sociedad desarrollada. Ha pasado antes y siempre es para problemas.

—Pero, y si estamos en peligro, ¿podríamos pedir asilo político? —Ork buscó el significado de *asilo político* antes de responder.

—Sí, existe una figura similar al asilo político en Nabulus, porque nosotros tenemos empatía, no todos los seres vivos la tienen. Existe un protocolo del Directorio Interestelar...

—Déjenos ir, por el amor de Dios, ¿qué le cuesta? —rogó doña María, enviando sus pensamientos más lastimeros a través del enlace telepático que se había creado con la extensión del sistema nervioso que la envolvía.

—Según la ley del Directorio Interestelar, ningún ser consciente debe ser privado de su libertad, a menos que sea un peligro para otros seres conscientes. De ustedes no tememos, los reportes de sus estructuras biológicas han medido la potencia de las bacterias, parásitos y virus que portan, y se han neutralizado todos los que tuvieran un efecto potencialmente destructivo. Pueden salir, solo les diré que disfrutarían más su visita si esperaran a que se instalaran los controladores (8) de la Red Pantelepática Galáctica. O si no, va a ser muy difícil entender lo que sucede alrededor.

Ambos decidieron salir sin esperar a que el enlace pantelepático se actualizara con el perfil neural del cerebro humano. Entonces los dejaron, solos, desnudos y confundidos, en Totomo, la capital de Nabulus. Doña María y Sami eran gigantes en la estación central del planeta, rodeados de babosas que iban girando de un lado a otro, vomitando cintas de colores, que, para ese momento, Sami y doña María ya sabían que era la forma de comunicación de los sölföls. La estación misma era una especie de selva con una vegetación que parecía submarina: llena de pólipos, ramificaciones rosadas y cúmulos de bacterias y seres unicelulares enormes.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó doña María sintiendo

las “miradas” inquisitivas de las babosas a su alrededor.

Era la primera vez que humanos pisaban la superficie de otro planeta. La gravedad era un octavo mayor que la de la tierra. El aire tenía mucho más oxígeno y mucho más nitrógeno, el clima se sentía tropical, como de “tierra caliente”.

—¿Turistear? —respondió Sami, boquiabierto, mirando a todos lados intentando no pisar nada que pareciera estar vivo.

No solo había sölföls, había otras criaturas arrastrando maletas, intentando alcanzar sus naves espaciales hacia sus sistemas de origen. Totomo era una metrópoli interplanetaria, una especie de Nueva York galáctica. Doña María y Sami caminaron por los pasillos de la estación, miraban en todas las direcciones, inspeccionando seres totalmente extraños, buscando algo conocido, algo remotamente humano, algo con ojos y boca. Poco a poco, gracias a la información que les había dado Ork, fueron entendiendo que las grandes bolas de colores a las que se conectaban los sölföls eran como tiendas o restaurantes, aunque no sabían si existía el dinero o el capitalismo. También entendieron que los dispensadores de cintas de colores eran el equivalente a libros, periódicos y revistas, objetos de la nostalgia de una civilización que hacía milenios vivía en la era digital. Lo que no sabían era que todos estaban conectados a una red de telepatía global ni que los drones giratorios que revoloteaban por toda la ciudad eran seres vivos, o que el gobierno no era exactamente lo que se esperaba.

Sus miradas encontraron una especie de gusano gigante con ropa que arrastraba unas esferas plateadas y un ser que parecía una mesa de metal que se movía usando sus patas, hasta ahora, eran lo más parecido a elementos terrestres. Todo era raro, todo era distinto, no entendían nada. Las formas de vida que veían parecían tubos de plástico con luces, ruedas que se movían solas o grandes letras “M” de alguna especie de mineral, moviéndose como si tuvieran prisa. Nadie se comunicaba haciendo sonidos. Nadie tenía ojos, o al menos no eran visibles. Enormes y grasosas masas abolladas con espinas se tocaban con conchas repletas de tentáculos rosados, y flores de plumas utilizaban pitillos traslúcidos para alimentarse en las esquinas de la estación. Nadie tenía manos, pero manipulaban los objetos con distintos tipos de apéndices. Parecía que tampoco tenían oídos, pues cuando

hablaban, nadie parecía escucharlos.

—¿Acaso las únicas formas de vida con orejas y ojos están en la Tierra? —preguntó Sami.

Sami recordó que las posibilidades de vida en el universo eran infinitas, la vida pudo haber surgido sin ADN en miles de planetas, con otro tipo de química biológica capaz de reproducirse, usando metano en vez de oxígeno para generar energía o sin simetría bilateral; de hecho, la simetría trilateral era la más común en la estación: muchos de los seres parecían masas de carne como pepas de papaya o mandarinas abiertas llenas de venas blancas.

Estuvieron caminando así, por los amplios pasillos abovedados de la estación central, buscando la salida, hasta que, por pura casualidad, vieron un cubo flotante: un valsorg. Por fin algo conocido.

—Mijo, estamos salvados —dijo ella mientras caminaba hacia el cubo negro—. ¿Prrrkrrr ttrkrrk ot rretr parrrrk?

El cubo giró y emitió algunos sonidos incomprensibles para ella. La emoción que había sentido fue deshaciéndose, doña María intuyó que el planeta de los valsorgs tenía variaciones en los idiomas, como el inglés, el español y el japonés.

Finalmente encontraron la salida. Entraron a una ciudad que no parecía una ciudad: todo eran racimos de esferas ahuecadas o complejos nidos de materia orgánica con patrones geométricos. Todas las estructuras se elevaban cientos de metros contra el cielo verde con nubes blancas, parecía un paisaje onírico; el piso era tornasolado, como cuando el aceite de carro y el agua de la lluvia se mezclan en el asfalto. Pequeñas medusitas punteaban el cielo, atravesando el panorama. Los terrícolas sintieron con cariño la tibieza de ese sol tan distinto del que conocían.

Durmieron en la calle la primera noche, acostumbrándose al olor a vinagre del aire y al verde del cielo. “Calle” es una palabra apenas útil en este caso, eran más bien ríos, bifurcaciones orgánicas que conectaban las estructuras con piel de hongo cubiertas de venas. Aquí y allá encontraron otro tipo de construcción: la arquitectura sölföl era de escala pequeña, como coloridas colonias de termitas compuestas por esferas organizadas en redes hexagonales, amobladas con copas de distintas formas y artefactos extraños para almacenar comida. Había cintas de

colores por todos lados. Mientras intentaban dormir bajo una bóveda, con pequeños sölföls husmeándolos con curiosidad, doña María hizo un balance de lo que habían hecho hasta ahora:

—Mijo, mire, somos los primeros humanos en ir a otro planeta, y ya no tenemos que estar en esa nave horrible. Así que véalo del lado positivo: no hay mal que por bien no venga.

—Estamos pasando la noche en un planeta del que no entendemos nada. Estamos perdidos, lejos de cualquier contacto humano, excepto por nosotros dos.

—Pero todo es muy bonito acá, ¿no ve?

—Sí. Es bonito. Todo tiene colores.

—Si tiene colores es porque ellos tienen ojos, ¿no? Solo que no se les ven —racionalizó doña María—. Y si viven en casa es porque tienen familias, y si tienen familias es posible que tengan algo parecido al amor.

Durmieron poco: la noche estaba llena de ruidos extraños provenientes de las casas de los sölföls y de la fauna que ronroneaba sobre las ramificaciones bioluminiscentes. El sueño casi no les llega, Sami pensaba: "¿cuándo tarda una noche en Nabulus? ¿Habrá dinero? ¿Cómo habrá evolucionado esta sociedad?". Por su lado, doña María no quería dormir a la intemperie, toda la vida la había pasado bajo techo, hasta que ya no pudo más, hasta que su hijo destruyó todo lo que tenía. "Qué bajo he caído", fue su último pensamiento antes de ser derrotada por el sueño.

Así pasó la primera semana, se veían a sí mismos como los habitantes de las calles en las ciudades colombianas: seres ignorados y sin dignidad. Casi siempre ignoraban a las babosas, excepto cuando se despertaban y encontraban alguna de ellas alimentándose de las bacterias de sus axilas o ingles. Un par de veces se metieron en problemas: la primera, cuando intentaron mover unas tablas planas para construir una casa, pero llegó una especie de guardia que se ramificó para alcanzar a Sami y le dijo que acababa de destruir un puente; la segunda, cuando por pura torpeza habían estropeado un cultivo de hongos y parásitos comestibles. Aparte de los policías, solo entablaron comunicación con otro sölföl que vivía en la calle: se enlazaron por ramificación dendrítica y la babosa le enseñó que las líneas azules en los hilos y cintas que defecaban eran generalmente verbos, las líneas

amarillas eran nombres y los puntos verdes eran básicos para la sintaxis verbal.

* * *

—Era imposible acostumbrarse a eso, a ser visto como un ente extraño al que no entendían y que acaso si daba signos de inteligencia. Pero todo cambió cuando los módems del Enlace Pantelepático Interplanetario recibieron la actualización de los patrones neuronales de los humanos. Ese día dejamos de ser animales estúpidos y abrimos los ojos por primera vez.

Esas fueron algunas de las declaraciones de Sami cuando volvió a la Tierra. Sami aparecía algo contrariado en las entrevistas, intentando explicar algo que apenas era posible pronunciar. Algo que apenas podía comunicarse. Hizo con sus manos un nudo y luego hizo como si algo hubiese explotado en el cielo.

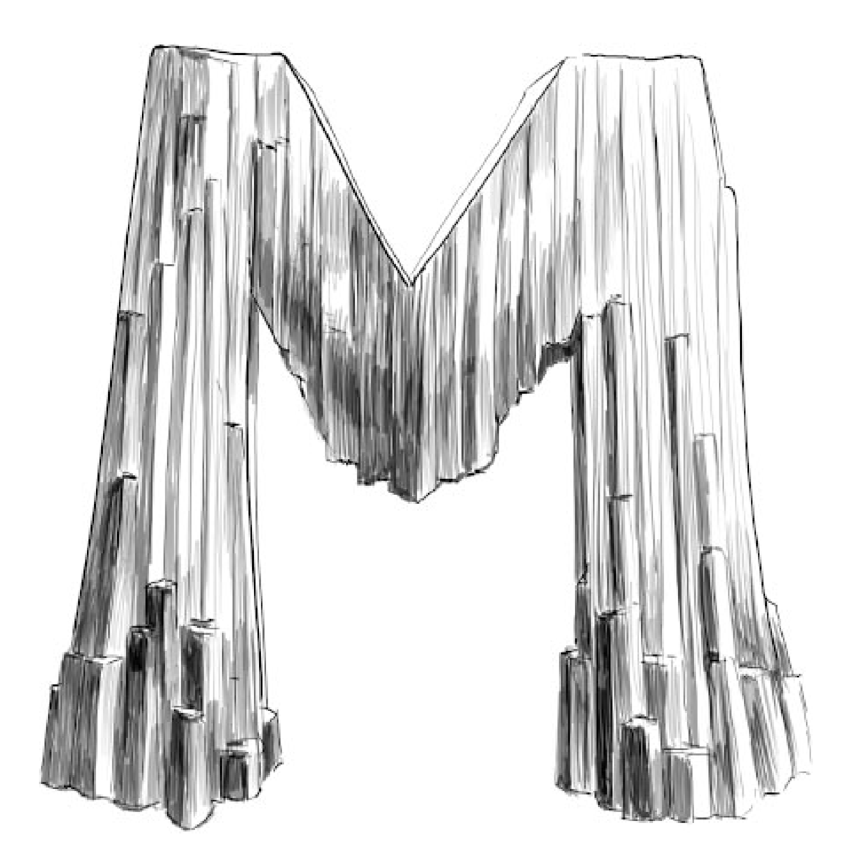
—Hubo algo en el cielo, como la onda blanca de una supernova, y nuestras mentes se sincronizaron inmediatamente con un sistema cósmico. Fue como pasar, en un instante, de la total incomprensión del mundo sölföl, a la comprensión completa y absoluta de todo.

En una entrevista con Jaime Bayly, dijo que había expandido su mente y había dejado de ser un ignorante, que su mente se había vuelto como la mente de Dios. El entrevistador lo miraba como si estuviera frente a un loco. Ante Vicky Dávila, describió a unos seres a los que llamó barlunkos:

—Los barlunkos parecen grandes letras “M” y están hechos de feldespato, zinc y carbono. Son rectos, largos y angostos, con textura de piedra y se doblan en ángulos perfectos, formando triángulos y cuadrados para caminar. Su lenguaje está basado en el cambio de temperatura de su piel. Su verdadero nombre en grados centígrados es 25 grados, 23 grados, 21 grados, en intervalos de medio segundo y luego de un segundo entero. Pero tienen un lenguaje complejo: dialectos, idiomas, variaciones étnicas. Imagínese narrar un libro entero con cambios de temperatura. La comunicación sería imposible o extremadamente torpe si no fuera por el enlace pantelepático. Recuerdo que un entrevistador barlunko se sorprendió cuando doña María le explicó que nuestra comunicación se daba por medio de sonidos

con significados, generados por unas bolsas de aire que tenemos en el pecho a las que llama-mos pulmones. A esos bichos les encantaba nuestra rareza.

Los gestos de Sami eran extraños al principio: se veía errático, mostraba demasiado sus dientes ensalivados, exageraba el movimiento de sus manos como un lunático para describir las explosiones de luz que habían ocurrido en su mente y hablaba de fantasmas de fibra óptica y hologramas cabalísticos. Los expertos se preguntaban si tenía algún tipo de trastorno por las experiencias vividas, pero las pruebas no solo mostraban que no estaba loco, sino que estaba perfecto. Además, Ork estaba allí para confirmar todas las historias: extendía su sistema nervioso y contactaba el de su interlocutor para tener una conversación mental. Las imágenes que era capaz de mostrar a los que se sometían al abrazo de sus delicadas raíces gelatinosas eran las que Sami intentaba explicar. Podía parecer un loco, pero la mayor parte del tiempo actuaba como una persona normal: decente, con la espalda recta, evitando decir “man”, “parce” y “chimba”. Sami sabía que para que le creyeran, su comportamiento debía ser diferente, tendría que ser respetuoso y seguro de sí mismo; ahora que había regresado, no podía ser el mismo mochilero punk al que aspiraba ser antes. Busqué en sus gestos al loco antisistema de siempre, pero lo encontré camuflado, contenido.



Barlunko
Planeta Barius

Ayuda a reconstruir tu ego

Sami puso los pies en el agua, caminó y salpicó su ropa roja. La gente seguía mirándolos, a él y a la bola viscosa que llevaba en sus brazos como un bebé. Todos los medios de comunicación anunciaron la noticia de último minuto, el planeta entero volvió a poner los ojos en el Vaupés. Mafalda y yo estábamos en un concierto de salsa, una notificación hizo que revisara su celular, se quedó mirándolo y dejó de bailar.

—¿Qué pasó? —grité para que me escuchara.

Me mostró un video de CNN con subtítulos:

"… Samuel Rojas reapareció completamente ileso. Ha vuelto dentro de una misteriosa esfera que hace pocos minutos cruzó la Puerta del Vaupés. Estamos esperando las declaraciones del joven colombiano, el primer ser humano en atravesar de ida y vuelta el disco".

Samuel estaba cansado, el calor de Mitú acentuó su malestar, así que se quitó su túnica roja. En los videos se le veía blanco como la serpiente albina que siempre había sido, pero las noticias nacionales le habían puesto un cuadrado negro cubriéndole las partes pudendas, aunque a Sami ya no le importaba su desnudez. Empezó a abrazar a los que se le atravesaban mientras las lágrimas cruzaban su rostro; la babosa se sostuvo en su espalda. Su emoción era real: hacía mucho que no veía humanos, que no respiraba el aire terrestre, que no escuchaba personas hablando. La gente no pudo ocultar que Sami olía muy mal, trataban de huirle al contacto por el asco y el temor a las infecciones que pudiera traer del espacio, pero, presintiendo la futura importancia que tendría, aguantaron la respiración y forzaron una sonrisa.

—Samuel, Noticias UNO, ¿dónde estabas?

Samuel estaba sudado, una luz le apuntaba a la cara y no podía ver bien: sus ojos rosados se movían frenéticamente, como

Mafe lo recordaba. En cualquier momento comenzaría con su risa nerviosa mientras se enjugaba las lagrimitas de reconocimiento tras tanto tiempo de soledad y de silencio.

—Samuel, ¿conociste otras dimensiones?

—Samuel, ¿estabas en el espacio? ¿De dónde vienen los valsorgs?

Finalmente comenzó a hablar. Se había entrenado para ese momento y pudo contener sus soniditos de ratón.

—Buenas noches, soy Samuel Rojas. He estado viajando por muchos sistemas de nuestra galaxia. Quiero decirles que he vuelto porque creo que hay futuro para nuestro planeta. Quiero ser el embajador de la Tierra ante el Directorio Interestelar. Tengo muchas ideas. Con lo que descubrí viajando, este… con lo que descubrí viajando… —Risita nerviosa—. Creo que la Tierra podría volverse una civilización tipo 2.

—Samuel, acá Noticias Caracol, ¿qué pasó con doña María? —En algún momento de esos años, se descubrió quién había sido la acompañante de Sami.

—Ella se quedó en Prrkonium. Pero no se preocupen. Lo más probable es que también vuelva.

—¿Qué es Prrkonium?

—Samuel, ¿de dónde vienen las naves espaciales? ¿Qué hacían los valsorgs en la Tierra?

—¡Ah!, este es el primer viajero del planeta Nabulus —dijo mostrando la babosa que excretaba cintas de colores de emoción—. Se llama Ork. Nosotros recibimos una beca de desarrollo para...

—Samuel, ¿cómo sobreviviste en el espacio exterior?

—Samuel, ¿cuántos planetas habitados existen en la Vía Láctea?

Samuel no se sentía bien: el aire, la gravedad y la composición química de la atmósfera lo habían golpeado. No pudo responder más preguntas, comenzó a vomitar frente a las cámaras. Tosió, sufrió arcadas horribles y luego alguien de noticias CM& le pasó una servilleta.

Mafe estaba aterrada, yo también. Al día siguiente, Facebook estaba lleno de memes sobre Sami, y los diarios del planeta estaban saturados de artículos que especulaban sobre cada una de

las frases que había dicho. Como el líquido blanco que salió de su boca había alarmado a varias personas, decidieron poner a Sami en cuarentena y examinar a todas las personas que habían tenido contacto con él. Lo aislaron con Ork: les hicieron preguntas y examinaron su sangre. Sami tenía parásitos de origen desconocido, pero salieron de su cuerpo con una dosis de algo para las amebas, y los parásitos rectales y sus cadáveres fueron especímenes de estudios multimillonarios. Nadie supo nada de ellos por una semana, y los youtubers ya estaban imaginándose las más descabelladas teorías conspiratorias. Finalmente, Sami apareció en televisión, ahora vestido con camisa y gafas de sol:

—Gracias por no dispararme, lo valoro mucho. —Sonrió con una entrenada sonrisa—. Lo primero que quiero decirles es que estuve viajando por muchos planetas. Estuve mochileando, intentando entender cómo vivían los aliens. Vivimos en un vecindario estelar con muchas formas de vida, varias de ellas son inteligentes.

Sami habló de algunos detalles de su viaje. Contó que cuando paseó por Alarium B, los habitantes se maravillaban con su presencia: eran solo cerebros que crecían como hongos, no tenían boca ni nariz, y se extendían por toda la superficie del planeta, intercambiando información químicamente. Informó sobre las esporas inteligentes de Maryamax, de la anarquía totalmente funcional de muchos planetas del Directorio. Explicó las similitudes y diferencias entre muchas formas de vida, habló de la evolución convergente y de la cantidad de seres con ojos y sistemas nerviosos similares a los nuestros.

Sami era conocedor de verdades que eran desconocidas para el resto de la humanidad. Mafalda no podía creer que el Sami que alguna vez había estado por debajo de ella, lamiéndole las botas, ahora era la persona más importante de la Tierra.

—Señor presidente, le pido, en nombre del Directorio Interestelar, que por favor se reúna conmigo aquí, en Mitú.

La llegada de Sami cambió el ambiente de todo el pueblo, y del mundo.

Tatiana, quien recordaba haberlo conocido brevemente antes de que atravesara la Puerta del Vaupés, se encontró con Sami y Ork para hablar de los posibles cambios temporales causados por las diferentes gravedades a las que había sido expuesto. Ella

especulaba que Sami había pasado más de dos años y medio en el exterior, contabilizados en la Tierra, si se tenía en cuenta la ley de la relatividad general. Luego les dio un tour por las nuevas instalaciones. Aunque todavía se sentía la humedad de la selva, el lugar era diferente al que había dejado Sami: la naturaleza había sido desplazada por calles de concreto y complejos militarizados con carritos de golf, y el enorme cráter no podía verse, oculto por las instalaciones de investigación.

El primer viernes después de su cuarentena se emborrachó como no lo había hecho en años, y lloró abrazando a quien tuviera al lado. La nostalgia por su planeta lo convirtió en un ser sensible por los eventos naturales: decía que el atardecer terrestre era el mejor que había visto, y que la comida sabía mucho mejor aquí. Se quedó varios minutos mirando al sol hundiéndose al otro lado de la selva, mirando la luz filtrada por los árboles que se deslizaba por su camiseta sin mangas, embadurnado en bloqueador solar. Aseguró que nunca encontró un planeta al que pudiera llamar Hogar, ni siquiera Thss:

—Era igualito a la Tierra —dijo con lágrimas en la cara—, excepto por su gravedad doble y volcanes que expulsaban oxígeno al aire. Tenía nubes blancas sobre un cielo azul turquesa, ríos de agua líquida y el día duraba treinta y dos horas terrestres. Ni siquiera Thss es tan hermoso como la Tierra. Ninguna especie es como los humanos.

Con el tiempo que había pasado afuera había olvidado que los humanos mataban, secuestraban y hacían genocidios: los había glorificado. Solo recordaba las bondades de la humanidad: el baile, las borracheras, los abrazos, la calidez, la alegría.

En las declaraciones posteriores a su cuarentena, en las que estaba casi siempre sobrio, reconoció que pocas especies habían inventado algo como la religión: la mayoría de las especies inteligentes eran ateas:

—Cuando les dije que en la Tierra se creía, de una u otra forma, que un ser inmortal y eterno era el creador de todo, nos tomaron por seres no pensantes. Para ellos es absurdo suponer que un cerebro o una máquina pensante existiera antes de que existiera la materia. Solo los cerebros y la materia son capaces de pensar, y no entienden cómo es que nosotros damos ese paso en falso hacia la fantasía. Pero claro, hay otras especies que sí tienen

religiones, aun hoy —dijo Sami en una entrevista que casi le costaría la vida.

Las investigaciones sobre su persona empezaron a estar acompañadas de invitaciones sociales: doctores y candidatos a Ph. D. lo invitaban a tomarse una cerveza o a comer pizza, para hablarle de una teoría interesante y saber qué pensaba. La gente lo miraba pasar como si fuera una celebridad:

—Samuel, estoy trabajando sobre tu vómito. Sería de mucha ayuda si nos dices cómo estuviste alimentándote mientras viajabas.

—Sami, ¿puedes escupir acá?

—Hola, Sami, ¿puedo tomarme una *selfie* contigo?

Ork, por su parte, había sido respetuosamente medido, se había hecho una página en Wikipedia y se le había dado la atención de un futbolista en el mundial. Hablaba usando personas a través de su maraña nerviosa, sus declaraciones eran torpes, su forma, graciosa, y su biología, un misterio. Expresó que todos los datos sobre su especie serían revelados con prontitud, y que no aceptaba ser tratado como un experimento científico. Hacerlo sería meter a la Tierra en un conflicto diplomático, y esperaba que entendieran su posición política. Se le dio una habitación propia con muebles y objetos de uso personal mandados a diseñar a su medida. Ork y Sami se veían todos los días, y trabajaban juntos en los primeros pasos para armar la embajada.

Sami disfrutaba mucho estar con personas, ser tratado de esa forma, preguntar qué había pasado en la Tierra: ¿qué país del medio oriente estaba en pedazos ahora? o ¿quién había ganado el mundial? Tatiana se volvió amiga de él y de Ork: salían a bailar o a jugar billar con otros científicos, y escuchaban teorías locas sobre el funcionamiento del disco y hablaron sobre el CAE y su figura legal en todo el asunto de Mitú.

Aunque las cosas eran alegres en Mitú, en las noticias y en las redes sociales el ambiente era de preocupación:

Ya lo dijo Hawkins: nuestro encuentro con los extraterrestres será como cuando Colón se topó con América, se leía en Twitter. *La llegada de Samuel Rojas es el primer paso hacia una colonia planetaria: extracción de recursos, esclavitud, enfermedades y plagas incontrolables*, se leía en Facebook. *¡Destruyan esa maldita puerta antes de que ellos nos destruyan a nosotros!*, gritaba un borracho en

un video de YouTube. Algunos grupos religiosos afirmaron que lo que había del otro lado de la Puerta del Vaupés era el infierno. ISIS confirmó que los extraterrestres eran kafirs, y declaró que seguirían su yihad por toda la galaxia, hasta que dejaran de ser infieles y se convirtieran a la verdadera religión.

El presidente aceptó la cita: un helicóptero lo llevó a Mitú, la capital del Vaupés. El presidente de Colombia, algunos de sus consejeros más cercanos, Tatiana, Sami y Ork se reunieron en una de las habitaciones en el edificio más alto. Sami estaba nervioso, reconocía que todo se lo debía a la suerte, haber pasado de vender conejitos por internet a planear el futuro del país y del planeta, pero el traje le ayudó a fingir seguridad. Estuvieron hablando por horas. Los "No podemos exponer al planeta a una posible amenaza" fueron repelidos de inmediato por un "Nosotros somos la única amenaza para la galaxia". Sami explicó que los humanos no habíamos sido contactados por el Directorio porque nuestra civilización todavía era muy primitiva. El presidente habló de cómo estaba el país, del tratado de paz, de la opinión pública.

—Todo eso será cosa del pasado muy pronto.

—¿Y qué es lo que pueden hacer con una embajada?

—Aprender de los demás, eso es lo más importante. Sacar humanos de la Tierra y traerlos de nuevo, inversión interestelar, turismo. Es como abrir los ojos, señor presidente. Abrir los ojos por primera vez a la interconexión.

—Déjeme hacerle una pregunta, señor Rojas. ¿Qué modelo económico se usa en esos otros planetas?

Sami sonrió y evadió la pregunta:

—Mire, señor presidente, le voy a decir cuál es el plan de acción: nosotros tenemos una beca de desarrollo del Fondo para la Aceleración de Civilizaciones Subdesarrolladas. Con esa beca podemos traer seres de distintos sistemas planetarios para que traigan conocimientos, comprar instrumentos, maquinaria, hacer instituciones educativas nuevas, o mejorar las que ya están y mejorar lo que tenemos para alcanzar el Plan de Sostenibilidad, el Curso de Acción Positivo, los Objetivos del Milenio, como lo quiera llamar.

Sus nervios habían desaparecido, se sentía como el hombre más capaz de la historia. Explicó detalladamente el

funcionamiento, la misión, la visión y los objetivos a corto, mediano y largo plazo de la embajada. Ork estaba en una copa de vidrio “observando” a Sami:

—El primer paso es abrir la embajada. Tendrá una oficina de desarrollo, una oficina de visados para registrar la entrada y salida de pasajeros, y una oficina de becas para científicos terrestres que quieran estudiar en el exterior. El segundo paso es abrir el sistema de becas para proyectos locales: ayudar a empresas pequeñas y medianas a construir naves espaciales e hiperespaciales, financiar proyectos de investigación por todo el mundo. Vamos a traer unas naves de otros planetas y algunos ingenieros que nos enseñen a fabricarlas y a rediseñarlas para el uso humano, porque no queremos depender de la tecnología extranjera. También tendremos que construir alrededor de la Puerta del Vaupés un puerto espacial. El tercer paso es fundar una universidad especializada en Estudios Alienígenas. Necesitamos a los mejores de los mejores de todo el mundo, tendremos profesores de varios planetas. Obviamente otras universidades seguirán el modelo, pero por ahora, acá, en Mitú, tendremos la primera.

El presidente estaba boquiabierto. Quería abrazar a Sami incluso antes de que terminara de hablar. Le parecía sorprendente cada vez que Sami decía algo como:

—Con la tecnología y ayuda alienígenas, vamos a traer el desarrollo verdadero: el control total de la alegría y el disfrute, el placer absoluto, la riqueza, la transformación de la materia en energía pura y renovable. Vamos a lograr paz y progreso.

La foto oficial del evento fue al final de la reunión: el presidente dándole la mano a Sami, quien sostenía a Ork sobre su hombro izquierdo.

—El CAE va a regular, aprobar o desaprobar todos los asuntos de la embajada —declaró el presidente en la rueda de prensa—. Así se controlará el poder de la embajada, para evitar que se extralimite en decisiones que podrían afectar a todo el planeta. La embajada propone, el CAE aprueba.

—Pura mierda —dijo Mafalda cuando escuchó la declaración oficial—. El presidente no puede hacer eso, porque si lo hace todos los grandes empresarios se van a cagar de miedo. Eso se va a convertir en una guerra por contratos.

Sami viajó a Nueva York en una primera reunión con la ONU. Presentó su proyecto en toda su profundidad. Se hicieron preguntas, pero la respuesta casi siempre fue:

—El CAE evaluará y decidirá si es válido o no.

Fue ovacionado. La embajada fue aprobada por unanimidad, pero habría una segunda reunión para dar legitimidad a Samuel a nivel global.

El primer acto del embajador Samuel Rojas fue el trámite de la Carta de Derechos Civiles de los Extraterrestres, basada en una traducción de la legislación del Directorio. Era un documento corto que ninguno de los países de la ONU dudó en aprobar. Ahora los aliens tenían derechos civiles, y con ello, libre tránsito. Sin embargo, la presencia de los extraterrestres se limitaría a Mitú y sus alrededores, al menos mientras los países se adaptaban a las necesidades de los visitantes y se firmaban cartas de cooperación, se homogenizaban protocolos diplomáticos y se negociaba con los países interesados en permitir acceso a los visitantes. Nuestro planeta recibiría los primeros turistas del espacio y los beneficios económicos se especulaban en los billones de dólares.

La primera nave que apareció tras la firma de los acuerdos fue una Palabraba 65 de Noctis con los primeros trabajadores del Directorio. Traía equipo, material de construcción y de adecuación para especies y dos equipos de científicos de distintos planetas. Pronto, la Puerta del Vaupés empezó a recibir hasta tres naves al día.

El espejo comenzaba a lanzar rayos gama, el centro se expandía, una explosión de gas blanco creaba una columna enorme y una nave aparecía de la nada: naves con aros, polígonos a rayas, sólidos de geometría no euclidiana construidas en varias dimensiones, esferas con textura de cangrejo y tubos exteriores, una cosa que desde cierto ángulo parecía un zapato con muchísimas antenas de insecto moviéndose hacia la zona de aparcamiento. Al principio, cada llegada era una novedad: los científicos interrumpían su trabajo para ver las enormes máquinas flotantes que recién habían atravesado la red de túneles de gusano de la galaxia. Los que vivían o trabajaban cerca de la Puerta del Vaupés eran los más afortunados. Los viajantes tenían que registrarse, pero los pasaportes expedidos por el Directorio

eran registros sofisticados sin hojas ni papel, más adelante nos adaptaríamos a esta tecnología.

Los cargueros y grúas que cruzaron la Puerta del Vaupés, trajeron materia prima para construir naves espaciales, hangares y plataformas de servicio técnico, científicos alienígenas de varias especies que dirigían y enseñaban a los pocos ingenieros humanos, algunos eran inteligencias artificiales, otros eran monstruos sin frente ni espalda. En pocos meses el tema de Mitú se volvió un circo mediático: la producción en escala masiva, la planeación, los comerciales de televisión en los que Sami pronunciaba una de sus frases célebres: "La riqueza no es la riqueza". *Castrochavista* fue una palabra que empezó a rondar Twitter, pero rápidamente decayó. Las máquinas talaron varias hectáreas de árboles, vaciaron concreto en estructuras de acero como nunca se había hecho en esa región de Colombia y comenzaron a armar los pilotes de un gran complejo de edificios, con planos y modelos aprobados previamente, repletos de detalles inexplicables para los arquitectos humanos. El puerto espacial se llamó oficialmente la Puerta del Vaupés. Grúas, tractores y buldóceres invadieron y desplazaron animales locales, usaron dragas para sacar el agua que se filtraba en los agujeros de los pilotes: los ambientalistas protestaron, pero la promesa de nuevas tecnologías limpias los calmó rápidamente. La gente trabajaba día y noche. Se instalaron ventanas de cristal, se terminaron los cuatro pisos del puerto, con un revestimiento de titanio y madera de lo más elegante, con pisos brillantes de lozas de mármol y sillas de aluminio en las salas de espera. El hiperpuerto no solo estaba diseñado para humanos, sino para otros seres interplanetarios con necesidades diferentes a las nuestras: cubículos con enormes agujas negras que salían del suelo y salas circulares con un agujero en el centro lleno de bolitas blancas, que no sabíamos para qué eran.

Debajo del disco se hizo un túnel, para que las naves entrantes fueran dirigidas hacia parqueaderos subterráneos, que se sumaban a los que también estaban en la superficie, de manera que la cara inferior quedó permanentemente destinada a los vuelos de llegada, y la cara superior a los vuelos de salida. Sami redactaba, Ork revisaba, el CAE creaba subdivisiones y asignaba doctores e ingenieros como directores de proyectos. Una de las principales preocupaciones era la entrada o salida de patógenos;

se discutieron protocolos de seguridad y se estableció que se aprobaría el del Directorio, que explicó Ork a través de Sami: procesos de revisión con tecnología del Directorio para descubrir cualquier ser vivo que fuera potencialmente peligroso, y salas de limpieza y actualización inmunológica para eliminar las amenazas y vacunar a los pasajeros. Tatiana Ríos estaba cargo de la implementación de este protocolo, y en las ruedas de prensa aseguró:

—El protocolo del Directorio es mucho mejor que el de la Tierra, tienen milenios desde su implementación.

Los alienígenas que llegaron durante los primeros meses fueron recibidos con collares de flores y sombreros vueltiaos (aunque no siempre había dónde ponerlos), con letreros de “Bienvenidos a la Tierra”, en eventos televisados que mostraban bailarines de joropo y mapalé y conjuntos vallenatos. La mayoría de los recién llegados esperaban frente al espectáculo sin realmente entender qué era lo que estaba pasando: pasaron bandejas con comidas extraterrestres, hubo palabras emotivas, lágrimas, memes, canciones, artículos. Sami estaba feliz viendo cómo, en tan poco tiempo, iba a cambiarlo todo y para siempre.

Diderot

Mafalda esperó la llamada. Pensaba que al menos recibiría una llamada.

—¿Aló? Hola, gorda, Sami no me ha llamado. ¿Qué hago?

—Hola, ¿y no te contesta? ¿Ya intentaste llamarlo?

—No, no tiene celular. Y tampoco se ha conectado a Face ni a Instagram. ¿Qué hago?

Quise decirle que dejara el show, que Sami se había ido y ellos habían terminado, que él no le debía nada.

—Yo fui la que se inventó el CAE, o sea, me parece tenaz que no me hable.

—Por lo que han dicho en las noticias, tampoco ha llamado a los papás, que están en Tunja y dicen que lo extrañan y lo quieren en la casa.

—Pura mierda porque Sami los odia y ellos lo odian a él.

Ese fin de semana nos reunimos en su casa. Revisamos todos los memes en Facebook, casi todos de Ork comiendo bandeja paisa y esnifando cocaína. Cuando paramos de reír, dijo:

—Yo debería estar a cargo, pero no, tenía que ser un hombre blanco el que protagonizara este momento histórico.

Yo sonreí, Sami era blanco por un problema genético, pero sí, era cierto, yo tampoco quería que fuera un hombre el protagonista. Pero tampoco podía negar que Sami me estaba gustando, que me habría encantado haberle echado los perros en la universidad, pro-bar si él era capaz de ponerle atención a este pedazo de grasa con piel que soy yo.

—¿Por qué no me llama? —preguntó Mafalda.

—Mafe, relájate, muñeca. Él se fue, ustedes ya habían terminado, ¿no te acuerdas?

—Sí, pero…

—Pero nada, Mafe. Supéralo.

Pero ella se quedó mirando como diciendo que no, que ella iba a ir mucho más lejos, y no necesariamente porque ella quisiera volver con él o porque lo amara, más bien porque tenía planes y quería llevarlos a cabo.

* * *

Cuando las oficinas de la embajada estuvieron listas, a Sami y a Ork les ofrecieron una gran oficina con dos escritorios y una enorme copa de cristal para el sölföl. Allí estuvieron varios meses planeando, organizando cronogramas de actividades. La mayor parte la pasaban pensando en qué hacer y cómo lo harían, almorzaban con delegados nacionales e internacionales de todas las ramas: biólogos, economistas, sociólogos, médicos. La cantidad de visitas, correos y llamadas era abrumadora: gente de la NASA y SpaceX, astrofísicos, documentalistas de NatGeo que querían entrevistas y varios editores que les proponían escribir una memoria completa de sus viajes. Sami estaba feliz con su nueva forma de vida, se había adaptado a ella con facilidad. La tenía clara: siempre frente al *laptop,* tomando té verde, y escribiendo cartas nacionales, internacionales e interplanetarias; rellenando columnas de Excel con la información que habían instalado en su cerebro. Sami supo durante su travesía espacial que, si volvía, lo haría de una forma totalmente distinta. Ni sus padres ni sus amigos ni nadie lo reconocería. Se despertaría temprano, arreglaría la casa, tomaría té, tendría una agenda, usaría trajes elegantes, viviría en un apartamento lujoso. Su plan estaba funcionando a la perfección, su ambición le dio disciplina. Quien antes solo había podido aspirar a un cuartucho alquilado y a lavar la ropa a mano, pudo planear vacaciones en otros planetas, ir a restaurantes finos en los que le preguntaran en qué término quería la carne, y usar camisas de marca y gafas de sol. Ork también trabajaba arduamente. Sentado en su copa de cristal, organizaba un protocolo de intercambio de información entre la Tierra y Nabulus usando un par de artefactos que había traído consigo. Había conformado un grupo internacional de traductores para acceder a las enciclopedias humanas, Wikipedia siendo la más importante. Recursos de un sinnúmero de instituciones se destinaron a esa labor titánica pero necesaria para acoplar el conocimiento humano al conocimiento de la Enciclopedia

Galáctica. ¿Qué es la Tierra?, ¿cómo está compuesta?, ¿qué tipos de recursos tiene?, ¿qué animales tiene?, ¿cómo obtienen energía los seres que la habitan?, ¿qué son los humanos? Todos esperaban esta información, pues la Tierra era el nuevo descubrimiento, estaba en periodo de prueba para convertirse en miembro oficial del Directorio. El protocolo de traducción era el primer paso para conectar civilizaciones. Los aliens que estaban en la tierra ya tenían acceso a nuestro internet, pero ahora debíamos conectarnos a la Red Intergaláctica. Cuando lo logramos, saltamos un puente de miles de años de ignorancia: tenía el conocimiento acumulado por las civilizaciones de los 170 planetas del Directorio, incluyendo ciencias, formaciones rocosas, sitios turísticos, eventos históricos, química, arqueología, filosofía, descripciones de lenguajes y física.

La segunda gran tarea de Sami como embajador del Directorio fue ofrecer la Enciclopedia Galáctica a la humanidad. En solo cuatro meses, el enorme equipo, que incluía gente de Google, Microsoft e inteligencias artificiales no conscientes, desarrolló una plataforma para traducir artículos de la Enciclopedia desde el código de colores sölföl, y Sami dio la orden de abrir la línea para fusionarla con internet. La inauguración fue un evento televisado por drones esféricos que seguían a Sami por la plaza Carl Sagan, asistieron representantes de la ONU y algunos presidentes interesados. Su discurso inaugural empezó:

—No es extraño que las civilizaciones hayan desarrollado equivalentes a las enciclopedias, pues son formas útiles de organizar la información. En palabras del colombiano Daniel Monje: la enciclopedia es una bomba de precisión milimétrica con partes venidas de lejos, armada, originalmente por André Bretón, editor principal del trabajo de Diderot y D’Alembert, que lentamente, como una onda expansiva, transformó al planeta para siempre. Revoluciones políticas y filosóficas, cambios de pensamiento y transformaciones en la educación fueron perfeccionándose hasta llegar a las herramientas que tenemos nosotros. Hoy es un día histórico, porque desde hoy tendremos acceso a la información que se ha recopilado por milenios entre las especies inteligentes de la galaxia. Y como forma de pago simbólica, nosotros daremos a ellos nuestras propias enciclopedias, por la paz y el desarrollo interestelar. El conocimiento no es el conocimiento, el conocimiento es la fuerza.

Ork apareció abrazando al ministro de Cultura con su sistema nervioso extendido, explicando que, siendo una civilización tipo 1, o casi tipo 1 en la escala de Kardashev, los humanos tendríamos restricciones a la hora de acceder a material que era potencialmente peligroso. Solo un 0.2% de la Enciclopedia estaría bloqueado: armamentos y construcción de puertas hiperespaciales, como la del Vaupés. Al darnos la Enciclopedia Galáctica, el Directorio nos daba la confianza y la responsabilidad de hacer con ella el "bien" (65). Era un acto inmensamente noble, un regalo que no tenía comparación, y la mejor manera de inaugurar una nueva era en la historia de la Tierra: la Aceleración.

—Hoy es el primer día de un largo proceso en el que la Tierra dejará la infancia —terminó Sami.

Los invitados internacionales aplaudieron.

Los módems tuvieron que llegar a centrales de información desde otros planetas desarrollados. Tenían terminales que usaban una serie de deformaciones espaciales y partículas entrelazadas para recibir una banda ancha de tres millones de Petabytes por segundo, que era el flujo del internet galáctico más rudimentario, adaptado para traducir formatos de información que no podíamos ni imaginar en ese punto. Mientras tanto, nosotros actualizábamos los discos duros de estado sólido e instalábamos métodos de almacenamiento imposibles hasta entonces. Al principio solo estaba disponible en español. Una semana después ya estaba disponible en inglés. En todos los idiomas se detectaron errores de traducción, pero muchos se ofrecieron para corregirlos. Lo primero que yo busqué desde mi celular fue sobre los sölföls, la raza extraterrestre más conocida. Para hacer la búsqueda fácil, toda la información quedó almacenada en Wikipedia, y cualquiera podía acceder desde un celular o un computador. La sección sobre Nabulus contenía todo lo relacionado al planeta, su vida inteligente, su historia geológica y evolutiva. Comenzaba por la composición química, los otros seres vivos que habitaban el planeta, el método de reproducción celular, su forma de obtención de energía. Nabulus era dos veces el tamaño de la Tierra, con una atmósfera rica en nitrógeno y oxígeno. Su geografía accidentada estaba cubierta por una capa de ciudades orgánicas, nidos como de termitas en los que vivían los sölföls.

Un dato curioso que aprendí entonces fue que los sölföls nunca desarrollaron la imprenta, porque su forma de comunicación natural ya quedaba impresa, entonces sus bibliotecas eran largas cadenas de hilos de colores excretados; tenían un registro de miles de años. Eran seres excepcionales: estaban dotados, como ya se sabía, de un sistema que les permitía sentir lo que otros sentían; estaban adaptados biológicamente para entenderse, para dejar información a su paso, solo habían tenido cuatro guerras en toda su historia. ¡Qué ejemplo de sociedad!

Pasé horas leyendo artículos sobre bioquímica alienígena y astronomía. Millones estábamos haciendo lo mismo. En Facebook apareció una publicación que parecía resumir la inquietud de millones: *¿Saben qué es esto? Es la mayor cachetada que ha recibido nuestra civilización. El conocimiento que tiene esta Enciclopedia nos está acortando siglos y millones de dólares en investigación. Lo que todos los científicos vivos habrían dedicado su vida por encontrar, los miles de doctorados cursados, el dinero invertido en investigación, todo, absolutamente todo, se ha ido directamente a la basura. Lo que alcanza un siglo de investigación es apenas el 0.1% de lo que está en la Enciclopedia. ¿Qué esperan que seamos de ahora en adelante?*

Pero la Enciclopedia era solo la parte que los humanos podíamos entender del Gran Enlace Galáctico. Los de Google Play y la App Store hicieron una aplicación que traducía la información para entrar al Enlace, pero era como intentar entender YouTube con un computador sin pantalla de los años 70: era una mierda imposible de descifrar. Pero potencialmente, pensaron los de Facebook, era una forma de conectar humanos con extraterrestres de cualquier lugar.

La conexión esotérica

Sami recibió varios correos con remitentes que se identificaban como “Representantes de empresas importantes”, que solicitaban reuniones para tratar temas “de suma importancia internacional”. Sami le pidió a su secretario que organizara una reunión con cada uno. El primero fue Fernando Santos, un colombiano adinerado que se asustó al ver a Ork y dejó una decena de escoltas en la entrada del edificio y otros tantos en la puerta de la oficina. Después de una presentación misteriosa dijo que estaba dispuesto a pagar una gran cantidad de dinero para tener acceso a información de primera y en exclusiva. Sami sonrió incómodamente y afirmó que esa no era la forma en la que se manejarían los asuntos del Directorio, Fernando mostró un cheque firmado por ochenta millones de dólares como adelanto, y Sami le repitió que la información de la embajada y el Directorio no estaban a la venta. Los que siguieron eran más de lo mismo: afirmaban venir de ciertas empresas y querían pagar para obtener preferencias para establecer relaciones comerciales y obtener derechos de explotación exclusivas de patentes y recursos. Para todos, la respuesta fue la misma:

—Yo no necesito dinero. Soy el representante legal del Directorio y ellos tienen recursos ilimitados.

Empresas de minería, construcción y maquinaria intentaron lo mismo. Algunos lo amenazaron, tres dijeron pertenecer a la orden 25 de los masones de la logia de París; otros revelaron que pertenecían al Opus Dei, a la orden de los Rosacruces, a la Iglesia de Mitra y a la Hermandad Hermética de Luxor. Los que no tenían dinero venían para confirmar sus teorías: los raelianos lo retuvieron una hora con preguntas idiotas: ¿los extraterrestres eran grises?, ¿tenían cabezas enormes y ojos negros? Sami rio y les mostró las imágenes de alienígenas inconmensurablemente feos, grotescamente asimétricos, de planetas distantes que aparecían ahora con toda naturalidad en cualquier celular

humano. En las noticias nacionales e internacionales ya tenían secciones sobre temas extraterrestres: “No estamos solos. Estas son las ciento setenta especies del Directorio”. Pero los raelianos querían la confirmación de Sami.

Ork se habría reído, si en su especie existiesen las contracciones que nosotros llamamos risa, de lo ridículas que fueron algunas entrevistas: los de la Orden del Templo Oriental hablaron de un tal Lam, contactado por Aleister Crowley; los mormones preguntaron por un planeta llamado Kalob, y dos Jesuitas preguntaron si alguien en el espacio creía en Jesús.

—Nop. No tienen ni idea de quién es ese —respondió Sami traduciendo las tiras de colores que excretó Ork.

¿Había paralelos con la Biblia? No. ¿Mitologías similares que pudieran compararse para exclamar al ver conexiones arquetípicas? Ni de cerca. Todas las mitologías eran distintas. Un puñado de civilizaciones habían desarrollado, hace miles de años, algo similar a monoteísmo, pero sus practicantes habían decrecido en sus eras de conexión, en los picos de su civilización. ¿Alá? Nada. ¿Visnú y Shiva? Por ningún lado. La Orden solar de Monte Carlo se disolvió poco después, fue un ataque frontal al evangelismo, los yazidis quedaron confundidos, la Iglesia católica perdió el 10 % de sus creyentes en un par de meses, y las certezas en la verdad absoluta del islam comenzaron a flaquear.

Pero la más intensa de las reuniones fue con un agente anónimo que solicitó una cita en nombre de “las compañías más poderosas de la Tierra” y afirmaba que no debía tomársele a la ligera. Más por curiosidad que por la amenaza, Sami lo recibió.

—Quiero exclusividad de explotación de recursos. Estamos dispuestos a pagarle veinte billones de dólares.

Sami lo miró divertido.

—No me interesa. Ninguna empresa privada va a tener exclusividad de nada.

La persona sin nombre tenía una medalla en la solapa del saco. Sami pensó que debía ser otro loquito de una orden hermética de alguna estupidez, un caballero templario o un iluminati, pero le daba igual. El tipo se sentía incómodo con lo que tenía que decir, pero lo dijo:

—Señor Samuel, hemos estado leyendo la Enciclopedia

Galáctica. Sabemos a dónde apunta su relación con el Directorio Interestelar.

—Lo único que me interesa es el desarrollo económico y cultural de nuestro planeta —respondió Samuel fingiendo seguridad.

—¿En verdad se cree tan iluso como para imaginar que puede acabar con el capital de la Tierra? ¿Contra las empresas privadas? ¿Usted? Si esta relación comercial no sale como nosotros queremos, no habrá tal. Se lo advierto, si no hace lo que le decimos, esa Puerta toca cerrarla.

Sin esperar respuesta, se puso de pie y se fue.

Hacemos envíos a toda la galaxia

—¿Le gusta viajar, pero no quiere aprender el idioma? Aprender un nuevo idioma es tedioso, difícil y caro. La gente se ha gastado millones de pesos en cursos, materiales didácticos y clases privadas.

El presentador era un cubano que vivía en Colombia y que tenía una voz espectacular para hacer comerciales, explicaba todo usando sus manitos de una forma que cautivaba audiencias.

—Es una pesadilla gastar tanto dinero, ¿verdad? Pues ya no más. Gracias al nuevo y revolucionario ConektionPlus, con la última tecnología del planeta Nabulus, adaptado para humanos en conjunto con científicos del sistema supiano, valsorgs, humanos de Colombia y barlunkos.

—Te pone' la pulsera de ConektionPlus UltraConnect, le das la mano a alguien y el rejto es magia.

Las imágenes mostraban cómo una especie de brote amarillento crecía desde la pulsera, ramificándose de una mano a la otra. Ambas personas se quedan calladas, blanqueando los ojos y soltando espuma por la boca. Abajo aparecían unos subtítulos en alfabeto latino y una banda de colores azul, amarillo, tres puntos verdes, otro amarillo:

—Señor Okeda San, los informes están listos en su escritorio.

—¡Arigato!

El presentador cubano aparecía después mostrando que tenía varias pulseras de distintos colores:

—Y viene en distinto colore'. En modalidá' espor'. En modalidá' hombre de negocios. Para la abuela, para el muchacho, para la ama de casa. ¡Para todo el mundo! ¡Súmate a la diversión y comienza a comunicarte telepáticamente!

La violencia nunca es abstracta, siempre es el resultado de algún tipo de impotencia

La Enciclopedia Galáctica era inmensa, se estimaba que se necesitaban un millón de vidas de noventa años de lectura continua para terminarla. Y aunque nadie alcanzaría a leerla completa, todos habían empezado a hacerlo. Mi mamá me contó que había leído sobre los valsorgs, sorprendida de su parecido con nosotros porque tenían muchas guerras en su mundo. Mis compañeros de trabajo comenzaron a hablar de deportes interplanetarios, la gente en las calles hablaba como si nada de nuestros procesos históricos comparados con los de otros planetas o sobre los errores de nuestra física estándar. La moda del año era pasar todo el día escroleando artículos, querían saberlo todo: ¿qué comían?, ¿cómo se comunicaban?, ¿cómo viajaban?, ¿qué era el arte para ellos?, ¿existía la música?, ¿cómo tenían sexo? La información era demasiado extraña como para entenderla, hasta la pornografía era incomprensible. En la televisión nacional sacaron secciones de noticias tipo: "Hoy en la Enciclopedia Galáctica", en las que daban datos curiosos sobre los aliens, como que en Pol Lubern, los trichinos también habían inventado el cine con métodos más o menos parecidos, y habían alcanzado su nivel de desarrollo y su revolución intelectual con películas en vez de libros, por lo que era una industria tan antigua como la pintura en la Tierra.

Fui a casa de Mafe, la encontré tomando té y comiendo galletas. Se veía seria, pensativa, apenas si me miró.

—¿Qué pasó?

—Voy a ir a verlo. A Sami. No me lo pasan ni al teléfono, y eso que les digo que soy la asistente personal de la ministra de Relaciones Internacionales. Todos los embajadores de Colombia en el exterior nos están presionando para tener una buena relación con la embajada del Directorio. Las relaciones

internaciones están cambiando: en octubre van a dejarnos entrar a Estados Unidos sin visa. ¡Y todo por él!

Mafalda mojó una galletita en el té, se la metió en la boca y suspiró, esperando que yo reaccionara a sus noticias. Se veía cansada. No había podido trabajar mucho, todo lo que se hacía en la embajada perdía importancia ante cualquier aparición de Sami en la tele. No se hablaba de otra cosa. Pocos humanos habían tenido el privilegio de ver un alien en carne propia, pero ya todos sabíamos al menos sobre diez especies distintas, y todos queríamos conseguir un trabajo en el Vaupés.

—Pues, Mafe, yo creo que si dices que eras la novia, de pronto te dejan pasar, ¿no? —Y para cambiar el tema le dije—: Mi mamá ha estado molestándome para que vaya a la selva, así sea a lavar pisos. Me dijo que me había conseguido los formularios para que fuera aseadora en los laboratorios o en los hoteles…

—Todo por ese man. Como si toda mi vida estuviera definida por ese imbécil que me dejó metida con el apartamento —continuó como si yo no hubiera hablado.

—Entonces, ¿por qué quieres ir? —le pregunté resignada.

—Porque quiero saber si ese es el verdadero Sami o es una copia. Y porque tengo una idea muy buena, pero lo necesito de mi lado.

La sonrisa de villana con la que remató su idea me hizo recordar los escándalos de su tío, que había sido gobernador del Huila. Me pareció ver que la corrupción política corría por sus venas.

—Hace falta algo muy importante en la embajada y el CAE. Y yo sé cómo arreglarlo.



Trichinos
Planeta Pol Lubern

Así se ve el futuro

Mafalda seguía todas las noticias sobre Mitú, sabía todas las rutas para llegar de Bogotá a la capital del Vaupés. Aunque los vuelos eran numerosos, no había un solo asiento disponible para el tiempo que ella tenía, así tuvo que irse en bus, saliendo del desastroso Terminal de Transportes de Bogotá. Atravesó la "carretera alienígena" sentada al lado de un mocoso con un celular que pasó diez de las doce horas del viaje leyendo la Enciclopedia Galáctica. El chico tomaba descansos para mirar por la ventana y para explicar lo que había aprendido, pero Mafalda estaba concentrada en no vomitar por las náuseas que le producía viajar en carro.

—Las traducciones de los nombres de los planetas son aproximaciones a los sonidos emitidos y aprobados por el Directorio para ser usados por formas de vida que usan sonidos —dijo sin tomar aire—. O sea que no todos usan sonidos, ¿verdad, señora?

—Ajá. —Fue lo único que pudo responder mientras contenía las arcadas que le daban las curvas cerradas de la vía al llano.

—Acá dice que el sistema Alarium B tuvo treinta y ocho extinciones en masa antes de que la vida inteligente se desarrollara. ¡Wash! Qué suerte que siguieron con vida.

Y así siguió describiendo las esferas de energía gravitacional en las que vivían unos seres con forma de cruz, y un sistema planetario habitado por inteligencias artificiales, hechas a imagen y semejanza de una especie que ya no existía. Mafalda logró mantener el vómito adentro y cuando ya estaban en el llano, logró dormir varias horas. A las dos de la mañana, la flota se detuvo en el parador restaurante La Embajada Paisa, todos los viajeros salieron en fila, cansados, y comieron en silencio mientras escuchaban las noticias y veían los drones de Malflagia y de Cordwainer Alfa volando por la selva, iluminando de azul

varias hectáreas de árboles.

Mafalda no fue capaz de comer nada y se dedicó a mirar el celular mientras todos cenaban. Entre las muchas noticias, vio una en la que aparecía la foto de Sami sonriendo plácidamente mientras le daba la mano al presidente de Google, habían firmado un Tratado de Información Libre. La envidia y la rabia le quitaron las náuseas. En otra noticia leyó: "El presidente de Colombia y el embajador del Directorio Interestelar acaban de convocar a una cumbre internacional en Quito para redactar un documento sobre migración extraterrestre. El propósito de este texto es regular el estudio, el trabajo y el turismo de los seres de otros planetas". La nota estaba acompañada de un video en el que Sami decía:

—Si decidimos abrir el planeta Tierra al turismo interestelar, tenemos que regularlo. No podemos tener un exceso de especies que nuestro planeta no pueda abastecer o controlar. Tenemos que evaluar todas las posibilidades: no hemos decidido aún si habrá una visa planetaria o si cada país va a controlar la migración a su manera. Otra gran preocupación es que no tenemos instalaciones médicas para tratar otras especies en la Tierra. Finalmente, y esto es clave, queremos establecer las regulaciones para integrar la moneda del Directorio con las monedas terrestres.

El video continuaba con un presentador gringo reaccionando a las preocupaciones norteamericanas: las naves y las criaturas que atravesaban la Puerta del Vaupés estaban llegando a Colombia, un país con un desarrollo bastante inferior a la media de los países desarrollados de la Tierra, repleto de problemas sociales y corrupción política.

Mafalda no podía creerlo. Esa imagen no concordaba con su recuerdo, a su forma de ver, Samuel amaba a las mujeres más fuertes que él y no le daba pena que lo dominaran y que lo trataran mal, incluso le gustaba el sadomasoquismo; había asumido esa actitud dócil hace años, era una criatura infame que se arrastraba por la vida intentando no hacer reguero y buscando la iluminación en las calles y tocando guitarra. ¿Era el del video el verdadero Sami? El embajador del Directorio que tenía todo Mitú bajo su control y dictaba las nuevas políticas mundiales, ¿era el mismo Sami que era incapaz de salir bien librado al final del mes con la plata para pagar el arriendo? Nunca le había visto usando corbata, le lucía muy bien. Solo mantenía algunos

chillidos y seguía usando frases grandilocuentes que lo delataban, ¿de dónde había salido toda esa seguridad en sí mismo?

El viaje continuó y en la madrugada, agentes de la policía nacional subieron al bus para pedir documentos y propósito de visita:

—Están entrando en territorio militarizado. Les pedimos cautela y no interferir con los asuntos del Gobierno ni de la embajada —dijeron antes de bajarse.

El sol despuntaba cuando llegaron a la capital del Vaupés. Mitú ya no respondía a los imaginarios que se tenían sobre él: era imposible adivinar que hasta hacía relativamente poco había sido un simple pueblo en medio de la selva, con indígenas de peinados engominados, no había rastros de esos bares de pueblo en los que sonaba reggaetón toda la noche y en los que los paramilitares amenazaban a los profesores y líderes sociales. Ahora era un conjunto de pabellones y urbanizaciones pequeñas rematados con apartamentos y hoteles de lujo, avenidas amplias y semáforos; caminar por sus calles era como caminar por un aeropuerto inmenso: cada persona que pasaba hablaba un idioma distinto, la mayoría español e inglés, pero también, polaco, chino y ruso. Había letreros en idiomas asiáticos que desconocía y en códigos que ni siquiera parecían humanos, porque no lo eran. Y entonces los vio: los sölföls, bolas pegajosas caminando sobre unos largos filamentos negros, como pelos largos y duros. Iban de dos en dos, conectados por una telaraña de moco. Mafalda no esperaba sorprenderse tanto cuando los vio en vivo y en directo, pensó que las fotos la habrían preparado. Lo único más sorprendente que esos primeros extraterrestres fue la indiferencia de los humanos: ninguno parecía notar lo extraordinario del asunto, aunque luego notaría esos rasgos indistinguibles de autoespecismo: los extraterrestres ya tenían más privilegios que cualquier blanco. Un extraterrestre vale mil humanos. Son reyes. Un extraterrestre cualquiera parece un león y cualquier humano es un perrito.

Toda la ciudad giraba en torno al nuevo puerto hiperespacial, desde cualquier parte de Mitú podían verse las grúas que daban los toques finales a la más reciente ala del puerto. A las diez de la mañana, con todo el sol sobre las instalaciones científicas, un sonido bajo y un breve destello anunciaron la llegada de una nave espacial. Mafalda estaba buscando una panadería para

desayunar, cuando el inmenso objeto que emergió del disco flotante, llenando el cielo de Mitú, bajó lentamente hasta perderse tras los pal-mares y platanares, probablemente buscando su estacionamiento en el puerto. Tras su momento de asombro, logró cerrar la boca, tomar aliento y continuar la búsqueda de la panadería.

—¿Usted no tiene miedo de los aliens? —le preguntó a la mesera indígena que la atendió.

—No, mija, todo lo contrario, nunca había tenido tanta esperanza —respondió—. Mi hijo va a ser ingeniero hiperespacial, va a estudiar en Clomisberra, en la constelación de Libra.

Mafalda estaba impresionada porque la mesera parecía saber más de la Vía Láctea que ella.

—Y todo gracias a don Samuel. Ese muchacho es tan bello. Mire todo lo que ha hecho por nosotros. —La señora sonrió como si estuviera hablando de Chayanne o de Maluma.

Mafalda no quiso hablar más con ella. Terminó su desayuno, se registró en el hotel, se cambió de ropa y fue directo a la embajada del Directorio Interestelar. Era un edificio moderno con jardines verticales y corredores amplios por donde transitaban humanos y extraterrestres. Mafalda pasó por una máquina de requisa y luego a la recepción, donde tomó un número. Mientras esperaba a que fuera su turno, conteniendo los bostezos porque no había podido descansar en el bus, notó que muchos de los humanos que estaban a su alrededor eran jóvenes, hombres y mujeres de todas las nacionalidades, con papeles listos para aplicar a la visa del Directorio.

—Psssttt, oye —dijo Mafe a un muchacho a su lado—. ¿Estás aplicando para una visa estudiantil?

—Sí. Aquí tengo todo.

—¿Y a dónde vas a ir?

—Voy a ir a un orbe especial en el sistema Thss. Me gané la beca Samuel Rojas de Jóvenes Talentos.

Mafalda pensó en el nivel de egolatría que hizo que le pusiera su nombre a la beca.

—Uy, qué pilo —dijo Mafalda conteniendo el sarcasmo—. ¿Y qué vas a estudiar?

—Biología Romboide, aunque estuve a punto de escoger Ingeniería Energética.

—Bueno, espero que te den la visa, seguro que te la darán.

El digiturno marcó su número. La atendió un pakpak que habló fuerte y claro por una boquita vertical en una masa de músculo con simetría trilateral, parecía una flor de carne con patitas de elefante:

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola —dijo Mafalda sin ocultar el terror que le producía ese bicho enorme del planeta Grastablaga—. Eh… estoy, estoy buscando a… Samuel Rojas.

—El doctor Rojas está un poco ocupado, puede pedir una cita y con gusto la agendamos cuando haya disponibilidad.

Mafalda pensó: mierda, esta cosa habla como una secretaria colombiana.

—¿Doctor Rojas? Que yo sepa Sami no tiene doctorado —respondió Mafalda de mala gana.

—En tres semanas hay un espacio de 5 a 6 de la tarde, ¿le parece bien?

—Es un tema urgente. Vengo desde Bogotá, no he dormido y no puedo quedarme.

—Pero es que el doctor Rojas…

—Mire, ¡usted no sabe quién soy yo! Soy Mafalda Quiñones, la exnovia de Samuel Rojas, ¿ok?

—Eh…

—Y además soy la asistente de la ministra de Relaciones Internacionales, he estado pidiendo una cita por acá y no sé por qué no funciona nada. ¿Será que puede comunicarse con la oficina de Sami y decirle que Mafalda está acá?

El pakpak se quedó mirándola con fastidio, aunque no tenía ojos para mirarla, pero eso fue lo que Mafalda sintió. No habían tratado al extraterrestre con tanto desdén en toda su vida y no sabía cómo reaccionar.

—Espere un momento. —Marcó un número en el conmutador y dijo, presionando un botón—: La señora Mafalda Quiñones está acá y quiere verlo, parece que está de mal humor. Ok. Sí. Ok. —Soltó el botón, hizo un ruido con las aletas dorsales y se dirigió a

Mafalda—: Siga, está esperándola.

Le dio una identificación de visitante que tuvo que portar todo el tiempo. Los pasillos de la embajada eran recorridos por drones de forma esférica, barlunkos intentando no romper nada con sus enormes cuerpos de piedra, valsorgs flotando, seres que Mafalda no conocía y humanos. Subió en ascensor, caminó a la oficina de Sami, golpeó la puerta y, sin esperar respuesta, abrió. Sami estaba sentado, mirando algo que parecía una pantalla de energía púrpura salido de una película futurista.

—¡Hola! Qué sorpresa, Mafe.

—Eres un imbécil —dijo, acercándosele con furia—. Cuando desapareciste, yo me quedé preocupada como una loca por ti, pensando que te habías perdido en la selva. Y luego vuelves y ni siquiera una llamada. Ni una sola llamada en todos estos meses.

—Nena, perdón, yo…

—No, Sami, no hay perdón que valga. Eres un imbécil. Y lo peor: te veo en la tele y eres irreconocible, con corbata, atendiendo eventos públicos. ¿Qué? ¿En serio eres el Sami de siempre?

Samuel se paró contrariado, luego le ofreció la silla frente a su escritorio.

—Siéntate, por favor —le pidió con amabilidad estudiada y sin dejar de sonreír; ya había planeado que esto sucediera.

Mafe se cruzó de brazos, con la cara roja de ira: tenía la total certeza de que ella debía ser la embajadora, no él. Se la había pasado todo el tiempo, desde que Sami volvió a la Tierra, imaginando lo que iba a decirle cuando lo viera, lo había ensayado en la ducha.

—Me alegra que hayas venido a decirme todo esto. La verdad es que me han tenido muy ocupado desde que llegué con Ork: me tienen corriendo con pruebas de laboratorio, conferencias regionales, citas con la ONU, con presidencia. He tenido que contarle mi historia a todo el mundo como unas cincuenta veces.

—¿Y por qué no me la cuentas a mí? —dijo Mafalda—. No sabes la cantidad de memes que hay sobre ti en Facebook. ¡Y yo soy la que no sabe nada!

Sami se quedó mirándola con seriedad.

—Perdóname, es que yo… no tenía cara para volverte a ver…

después de lo que hice… —El Sami de antes no sabía cómo lidiar con ella, el de ahora sí—. Pero sí he pensado mucho en cómo solucionar todo.

—¡Me dejaste pagando el arriendo sola!

—Has perdido la seguridad en ti misma —dijo en tono neutro —. Estuve googleando lo que has hecho con el partido Ambientalista. Nada mal. Felicitaciones.

Mafalda se quedó mirándolo con desconcierto y odio. El mensaje que quería dar Sami era: "Ya no eres la misma luchadora de antes, ahora carraspeas más y titubeas, te ves débil". El balance de poder de la relación ya no era el mismo, y ambos lo sabían.

—Hagamos una cosa: ve a un hotel, toma un baño, duerme un poco y nos vemos a las ocho de la noche, te invito a un lugar bacano que abrieron hace poco. —Esa seguridad desarmó a Mafalda, que no podía creer que Sami le hablara así—. Además, en una hora tengo una reunión con el embajador de Senegal, que quiere discutir unos planes de cooperación con el Directorio, y eso no puede esperar.

—El embajador de Senegal no puede esperar, ¿pero yo sí?

—El embajador de Senegal representa a un país entero, ¿tú a qué país representas?

Mafalda recibió la estocada en silencio, bajó la mirada y dijo:

—Vale. Como quieras —respondió derrotada.

Sami le picó el ojo, sonrió, moviendo sus ojos rosados por su nistagmo y añadió:

—Te veo a las ocho en punto en la plaza Carl Sagan.

Nadie se ha imaginado el potencial de un pueblo dormido

La plaza Carl Sagan estaba animada: humanos tomando aguardiente, extraterrestres de distintas especies comentando experimentos científicos, usando una versión del comunicador sölföl, ConektionPlus. Era sorprendente lo entretenidas que parecían las conversaciones, a Mafalda le recordaban los corrillos de los estudiantes de intercambio en los que cada uno contaba curiosidades de su país y su cultura, pero ahora era sobre sus planetas de origen, y lo abismalmente distintas que eran sus sociedades, sus atmósferas y sus cadenas evolutivas. Mafalda llegó antes de las ocho, iba en camiseta de tiritas y shorts. No había podido dormir: la conversación con Sami y los enormes objetos flotantes le robaron el sueño. Pasó toda la tarde viendo las extrañas naves con formas que medianamente recordaban caracolas marinas girando a contraluz, frutas exóticas y objetos sexuales pulidos. Los pájaros de la selva interrumpían su canto por el estruendo que generaban las naves que cruzaban la Puerta del Vaupés, completando así un cuadro de encanto tropical y avance tecnológico.

Sami llegó cinco minutos tarde, llevaba chanclas, shorts, camiseta esqueleto, una sonrisa de oreja a oreja y dos vasos en la mano. Sami quiso saludarla con un beso en la mejilla, pero Mafalda parecía distraída, tal vez herida, y lo esquivó.

—El salpicón no es el salpicón —dijo Sami ofreciéndole un vaso.

—El mismo pseudofilósofo de siempre, ¿no? —respondió Mafalda sonriendo.

Pero no se trataba de un pensamiento rebuscado de Sami: realmente no era salpicón, era una forma de vida originaria de Thss que no era ni animal ni vegetal, sino bolsas de proteínas que se reproducían asexualmente con una sola célula. Si lo ponemos

en términos de biología terrestre debería tener su propio reino. Esas cosas se cortaban en pedacitos y para los animales terrestres tenía un sabor exquisito, lo cual era imposible de comprobar por los habitantes inteligentes de Thss, pues no habían desarrollado gusto.

Sami solo explicó la mitad de esa información, y Mafalda comenzó a comer, un poco asqueada porque pudo ver la textura rugosa y desagradable de los fragmentos que parecían pedazos de papaya o mango con cáncer. Fueron a Planetarium, un bar de rock multiespecie. El mesero les dio un menú para humanos, uno de los tres que manejaban. Tanto el mesero como el portero lo llamaron "doctor Rojas", y el portero afanó un: "Mucho gusto, señora, espero que tenga una hermosa velada". Un monstruoso trombal de tres metros tocaba música con sus tubos organiformes, acompañado por un baterista humano y produciendo juntos una especie de jazz disonante. Mientras leían el menú, Sami le contó que los productos de Thss eran los únicos que podían consumir; aunque no estuvieran construidos a base de ácido desoxirribonucleico, contenían equivalentes a proteínas, grasas y ácidos que el estómago humano podía desarmar, y el intestino, absorber.

—Se llama evolución convergente: dos planetas totalmente distintos que llegaron a producir formas de vida relativamente similares, con los mismos nutrientes, carbohidratos y sales. Thss es el único planeta que produjo comida deliciosa para el paladar humano.

—¿Y eso es lo que las naves traen?, ¿productos interplanetarios?

—La Tierra también ha comenzado a exportar cosas a otros planetas. Parte del trabajo que hacemos en la embajada es buscar qué productos podemos intercambiar con alguno de los planetas del Directorio, y estimular empresas de exportación locales.

—Eso es libre comercio.

—No. Hay impuestos, obviamente, y solo hacemos tratos que sean beneficiosos para ambos, es más cercano al proteccionismo. Y yo no soy economista, pero tenemos a un equipo haciendo el empalme de dinero de la Tierra con dinero del Directorio —dijo Sami sonriendo—. ¡Ah!, y obvio el mercado local y la sostenibilidad son importantes, así que los productos que entran y

salen son estudiados cuidadosamente para que no afecten los ecosistemas de destino. El Directorio es bastante estricto con este tema, y con razón.

Sami era el mismo de antes en algunos aspectos, pero para ella, lo esencial en su personalidad eran el pesimismo y la inseguridad. Por eso verlo tan optimista y seguro era una contradicción.

—Sami, ¿cómo diablos… cómo diablos cambiaste tanto en tan poco tiempo? ¿Dónde está el Sami que conozco? Siento que la persona con la que vivía desapareció y ya nunca va a volver.

Sami se quedó mirándola, sin dejar de sonreír. Luego la sonrisa se redujo hasta quedar completamente serio.

—Está muerto.

Por primera vez Mafalda pensó que tal vez era literal: el verdadero Samuel Rojas había muerto y este era un extraterrestre de *They Live* intentando tomar el control del planeta entero.

—Obvio no está muerto, solo que… pasó tanto…

—Cuéntame. Quiero saber qué pasó.

Sami siguió mirándola, tragó saliva. El mesero se acercó y Sami ordenó por los dos. Quería que Mafe probara carne de algo de Thss con salsa de maracuyá. Y para él pidió rollos de Flaquidermo de Thss con vinagreta. El mesero se retiró y Sami comenzó su historia.

Sami en el espacio sideral

Al principio, Sami y doña María vivieron juntos en Nabulus. Les había costado entender el sistema económico y productivo del planeta: ProBot, producción robot. El progreso era una mezcla de esfuerzos robóticos y de otras formas de vida. Así construyeron enormes emporios multiespecie que hacían minería en cinturones de asteroides, aclimatando planetas para la vida local y reciclando basura con una eficiencia desconocida para los humanos. Sami y doña María consiguieron un "apartamento", que en realidad era una bodega enorme, y se alimentaban de latas Valsir. Al poco tiempo se habían acostumbrado a la rutina extraterrestre y ya conocían todo Totomo, la ciudad principal de Nabulus. Doña María había conseguido un trabajo arrancando unos parásitos que dañaban los cultivos de materia en descomposición. No lo hacía porque necesitara dinero, pues todo era "gratis", sino porque necesitaba hacer algo. Uno podía hacer lo que quisiera, y acceder a alimentos y otros privilegios solo por estar en ese planeta y en ese sistema. Un símil del Imperio romano y el trabajo esclavo embutido en cincuenta mil años de pan y circo interplanetario, pero sin un gobierno central. Nabulus se acercaba más bien a la anarquía.

—Nabulus es un vividero, es un buen lugar —dijo doña María un día—. Obvio no sé la historia de ningún individuo, pero se ven tan felices, ¿no? Mírelos, todos tan bonitos. Parece que tienen un sistema que funciona.

—Señora María del Carmen, qué le parece si en vez de quedarnos acá estancados, comenzamos a viajar, echando dedo o montando en bicicleta, y vamos a conocer este planeta. Usted me prometió que eso es lo que íbamos a hacer, pero véanos, ¿cuánto llevamos acá?

Doña María se quedó mirándolo confundida. Saber qué hacer con su vida, ahora que se había ido de la Tierra, estaba costándole más de lo que había imaginado. Si no era una vida en

una tienda, atendiendo borrachines de pueblo y llamando a diario a su hijo, no se le ocurría qué otra cosa podía hacer. Profesora ya no, se le había olvidado todo, y para qué sirve la vida cuando todo está ahí al alcance de la mano. ¿Volver? Jamás. Seguir explorando. Siempre.

—¿Ya tuvimos suficiente de Nabulus? ¿Y a dónde nos vamos?

—A donde sea.

Los viajes no siempre sucedieron en sus cuerpos. Con el Enlace Pantelepático Interplanetario, comprendieron que los alienígenas podían nacer de una especie y luego ser de otra, que cambiar de cuerpos era típico; saltar de cuerpo en cuerpo, rutinario, y multiplicar la mente, natural. Les costó varios días entender los sistemas de transporte: no había carreteras y las ciudades no se definían una de otra, como si todo el planeta estuviera saturado de colmenas, como un arrecife de coral de colores, con miles de babosas habitando los agujeros. Pasaron el primer año en Nabulus, caminando, parando en un lugar, parando en otro. Había agua y el sistema operativo cerebral del módem espacial les permitía leer libros sölföl, aunque no entendieran la historia del planeta a la perfección. Si antes habían estado encerrados en una nave, ahora estaban sueltos y sin destino, simplemente buscando lo que una guía turística con imágenes les mostraba. Los grandes monumentos sölföl, creados por culturas antiguas, no se extendían hacia arriba como el Taj Majal o la Torre Eiffel, sino que todos eran grandes pisos planos con distintas texturas y colores que los sölföls tocaban con sus finas patitas, reconociendo el trabajo artístico. Los accidentes geográficos y los volcanes de cobalto eran unas de las atracciones más emocionantes, y algunos de esos lugares turísticos eran un lugar de reunión de especies distantes.

Hicieron saltos por los planetas, habitando cuerpos distintos y dejando los suyos propios para ser habitados por extraterrestres curiosos. Fue tras escalar una montaña, que descubrieron que la comida de Thss era apta para humanos: tomaron una bebida de alguna degeneración de carbono, agua y azúcares, y sonrieron de alegría. Doña María cerró los ojos llenos de lágrimas: “Comida de verdad, por fin”. Esas criaturas del planeta Thss tendrían que ser parecidas a los humanos, pensaron. Pero estaban equivocados: por el aspecto físico, son como perros, pero en vez de tener una

columna vertebral, tienen un rombo con un agujero en el medio, es decir, tienen como cuatro columnas vertebrales, con patas en cada vértice y una especie de cabeza, pero sin ojos ni orejas ni nada. Solo un agujero. La piel es el cerebro. Doña María se sintió asqueada al verlos, pero de todas formas quería conocer a uno, incluso habitar un cuerpo así. Doña María había cambiado mucho: primero, cuando estaba en la selva, era una señora pesimista, trastornada y llena de odio, pero al cambiar de planeta se había contagiado de la magia que Sami experimentaba por lo nuevo, lo colorido y lo fascinante. Ahora estaba deseosa de cambiar su cuerpo por el de otra especie cada rato, de navegar entre las coloridas mentes, adaptándose a otros, reconstruyendo su cuerpo humano en impresoras biológicas si quería sentir algo familiar, y permitiéndose hacer lo que quisiera.

En sus viajes observaron las interacciones sociales, les maravillaba cuando los turistas alienígenas se apoltronaban para sentir, oler, saborear o percibir eléctricamente algún fenómeno natural. Se miraban entre sí, algunos con más curiosidad que otros, había grupos de amigos interespecies de vacaciones en cuerpos de otras especies, e incluso un solo individuo utilizando varios cuerpos. Conocieron jóvenes sölföls en vacaciones consumiendo bacterias en descomposición de última moda, orgías de marlofios que a simple vista parecían ejecutar posiciones inocentes de tai chi, robots ayudantes creados con gel y nanocircuitos y enormes aceleradores de partículas que rayaban el cielo aguamarina con for-mas vagamente parecidas a toboganes. Paisajes fascinantes, más masivos, más terroríficos, más coloridos que cualquier cosa que uno pudiera ver en la Tierra: el atardecer de un sistema doble, iridiscentes océanos de metano, valles inmensos repletos de coloridas colonias fungiformes y planicies de tonalidades fantásticas, con ciudades flotantes sobrevolando dunas y costas rocosas.

Después de un año entero viajando, ya se habían acostumbrado a comer todo lo del menú para criaturas de Thss, y habían multiplicado su cerebro para vivir en otros planetas de forma simultánea. Ya habían superado el hecho de que los sölföls no tenían retretes, porque su materia fecal era su propio discurso, y los más gorditos eran los que menos hablaban, hasta que explotaban y soltaban metros y metros de discurso multicolor. Una especie así, capaz de hacer sentir a los demás lo que ellos

mismos sentían, y capaces de producir su discurso en físico, tenía innata la capacidad de produ-cir literatura y de cultivar una solidaridad envidiable. Otros animales de Nabulus también producían listones, pero sin color, sin ritmo y sin significado. Muchos seres del planeta, que podían ser considerados animales, estaban emparentados con los sölföls: las babosas sin filamentos eran como los chimpancés para nosotros; unos gusanos de varias bocas y apéndices que parecían estómagos bioluminiscentes con alas, eran la fauna silvestre. Cada día aprendían algo nuevo, desde política y economía, hasta biología de múltiples especies, tipos de mundos y de formaciones geológicas. Todo era un paraíso de conocimientos libres, cualquiera que quisiera aprender se sentiría extasiado navegando por el canal telepático expandiendo la mente. Pero doña María estaba aburrida.

Sus cuerpos humanos habían sido materia de comentarios y chistes en muchos idiomas, pero, además de los estudios a los que los habían sometido en la estación de Nabulus, también despertaron genuino interés de algunos científicos de muchas especies. Uno de ellos fue el doctor Blorki, un sölföl biólogo especializado en Thss que los contactó por el enlace pantelepático. Les hizo una visita saltando en sus propios cerebros, descargándose en ellos como un holograma mental.

—Todo el mundo está hablando de ustedes, pero la verdad es que la Tierra ya se había estudiado hace más de cien mil años (20). Lo nuevo es saber que hay especies inteligentes. Eso sí es nuevo.

—¿En serio? ¿Ya sabían de nosotros? —preguntó doña María muy emocionada. Aunque esa información estaba disponible y gratuita en la Enciclopedia Galáctica.

—¡Claro! Tenemos varios planetas en la mira que no tienen todavía vida inteligente, o que no han alcanzado ciertos estándares. Y hay otras que ya tienen vida inteligente y civilizaciones avanzadas, pero que están fuera del Directorio porque no han cumplido todos los requisitos.

De ahí entendieron que existen otras trescientas civilizaciones más o menos inteligentes que todavía no han logrado esos requisitos. Esa era la política del Directorio: no contactar dichas civilizaciones, sino esperar a que ellos den el primer paso. De esa manera evitan las relaciones coloniales. Si la especie no es capaz

de contactar, significa que no están lo suficientemente avanzados como para descubrirlos. Por eso los humanos son noticia ahora.

—¡Ah! Ya entiendo —dijo Sami—. ¿Y ahora podemos ser parte del Directorio?

—La Convención estudiará el caso. Depende de varias cosas, hay una lista de requisitos.

—¿Usted trabaja para el Directorio?

—Todos somos el Directorio.

—¿Y cuáles son los requisitos?

El doctor Blorki excretó un listón de colores virtual y Sami lo copió a su mente:

1. No haber tenido una muerte violenta en cien años, a manos de la especie que pretende afiliarse.
2. Tener una forma de tecnología que permita comunicar a toda la población inteligente de forma instantánea.
3. Tener una forma de tecnología que les permita hacer saltos hiperespaciales.
4. Ser una civilización multiplanetaria. (Aunque Chob Nix nunca lo cumplió).
5. No tener niveles de desigualdad social significativos.
6. Haber solucionado sus problemas de recursos naturales, al menos al 90 %.

Sami y doña María carraspearon. La Tierra no tenía nada de eso. Es decir, estaba internet, de resto todo era una mierda. El doctor Blorki insinuó interesantes interacciones entre la biología humana y la sölföl, habló de las posibilidades de trabajar en equipo y de sus trabajos sobre los tipos de ácidos nucleicos, pero ellos se perdieron cuando habló de los saltos cuánticos en la codificación molecular en un modelo de supersimetría y otras cosas que el enlace pantelepático no pudo traducir porque los humanos no

habían diseñado aún las palabras necesarias para nombrar esos conceptos. Doña María y Sami se sonrojaron al pensar que la Tierra era un planeta subdesarrollado, un planeta pobre, aislado, con formas de producción industrial autodestructivas y una tradición científica muy escasa. Doña María jamás habría pensado en esos términos, mucho menos cuando existían países tan desarrollados como Japón o Suecia, pero ahora, en comparación, las cosas eran obvias. Lo último que Blorki les contó sí lo entendieron: fue una narrativa sobre cómo todos habían pasado por periodos de pobreza y dificultad hace miles de años, cuando los sölföls participaron en las dos guerras valsorguianas. Después de esta información, salieron con sus cuerpos del planeta Nabulus.

El viaje interplanetario fue similar al que ya habían hecho antes. Consiguieron algo similar a una aplicación mental para tomar fotos y capturaron vistas memorables de enormes cúmulos espaciales a los que diferentes especies llegaban a buscar placer. El espacio está lleno de bichos solitarios que no conocen lo que significa la felicidad, que producen, arman y descomponen la materia por pura inercia. Las preguntas filosóficas sobre el origen del universo y el propósito de la vida son solo para algunos pocos. Planeta tras planeta, sistemas binarios, agujeros negros, gigantes gaseosos, púlsares, ciudades vibrantes a rebosar de especies inteligentes dominadas por religiones terriblemente complicadas. Si en la Tierra no había tiempo para aburrirse de los colores variados de las aves y los extraños fenómenos geológicos, ¿cómo podía alguien aburrirse siendo un ciudadano galáctico, saltando de planeta en planeta, de cuerpo en cuerpo, abriendo su mente en quinientas divisiones distintas, "países" a distancia en cuerpos nuevos, y con entrevistas de científicos locales que querían saber la composición química, el sistema reproductivo y la cultura terrícola? ¿Cómo podía alguien cansarse de conocer las fantásticas culturas de criaturas antiguas de varios apéndices prensiles, como los flavis, o los supermercados con productos para ciento sesenta y dos especies inteligentes? Conocieron Tartalúa 4 en el sistema Flóxis B, hablaron por primera vez con un califlesto en Curuma, vieron los abismos que atraviesan el núcleo del planeta Phytus, habitaron el cuerpo de un bopis, y sintieron por sus órganos las corrientes eléctricas, tan claras y bien definidas que podrían haber leído un libro escrito en

amperios.

Ese viaje les abrió los ojos y la mente.

Doña María repitió muchas veces: “No puedo creerlo”, “No sabemos nada en la Tierra” y “Qué ignorante que soy”. Sami asintió cada vez, bajo muros de silicio, frente a seres de varios metros de alto que se doblaban, mientras flotaban en el vacío con trajes espaciales multiespecie. Vieron tantas maravillas, que Sami supo, por fin, lo que quería hacer con su vida. Era la hora de la siesta en el planeta Prrkonium cuando Sami le habló directo al enlace pantelepático:

—Señora María, quiero volver a la Tierra.

Ella se quedó callada. Estaban en una enorme esfera biológica que servía de habitaciones a la especie inteligente local, los flavis, los primeros seres que conocían que tenían estructuras oculares similares a las humanas.

—¿Quiere venir conmigo?

Doña María lo pensó poco. Se había divertido en los últimos dos años, no quería dejar de vivir esta nueva vida, aunque la sintiera vacía y sin propósito.

—No. No quiero. La Tierra es como una pecera, acá no tengo que estar atrapada.

—¿No extraña las arepas?, ¿no le gustaría un chocolate caliente con pan?, ¿o un buen plato de lechona?

—Al menos acá somos como celebridades. Le importamos a la gente. En Colombia… en Colombia nadie vale... nada vale.

—Tampoco es que tuviera muchos amigos allá, pero no dejo de pensar en la Tierra misma. Allá necesitan ver esto, ¿no le parece? Ahora tengo ideas que no había vislumbrado para problemas que pudimos haber solucionado hace tiempo.

—¿Cuándo se va a ir?

—La próxima semana.

—Este planeta gira muy rápido. Cada noche pasa como en tres horas.

—Hablo en términos de la Tierra. Yo sé, perdón. Es que tengo muchas ideas. Cada vez tengo mejores ideas de lo que quiero hacer cuando vuelva a Colombia.

Doña María quería decirle: “No me deje acá tirada”, pero el

orgullo le trancaba las palabras. Además ya no era la misma mujer débil de antes; Sami y el viaje le habían enseñado a ser fuerte: podía buscar dónde dormir, qué comer y podía acuclillarse para cagar si no había inodoros, que no existían en casi toda la galaxia. Fue una despedida más o menos rencorosa, solo al final, cuando se abrazaron, ella le dijo al oído:

—No me deje.

Pero él la ignoró.

Cuando Samuel Rojas desapareció en la estación espacial de Prrkonium, doña María comenzó a llorar, sin que nadie pudiera sentir empatía por ella, eso le rompía el corazón.

De regreso en el bar Planetarium

—La dejaste tirada. Eres un hijueputa. Me dejaste tirada a mí en el apartamento y luego la dejaste tirada a ella. ¿Cómo sabemos que un día no vas a dejar tirado el consulado?

—Embajada.

—Lo que sea. —Estaba molesta, pero se sentía superior al recriminarle la irresponsabilidad de siempre—. Haces lo que se te da la gana sin importar lo que sientan los demás, ¿no? Te importa un pito cómo afectas a la gente.

Hubo un silencio incómodo.

—Doña María no quiso venir conmigo, no podía obligarla, y yo por fin tenía un plan de vida. No iba a renunciar a mis sueños por ella.

Ella lo miró, aún desafiante, como sintiendo asco por Sami.

—¿Y qué hiciste después?, ¿volviste directamente a la Tierra?

—No, volví a Nabulus. Llegué a la estación espacial de aduanas, Ork me reconoció y me puso al tanto de la investigación sobre nuestra nave: era un modelo de hace cincuenta y siete mil años, del periodo de la Segunda Guerra Valsorguiana.

—¿Qué diablos es la Segunda Guerra Valsorguiana?

—Un evento que implicó a todos los sistemas del directorio, un gran drama para muchos —dijo Sami, limpiándose la vinagreta de su barba blanca y labios—. La nave había escapado con unos valsorgs que llevaban un arma de destrucción masiva y una puerta hiperespacial, el agujero de gusano plegable que llamamos la Puerta del Vaupés. —Sami señaló el puerto hiperespacial—. Básicamente, la nave que se estrelló acá en Mitú viajó a una velocidad cercana a la de la luz, y, bueno, ya sabes, dilatación temporal, Einstein. Mientras viajaba pasaron cincuenta y siete mil años, pero dentro de la nave solo pasaron siete mil. No es que no pudieran viajar por el hiperespacio, sino que el hiperespacio estaba controlado por el Directorio, esa fue una de

las razones por las que comenzó la guerra. Por eso decidieron viajar por el espacio normal escapando con el arma y la puerta para crear una red de túneles propia. Y terminaron acá, en un futuro en el que la guerra Valsorguiana ya se había acabado y los valsorgs de PRRRKPRRKEP ya se habían integrado al Directorio.

—¿Tanto ha pasado sin que nosotros tuviéramos idea? —dijo ella terminando su plato y limpiando la salsa de maracuyá con pan.

—No tienes la menor idea ni el menor indicio de todo lo que ha sucedido en la Vía Láctea mientras nosotros hacíamos la revolución del neolítico. —Sami sonrió, feliz de saber algo que ella ni sospechaba.

—¿Un arma de destrucción masiva? ¿Fue eso lo que brilló en la selva antes de que te fueras? ¿La radiación que hacía feliz a la gente?

—Exactamente. Fue una bomba de felicidad absoluta, si lo traduzco a español, más o menos. Sin embargo, según investigué, cuando llegó a la Tierra los componentes ya se habían oxidado. Lo que estalló fue una bomba vencida. Por eso la radiación se fue marchitando hasta que no quedaron rezagos. Una bomba fresca habría estado activa por cien años y podría cubrir todo un continente.

—Increíble. Debió ser increíble ver todo eso. Debiste entender qué somos nosotros en esa perspectiva, ¿no? Como cuando uno viaja Alemania y se da cuenta de lo que Colombia es en realidad desde la distancia.

—La Tierra es un planeta subdesarrollado. Eso es lo que vi: pobre, sin saber usar energías limpias y eficientes. Es un agujero, un bodrio, un tiradero de basura.

—¿Entonces por qué volviste si te parece tan horrible?

—Porque soy de acá y me siento más relacionado con este lugar. En el espacio no hay caras. Nuestro cerebro está hecho para identificar rostros. Allá afuera no hay ninguno. Y solo ver a doña María estaba enloqueciéndome. Además, en Nabulus me enteré de que podía aplicar a una beca de Desarrollo. Preparé mi proyecto y lo envié al Directorio. Me aprobaron la beca y acá estoy, ejecutándola.

—¿Y qué es el proyecto?

—La embajada. Construir infraestructura, ayudar a estudiantes de la Tierra a que estudien en cualquier otro planeta, traer extraterrestres para que enseñen o estudien lo que quieran, formar una red de intercambio. La idea es cambiar la Tierra, desarrollarla. Instalar una red telepática, acabar con la pobreza, enseñar a los ingenieros a construir sus propias naves hiperespaciales, producir alternativas a nuestra tecnología a base de petróleo. Simple.

Mafalda soltó una carcajada como si Sami acabase de echar un chiste.

—¿Y tú? O sea, perdona que desconfíe, pero tú no estudiaste Administración Pública ni Relaciones Internacionales como para dirigir esto. Estudiaste Ingeniería, entonces cómo esperas…

Sami la miró de arriba abajo, sonriendo:

—Ese es el problema contigo: que no crees que yo pueda hacer tu trabajo. Quieres que siga humillándome para que sigas pensando que eres mejor que yo, o mejor que cualquier persona. Yo conozco ciento veinte planetas, sé lo básico de lo que podríamos tener en la Tierra. Yo entiendo el Directorio, entiendo sus políticas, su economía, todo. Además, no estoy solo: tengo un equipo interplanetario muy capaz. Si no fueras tan desconfiada me pasarías tu hoja de vida para conseguirte un trabajo.

—Ya tengo trabajo, pero gracias. Igual, todo eso de salvar al planeta y…

—Y volver a Colombia un país desarrollado.

—¿Y volver a Colombia un país desarrollado? —Soltó una carcajada—. Los colombianos están podridos por dentro, no importa cuantos aliens vengan a ayudarnos. ¿Desarrollar ciencia en Colombia? La ciencia en Colombia es un chiste.

—Eso es lo que nadie ha podido imaginarse. ¿Te acuerdas de ese cuento del que te hablé cuando estábamos en la universidad?

—¿Cuál de todos?

—El de la nave espacial colombiana. Que lo leyeron en el club de lectura de los martes.

—¿Qué pasaba?

—Alguien que llegaba a la nave espacial colombiana notaba que se habían robado la plata de la manufactura, que el sistema de calefacción no funcionaba bien, que el sistema de

antigravedad no encendía, que las latas se habían oxidado. Nada servía y todo era por la corrupción. Como todo en Colombia.

—¡Ah, sí!, ya me acordé.

—Nadie es capaz de imaginar cómo sería este país si domináramos la industria, o si produjéramos tecnología, o si tuviéramos un sistema de salud decente… Y como no podemos imaginarlo, no podemos hacerlo. Solo podemos reírnos de la desgracia: el presupuesto para la ciencia es un chiste, los puentes se caen porque los políticos se roban el dinero de los materiales. Y nadie es capaz de cambiarlo, las mismas leyes no permiten los cambios y favorecen la corrupción. Eso es el subdesarrollo, no que no tengamos los recursos, es la forma de pensar: un pordebajearnos cuando aparecen los blancos que sí pudieron con la tecnología, un autoracismo, un autosabotaje, un "mejor ni lo intente que lo único que va a lograr es hacer el ridículo". Nadie puede imaginarse que seamos decentes. Pero yo sí puedo imaginarlo. Y no solo puedo imaginarlo. —Sami abrió los brazos, señalando todo lo que los rodeaba—. Ya estoy haciéndolo.

—Sí. —Mafalda perdió de nuevo, como si Sami hubiera tocado la campanita moral que ella había usado antes—. Es cierto, hay demasiado pesimismo. Tanto que cualquier forma de optimismo suena ridícula.

Mafalda miró a un lado, imaginando naves espaciales colombianas pintadas como chivas voladoras, llenas de prostitutas y de aliens tomando aguardiente y bailando merengues de Rikarena. Sonrió.

—No va a ser nada fácil. No va a ser fácil en el planeta y menos en Colombia. Tienes que cambiar la mentalidad de hacer las cosas mal, el entramado de violencia, los robos de capital… eso es un problema moral que no se resuelve con el dinero de una beca. Se resuelve…

—Con educación.

—Sí, pero ¿cómo? Los muchachos de pueblo salen de la escuela, si es que terminan el bachillerato, y las dos únicas opciones que tienen son el ejército o raspar coca.

—Justamente por eso vamos a concentrarnos en el mundo rural y vamos a darles opciones a ellos para que sueñen. Y lo podemos hacer. El sistema de becas ya está haciéndolo.

Mafalda lo miró, pensando en todo el contexto: no solo era que no tuvieran opción, era que la cocaína, las armas y la política estaban todas entrelazadas para mantener pobres a los pobres. Y todo eso operaba en el marco del capitalismo, la explotación, la monopolización. No solo había que darles educación, había que cambiar el mundo.

Sami ordenó dos cervezas. Luego el monstruoso trombal y el baterista se retiraron y pusieron música llanera que no les gustaba ni a Sami ni a Mafalda, así que se fueron a caminar por el malecón del río Vaupés, escuchando los ruidos de los sapos y la algarabía de los científicos que evidentemente habían probado la sudoración de los seres inteligentes de Tárbola Eclipsis, que era un psicoactivo fuerte para los humanos. Sami esperó a alejarse de los gritos de los drogados científicos, quería hablar, quería contar lo que pensaba. Le brillaban los ojos de tanta esperanza que tenía por dentro.

—Yo sigo pensando como pensaba en la universidad. Sigo soñando con la revolución y la resistencia. Pero ahora tengo algo claro.

Sami recordó cuando ambos eran capuchos y lanzaban piedras en la entrada de la Universidad Nacional: "Juventudes Camilistas, presente, presente, presente. ¡A la victoria, camaradas!". Recordó cuando llegaba el ESMAD a disparar cartuchos de gas lacrimógeno, y Sami y Mafalda corrían, lagrimeando, con ese olor amarillo pegado a la tela sudada de la capucha, con los zapatos metidos en bolsas y las maletas ocultas tras las chaquetas para que no los identificaran. Recordó que se escondían en el edificio vacío de Diseño Gráfico y hacían el amor en los pasillos, en los baños llenos de niebla lacrimógena, aún con la capucha puesta y sin condón, gritando, pensando en hoces y martillos, sin quitarse la ropa, apenas bajándose la cremallera, imaginando las marchas del Ejército Rojo tomándose la ciudad por asalto.

—¿Qué cosa?

—Que la revolución como nos la imaginamos no va a suceder, no puede suceder. Creo que los ideales utópicos del comunismo libertario solo se van a poder lograr si se aleja de toda la fanfarronería del movimiento obrero. Los paros nacionales no le hacen ni cosquillas al gobierno, el movimiento estudiantil y sindical nada tienen que ver con el verdadero comunismo. El

movimiento ni siquiera va a lograr la escala necesaria, estamos demasiado entretenidos viendo Netflix y Facebook como para salir de casa a protestar.

Mafalda estaba esperando que dijera “te extrañé” o cualquier cosa que pareciera “eres importante para mí”, no ese discurso. Pero lo dejó hablar porque estaba muy emocionado y no quería parecer aguafiestas, después de todo lo necesitaba contento si quería que su plan funcionara.

—Nada de eso va a poder acabar con el capitalismo ni con la explotación al trabajador ni con la pobreza —continuó Sami, completamente ido en sus discursos—. Nada de eso puede, ¡en ningún universo!, tirar al pozo las ambiciones de los burgueses, de los dueños de los medios de producción y de los dueños de la plusvalía que enriquece y mantiene en movimiento al sistema capitalista. Pero allá afuera… —Miró románticamente a las estrellas, como si pudiera vislumbrar qué sistemas solares tenían vida inteligente, un gesto planeado en los últimos años que por fin pudo usar—: allá afuera ya lo solucionaron y de la forma más obvia.

—¿Y cuál es la solución? Oh, Sami, salvador del planeta Tierra.

—Mano de obra esclava. Y antes de que me mires mal, te diré que los esclavos no necesariamente tienen que ser seres vivos y mucho menos conscientes. —Se detuvo para decir otra frase que había practicado cada vez que tomaba una ducha—: La revolución será robótica o no será.

Desde el río podían verse torres de construcción, máquinas flotantes enormes llenas de luces led que avisaban su ubicación, palmeras, grúas y la enorme Puerta del Vaupés: un escenario romántico en el que se combinaba la impenetrable muralla de vegetación al otro lado del río, los misteriosos sonidos de la selva y la tecnología extraterrestre. Mafalda volvió a notar con orgullo que Sami era más bajito que ella. Lo besó, en parte para callarlo. ¿Fue un error? Fueron al apartamento de Sami, aún excitados por las ideas, ¿fue una estupidez? Se quitaron la ropa en la oscuridad, ¿fue completa falta de visión? Los forcejeos se convirtieron en gemidos. Mafalda comenzó a ahorcarlo, hundiendo su cara blanca en la almohada mientras él la penetraba. Cachetada en la cara. Más duro. Insultos.

—Escúpeme.

Mafe hizo más fuerza sobre el cuello de Sami, hundiendo sus manos, sintiendo el esófago y las arterias vibrando entre sus dedos. Si había algo que funcionaba bien entre ellos era el sexo, el BDSM y el gusto por las fiestas eróticas y públicas. La cara de Sami se puso morada, y su verga, más dura. Cachetada. Mafalda. Samuel. No pareció amor, pero lo fue. Amor carroñero, bajo, amor de venganza, violento, pero amor al fin y al cabo.

La Universidad Nacional de Colombia se complace en presentar los currículos de las nuevas carreras universitarias:

Después de un año de planeación, las sedes de Mitú, Bogotá y Medellín de la Universidad Nacional han presentado los programas para la nueva Facultad de Estudios Alienígenas. Las carreras son Ingeniería Espacial, Biología Alienígena y Geología Alienígena. El próximo año abriremos Historia del Directorio Interestelar, Ingeniería de Interface Tierra-Universo, Ingeniería en Sistemas de Comunicación Interespecies y la Maestría en Estudios Humanos y Terrícolas, para ciudadanos del Directorio que quieran estudiar en la Tierra. Los profesores son destacados académicos interplanetarios, como Arcomo Pla'Kam, doctor en Historia Interplanetaria, experto en la historia de Valsis, Nabulus y Tet, y autor del libro (3665): *Anales de las Guerras Valsorguianas*, que será traducido próximamente por la editorial de la embajada del Directorio, junto con otros objetos similares que pueden ser traducidos al formato libro de la Tierra.

Todos los estudiantes humanos, por no tener la formación básica que tendría cualquier ciudadano del Directorio, tendrán dos años de actualización en:

—Introducción a la Historia Natural de la Vía Láctea

—Química I

—¿Qué es la vida inteligente?

—Planetas, seres y tecnología I y II

Después de terminar cualquiera de las carreras, los estudiantes interesados podrán acceder a becas para estudiar equivalentes a posgrados en los planetas del Directorio, en el tema que escojan. Hay alrededor de veinte millones de "posgrados", y la embajada dará prioridad a carreras que de alguna forma favorezcan el desarrollo en la Tierra, como la introducción y adaptación de tecnologías extraterrestres.

Además, queremos presentar la Beca de Desarrollo del Directorio Interestelar. Otorgada por la embajada y Colfuturo, con el apoyo de la Oficina de Desarrollo Interplanetario. Cualquier persona puede aplicar,

pero la prioridad es para los ciudadanos de países subdesarrollados.

Ante la ONU

Al presentar a la persona que iba a hablar en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el maestro de ceremonias sonrió y dio un largo suspiro.

Esa mañana, antes de la reunión, Sami estaba en la habitación con Mafalda:

—Al otro lado de esta pared hay un ser viscoso que evolucionó por millones de años en su planeta natal —dijo sin mirarla, mientras el cielo se aclaraba y los gallos de Mitú cantaban con tanta fuerza que parecía que se iban a ahogar—. Y para esa criatura estaría bien si tú y yo volvemos a comenzar esto. —Él quería decirle que no podía estar solo con ella, aunque pareciera contradictorio, pues hace apenas unos minutos había estado dentro de ella, sudando, arañándole la piel, mientras ella lo insultaba y lo mordía, sacándole una gota de sangre, como en sus tiempos dulces cuando Sami era pobre y prescindible.

El delegado de la ONU para la región de Suramérica, Rodolfo Camargo, de Costa Rica, leyó la biografía que tenía en frente:

—Samuel Rojas es ingeniero de la Universidad Nacional de Colombia, y cursó tres semestres de la maestría en Energías Renovables. Después de esto tomó una nave espacial valsorguiana y se fue del planeta Tierra, convirtiéndose, junto a doña María del Carmen Saavedra, quien vive en Prrkonium, perdón si no lo pronuncié correctamente, en el primer humano en salir del Sistema Solar, entablar relaciones con varias especies extraterrestres y recorrer otros mundos habitados. Samuel Rojas pidió, sin autorización de nadie, valga aclarar, la beca Anual de Desarrollo, para que el planeta Tierra alcance, en poco tiempo, los objetivos fijados por el Directorio Interestelar, para admitirnos como la civilización número 171 en dicha organización. Siendo esta la segunda reunión con Samuel y el Consejo de Seguridad, hoy se define si la ONU votará o no una resolución para admitir a

Sami como embajador de dicha embajada en la Tierra.

Sami seguía mirando por la ventana en Mitú, desnudo, mientras Mafe lo escuchaba con horror. Sami estaba nervioso de decir esto, pero tenía que hacerlo: Ork, el sölföl, no era solo un amigo.

Ante el Consejo de la ONU, Sami se paró, caminó al estrado, nerviosísimo, con las manos sudadas, saludó al público y comenzó a hablar, había decidido convertir su discurso en un relato.

—Para pedir la beca del Directorio me presenté a la delegación local en Nabulus, entregué los archivos plasmáticos requeridos y, después de dos días terrestres, más o menos, una nave cruzó una de las puertas hiperespaciales de la estación espacial. La nave norki parqueó en la estación de la guardia fronteriza, donde yo estaba hospedándome temporalmente. Los norkis son seres alargados, graciosos, con una cola larga, un exoesqueleto relativamente duro, con tubos que salen de la parte frontal y utilizan para comer y percibir en infrarrojo. Después de unas horas de descanso, anunció que se entrevistaría conmigo en un salón de la estación espacial de Nabulus. Se llamaba AO, y se presentó ante mí moviendo varias aperturas en su cuerpo y torciendo los tubos que tenía en la parte frontal. Por regla general, los encuentros ocurrían virtualmente: por llamadas telepáticas o descarga directa en otro cuerpo, pero esta reunión requería un aparato que solo se usaba en entrevistas con el Fondo de Desarrollo del Directorio y que por razones de seguridad no podía imprimirse. AO comenzó a mover dos patitas en su torso, produciendo una compleja retahíla rítmica, un zumbido como el de los grillos. Gracias al campo telepático que se adaptó al cerebro humano unas semanas después de nuestra llegada, escuché la voz de traducción en español en la parte central de mi mente: trabajaba para la sección de Proyectos de Desarrollo del Directorio, y quería comprobar qué tan listos estábamos en la Tierra y si estaba hablando con la persona indicada, pues los montos para desarrollo son monitoreados, pero en eones anteriores se habían usado y falsificado para comprar armas, esclavos y destruir planetas. También me contó que, una vez recibida la beca, el lugar se convertía generalmente en un territorio de conflicto, y la beca misma se convertía en un motivo

de guerra civil. Yo respondí la verdad: que tenemos muchos problemas, no tenemos un combustible renovable, tenemos problemas raciales y religiosos, nuestra industria funciona a base de plástico y producimos tanto Co2 que estamos cambiando la temperatura de la Tierra, y estamos atrapados en guerras por recursos, territorio y corrupción política.

Hubo en la sala algunos gruñidos de desaprobación por la forma en la que fue presentada la Tierra, pero Sami continuó:

—AO me explicó algunos de los términos y condiciones de la beca: esta puede usarse para tres propósitos: uno, establecer relaciones comerciales y educativas entre los planetas becados y el Directorio. Dos, apoyar la formación de una embajada Interplanetaria y promover el intercambio interespecies. Y tres, gestionar apoyo al desarrollo tecnológico del planeta. Está totalmente prohibido comprar armamento, utilizar la beca para dar golpes de estado o para obtener control total o parcial de un planeta. También me explicó la filosofía del Directorio: "Es un hecho que, a través del conocimiento, las especies inteligentes pueden solucionar sus problemas, y es nuestra filosofía proporcionar esa información a civilizaciones que pidan expresamente una mano amiga". Si cumplimos los requisitos, después de unos cien años, nuestro planeta puede convertirse en un nuevo miembro, y tener una plaza en el Consejo General del Directorio Interestelar. Si no es el caso, se nos puede dar una prórroga. Su mayor preocupación es que una economía ProBot no es viable para especies tan inferiores.

Antes de que preguntaran por lo que quiso decir, siguió con su idea:

—El norki sacó un aparato de algo parecido a una maleta, y lo ajustó: era la hora de las preguntas. Quería saber si estábamos relacionados con romboides sin paliflestos gonadales, preguntó si nuestro material genético era AGN, que, gracias a mi conexión a la Red, supe que era Ácido Glicol Nucleico, una de las estructuras base de la vida más comunes en nuestra galaxia. Lo corregí, por supuesto, y le dije que la base de nuestra información genética era el ADN. AO me miró y dijo: "Ya tenemos algo en común".

Se escuchó una risita generalizada en las instalaciones del Consejo de Seguridad.

—AO me puso un objeto en la cabeza. El equipo produjo un

sonido grave por un instante y envió algún tipo de señal a sus tubos frontales. Eso fue todo. Me quitó el aparato, y dijo que yo estaba perfectamente preparado para ser el director del proyecto en la Tierra. —Sami sabía que esto era lo más importante de su intervención. El presidente de Colombia y el CAE lo habían aceptado, pero ser el legítimo embajador del Directorio requería aceptación generalizada del planeta—. Dijo que yo estaba bien para su perfil.

Sami dejó pasar unos instantes, esperando que todos entendieran que tenía la aprobación de civilizaciones más avanzadas que la humana.

—Claro. Yo estaba tan confundido como ustedes en este momento. El aparato con el que confirmaron mis capacidades era un simulador de planetas: por la forma en que está hecho mi cerebro, puede inferirse el tipo de mundo en el que vivía, hasta la gravedad y la composición del aire, la geografía, la historia evolutiva. Con lo que sé de mi propio planeta hizo modelos de progresión y estableció nuestro nivel de preparación. Con variaciones infinitas de mi cerebro, en esos pocos segundos la máquina simuló unos tres mil años de historia tras la posible llegada de la embajada, y de mi gestión como embajador. La información que tengo en mi cabeza es limitada, pero esta tecnología está diseñada para analizar mundos basados en una sola forma de vida. La ubicación geográfica de donde crecí y los recuerdos más nimios perfeccionaron esa imagen. Esa máquina determinó que mis intenciones son legítimas, que de verdad quiero un cambio para nuestro planeta y tengo las capacidades de lograrlo. El señor Ork, también sentado en esta sala, puede dar fe de los resultados. El aparato estimó que nuestro porcentaje de éxito es del 57 %. Nada mal, al parecer. AO me contó que ellos les han dado la membresía a especies que solo alcanzaron un 30 %.

Los representantes de los países se veían incrédulos, pero no tenían forma de desmentir una tecnología que difícilmente comprendían.

—Yo me sentí como muchos de ustedes. Le pregunté cómo podían saber todo eso solo a través de mi cerebro. Mi visión de la Tierra podría estar errada. Pero me respondieron que esa es justamente la razón por la que no pueden dejar que esa máquina

se imprima: es una inteligencia artificial de las más poderosas y per-mite, básicamente, prever el futuro más probable. Analizando la cabeza de un insecto habrían llegado a conclusiones similares sobre el planeta, no tanto sobre el candidato. Tras la prueba, la máquina me descargó el manual para gestionar la Beca de Desarrollo; ahora un fragmento de mi cerebro contiene los datos exactos de los 31 423 artículos del manual. —Todos en la sala lo miraban con los ojos muy abiertos, la mayoría ni si quiera podían creer lo que estaban escuchando—. Tranquilos, hay pruebas: esta mañana les envié un archivo de 1 440 páginas, es el manual del Directorio en inglés y español, cualquiera de ustedes puede escoger un artículo y comprobarlo.

Hubo un corto silencio mientras todos abrían el archivo y tomaban el valor para retar el conocimiento del embajador.

—El 5 641 —vociferó alguien.

—Por el cual el Becario, en uso de sus facultades, será penalizado, y la beca se acabará, rompiendo las puertas hiperespaciales, en caso de probar que el planeta becario se prepara para una invasión armada a gran escala a cualquiera de los miembros del Directorio Interestelar. Aunque el Directorio entienda que existan distintas facciones, solo planetas con un representante legal, y uniformidad, podrán negociar tratados de paz con el Directorio.

Todos en la sala del consejo de seguridad mostraron un profundo asombro. Sami interrumpió los murmullos y suspiros: —Sí, esta tecnología está reservada para casos como estos, y para aprender idiomas, pero un cerebro como el nuestro podría derretirse si absorbemos más información. El norki dijo que la entrevista había terminado, que se comunicaría conmigo para instalarme el procedimiento oficial y para definir en qué se aprobaría el gasto de los recursos. Gracias a las agencias aliadas del Fondo de Desarrollo, hemos construido varias de las instalaciones que operan hoy en Mitú.

—¿Así de fácil? —preguntó el representante de China.

—No crean que los extraterrestres no notaron mi falta de legitimidad, y la falta de apoyo de las instituciones oficiales en la Tierra hacia mí, pero la máquina predijo que los representantes de la Tierra, ustedes, aceptarían mi administración de la embajada del Directorio Interestelar. Tatiana Ríos, directora del

Comité de Asuntos Extraterrestres depositó su confianza en mí, también el presidente de mi país, y hoy estoy ante ustedes buscando la misma aprobación. Cuando esta aprobación sea unánime, mi puesto como embajador se hará oficial en el Directorio Interestelar y mis funciones y capacidades estarán completamente habilitadas.

Sami esperó un poco, tomando agua, esperando a que sus palabras se asentaran antes de continuar.

—Durante los meses que siguieron, viví en Nabulus en una oficina del Directorio, recibiendo entrenamiento sobre relaciones interplanetarias, tratados, negociaciones y cómo solucionar posibles conflictos. Varias criaturas de distintos sistemas me explicaron cómo se habían resuelto los problemas en otros mundos que hoy hacen parte del Directorio. Ork ha sido parte fundamental en mi formación, ha sido mi acompañante y es un valioso aliado para nuestros planes en la Tierra. Él ha renunciado a su puesto como policía fronterizo y ahora es un delegado del Fondo de Desarrollo del Directorio. Señoras y señores delegados de las Naciones Unidas, lo que nos espera es el futuro.

Los asistentes aplaudieron a Sami.

Pero esa misma mañana, en la cama, tras la versión resumida y menos formal de lo anterior, Mafalda le preguntó:

—¿Cómo diablos pensaron esos bichos que tú tenías la experiencia para ser el representante? —La pregunta iba cargada de envidia, pero Sami disfrutaba ese malestar—. Como los embajadores de Colombia en el exterior, que ni siquiera estudiaron relaciones internacionales, sino que los escogieron por rosca.

El maestro de ceremonias presentó al siguiente invitado:

—A continuación, quiero presentarles al delegado de Nabulus: Ork Batrl, el primer sölföl en habitar en la Tierra. Por supuesto, y como la mayoría de los extraterrestres, no nació siendo un sölföl, ha vivido más de mil años, y aunque la mayor parte de su vida ha sido guardia fronterizo, estudió Relaciones Interplanetarias en Alambatu, en Tau Ceti, en el equivalente sölföl de una Universidad. Es delegado del Fondo de Desarrollo del Directorio en nuestro planeta.

Aplausos.

Ork bajó de su copa de cristal, rodó por el suelo del salón y se paró frente al podio que había ocupado Sami, esto no era más que un espectáculo, pues ningún Sölföl tiene pulmones y por lo tanto son incapaces de pronunciar palabra. Se irguió ceremonialmente sobre sus múltiples fibras negras, y defecó frente al Consejo de Seguridad un hermoso listón azul, verde aguamarina con rayitas amarillas, cafés, blancas y azules; ese fue su saludo en idioma sölföl. El traductor que se encontraba al lado fue invadido por una especie de gelatina voraz que cubrió su cuerpo con un sistema nervioso rojizo, como si se hubiese llenado de venas moradas; sus ojos blanquearon y empezó a hablar en nombre de Ork con una voz demoniaca:

—Delegados internacionales, embajadores y cuerpo institucional de la Organización de Naciones Unidas de la Tierra: gracias por permitirme permanecer en su hermoso planeta. Primero que todo, quiero aclarar que la presencia de seres de otros mundos aquí no afecta biológicamente su ecosistema. Esa ha sido la preocupación de muchos científicos, y están en lo cierto: seres vivos y semivivos han sido, en otras ocasiones, la fuente de malestar planetario, pero el Directorio Interestelar tiene milenios de experiencia y un protocolo muy estricto a la hora de comenzar a hacer contacto con seres inteligentes: todos los seres que llegamos a su planeta hemos pasado por un proceso riguroso de desinfección y actualización inmunológica, y tenemos tecnología capaz de predecir la interacción entre varias formas de vida en muy poco tiempo. Los candidatos a parásitos y a agentes infecciosos son inhabilitados, excepto cuando son parte absolutamente necesaria para los procesos vitales de alguna especie, en ese caso, un traje de aerogel les es entregado. Hoy quiero también ofrecerles el Programa de Becas del Directorio, gracias a él, al menos cuarenta de las civilizaciones que lo integran se volvieron miembros. Recuerden que nuestra filosofía es lograr una relación recíproca de ganancias, la meta no es que un planeta se vuelva mejor que otro, sino que todos nos enriquezcamos con el conocimiento del corpus galáctico.

Aplausos.

Pero hubo algo que Sami no dijo ante la ONU, algo que tenía que contarle a Mafalda antes de volar a Nueva York en su nueva nave privada, una belleza con cuerpo de un isótopo estable de

flerovio, propulsada por una batería de un material supersólido y superconductor en estado de reposo infinito, algo que ni él mismo entendía:

—Lo que pasa es que Ork y yo…

Sami, aún desnudo, y después de dudarlo mucho, finalmente contó la parte de la historia que no conocería el Consejo de Seguridad:

—De regreso a la Tierra, Ork y yo pasamos mucho tiempo juntos en la nave hiperespacial de piel de cebra. Intercambiamos información por medio de la red neural, compartimos vivencias, recuerdos de nuestras mentes, flashes malgastados e histriónicos de algo como el amor, ideas que parecían oler a casa y a cariño. —Sami cerró los ojos para recrear su memoria con más claridad, buscando el lenguaje poético que utilizaba cuando se emborrachaba—. Ork a veces crecía, expandiendo su masa, hasta estirarse como un parásito gelatinoso por todo mi cuerpo, envolviendo mi pene erecto y escroto, como si me la estuviera chupando en gravedad cero. Eso es lo que los sölföls hacen para divertirse, pero solo se llama sexo en lenguaje humano. Podía sentir líquidos extraños en mi boca, los filamentos de Ork en mis orejas, saliendo de sus ganglios, penetrando mi piel, expandiendo mi consciencia, demasiado estrecha e incómoda. Durante el viaje, los encuentros se hicieron frecuentes, casi diarios: las felaciones se convirtieron en penetraciones. Yo penetraba a Ork por donde defecaba su lenguaje multicolor, y sus filamentos me penetraban a mí, mientras intercambiábamos saberes, recetas y miedos.

Sami trató de explicar que el cuerpo gelatinoso se le metió por su ano en una penetración extrema, que le escaló por el intestino, que le llenó el estómago, y que le salió por la boca. Sami quería hablarle de la verdad del amor interespecie, la primera de las más comunes y orgiásticas dádivas existenciales entre seres inteligentes, quería hablarle de especies que iban de un planeta a otro y por bares cubiertos de parásitos pensantes, escarcha dorada de antimonio, cánceres conscientes vibrando y enrollados en tentáculos penetrativos, goteando melaza viscosa, aerogel electrificado, semen bioluminiscente y aleteos de amor.

Sami se detuvo cuando vio a Mafalda dando arcadas. Era más de lo que ella quería saber.

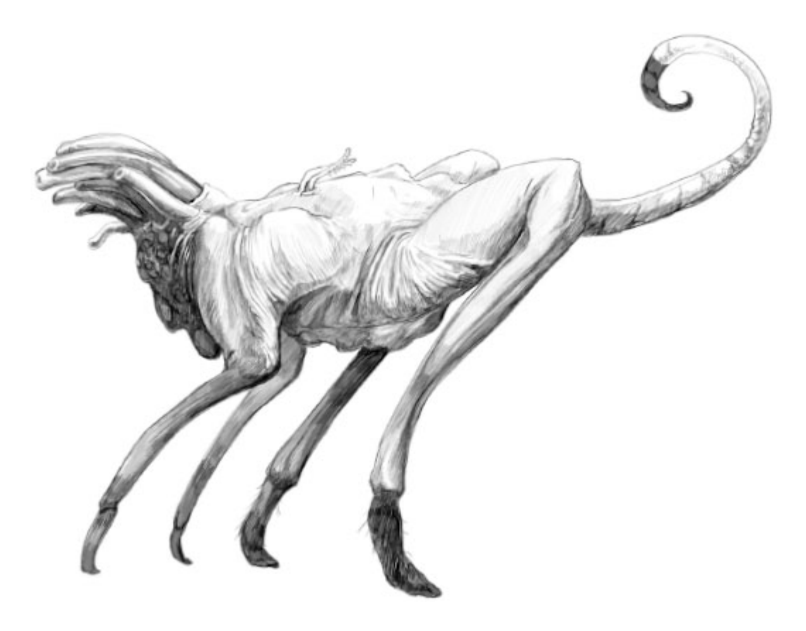
—Las triejas, cuatriejas y grupos mayores interespecie son

muy comunes. Así que eso no significa que tengamos que dejar de vernos.

—¿Ork es hombre o mujer? —preguntó Mafalda, intentando controlarse.

Los miembros del consejo de seguridad aplaudieron a Ork, quien no entendió por qué los humanos hacían sonar sus palmas, pero pronto dedujo que era un signo de aprobación.

—Ork no es ni hombre ni mujer. Los sölföls tienen más de treinta y dos mil sexos distintos, pero para ellos no es relevante. Entonces, ¿qué piensas?, ¿quieres comenzar una relación con nosotros dos, basada en el respeto interplanetario?



Norki
Planeta ´Ap ´Arlap

¿Cuánto le toma a un país pobre volverse un país rico?

Las intervenciones del Consejo de Seguridad de la ONU fueron interesantes; además de los Miembros Permanentes, los delegados de países observantes se tomaron la palabra para entender mejor la Beca de Desarrollo y cómo iba a afectar al planeta:

El delegado de Bolivia preguntó si la Puerta del Vaupés era propiedad de Colombia o de toda la humanidad. El delegado de Haití explicó que había naciones mucho más pobres que Colombia que necesitaban ayudas, así que debían tener preferencias para establecer centros de intercambio y permitir las nuevas tecnologías autosostenibles. Varios repitieron preguntas tipo: ¿cómo va a enlazarse la política del Directorio con la política de la Tierra?, ¿cómo va a mantenerse la seguridad de la embajada?, ¿de qué país es la responsabilidad de mantener el control del territorio?, ¿cómo es posible desligar los intereses del Directorio de los intereses privados o de intereses nacionales?, ¿por qué Colombia?, ¿pueden abrirse más puertas como la del Vaupés?

Sami y Ork respondieron punto por punto cada pregunta, pero muchas veces, las respuestas del embajador eran un poco crípticas, y nadie se atrevió a pedir aclaraciones:

—Los estados no son estados, el dinero no es el dinero, el conocimiento no es el conocimiento...

Sami estaba confiado en la mayoría de sus respuestas: la Puerta, por ahora, sería administrada por el CAE. Haití y todos los otros países recibirán ayuda por medio de programas de becas e instalaciones educativas. La embajada asumirá la protección física de su territorio geográfico inmediato, pero estará bajo el escrutinio del CAE, y las fuerzas armadas de Colombia seguirían garantizando la seguridad de Mitú.

—El reto que tenemos es que la Puerta sea usada por todos,

por igual. Eso es algo que tenemos que solucionar como planeta. El Directorio no tiene la respuesta para ese problema, pero podemos aprender de su historia.

—¿Cómo podemos asegurarnos de que un planeta del Directorio no tendrá intereses coloniales en la Tierra? Podrían venir a robarse nuestra agua o nuestros minerales.

—Entiendo esa preocupación, pero la respuesta es obvia: hay suficiente agua en el universo, planetas mucho más ricos en minerales, trillones de asteroides repletos de oro, níquel y titanio. Además, todos los planetas del Directorio son autosostenibles y reciclan el 99% de sus desechos. El mejor recurso que tenemos no es material, el mejor recurso es la imaginación humana. Es nuestra capacidad de diseñar, de fracasar, de volver a diseñar y luego perfeccionar. Algunos de ustedes están asustados por la posibilidad de que inteligencias artificiales y robots se tomen cada uno de los trabajos técnicos que hay nuestro planeta, y yo vi cómo abundan los robots en el exterior, pues tengo buenas noticias: si los humanos somos capaces de crear, si tenemos la creatividad que tenemos, ¿para qué conseguimos trabajos técnicos? Es como lanzar oro a la basura. Muchos de esos trabajos arruinan nuestro potencial, dare-mos garantías para que cada humano pueda elegir crear. Nos liberaremos de las rutinas.

—Pero algunos individuos podrían estar planeando algo violento, no podemos saber qué podría pasar —dijo el representante de Francia.

—Incluso si ese es el caso —continuó Sami con un ímpetu que no se le conocía—, el Directorio tiene leyes muy estrictas que funcionan. Las leyes protegen a los planetas de la colonización, la invasión y la guerra. Y para mantenerse todos en la paz y darles confianza, el Directorio celebra hace miles de años el día del último crimen violento, y esperan que nosotros nos unamos pronto a la celebración.

Hubo un descanso rápido. Mientras Sami almorzaba, Mafe le contó por WhatsApp que las redes sociales y las noticias estaban repletas de comentarios críticos: algunos decían que Sami no estaba capacitado y que Colombia no era el país indicado. Le compartió un tuit de Trump: *Samuel Rojas is just another Mexican, Colombia is just another Venezuela. Bring the Embassy to the USA*. La Iglesia católica había aceptado que había extraterrestres y estaba

interesada en entender si había otras especies con religiones paralelas. Algunos cristianos evangélicos habían reaccionado con ira, diciendo que el viaje espacial no era cierto y que las imágenes de los extraterrestres eran falsas; los más locos gritaban que el planeta era plano. Por toda respuesta, Sami le escribió a Mafalda: *¿Puedes creer que solo hace unos años yo estaba cantando en los buses y vendiendo conejos?*

Durante la siguiente sesión, Sami y Ork explicaron la Ley de Libre Tránsito: los países firmantes tendrían que preparar algunas instalaciones para que las especies pudieran alojarse en hoteles, y algunos protocolos para atender desastres, emergencias y otros eventos. A las tres de la tarde, mencionó superficialmente un posible proyecto para crear una red telepática. Los documentos se repartieron, se firmaron actas, se hizo una votación en la que dos tercios votaron por aprobar la gestión de Sami y acabó la reunión ante la ONU. En el hotel sostuvieron una corta reunión con el presidente de la Liga de Países Árabes, un tipo robusto que habló, mayoritariamente de asuntos de desarrollo en el Medio Oriente. En la noche recibieron al presidente de una famosa empresa de guías turísticas, quien quería comenzar a hacer traducciones de sus libros para recibir a los extraterrestres con guías completas de nuestros países, podía presagiar cómo el turismo extraterrestre transformaría la economía mundial.

Sami estaba exhausto, no logró quitarse la ropa y se quedó dormido en corbata y traje. Soñó que una avalancha de humanos se precipitaba por el monte Fuji. Se despertó al día siguiente a las diez de la mañana. Ork estaba en su copa de cristal sorbiendo el contenido de una lata Valsir. Estiró sus filamentos negros, expandió su red neural sobre Sami:

—Tuve una idea genial, Samuel. —Ork sonaba entretenido.

—Hola, Ork —contestó Sami somnoliento—. ¿Qué idea tuviste?

—Podemos importar robots para el proyecto de Haití. Funcionó en Palus y en Tárbola Eclipsis y están incluidos en la beca. Tendríamos que hacer todo el proceso, pero imagínate un ejército de robots construyendo casas junto a los haitianos, pavimentando calles.

—Hay que tener cuidado con los robots, me da miedo traerlos tan rápido, pero es una buena idea.

—¿Ah? Sabes que los deribots son inteligencias artificiales, no puedes comenzar a discriminar a una raza entera.

—No lo digo por mí, lo digo por los humanos. Han visto demasiada televisión. Tenemos que anticipar que habrá robos de robots, probablemente secuestros de robots. El cambio en la Tierra será enorme, pero hay cosas que deben ser graduales. Mierda, no puedo ni imaginarme lo que va a pasar en la siguiente década.

—¿Cuánto crees que van a tardarse los humanos en alcanzar nuestro nivel de desarrollo?

—Mmm… no sé. Es raro decirlo. Tal vez una generación o dos antes de que el primer humano haga un descubrimiento nuevo que pueda agregar algo verdaderamente significativo al conocimiento galáctico. Por ahora solo somos niños que descubrieron que el agua moja.

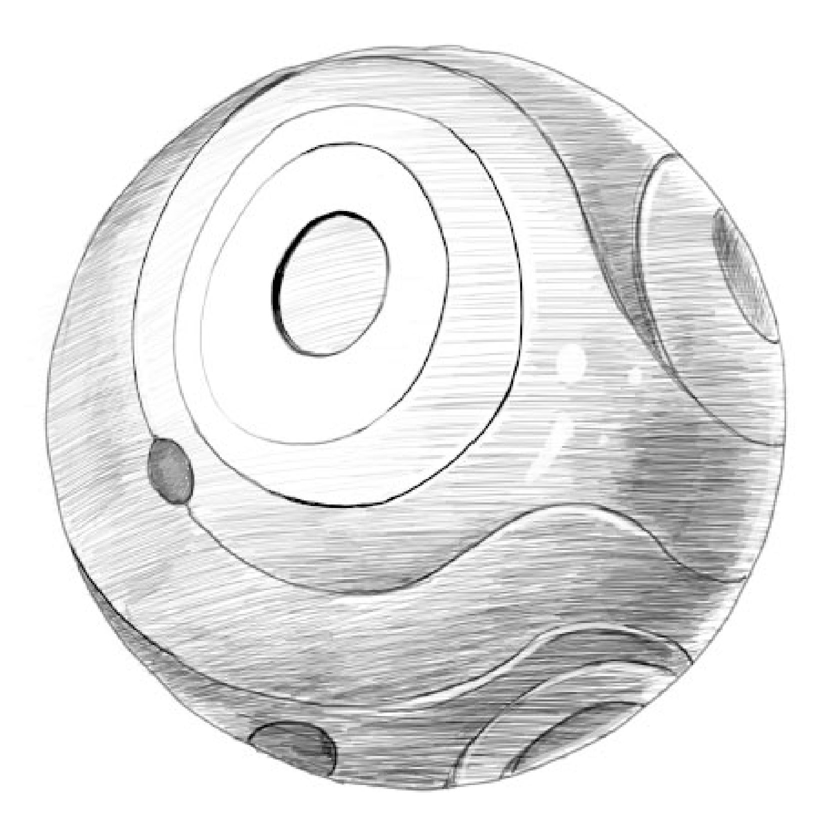
—Sí. Son como nosotros hace setenta mil años, lamento repetirlo. Cada vez que el Directorio comienza un proceso para ayudar a un planeta, toda la galaxia apuesta a ver si lo logra o no. Todos se interesan, todos quieren saber qué recursos hay, qué hay para aprender. Luego se les pasa la fiebre.

—Ork, ¿te gustaría conocer a mi novia?

—¿A Mafalda? Sí, es una mujer importante, es congresista (6).

—No, solo es asistente de la ministra. Pero está yéndole bien. He estado pensando que podríamos salir los tres. Creo que sería… interesante.

—¿Por qué no?, sería mi segundo humano.



Deribots
Planeta Durruti

Parte 2

"… hasta que el número de vidas plenas no supere al de vidas destrozadas, estaremos atrapados en una especie de prehistoria, indigna del gran espíritu de la humanidad. La historia como una historia digna de ser contada comenzará únicamente cuando las vidas plenas excedan en número a las vidas desperdiciadas. Eso significa que todavía nos quedan muchas generaciones antes de que comience la historia. Todas las desigualdades deben desaparecer; todo el exceso de riqueza debe ser distribuido equitativamente. Hasta entonces seguiremos siendo apenas una especie de mono farfullador, y la humanidad, tal y como normalmente solemos pensar en ella, todavía no habrá existido".

Tiempos de arroz y sal,
de Kim Stanley Robinson

Rebeldía

Los preparativos para aceptar humanos en planetas del Directorio comenzaron cuando se firmó el Tratado de Apertura de Fronteras. Nadie estaba interesado en buscar a doña María, la primera mujer en atravesar el hiperespacio, pero todos estaban ansiosos por salir de la Tierra y ver lo que Sami había visto. Las puertas del conocimiento acababan de abrirse, Avianca compró las dos primeras naves hiperespaciales para pasajeros y estaba estableciendo su primera base de operaciones en Tyop, en el sistema Deneb. Todas las grandes aerolíneas pagaron millones por tener hangares y derechos de aterrizaje, contrataron ingenieros hiperespaciales para ensamblar naves y comercializar modelos adaptados a la anatomía humana con *wetware* especializado para nuestros cerebros. Pronto llegó el primer reporte de noticias de humanos en el exterior. Un grupo de reporteros se metieron en una nave flavis de pasajeros, de segunda. La nave se elevó unos cientos de metros para alcanzar momentum y luego descendió a gran velocidad hacia el enorme disco espejo del Vaupés. Tardaron menos de lo que había tardado la antigua nave valsorguiana. Ork explicó que la nave de Sami y doña María eran de una tecnología del 57000 antes de Cristo (456), en cambio en los modelos más recientes los pasajeros y las naves se fusionaban, acelerando dentro de la red de túneles a una velocidad extraordinaria, cercana a la luz, bombardeando el espacio tiempo, partiendo las dimensiones originarias del universo y buscando ramificaciones de las ramificaciones en las arrugas de la octava dimensión espacial. La fusión entre consciencia y espacio era una experiencia difícil de describir, el piloto era el más afectado, pues era bombardeado por rayos alfa hasta la médula y reaparecía al otro lado del túnel, perfectamente reconstruido, pero trastornado, por decir poco. Los pilotos son héroes de las transacciones planetarias, los pilotos son adictos a la destrucción en los saltos hiperespaciales.

—Soy Andrés Camilo Valencia reportando desde Tyop, planeta perteneciente al Directorio Interestelar.

Utilizaron la transferencia de datos por partículas entrelazadas cuánticamente, las mismas predichas por Einstein, Podolsky y Rosen, que cambiaban de espín, polarización o momentum simultáneamente sin importar qué tan lejos estuvieran. La red con la que se conectaba la Enciclopedia Galáctica estaba armada con el mismo sistema. Las imágenes fueron contundentes, el público general tenía por primera vez una imagen clara, al estilo humano y en HD, de los inmensos arcos cubiertos de bolsas orgánicas rojas y naranja de las que estaban hechas las ciudades en Telop: un paisaje de formaciones bulbosas, cruzadas por aletas inexplicables de cartílago negro. Había edificios de todo tipo, algunos se parecían a los típicos rascacielos humanos, otras estructuras eran tan extrañas que resultaba difícil encontrarles sentido y función: eran coloridas, alzándose cientos de metros, curvándose con una superficie escultórica repleta de protuberancias blancas, arbotantes como tendones y venas negras salidas de una alucinación. Todos pudimos ver los nuevos modelos de transporte, sorprendernos con las diferentes especies extraterrestres, las formas de vida que habían evolucionado en paralelo a la nuestra: altos elfos mecánicos de energía con cabezas giratorias saludando a los camarógrafos, gusanos cual espinas dorsales compuestos de tentáculos y nudos de nervios, entretejidos con vasos sanguíneos y hablando en un idioma excéntrico.

Un día después de llegar a ese nuevo mundo, los humanos comenzaron a ejecutar una serie de movimientos inconexos que grabaron como primicia, aparecían torciendo las manos y blanqueando los ojos: era la conexión a la red galáctica, el enlace pantelepático.

—He visto al universo y el universo me ha visto a mí —susurraban y sonreían los humanos mirando a la cámara, sudando por la fuerza de la conexión mental como bajo los efectos de un poderoso enteógeno.

Todos los que volvían mostraban la misma sonrisa y decían palabras más o menos parecidas. El mundo entero se preguntaba: ¿Qué les pasa a los pobres viajeros? Un costeño de Magangué que presentaba las noticias políticas tenía cara de haber alcanzado la

iluminación, y nadaba en el vacío cortical de inmensas cartografías astrales, o eso decía. Una modelo colombiana encargada de concursos de belleza y *reality shows* convulsionó en vivo mientras los protocolos TCP/IP de la mente se configuraban, desfragmentando *packs* de memorias planetarias en segundos y traduciéndolas a los miles de lenguajes galácticos. Después afirmó ante cámaras:

—Acabo de dividir mi mente en sesenta partes, una de esas partes ya está viviendo en el cuerpo de un valmadorio y puedo ver en rayos gama.

Todos vimos, reportaje tras reportaje, cómo era la vida en el exterior; entrevistaron variedades de seres vivos que los humanos no habían visto antes: bichos desagradables desprovistos de ojos o caras, con pequeños canutillos y flagelos, con coloridos penachos sensibles a la electricidad, con bolsas velludas eréctiles llenas de lunares granulosos y antenitas con agujas en simetría trilateral, adornados con conglomerados y sacos de bacterias bioluminiscentes que parecían testículos amarillos.

Después de varios meses de estar al aire, a alguien en un canal nacional se le ocurrió seguir las pistas de doña María del Carmen Saavedra. La prensa humana era muy particular para el resto del universo, pero les permitieron consultar documentos en el enlace pantelepático. Descubrieron que doña María se había perdido del registro del Directorio Interestelar. Un sölföl en la pantalla excretaba una cinta y el enlace pantelepático traducía en la mente de los reporteros colombianos:

—Eso solo puede significar una cosa: doña María del Car-men, del planeta Tierra, ha apelado a las leyes de privacidad del Directorio Interestelar. No significa que esté muerta, no significa que esté perdida, simplemente decidió proteger sus datos, probablemente esté en un planeta al límite, viviendo lejos de las ciudades principales. No tenemos forma de verificarlo.

Doña María ya había comenzado a ver humanos, lentos pero seguros, explorando los sistemas del Directorio. Antes de partir de Prrkonium, doña María vio a los paisas de Envigado instalarse en pequeñas comunidades de empresarios, comenzando a importar chucherías y cavando fosas sépticas, porque allí no existían los alcantarillados ni el concepto de aguas negras. Antes de que aparecieran desplazados sirios construyendo casas cuadradas de

barro cocido, antes de que alguien le hablara solo por el hecho de ser humana, comenzó a planear desaparecer del radar.

—Yo con humanos no vuelvo a tratar. Yo, humana no soy.

Cuando doña María rechazó todo contacto humano, la gente ya había descubierto quién era, y todos los registros y testimonios demostraban que no estaba bien de la cabeza, según los estándares terrestres. Nunca se habló mucho de ella, siempre fue un personaje secundario en la historia de Sami, un accesorio, algo accidental, hasta podía verse como los restos de machismo de Sami. Nadie sabía, y a pocos les interesaba saber, por qué no había querido volver. No había una declaración oficial, pero cualquiera que le dedicara un par de minutos a la situación podría saber la respuesta: doña María estaba decepcionada. ¿Podía uno decepcionarse de las maravillas del Directorio Interestelar? Sí y no. Todos para ese punto sabían que doña María había sido profesora de filosofía en un colegio y, por declaraciones de Sami, que estaba hastiada de las interacciones humanas; probablemente buscaba algo con significado más allá del dominio del Directorio, algo que el mismo Directorio no podía ofrecer. Tras las investigaciones de algunos periodistas, se supo que pocos meses antes de desaparecer del mapa había conocido a un norki. Un japonés que vivía en Prrkonium con una beca de la embajada la vio y aseguró que había una especie de romance entre ella y dicho norki. Se llamaba PAU, era un anarcoprimitivista con opiniones anti-Directorio. También se supo que PAU y doña María comenzaron a viajar juntos a planetas antiguos, hacia eventos peligrosos: en 'Ap'Arlap, por ejemplo, hicieron el viaje de migración norki. Los medios terrícolas descubrieron después que los norkis son células sexuales, pero más desarrolladas intelectual y tecnológicamente que los seres vivos que los producen en sus sacos testiculares; esa antigua migración era un recorrido de los "espermatozoides" para fecundar a la hembra. El japonés describió a PAU como un romántico que ansiaba la reestructuración social, y que hablaba con frecuencia sobre el sentido de la vida, a diferencia de la mayoría de seres del Directorio que poco se hacían esos cuestionamientos inútiles, pues el pragmatismo dominaba sus vidas. PAU y doña María establecieron su relación gracias a la búsqueda del sentido o propósito de la existencia. Los últimos registros en el historial de búsqueda telepática de doña María

mostraban artículos sobre filosofía milenaria, quizás recomendadas por el mismo PAU. Suponemos que esas lecturas compartidas y el drama de la especie de su compañero la motivaron a huir hacia las zonas más agrestes del Directorio: cuevas, bosques, llanuras desiertas.

Los norkis evolucionaron durante millones de años para emprender el viaje de fertilización de los huevos de nork: iniciaban su vida después de ser eyaculados por los colosales norks, recorrían los vastos desiertos de cobalto, a través de picos escarpados de cristales púrpura y montañas salpicadas por espinas azules repletos de depredadores voraces y otros peligros. Generaciones de norkis habían cruzado ese desierto, y el territorio se había cubierto de significados profundos y metáforas románticas. Los norkis se internaban en las profundas cavernas de 'Ap'Arlap, y tras varios meses, incluso años, de vagar en condiciones tan adversas, finalmente llegaban al continente de las hembras. Los norks a los que pertenecen los norkis, hembras y machos, son unos seres de tamaño desproporcional, colosos velludos con varios pares de piernas y un frente monstruoso sin rostro. Los sobrevivientes se introducían en los conductos sexuales de las hembras nork y se fundían con el óvulo en una disolución extática. Pero después de tantos años de evolución tecnológica, los viajes se pueden hacer en vehículos voladores, y toda la historia evolutiva quedó obsoleta ante las facilidades de la vida moderna. Tenían el instinto del viaje, la necesidad del viaje, pero ya no tenía sentido. PAU, más que los demás norkis, pensaba que su existencia no tenía propósito, y que su vida era una constante y agónica supresión de sus instintos más auténticos y vitales.

Doña María sintió que esa angustia explicaba su propia opinión sobre la civilización. Por caminos distintos, como por la evolución convergente, llegaron a las mismas conclusiones y ningún planeta del Directorio hizo desaparecer sus insatisfacciones. Se le vio, junto a PAU, hablando con gran pasión sobre civilizaciones al margen, alejándose cada vez más de los estándares de la vida cómoda. Hay registros de doña María en cientos de planetas, ocupando cientos de cuerpos, todos ellos en condiciones agrestes: animales salvajes, carroñeros y larvas en complejos de cuevas frías y húmedas, planetas solitarios donde las formas de vida eran básicas y violentas. Luego compraron una

nave valsorguiana y fueron declarados potenciales terroristas y eran vigilados contantemente. Antes de que apelaran a un derecho de privacidad y de que encriptaran sus capacidades telepáticas tuvieron la siguiente conversación:

—Es lo que tenemos en común. —La voz psíquica de PAU.

—¿Qué cosa? —La voz psíquica de doña María.

—Intentarr serrr felices. Todas las especies que hemos encontrrrado, todas buscan sentirrse completas. Incluso cuando su prropósito es el dolorr o el sacrrificio. Sin una rrecompensa parrecida al placerr y un castigo parrecido al malestarr, ningún serr intentarría rreprroducirrrrse ni buscarr alimentos.

Cuando salió el libro *¿Quién es María del Carmen Saavedra?*, la forma de pensar de doña María se volvió una tendencia en la Tierra, y algunos consideraron que era una buena excusa para cancelar todos los proyectos de desarrollo en la Tierra.

La ciencia es progreso

Seis años después de que se fueran los primeros becados, y de que varios ya hubieran vuelto a la Tierra, mi tío Flaminio tuvo una idea tremenda. Se le ocurrió en un viaje a Mitú cuando transportaba mercancía por la Carretera Alienígena. Después de dejar el *container*, encontró en la recepción de un hotel para camioneros un aviso sobre paquetes turísticos para ir a conocer comunidades alien-indígenas. Mi tío pasó cinco días en la selva, él ya había leído en la prensa que barlunkos, sölföls, pakpaks y tufterios habían llegado a explorar el Vaupés, algunos por pura curiosidad, otros por interés científico. Las especies vegetales y animales eran ciertamente un gran atractivo para cualquier alienígena, pero los rumores decían que los alienígenas y los indígenas de la región habían comenzado a tener relaciones más íntimas. Lo que había comenzado como una investigación sobre los laboratorios de coca abandonados, dio lugar a comunidades interespecies con cambuches, sexo y consumo de ayahuasca y otras sustancias para que el efecto fuera similar en todos sus metabolismos. Mi tío Flaminio encontró una comunidad de humanos y aliens conviviendo en un asentamiento tradicional alrededor de una maloca. Los habitantes de esa pequeña aldea voltearon a mirarlo, pues los había interrumpido mientras pasaban un día común y corriente: aliens rodando por el suelo, niños humanos corriendo sin ropa, hombres y mujeres reparando la maloca o haciendo comida. El guía que lo llevó dijo que los indígenas solo querían mostrar una representación de la vida aborigen colombiana, pero los aliens y extranjeros se sintieron tan a gusto que decidieron quedarse, y algunos de los indígenas "actores" comenzaron a valorar lo que antes solo era una puesta en escena: ahora la villa indígena era una verdadera villa indígena, y cada semana hacían rituales y cada cinco, una fiesta. El taita supuso que mi tío había ido a tomar yagé o a ver aliens, así que lo invitaron esa misma noche. Durante las coloridas e

intensas pintas producidas durante el ritual, mi tío Flaminio tuvo su gran idea: los extraterrestres tenían experiencias terrícolas baratas aquí en la Tierra, él quería que los terrícolas tuvieran experiencias extraterrestres baratas allá, así que se le ocurrió armar una flota de naves 100 % colombianas, a bajo precio para gente del común. Comenzaría paso a paso, primero con el sistema solar, de modo que ir de vacaciones a Neptuno o a Marte fuera tan común como ir a Melgar, y luego se ampliaría para transportar a otros planetas del Directorio. Sería como su servicio de mulas, solo que mejor.

Las primeras naves compradas en la Tierra fueron importadas por Colombia desde Pol Lubern y de Barius, después le siguieron las compradas por la NASA y SpaceX. Estaban equipadas con controles que no se adaptaban a ningún humano y que tomó meses recalibrar: instalar pantallas lumínicas al estilo humano, medidores, adaptadores y una silla apropiada para el piloto. Volarlas era relativamente fácil, cualquiera podía hacerlo, y solo requería el combustible más conocido de la galaxia, más eficiente y fácil de adquirir que la energía solar: hielo6. Sin embargo, había algo importante que el CAE tenía que reglamentar: los pilotos eran seres temidos.

Varias semanas después del viaje a la selva, mi tío empezó los trámites para crear una empresa de transporte espacial con naves *Made in Colombia*. Pidió préstamos a tres bancos distintos y llenó los formularios por internet para conseguir apoyo de la embajada del Directorio. El comisionado para el Desarrollo aceptó el proyecto porque estaba alineado con los ideales de las becas y estímulos. Sami había explicado que en un mundo verdaderamente civilizado no podían existir monopolios, por lo tanto, era de vital importancia que la Tierra no solo importara naves, sino que las fabricara. Dos empresas, una de Medellín y otra de Tunja ya habían probado con éxito varios prototipos, y por esos meses sacaban al mercado las primeras naves para vuelos en el sistema solar, habían contratado una mezcla de ingenieros humanos y extraterrestres, usaban tecnología 99 % más barata que la que usaba la NASA, sin un solo humano en la parte técnica y con módulos de viaje espacial actualizados. A pesar de los chistes de que seguramente las naves colombianas iban a llevar gallinas y cocaína en la parte de atrás, resultaron perfectamente capaces de mantenerse en el mercado. Mi tío habló

con ellos para construir la flota con la que él había soñado, fue un trabajo en equipo que salió en la prensa. Con el dinero del estímulo del Fondo de Desarrollo, mi tío Flaminio completó tres naves colombianas pequeñas, con motor con reacción a hielo[6] a un 25 % de la velocidad de la luz, cada una con capacidad para cuarenta personas. Desde el principio se lo imaginó con tarifas bajas, un servicio menos *gourmet*, diseñado tanto para llevar equipos de investigación de universidades colombianas, como para organizar tours a viejitos pensionados a ver las lunas de Urano y para que se maravillaran al volar al ras de los anillos de Saturno. Un visionario.

Mi tía Marta me llamó porque ella sabía que yo era juiciosa con el trabajo en la empresa y según ella "me lo merecía". Yo era muy buena en el trabajo de oficina, diseñando los afiches, la publicidad de los camiones y los *brochures*, pero cuando me ponían a transportar sabían que yo era cumplida, que no me dejaba meter los dedos a la boca si tenía que negociar, y que no me había robado un solo peso, como sí había pasado antes con otros conductores.

—¿Quieres aprender a volar una nave espacial?

—¿Puedo? ¿No necesito, no sé, una licencia o algo así? —pregunté incrédula.

Sin mayores inconvenientes y preguntas, acepté, y mi tía me puso una cita al día siguiente en su apartamento.

Pensé en lo mucho que estaba cambiando todo. A menos de una década de la llegada de Sami, puñados de chicos ya estaban regresando a la Tierra, y comenzaba la cacería de nuevos talentos. Cientos de empresas internacionales desesperaban por tener uno de esos ingenieros en sus filas, y mi tío no había sido el único con la idea y el acceso a los estímulos del Fondo: muchos empresarios ya estaban diseñando y construyendo tecnología propia. En Bogotá y en Medellín acababan de inaugurar parques donde se ensamblaban grúas de tecnología mixta para fabricar *mekas* y las enormes partes de un regulador atmosférico que reduciría las cantidades de CO_2, reciclándolo y convirtiéndolo en químicos utilizables. Los robots importados que habían aterrizado en Mitú ya habían rediseñado la ciudad en solo un par de semanas, los de Bogotá construyeron puentes y empezaron la remodelación de algunos sectores: San Cristóbal Norte, Bosa,

Kennedy y el barrio Santa Fe. Muchos hicieron críticas fuertes a la completa dependencia de la tecnología del Directorio, pero cuando los ingenieros colombianos regresaron de Durruti y lanzaron el primer robot nacional, se quedaron sin argumentos.

—Esa tecnología solo es peligrosa si cae en malas manos —le dije al conductor de Uber que me llevaba al apartamento de mi tío, el cual quedaba en las cercanías del complejo que estaban construyendo por la avenida Las Américas. Me asombré al ver los enormes *mekas* con forma humana transportando cosas de un lado a otro—. Si el gobierno se apropia de un *meka* y le pone armas, ¡no hay quien lo pare! Imagínese a los paramilitares montados en uno de esos. Qué peligro.

—Me preocupa más que un robot me reemplace y me quede sin trabajo. ¿No le parece que es el principio del fin? —respondió el conductor cuando llegamos.

Mi tío me saludó con un abrazo y vi que había convertido su apartamento en un centro de negocios con mi tía Marta, que era contadora. Había papeles regados por todo lado y tres computadores con tablas de Excel; se notaba que llevaban días durmiendo mal y trabajando como locos. El tío Flaminio era un típico colombiano, el estereotipo de los años ochenta con bigotito de narcotraficante, había comenzado con un solo camión en 1993, transportando comida y electrodomésticos. Para el 2026, tenía una flota de veinte camiones de carga trabajando con los principales puertos de Colombia y distribuyendo productos de importación y de exportación. Para adecuar los hangares de su empresa tuvo que via-jar él mismo a Barius, y se convirtió en el primer miembro de la familia en hacer un viaje hiperespacial. A su regreso trajo el personal y la tecnología necesaria para operar las naves que había comprado, los centros de comando, las grúas y equipo de seguridad, adecuación y servicio técnico.

No fui la única persona a la que mi tío llamó; éramos tres, todos habíamos manejado mulas para él en un momento u otro. El trío estaba conformado por Ximena, la Pollis, una chica joven y linda que se veía delicada y que todo lo compraba en rosado, pero era lo suficientemente ruda para manejar tractores en vías sin pavimentar y tenía los modales de un camionero; Jaimer Forero, un tipo de Natagaima de dos metros que se parecía a Mandíbulas, el legendario asesino a sueldo de una película vieja

de James Bond, y yo, su sobrina. Mi tío nos miró sonriendo. Éramos el trío menos parejo que se hubiera encontrado. Después de las presentaciones, mi tío nos hizo una introducción a lo que se estaba imaginando, y mencionó solo brevemente su experiencia con el yagé y las comunidades de alienígenas e indígenas que prosperaban en la selva del Vaupés.

—Por ahora no es que haya mucho que hacer en otros planetas, un poco de turismo para el que pueda pagarlo, pero también vamos a trabajar con las universidades que estén haciendo proyectos de exploración. El viaje no sale caro, es decir, cualquiera podría pagarnos cinco millones de pesos por ir a conocer Marte o Neptuno. Vale lo mismo que un pasaje a China desde Colombia.

—Barato, demasiado barato —dijo la Pollis.

—¿Y el combustible? —pregunté.

—Ya tengo un trato con una “empresa” de Tárbola Eclipsis, con unos elesdianos que tienen un negocio de hielo6. Pero me enteré de que la Tierra está desarrollando tecnología para obtener hielo6… ya vieron que lo de la gasolina realmente se les va a ir al piso porque apenas unos gramos de este nuevo combustible alcanzan para ir a Plutón.

—Increíble, esto va muy rápido —dije asustada—. Hace unos años pensábamos que las naves de Elon Musk eran lo máximo, ahora resulta que nuestras mejores tecnologías eran obsoletas hace miles de años. Como máquinas a vapor para nosotros.

—Sí. Increíble, ¿no? —dijo la Pollis—. Es como si hubiéramos abierto los ojos.

Mafalda me habría dicho que un avance tecnológico de esas proporciones no aseguraba un avance similar en nuestra moralidad:

—Imagínate un narco con todo esto, con los drones de caza de los norkis. Ellos no saben con quiénes están metiéndose. Los humanos no somos cualquier osito de felpa que sigue órdenes. —La imaginé en mi cabeza.

No. No éramos ositos de felpa. Mi tío no había vislumbrado las posibilidades de grupos terroristas o gobiernos despóticos obteniendo esta tecnología. Después supe que todos nos preocupamos por lo mismo, pero nos negamos a creer esa

posibilidad. Había que pensar de forma positiva.

—En unos años... No. ¡Meses! En unos meses nuestra flota va a estar enviando humanos a explorar el sistema solar todos los días, llevando mercancía de un planeta a otro: combustible, comida, juguetes, elementos de construcción y hasta *containers* llenos de contrabando chino.

—Severo visionario —dijo Jaimer—. Este man sí sabe cómo es la vuelta.

Así fue como Rápido Pacífico se convirtió en Sistema Solar Exprés, y conocí al primer extraterrestre en mi vida: un piloto profesional que mi tío había mandado a traer de Palus para dar clases de vuelo, pues también quería poner un centro de formación de pilotos. Parecía un manojo de algas y su densidad era tan poca que flotaba en la atmósfera terrestre, como una bolsa de plástico con pequeñas ramificaciones que servían de extremidades, y su sistema nervioso, similar al nuestro, traslucía en su piel.

—¡Uy, que asquito! —dijo la Pollis. Afortunadamente no habían conectado el sistema de traducción y todavía no teníamos enlace pantelepático en la Tierra, pues los palusinos también tienen sentido del orgullo y del autocuidado.

No tuve tiempo de revisar qué eran o de dónde venían los palusinos, pues inmediatamente mi tío nos puso el único sistema de traducción disponible en la Tierra: los brazaletes ConektionPlus. Bastaba ponerlos en la muñeca y tocar la superficie del otro ser, para entender y hacernos entender a través de una red neural parecida a la de los sölföl:

—Hola. Yo. Soy. Ess. Soy. De. Palus. Y. Hoy. Seré. Su. Instructor. De. Vuelo. —Resonó en mi cerebro con una versión más chillona de mi propia voz mental.

—¡Qué cosa tan seria! —bufó Jaimer con la cara llena de ramificaciones blancas del ConektionPlus.

De inmediato nos transfirió, con una pequeña punzada en el cerebro como si fueran fluidos a través de un xilema y floema, algunos conocimientos básicos sobre despegue, planeo, vuelo, aceleración y aterrizaje. Lo básico. Estuvimos con los ojos cerrados, acariciando los listones delgados de Ess como si fueran peluches, aprendiendo las maniobras una vez alcanzáramos una fracción de la velocidad de la luz. Luego comenzó con lo más

difícil: la teoría sobre la fusión piloto-nave. Seríamos conscientes del espacio en sí mismo, la consciencia del todo sería casi insoportable la primera vez, pero sería una sensación adictiva.

Uno podía imaginar el desarrollo lento y difícil de esas tecnologías: por milenios los viajes espaciales habían sido imposibles, tomó eones y multitud de sabios e ingenieros aprender a construir una nave y un motor con esas capacidades y a los pilotos les tomaba años aprender a pilotearla, pero ahora, después de otros miles de años, una persona puede convertirse en un piloto en un par de horas. Teniendo la tecnología necesaria, volar es inmensamente fácil.

—Síganme —dijo Ess mientras se separaba de la red neuronal.

Caminamos tras él hacia el hangar, allí nos esperaba mi tío con sus tres naves *Made in Colombia*. Lo acompañaban dos ingenieros humanos, unos pelados con gafas y brackets de la Javeriana, con maestrías en Nabulus y Dalterion, que trabajaron en el diseño y nos describieron lo que habían hecho y su funcionamiento. Las naves estaban recubiertas con materiales que ni siquiera existían en la Tierra de forma natural, y los motores eran tan extraños que cualquier ingeniero aeroespacial terrícola anterior a Sami habría quedado completamente perdido al verlos. La Xué Tequendama, la Neusa Chía, y la Zipacón Exprés, porque mi tío no quería que sus naves sonaran a nada gringo, eran monstruosos aguacates flotantes recubiertos con números de matrícula, el elegante logo de Sistema Solar Exprés, que yo misma había diseñado, y stickers de la Virgen del Carmen en la parte trasera. No tenían ventanas visibles ni tren de aterrizaje. Debajo de las luces de emergencia había una cuadrícula de colores donde sucedía la reacción electrodébil que permitía la aceleración al 25% de la velocidad de la luz.

Cuando la clase terminó, la Pollis, Jaimer y yo estábamos en *shock*. La información era demasiada, sentía que mi cerebro iba a estallar. En solo dos horas habíamos desaprendido toda la física arcaica que sabíamos por el colegio y adquirido nociones básicas de las tecnologías de las especies realmente inteligentes.

—¿Listos. Para. Volar?

—Pero no tenemos licencia.

—Yo. Trabajo. Con. La. Embajada —dijo el Palusino agitando sus tentáculos translúcidos después de tocar nuestros brazaletes

—La embajada ya determinó las leyes principales del espacio en el sistema solar. Como aprendices pueden hacer unas pruebas sencillas —remató uno de los ingenieros.

—Solo firmen esto —dijo mi tío sacando un contrato de responsabilidad que tenía doblado en un bolsillo—. En caso de que algo pase. Uno no sabe.

Los tres pilotos, mi tío Flaminio, los ingenieros y Ess subimos a la Xué Tequendama para el vuelo de prueba. El interior era confortable y agradablemente humano, con una cabina amplia y sillas a los lados de un corredor central como en un bus intermunicipal. La primera en manejar fue la Pollis: se sentó en el asiento de piloto, revisó los controles, las pantallas adaptadas a la tecnología humana, y comenzó a sudar:

—¡Qué chimba, jueputa, vamos a salir del planeta! —dijo una y otra vez.

Los ingenieros le dieron unas últimas indicaciones sobre las diferencias entre viajar en una atmósfera densa, como la de la Tierra, y viajar en gravedad cero y sin atmósfera, y cuando la Pollis dijo que entendía todo, se conectó al Sync, el lector de ondas cerebrales del sistema de navegación: ahora podía sentir la nave. Consciencia expandida al 40 %. La nave comenzó a flotar y salió lentamente del garaje, a ras del suelo. La Pollis, fascinada, en una especie de trance al que entró rápidamente, giró la punta de la nave unos cuarenta y cinco grados hacia arriba y nosotros nos abrochamos los cinturones mientras el instructor palusino susurraba instrucciones telepáticas. Nos elevamos con el discreto y sombrío murmullo del motor. No había vibración, no se sentía la velocidad. Cuando caí en la cuenta, estábamos a doce mil metros encima de Bogotá y se podía ver la cordillera. La Pollis siguió avanzando hacia el cielo. Yo no sabía si mirarla a ella, con sus ojos repletos de luces de vitriolo y hologramas y los extraños tics que hacía con las manos, o si poner mi atención en las ventanas circulares de la nave que eran invisibles desde el exterior. La curvatura de la Tierra se hizo evidente, unos minutos después, ya se podía decir con franqueza que estábamos en el espacio sideral. La Tierra se veía como una joya enorme y preciosa, quedé hipnotizada viendo las rugosidades de las montañas y los accidentes geográficos, los patrones blancos y azules de las nubes y las espirales de tormentas tropicales en el

Caribe.

La Pollis desconectó el Sync cuando dejó la nave en la órbita de la Tierra, giró sobre su magnífica silla de piloto y le dijo a mi tío con una enorme sonrisa:

—¿A dónde lo llevo, patrón?

Mi tío Flaminio revisó la Enciclopedia Galáctica con una sonrisa, pues el Directorio había estudiado nuestro sistema solar varios milenios antes de que los humanos descubriéramos que la Tierra era redonda, y tenía un mapa con cada objeto, cada luna joviana, cada anillo de Saturno. Después de unos minutos simplemente dijo:

—¡Vamos pa' Júpiter!

Eso complicaba las cosas para la Pollis, quien escasamente recordaba tres planetas del sistema solar.

—¡Ay!, ¿y eso por dónde es?

—¡Fresca, mija, que la computadora va diciéndole!

—Tío, pero ¿cuánto vamos a demorarnos? —pregunté un poco ansiosa por nuestra separación de la Tierra, incapaz de quitarle la mirada.

La Pollis se puso el Sync, la nave tenía una antena de entrelazamiento cuántico para mantenerla conectada a internet mientras estaba en el espacio sideral con un plan de datos nacional. Y dijo con su voz fusionada a la nave:

—588 millones de kilómetros. —Los futuros pilotos nos miramos sorprendidos—. Que, a un cuarto de la velocidad de la luz, son dos horas y diez minutos terrestres. Alcanzan a ver una peli del *Señor de los Anillos*. ¡Ah, no, no alcanzan! Pueden ver una más cortita. ¡*Alvin y las Ardillas*!

¿Así de subdesarrollados éramos? ¿Así de infinitamente ridículas se habían vuelto las distancias? ¿Así de poderosos eran los motores que habían desarrollado, lo suficientemente compactos como para ponerlos en una nave no mayor a unos tres autobuses juntos? Con toda la tecnología humana que poseíamos, ¿cuál era la máxima velocidad que habían alcanzado nuestras naves? Estaba pasmada, tratando de hacer cálculos con mis dedos, mientras mi tío y Jaimer se reían. ¿Cuánto se tardaría en llegar a Próxima Centauri? ¿Es en serio? ¿Me están jodiendo? Hasta ahora estaba comenzando a entender lo que significaba

estar en contacto con los alienígenas. Con esta tecnología, con esta capacidad, ¿qué diablos va a pasarle a la humanidad?

—Este, Pollis, nena, ¿cuál es la velocidad máxima de una nave espacial humana?

La Pollis, una joven rudimentaria, tristemente terciaria en su conocimiento sobre el sistema solar, de repente podía conectarse directamente a la computadora de la nave y decirme con suma precisión:

—La mayor velocidad fue alcanzada por la nave Parker Solar Probe en 2018: 200 kilómetros por segundo. Si quieres compararlo con esta nave del señor Flaminio, podemos alcanzar los 75 000 kilómetros por segundo.

Me quedé boquiabierta, babeando de terror. Todo nuestro progreso en ciencias aeroespaciales era una ridiculez comparada con el resto del universo. Mi tío me miró, mientras yo, extasiada, buscaba algo familiar en la brillante superficie de la Tierra, algo familiar y pobre. La vida terrestre va a cambiar para siempre. El salto es tan absurdo que no vamos a poder entenderlo a la velocidad necesaria. Probablemente nos estrellemos con un muro de conocimiento que no podremos entender. Nos costará milenios alcanzar la…

—¿Talula? —mi tío interrumpió mi pensamiento.

—¡Ay, perdón! Es que estoy, como dicen, anonadada.

—¿Quieres pilotear la nave? La idea es que todos prueben la conexión. La Pollis ya nos sacó del planeta, mejor que sea tu turno y Jaimer nos trae de regreso.

La Pollis se quitó el sincronizador cerebral y lo dejó en la silla del piloto. Caminé solemnemente, pensando: “Energía es masa por velocidad de la luz al cuadrado. Cualquier tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia. Hace poco más de un siglo nos era imposible volar. Nuestra experiencia aeroespacial tenía poco más de setenta años, apenas un chispazo de imaginación en un mar de…”.

—¿Talula?

—Sí, sí, ya. Perdón, es que me emocioné.

Me senté en la silla de piloto, di un largo suspiro y me puse el casco. Activé los símbolos que Ess me había enseñado y sentí la computadora de la nave por primera vez. Era como una estrella

de energía lanzando efluvios verdes y amarillos, comenzando una relación simbiótica con mi cerebro: la sentí penetrando mi córtex, mi glándula pineal, mi hipocampo y de repente tuve acceso a un catálogo inmenso de estrellas, planetas camuflados, agujeros negros y áreas de alta densidad de energía oscura. Júpiter apareció, tranquilo, orbitando a 20 grados de su perihelio. Fui consciente de la cantidad de combustible que teníamos, suficiente para un viaje de ida y vuelta; sentí míos los motores, los sistemas de refrigeración, los generadores de oxígeno y los instrumentos de maniobrabilidad. Pude calcular las diferencias temporales que nos afectarían por ley de relatividad a un fragmento de la velocidad de la luz.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mi tío.

—Se siente… como si por fin estuviera completa, tío. —Estaba llorando, mirando las estrellas en filtros superpuestos de rayos gama, rayos X e infrarrojos, podía sentir los campos magnéticos de los planetas del vecindario. Cualquier humano en su sano juicio estaría llorando como yo.

—Llévanos a Júpiter.

—Sí, señor —dije sorbiendo mocos y tratando de controlar mis emociones.

La computadora y yo trazamos la trayectoria, encendimos los motores, las rocas de hielo6 pasaron al ciclo de transformación en energía pura, 100 % de eficiencia. De un momento a otro dimos un salto, mi consciencia se expandió. Sincronización completa: era como si mi mente hubiese salido de la nave. Podía sentir el sistema solar en su totalidad. Podía sentir las asperezas de las cordilleras marcianas, podía detectar cada grano de polvo que flotaba en el espacio sideral. La aceleración de la nave necesitaba consciencias fusionadas; navegar a esas velocidades era imposible para las reacciones humanas, pero era necesario tomar decisiones instintivas y esquivar cúmulos de energía oscura o partículas minúsculas de hielo que solo se volvían obstáculos a medida que uno se acercaba a la velocidad de la luz, so pena de morir despedazados, pulverizados, atomizados cuando dichas partículas reaccionaran al hacer fusión atómica con el casco de la nave, produciendo una explosión termonuclear. También estaba el riesgo de pasar por campos de energía alfa que podían convertir a todos los pasajeros en dementes de hospital psiquiátrico, la

inescrutable locura del espacio, la velocidad y las neuronas achicharradas.

El espacio se expandió, la cuadrícula de los años luz mostró una cara matemática y ordenada, vi los colores profusos e invisibles de la realidad, los efectos extraños de la dilatación temporal por causa de la relatividad general, las luces hipnóticas, el entendimiento de cada humano, el entendimiento de las fuerzas en vectores de cada partícula. En los primeros segundos mis ojos se habían abierto por completo, el resto de la jornada entendí que yo solo era un instrumento para el computador de la nave: yo era la consciencia que la nave necesitaba para llegar al destino. Podía sentir cómo las puntas de mis nervios parecían crecer hasta tocar los planetas, entendí la distancia entre las órbitas, como si el sol y los planetas estuvieran distribuidos en mi mente, el sol en la parte de atrás de mis ojos y la Tierra en la parte superior del lóbulo parietal. Podía hacer *zoom* a la superficie de Venus, medir la temperatura del pelaje de un pastor ovejero en China que corría por una pelota y espiar lo que hacía Mafalda en ese momento: estaba escribiendo en un computador. Podía escudriñar los átomos de su piel, meterme en los poros de su cachete derecho y ver los cúmulos de grasa intradérmica. Me volví omnipresente, estuve en supermercados, en Olympus Mons y en cada sala del Louvre; ocupé el espacio entero de un cuarto en Chiclayo en el que una pareja tenía sexo, y presencié por primera vez, y en tiempo real, la fusión atómica que se da en el núcleo del sol. Durante el viaje esquivé, con la delicadeza de una bailarina de ballet, dos micro meteoritos que en mi mente eran amenazantes y enormes. Tuve suficiente consciencia como para notar que la Pollis intentaba caerle a uno de los ingenieros en la parte de atrás de la Xué Tequendama. Dos horas y diez minutos después los colores se estrecharon, las líneas de planoformación se desdibujaron y yo acababa de pasar por la experiencia más fuerte de mi vida entera. Me desconectaron del Sync mientras vomitaba todo lo que tenía en el estómago y convulsionaba. Estaba llorando, en estado de *shock*: sentía que había perdido mis ojos, mis órganos, mis huesos, me agarraba la piel con desesperación, gateaba por el piso de la nave, tosiendo y dejando salir lo que quedaba de mi almuerzo. Aún brillaban en mí los rescoldos de la inteligencia artificial y el trauma de haber sabido el número exacto de seres vivos en el sistema solar.

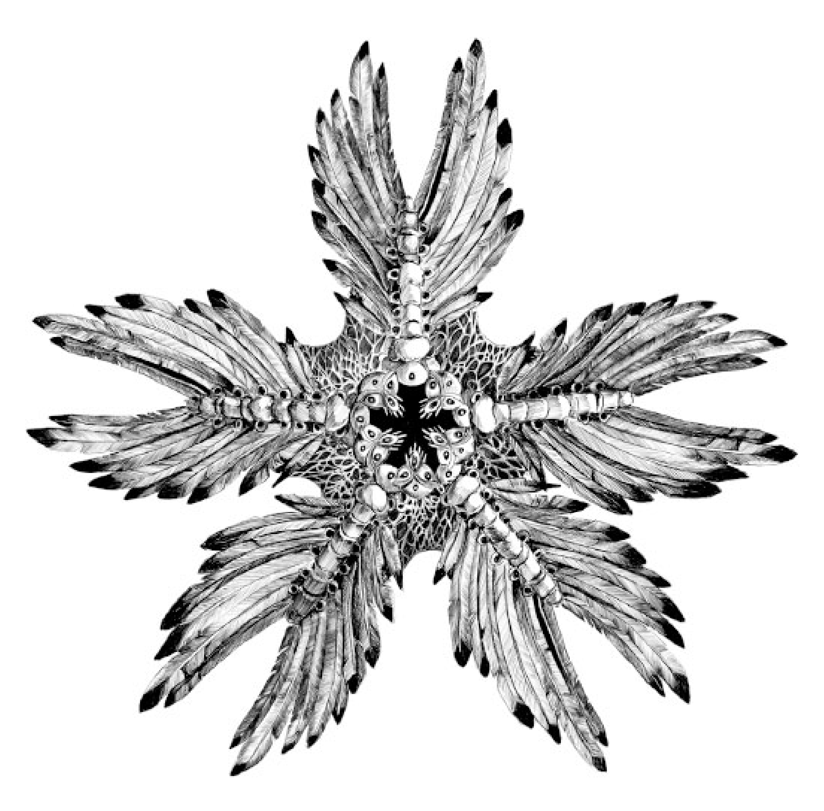
—¿Y a mí por qué no me pasó eso? —dijo la Pollis mirando cómo me retorcía.

—Porque no planoformaste, son protocolos psíquicos distintos —aclaró uno de los ingenieros.

Fui calmándome poco a poco, solo me quedaba la sensación de tener una luz parásita en la visión, como la impresión retiniana que queda después de mirar el sol por mucho tiempo. La Pollis me ayudó a parar y uno de los ingenieros tuvo la amabilidad de limpiar mi vómito. Me acerqué a la ventana junto a los otros, para admirar la inmensidad del planeta gaseoso y me quedé sin aliento una vez más, viendo la gigantesca masa de Júpiter ocupando casi toda la visión del parabrisas: las fantásticas formaciones atmosféricas, las nubes grises y marrones mezclándose en las figuras espiraladas de la región subtropical, los satélites galileanos danzando alrededor del planeta tras dramáticas y coloridas explosiones de luz por las tormentas jovianas.

—Ya está. Somos los primeros humanos en llegar a Júpiter. ¡Qué chimba! —sollozó Jaimer, con la cara llena de lágrimas.

—Y teniendo esta tecnología —pregunté extasiada por la belleza del planeta más gordo del sistema solar—, ¿por qué será que esos aliens prefirieron quedarse en la selva del Vaupés?



Palusino
Planeta Palus

Comienza la Aceleración

El conocimiento sobre las facilidades de los viajes espaciales con tecnología extraterrestre dejó a muchos científicos completamente frustrados y deprimidos. Tan pronto la Enciclopedia Galáctica estuvo en línea, y tras leer un artículo sobre propulsión espacial, Elon Musk se encerró en su apartamento y no quiso recibir llamadas ni reponder correos; el director de la NASA apareció ante las cámaras con ojeras, y Wu Yanhua tuvo un ataque de rabia y golpeó a alguien. Se tardaron mucho en confesarlo, pero lo hicieron a fin de cuentas porque la llegada de Sami había cambiado el mundo. Millones de dólares, euros y yuanes de presupuesto público, años de trabajo, sueños y esperanzas y de aferrarse a las cuentas regresivas, se habían ido a la mierda. Los grandes proyectos de los que se habían enamorado y por los que habían invertido su fortuna eran completamente obsoletos. El programa Mars One, el nuevo telescopio de NASA, la misión de exploración solar, una misión de reconocimiento que iba a enviarse para orbitar Júpiter, todo quedó cancelado. Los presupuestos quedaron congelados, las fábricas de partes y materiales, detenidas hasta nuevo aviso. La información en la Enciclopedia volvía nuestra tecnología completamente inútil, y señalaba caminos que ni siquiera se habían imaginado en la ciencia ficción. Las preguntas fundamentales todavía no estaban resueltas, por ejemplo: ¿había vida en Marte, en Encelado o en Europa? Nadie sabía. La Enciclopedia Galáctica no llegaba a esos detalles sobre nuestro sistema solar. Las técnicas de refrigeración, transporte, propulsión, manufactura de materiales, cosas básicas como gravedad artificial, retropropulsión e incluso módulos de terraformación para comenzar colonias en planetas rocosos, habían alcanzado algo parecido a la perfección en el Directorio Interestelar, al punto que avanzar era físicamente imposible en varios de estos campos, las reglas del universo lo impedían.

Elon Musk dijo que era como estar haciendo trampa, como si

Superman hubiese aparecido de un momento a otro para soplar las respuestas que hace años habíamos intentado responder con tanto esfuerzo. Ork le envió un mensaje en el primitivo Twitter: *Querido Elon, hoy aprendí quién eres. No te preocupes, ahora podrás concentrarte en los problemas que nosotros todavía no hemos podido resolver. Solo tienes que actualizarte un poco.*

* * *

Aunque la comunidad científica se recuperó con prontitud para actualizarse, aún fascinados por los nuevos conceptos de la astrofísica, los políticos no salieron de su sospecha, sobre todo por el hecho de que los pilotos fueran omnipresentes durante los viajes, eso les pareció un escándalo. Cuando bajamos a la Tierra, después de unos días de burocracia firmando contratos, recibí una llamada de mi tía Marta, la esposa del tío Flaminio: me dijo que las licencias de conducción de naves espaciales iban a demorarse un poco. No me costó enterarme el porqué: varios políticos y empresarios, especialmente los más conservadores, habían alertado al CAE sobre los pilotos de viajes interplanetarios. El titular que leí decía: “Pilotos de naves espaciales podrían estar espiando a sus hijos bajo la ropa”. Se había hecho de conocimiento público, decía el artículo amarillista, que los sistemas de navegación estándar inducían a los pilotos a ser omnipresentes, “siendo capaces de penetrar en la más insólita estructura del átomo y posiblemente de espiar a cualquier persona tras la ropa”. Yo me puse la mano en la cara por lo ridículo que sonaba, pero era cierto. El verdadero problema era que mientras navegábamos esquivando partículas de polvo que podían destruir la nave, podíamos meternos en cuartos de seguridad máxima, revisar archivos en alguna oficina en Arizona o en los búnkeres más secretos del FBI y la CIA. Los pilotos eran posibles espías que podían jugar en cualquier bando por dinero.

Al día siguiente me mandaron a la oficina del Ministerio de Transporte a averiguar. Hice una fila larga, todos querían conseguir licencias de speeders, vehículos voladores unipersonales y hoverbikes. Finalmente me atendió una viejita, le expliqué lo que quería, se quitó los lentes y me dijo con amabilidad.

—Hasta que el CAE no regule eso, las licencias no van a salir.

Pero no se desespere, mijita, si imaginamos con fuerza encontraremos una solución.

Estaba burlándose, evidentemente, del lema de la embajada del Directorio: “El mejor recurso humano es la imaginación. No la desperdicies”. Al salir me sentí, más que nunca, al inicio de una nueva era: la era de la Aceleración. Su inicio sería una guerra contra la burocracia, el statu quo y las tradiciones insensatas.

* * *

Durante una sesión plenaria del Congreso, desde un escritorio marcado “Ministra de Asuntos Extraterrestres”, Mafalda leyó el informe anual y mencionó, entre otras cosas, que la gente había dejado de estudiar Contaduría, Derecho o Enfermería, y ahora escogían con mayor frecuencia Astrofísica, Ingeniería Espacial y Biología. Las carreras habían pasado por un cambio de pensum al primer año de la llegada de Sami, y tras cinco años, acostumbrados a profesores extraterrestres, los nuevos graduados de Ingeniería Civil eran expertos en materiales supersólidos de fricción infinita, los agrónomos de último semestre habían propuesto proyectos experimentales tras comparar la agricultura vista en otros planetas, y los ingenieros mecatrónicos estaban reiniciando casi todo el programa para incluir Computación Astral y Técnicas, Materiales y Procesos de Robótica Extraterrestre. La cantidad de cupos en universidades se duplicaron, se construyeron nuevas sedes de la Universidad Nacional con las mejores instalaciones en Arauca, Huila, Meta, Vichada y Amazonas, y la Universidad de Mitú, aunque esta era en esencia internacional. Se construyeron cuatro mil escuelas públicas nuevas y otras doce mil fueron intervenidas para que alcanzaran los nuevos estándares educativos, mejorando sustancialmente el salario de los maestros, y preparando y actualizando a los maestros preembajada. La educación, por fin, estaba pensándose para las comunidades rurales, y hoy podemos decir que la calidad de la educación que reciben nuestros niños es mil veces más avanzada que la que recibimos cualquiera de los presentes. Sami había luchado por esos proyectos, miles y miles de colegios y universidades se fundaron en todo el planeta, y el 50 % de las becas fueron para hijos de campesinos, no solo para colombianos, sino para estudiantes de Nigeria, Mozambique,

Bolivia, el Congo, Filipinas, Sudán, etc. De un momento a otro, la excusa "es que la ciencia no paga en Colombia" dejó de funcionar y el presupuesto se redobló para comenzar carreras de Protopalium y Medicina Especializada por planeta, Supersimetría se volvió una favorita, y la Escuela Nacional de Terraformación, un sueño de todos. Lingüística Extraterrestre se mezcló con Ingeniería del Lenguaje, y los avances tecnológicos dieron pasos enormes en Neurobiología. La forma misma de las clases había cambiado: de salones de clases a círculos energéticos, con estudiantes conectados a redes de ConektionPlus, teniendo clases en el espacio psíquico de la telepatía grupal.

—Este año volvieron más de diez mil estudiantes graduados del Directorio, y hoy, más de sesenta mil estudiantes colombianos les siguen los pasos, estudiando en distintas formas, en distintas instituciones. Cuando regresen, y esperamos que todos regresen, sabemos que van a poder enseñarnos todo lo que aprendieron.

Mafalda había pasado los treinta maravillosamente, vestida de ejecutiva, con tacones y sin una sola arruga. Tomó un sorbo de la botella de agua que tenía al lado y continuó:

—También tenemos más o menos veinte mil estudiantes de otras especies en el programa de intercambio, estudiando las únicas carreras nuestras que no están desactualizadas completamente, principalmente Biología terrestre e Historia. La labor del ministerio ha sido regular y facilitar lo que sea necesario para que estos intercambios se den, pero también, como todos saben, establecer embajadas colombianas en otros planetas.

Mi tío Flaminio llevaba más de un mes enloquecido, hasta que la Corte Constitucional, de acuerdo con lo pactado en las últimas semanas, autorizó la expedición de licencias de pilotos. La insistencia con Mafalda, hablándole de cómo solucionar el asunto, había funcionado. Mafalda había presionado a la Corte desde el Ministerio de Asuntos Extraterrestres y ya tenía la propuesta para controlar a los pilotos.

Estaba aburrida en mi casa, leyendo artículos de la Enciclopedia Galáctica sobre las bombas de felicidad absoluta, cuando me llamó mi tía Marta para invitarme a almorzar ajiaco con pollo y entregarme la licencia de piloto. Cuando llegué, encontré a la Pollis y Jaimer jugando con los perros. Teníamos que firmar un contrato de confidencialidad que protegía toda la

información que viéramos durante las expansiones de nuestra mente: todo quedaba absolutamente clasificado, fuera lo que fuera. Renunciábamos a varios de nuestros derechos como testigos; perdíamos la protección del Estado, del CAE y de la ONU si revelábamos algo, y aceptábamos ser vigilados constantemente por un nuevo departamento de la rama judicial dedicado a controlarnos. Ser piloto implicaba ese sacrificio jurídico, era la única forma en la que el Comité de Asuntos Extraterrestres lo había resuelto con los magnates y servicios de inteligencia del planeta. Leí el contrato antes de comerme el ajiaco. Jaimer y la Pollis ya habían firmado. Me dieron un bolígrafo y firmé, porque no había opción. Nos abrazamos, tomamos cerveza, jugamos tejo y empezó la asignación de misiones.

Mientras la Pollis jugaba, agarradita de la mano de uno de los ingenieros, llamé a Mafalda y le agradecí porque tenía la licencia en la mano:

—Nena, me salvaste.

Desde que Mafalda se había vuelto ministra de Asuntos Extraterrestres, su agenda estaba siempre ocupada, las ocasiones en las que nos podíamos encontrar eran mínimas. En estos años su imagen había cambiado: se veía muy segura y su trabajo era constantemente elogiado. No faltaban los comentarios contra su persona, pero en general, y a mis ojos, Mafalda se había convertido en una diosa: podrida en plata, con escoltas y reuniones sociales a las que no podía invitarme, porque iba con Sami, su pareja ideal, y con Ork, que a veces parecía su mascota.

* * *

Las preocupaciones por la omnipresencia de los pilotos no tenían nada de infundado. Apenas me subí a mi Xué Tequendama para la primera misión aproveché para espiar a Sami: lo vi, lo inundé y lo abracé con mi omnipresencia. Estaba almorzando con su equipo de trabajo, hablando de un proyecto: la instalación en Finlandia de un nuevo extractor de dióxido de carbono para reducir los efectos del calentamiento global. Sería una máquina de dimensiones ciclópeas, ya estaba en la fase de construcción y alcanzaba los dos kilómetros de altura. Fue inevitable pensar en Sami como un héroe. Todo esto era por él, estrella blanca de la mañana, el Prometeo torpe y tierno de nistágmicos ojitos rosados

trayendo el fuego de los dioses y enseñándonos la verdad de la verdad de la verdad. Mientras viajaba hacia Marte en mi primera misión, escudriñé sus bóxers que olían un poquito a orina, descubrí que estaba disimulando una erección. Apreté mis piernas en la nave y me puse húmeda. Ojalá me pusiera atención, ojalá algún día me notara. Alcancé el orgasmo antes de que la cuadrícula de la velocidad de la luz se desvaneciera y me encontré idolatrando a un hombre blanquísimo.

Reconstrucción

Las cosas se pusieron mucho peor después de reconstruir Puerto Príncipe.

Mafalda pasaba todo su tiempo en reuniones con el partido Ambientalista, con el CAE, con Sami y con el Gobierno. Intentaba demostrar que era una guerrera, pero estaba vuelta mierda. Le dije que tenía que dormir mejor, pero el partido le había dado muchas responsabilidades, tal vez demasiadas, y cada vez que algo pasaba, por estúpido que fuera, la llamaban. Estaba abrumada, el cerebro no le daba para tantos detalles. Además, estaban los *haters* que se la montaban de linda pero boba, de oportunista y de psicorrígida. Ella fingía ignorarlos, pero a solas lloraba. Yo la espié en mis misiones espaciales. Lo que más le molestaba, es que, a pesar de todos sus logros, muchos la seguían llamando: la novia de Samuel.

Su vida amorosa era tan complicada como la laboral: había conocido a Ork, habían hecho el amor los tres y había experimentado la conexión sölföl. Al principio, pensaba que era solo una bola pegajosa con cositas que le salían por debajo, como las espeluznantes patitas llenas de filamentos de las estrellas de mar, pero luego de las primeras experiencias, luego de largas noches románticas en los bares multiespecie de Mitú, Mafalda se dio cuenta del carácter fuerte de Ork y de su inteligencia. Aún no entendía los chistes terrícolas y su tono al hablar era un poco amenazante, pero cuando estaba con Sami, todo parecía funcionar más o menos bien. En poco tiempo habían reconstruído lo que tenían, riéndose de chistes que solo entendían ellos, y encontrándose cada fin de semana para divertirse, trabajar juntos y hacer el amor, aunque Sami siguiera siendo un poco raro y siguiera amando raro. Lo que no le gustaba era que antes, antes de que Sami se fuera a la selva, Mafalda era la que lo controlaba, él era solo suyo, su objeto personal de satisfacción. Cuando Ork no estaba, ella aprovechaba para sentir ese poder de nuevo: podía

hacer que Sami se sintiera mal con facilidad, lanzaba de la nada algunos comentarios como:

—Fue pura suerte que te convirtieras en el embajador, ¿no?

—Sí, Mafe. Soy el mismo perdedor de siempre con un golpe de suerte —respondía perdiendo la sonrisa.

Pero pronto entendió que esa actitud no la llevaría a ninguna parte: seguir hiriendo a Sami solo iba a hacer que se acercara más a Ork y que la sacaran de sus planes. La verdad era que Mafalda los necesitaba.

Ork hablaba mucho de sus experiencias anteriores, de su infancia y de cómo hacían las cosas en su planeta. Las conversaciones eran grandilocuentes, además recordaba todo de sus mil años de vida. Había nacido en otro cuerpo, de otra especie, había pasado años jugando en la Arena Multicorpórea. Cuando tenía solo quinientos años, había hecho una familia con cuatro bichos distintos. Con frecuencia decía que nuestra sociedad no era tan primitiva como creía el resto del Directorio, pero se reía de problemas estúpidos que los humanos aún no resolvían, como dejar de calentar la atmósfera por emisiones masivas de CO2.

—¿Arena Multicorpórea? —preguntó Mafalda una vez—. Han hablado mucho de eso, pero todavía no sé qué es.

Sami y Ork intercambiaron miradas de complicidad.

—Son juegos interplanetarios. Los ciudadanos del Directorio pueden escoger un juego y pasar años allí, sin consecuencias —explicó Sami, mirando hacia arriba, recordando con claridad un evento particular de su pasado.

* * *

En la conferencia con el presidente de Haití, Sami movía las rodillas frenéticamente y mordía la parte de atrás de un lapicero, justo lo que Mafalda le había dicho que no hiciera. Sami explicaba torpemente lo que el Directorio aportaría al proyecto y lo que Haití tenía que aportar a cambio.

—O sea, ¿cómo le explico? Aunque el Directorio pueda contratar gente de cualquier sistema, nosotros creemos que la independencia es lo más importante. Así que lo que vamos a hacer es enseñarles a los haitianos a trabajar con labor robótica.

Lo que necesitamos es encontrarnos con unos ingenieros haitianos a los que les interese el proyecto y permitir que seamos los humanos los que tomemos decisiones de diseño respecto a nuestras propias necesidades, no unos ingenieros foráneos.

Cuando terminaron de hablar, habían elaborado un plan rápido en una servilleta. Una semana después, ya se había hecho una licitación con un grupo de urbanistas haitianos que habían vivido fuera de la Tierra. Al mes, los urbanistas y tres extraterrestres llegaron a Puerto Príncipe: era un lugar realmente horrible, lleno de basura, con caños tapados por desperdicios. Los tres zorks, que son como papas pastusas del tamaño de un perro con antenas rojas y se desplazan con lo que parecían ser raíces, dieron vueltas por la ciudad, estudiaron varias ciudades humanas, intentaron entender cómo era el hábitat humano y las necesidades de la gente, luego se encerraron con los arquitectos y urbanistas haitianos por varias semanas para compartir, aprender y discutir los planes de renovación. Los extraterrestres sugirieron unos cam-bios simples pero útiles, que fueron aceptados prontamente por los locales. De un momento a otro, el cielo haitiano fue invadido por drones que escanearon el terreno, estudiaron la geología, la hidrología y calcularon la forma en la que la gente usaba el espacio. Una nave de Telop llegó vibrando con un puñado de máquinas portátiles que podían ensamblarse. Dos colombianas se sumaron al proyecto, las dos primeras graduadas de Robótica Espacial en nuestro país. Una de ellas, Yurleidy Henao, se había graduado con honores.

Hubo algunas protestas porque la labor robótica iba a reemplazar la labor humana, y eso significaba que casi ningún humano iba a conseguir empleo en la reconstrucción masiva. El Fondo de Desarrollo volvió a explicar que no era necesaria la mano de obra humana, pues tenían robots. La gente sí fue contratada, con dinero del Directorio, para ir de casa en casa, con algunas empresas de arquitectura locales, para planear los hogares de forma personalizada. Arquitectos, jóvenes y viejos, obtuvieron contratos relativamente buenos por ir de puerta en puerta con diseños sencillos para la remodelación de las fachadas, y algunos para que remodelaran casas enteras.

Mafalda y Sami estuvieron en Puerto Príncipe en ropa veraniega poniendo atención al proceso de planeación, porque a

Sami le gustaba la ingeniería civil, pero luego se fueron de turistas al museo del Panteón Nacional Haitiano y al palacio de Jean-Jacques Dessalines. Fue como una luna de miel. Antes de irse, vieron el día 1 de reconstrucción. Los androides comenzaron a trabajar rápidamente. La primera mañana el cielo estaba lleno de inmensas máquinas voladoras, listas para cortar paredes, desensamblar pisos y esparcir cada fragmento por el aire para reorganizar lo que servía y lo que no. Había un centenar de robots, pero cada uno imprimió nuevos robots para tareas específicas; al final de la tarde ya había doscientas máquinas humanoides que habían sido diseñadas por las colombianas. Inmediatamente empezaron a reconstruir las calles con nuevos materiales basados en los antiguos, como si estuvieran comiendo calles y callejones y excretando carreteras de materiales nunca antes imaginados. Los robots trabajaron día y noche, avanzando calle por calle: taladrando con láseres, moviendo ladrillos y placas metálicas con levitadores industriales, limpiando y demoliendo. Luego dejaban que los nanobots fabricaran paredes desde cero, usando polvo, gravilla, basura, transmutando desperdicios en aerocreto solar, un material fotovoltaico que les suplía la electricidad de forma gratuita. Había destellos azules, como chispas de electricidad, mientras las paredes parecían bullir, burbujeando mientras crecían por sí solas, doblando esquinas, marcando agujeros para puertas y ventanas. Las calles quedaron preciosas, barrios enteros de latón fueron reemplazados por casas pequeñas de estilo colonial. Los residentes salían de sus chabolas con sus pertenencias y esperaban a que los bots hicieran lo suyo de acuerdo con los planes de los arquitectos. Esperaban un día afuera y en la noche entraban a sus nuevos hogares: disfrutando los hábitats que ellos mismos habían ayudado a diseñar: casas nuevas, relucientes, con agua potable y cañerías basadas en el desarrollo de Bill Gates, pero mejoradas para que la mierda humana no fuera a parar en el agua.

En un mes, los sistemas de drenaje de toda la ciudad se habían reestructurado, se reconstruyeron plantas de tratamiento de agua y edificios que estaban a punto de colapsar, se sembraron parques y se limpió toda la basura. Toda.

Al segundo mes, la ciudad estaba lista. Las fotos de antes y después pasaron por todos los medios. La obra había sido extremadamente barata, daba miedo lo barata que había sido. La

labor robótica había sido casi gratuita. Los robots usaban energía solar y solo el primer lote tenía precio, los demás eran impresos en 3D por ellos mismos según fueran necesitándose. Las diseñadoras colombianas, que eran unas ñoñas y eran las dueñas del negocio, les habían instalado las reglas de la robótica del Código Ético Galáctico. El resultado no podía creerlo ni Sami: avenidas limpias y perfectas por donde los tradicionales tap tap seguían moviéndose, semáforos, puentes peatonales, cebras, todo funcionaba. Pero el cambio de infraestructura tenía que ir acompañado de un cambio de políticas. El grupo de haitianos que estudió en el exterior, algunos extraterrestres y el CAE asesoraron al gobierno en la planeación e implementación, y en eso los mismos urbanistas haitianos tuvieron que asesorar al gobierno.

Al finalizar la reconstrucción de la capital de Haití, la mayoría aplaudió la labor de Sami, de Ork y de Mafe, pero no todos estaban contentos: muchos habían perdido sus trabajos y las grandes compañías de construcción, que no tuvieron nada que ver en el proyecto, pusieron el grito en el cielo. Trump calificó el trabajo en Haití como comunismo barato, otros dijeron que reconstruir una ciudad entera sin el esfuerzo del trabajo no iba a hacer que Haití progresara, sino que se acostumbrara a que las cosas iban a ser gratis. Además, algunas corporaciones y políticos corruptos alegaban furiosos porque estaban dañándoles sus negocios. Algo similar ocurrió en Colombia cuando prohibieron la gasolina, y las empresas nacionales no pudieron monopolizar el nuevo combustible: hielo6. Trataron de asustar a la población con desempleo y pobreza, pero no eran más que los mismos argumentos para mantener el poder, para que la gente que ya era rica siguiera siéndolo. Pero el día de desmantelar la historia había llegado: ¡los años de la explotación obrera habían terminado!

Sami intentó aclarar que los humanos eran mucho más que fuerza obrera, la reconstrucción de Puerto Príncipe lo probaba: los haitianos no habían cargado bultos porque no era necesario. El embajador decía que romantizar la mano de obra era una forma malévola de tergiversar y perpetuar el esclavismo. Además, habían sido los haitianos los que habían diseñado el lugar en el que querían vivir. Ahora había un sistema más eficiente de recolección de basura basado en tecnología de los barlunkos, que habían tenido un problema con el plástico hace doce mil años que casi los lleva a la extinción.

La celebración costó más que toda la obra, Sami, Ork y Mafalda estuvieron juntos, comiendo Poulet Aux Noix y Griyo, y unas delicias de Thss que Sami siempre recomendaba, fueron vestidos con ropa cara, y hubo un concierto de música haitiana. Cerca de media noche acabó el evento y Sami propuso seguir la fiesta en su hotel, solo con humanos y con extraterrestres que pudieran percibir y entender nuestra música, conocidos, interesados y amiguísimos de la trieja: el círculo de amigos más cercanos. Todos habían celebrado, unos en silencio, y otros moviéndose en formas extrañas; al final Sami y Mafalda perreando y besándose con Ork, quien colgaba del cuello y les inducía alucinaciones a voluntad, borrachos, sudados, perdidos. Al día siguiente, en la tarde, se despertaron con un guayabo terrible y con la habitación llena de criaturas de distintas especies, regadas en el suelo como guantes viejos, exhaustas después de una noche bailando salsa y reggaetón. Sami estaba vuelto mierda, caminó descalzo a la cocina a tomar agua, la luz del sol le lastimaba los ojos. Lo seguí paso a paso en modo omnipresente: tomó agua directamente de la llave y volvió a la cama, donde Ork y Mafe lo esperaban "abrazados". Buscó su celular para leer noticias.

La noche anterior, Mafalda, un poco ebria, tuvo la audacia de tuitear a la alcaldesa de Bogotá para ofrecerle la primera línea del metro en quince días, propuso que invirtiera el dinero en educación y no en mano de obra. Remató el tuit diciendo: *Podrían subirles el sueldo a los profesores con ese dinero, vale la pena.* La soberbia de la pareja, los cambios en las políticas públicas de contratación que evitaban la corrupción, sus enfrentamientos contra grupos religiosos extremistas y los rumores de sus fiestas sexuales en grupo les hicieron ganar poderosos enemigos. En las noticias de esa tarde, vio que varios presidentes de derecha veían la reconstrucción de Haití como un grave error político. *Lo que ustedes llaman desarrollo va a acabar con nuestra civilización como la conocemos*, escribió uno en Asia. *Si no dejan de intervenir, vamos a tener que hacer algo*, declaró uno desde Europa. Influenciadores, gente del común y bots creados para diferentes redes sociales inundaban la web: *Introducir robots avanzados sin revisar la ética humana es un problema gigantesco, ¿Y el propósito humano? La embajada del Directorio acaba de suprimir millones de trabajos humanos, eso no plantea ninguna solución a la pobreza en Haití.*

Sami cerró twitter y abrió su correo: recibió algunas amenazas que debía tomar seriamente. Mafalda se despertó, bostezando, y vio a Sami arremolinándose los pelos blancos de la panza y frunciendo las cejas.

—¿Qué pasó, Sami?

—Nos están amenazando las Águilas Negras. Quieren que cerremos la Puerta del Vaupés y que saquemos a los robots y a todos los alienígenas. Y quieren que me vaya de Colombia, si no lo hago en un mes, me matan.

—¿Qué? —dijo ella poniéndose seria.

—También tengo como trece correos de corporaciones internacionales diciéndome que no puedo simplemente destruir la economía mundial y otras mierdas así.

Mafalda se incorporó, con los ojos entrecerrados para protegerse de la luz, sintiendo náuseas y la boca apestando a aguardiente, pero logró decir:

—Tienen miedo de lo que estás haciendo.

—Sí, pero es la única forma de lograrlo. No puedo rendirme así de rápido —dijo sin dejar de ver su celular—. Trump acaba de tuitear que va a mandar a cerrar el CAE.

—¿Vas a avisarle al Comité?

—En este punto ya deben haberse dado cuenta de lo que está pasando.

—¿Y sobre las amenazas?

Sami evadió la pregunta:

—El futuro es la aniquilación de los monopolios y de los capitales inmensos. El futuro no es el futuro, linda, el futuro es la transformación de la ideología en moronitas de aserrín…

—… y despertar el poder humano por primera vez —completó ella. Ya se sabía el discurso de memoria, incluso lo copiaba. Sami le dio un beso. Ambos eran adictos al trabajo, y sentían que estaban haciendo todo lo que soñaron cuando eran capuchos en la Nacional y le tiraban piedras a la policía antidisturbios. Solo que ya no era un juego.

—No sé si este periodo debería quedar en la historia como *El despertar humano* o *La Aceleración*. Hemos estado toda la historia mirando el piso.

Mafalda tuvo que volver a Bogotá, y Sami y Ork se quedaron en la habitación de hotel en Puerto Príncipe, despidiendo a los extraterrestres formalmente y tomándose el resto del día libre.

—¿No será esto una especie de colonización? —Sami estaba desnudo mirando a Ork desde la puerta de la cocina de su habitación de hotel, tocando con un pie la ramificación nerviosa que Ork había dejado crecer por el suelo para fusionar sus mentes mientras este se preparaba un desayuno de bacterias frescas—. Puede que los humanos seamos los que estamos diseñando todo, pero finalmente es un ritmo de desarrollo al que no nos acostumbramos.

—¿Colonización? Ustedes llevan demasiado tiempo en un sistema de retribución por labor. Es un sistema obsoleto —bufó Ork telepáticamente—. La misión de la embajada es ofrecer tecnología y mano de obra al que tenga alguna idea y necesite asesorarse. En general, damos las herramientas para que las naciones y los planetas progresen, no somos invasores. No creo que eso sea colonial.

—Pero muchos humanos quieren que el Directorio se vaya de acá. Lo ven como una amenaza.

Ork terminó de preparar su plato, se lavó las muchas patitas y luego excretó unos hilos de colores que se traducían en fastidio.

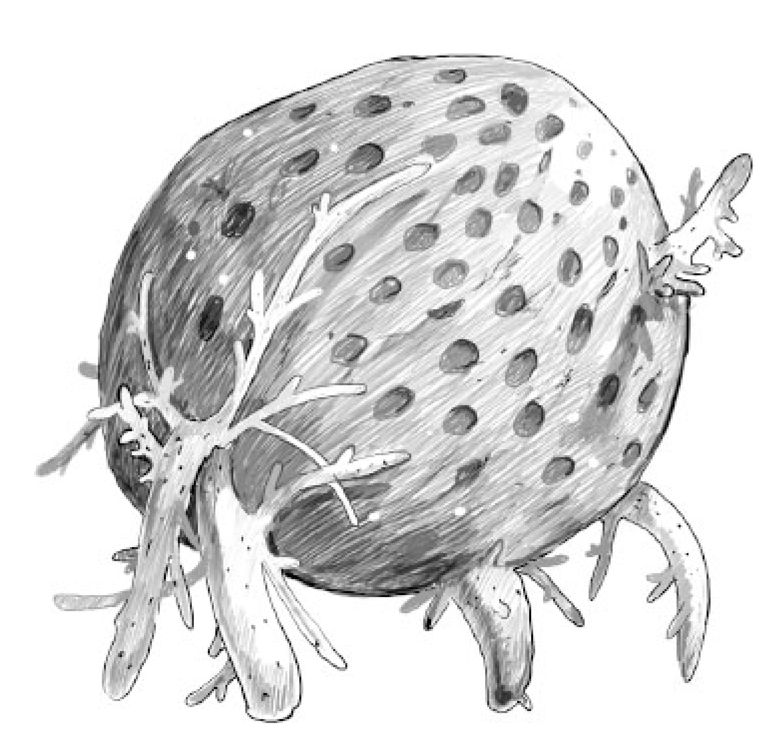
—No es la primera vez que pasa: durante su proyecto de desarrollo, Armagusta le declaró la guerra al Directorio y tuvieron que quemar la puerta. Por eso hay que ser muy cuidadosos con todo el proceso.

—Voy a pedir la guardia —dijo Sami suspirando—. La beca ofrece una guardia militar para proteger el territorio en el que se encuentra la embajada. Será lo primero que haga mañana en la mañana.

—Así se habla, jefe —respondió Ork telepáticamente.

Sami revisó una notificación en su celular que acababa de sonar, era un correo. Hizo una mueca de divertida sorpresa:

—El presidente de Venezuela quiere ayuda extraterrestre para arreglar la economía de su país. ¡Ja!



Zork
Planeta Cordwainer Alpha

La guarida de los renegados: camarada de rebelión

Tome una Yurleidi Henao cualquiera, una Usnavi Quintero, un Jeison Estiward de cualquier municipio, métalos en una nave metálica, agite suavemente y mándelos a volar por la Puerta del Vaupés hacia cualquier planeta del Directorio: Nabulus, Palus, Durruti o Cromaton Cortex 10. Espere cinco años, esté pendiente, deles lo que necesiten para que se gradúen de una carrera universitaria, y haga lo posible para que vuelvan a Colombia. Solo espere un poco y ya verá.

Sami sabía que esos pelados sin privilegios que salían de barrios pobres, en los que las calles ni siquiera estaban pavimentadas, y que con frecuencia terminaban atracando gente o embarazadas a los catorce años, eran la semilla del cambio. Pero qué cruel era también, para los primeros humanos, encontrarse en mundos tan distintos. Los correos electrónicos que mandaban a sus familiares comenzaban casi siempre con una serie de asustadas y maravilladas exclamaciones: atmósferas, gravedades, colores y soledad. No todos lo lograban, no faltaba la Deisy que extrañaba demasiado las arepas paisas y a su mamá, el Wilmer que no soportaba la depresión en una cueva rectal de teradonte, en donde vivían los estudiantes de cierto planeta universitario. Pero las respuestas de sus padres casi siempre iban llenas de ánimo:

—Hágale, mija, que usted puede. Yo sé que usted es una verraca.

Los que no se volvían locos, los que salían triunfando, habían hecho “contacto” con el Enlace Pantelepático Interplanetario. En las llamadas al noticiero o a sus padres, aquellos primeros viajeros ponían una carita confundida al intentar describirla. Yurleidy aparecía asustada, mirando hacia el infinito como si acabara de pasar por una experiencia traumática. Solo repetía:

—Es… increíble. Es como… existir por primera vez.

—Mija, me está preocupando, no vaya a hacer ninguna locura.

Yurleidy miraba de nuevo a la cámara y decía, comenzando a sonreír:

—Es que… es muy difícil describir… todas las locuras que ya he hecho.

Los primeros estudiantes que volvieron a la Tierra fueron recibidos como héroes planetarios, era la primera vez para muchas nacionalidades: senegaleses, egipcios, chilenos, peruanos, etíopes. La mayoría dijeron que sí, que sí estaban felices de abrazar a sus familias en navidad y ramadán, pero algo se les había quedado allá, y miraban el cielo nocturno pensando en lo que se había roto, la parte de la realidad que habían experimentado, volver a la Tierra era como volver a una pecera minúscula cuando ya habían estado en el océano, solo unos pocos lo admitieron, pero todos lo sentían. A veces, en medio de un discurso, en medio de una conversación, de repente se quedaban callados: un recuerdo inmenso les había dado un golpe, la nostalgia de esos cinco años en los que habían conocido ángeles y demonios. No podían seguir mintiendo como si todo estuviera igual.

Yurleidy fue una de las primeras diseñadoras colombianas de robots, montó una empresa que se llamaba Robots del Chocó, pero la gente la llamaba RoboChoc, y los comerciales eran con canciones de Choquibtown. Fueron sus robots los que reconstruyeron Haití. Sami fue a verla, quería conversar con todos los colombianos que hubieran cruzado la Puerta del Vaupés. Hablaron por horas, a solas. Sami era el único que la entendía.

—El cielo, la comida, los saltos de consciencia. Jugué en la Arena Multicorpórea y fue genial. Todo fue genial. Pasé vacaciones en Thss, conocí norks hembras, hablé con teradontes, me convertí en ellos. Fusioné mi mente con planetas conscientes, fui de tantos sexos y tantos géneros y tuve tantas patas y tantas mandíbulas… —Sus ojos se llenaron de lágrimas por los recuerdos brillantes y épicos.

Sami le dio palmaditas en la espalda. Él no hablaba mucho de los detalles de su experiencia interestelar, nunca comentaba nada sobre la Arena Multicorpórea, pero sabía que tendría que anunciarlo eventualmente. Yurleidy lo abrazó, dijo que quería

volver a Cordwainer Alpha lo más pronto posible. Que iba a dejar el negocio de RoboChoc en las manos de su hermana Yeni, y que esperaba que cuando volviera, la Tierra fuera un planeta menos tonto.

—No te vayas, Yur —le pidió Sami—. La Tierra te necesita. Vete de vacaciones de vez en cuando, pero acá te necesitan más que en el Directorio.

—Lo pensaré.

Y Yurleidy, esa chica de cabello largo y crespo, con jeans apretados y la camiseta de la selección Colombia, soltó el mensaje que le habían encargado, pero que le costaba dar:

—Le tengo que decir algo, don Samuel. Estuve en contacto con doña María.

Sami arqueó las cejas, le dio un vuelco el corazón.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que había conocido a alguien y había estado considerando irse del Directorio. —Yurleidy sonrió, como quien tiene lástima de una pobre vieja que lo perdió todo en la Tierra —. Ya casi no parece humana. Su mente, digo. Ha pasado por tantas cosas que la estructura de su mente ha crecido.

—Los planetas no alineados —dijo Sami, pasándose la mano por la frente—. ¿Por qué? ¿Por qué quiere salirse del Directorio?

—Creo que es una vieja loca, la verdad. No me dejó entrar en su cerebro, pero básicamente me dijo que ella no creía en el progreso. Que el progreso era un chantaje. Igual, le mandó saludos.

Sami salió de la casa de Yurleidy, subió a su pequeña Épsilon Carrera automatizada, que hacía parte de la dotación de la embajada, y se elevó sobre las calles antes de acelerar hacia el vaupés. Las calles de Quibdó, llenas de barro, estaban siendo reemplazadas por calles de un material nuevo, una nueva forma de asfalto, y las casas de palos estaban siendo reemplazadas por construcciones de nanobots que crecían echando fulgores azules y formando fachadas, cuartos y cocinas como si fueran construidas por termitas en *time lapse*. Sami ya estaba acostumbrándose a ver los robots de Yur, unos humanoides negros con exoesqueletos pulidos de poliestarfeno y grafeno, como humanos asexuados y acuerpados capaces de mucho más que cualquier humano. Su

forma era única en la galaxia.

Sami se fue sin dejar de pensar en doña María.

* * *

Doña María fue la primera en entender que cada especie percibía el tiempo de una forma distinta, como los animales: para las moscas nosotros nos movemos en cámara lenta, para los gulrugs hablamos a toda velocidad. Las especies que mejor se llevan son las que están sincronizadas a la misma velocidad. Los humanos actualizan la imagen que tienen en frente en su cerebro sesenta veces por segundo; sölföls, norkis, barlunkos y plasmanos, tienen una velocidad de actualización de 59-63 imágenes (ópticas o no) por segundo. Esas cinco especies eran las que siempre terminaban entregándose a relaciones apasionadas y carnales en bares en órbita y moteles interespecie de dudosa reputación, celebrando fiestas orgiásticas en Cordwainer Alpha: tentáculos, vello púbico escarchado, agujeros succionadores, racimos de bulbosos estambres eréctiles y gelatina rectal. O eran los que terminaban viviendo juntos en un asteroide adoptando pequeños flambulitos en casas familiares, impulsados por algo que los humanos llaman "amor" y los plasmanos, "bulpifag".

Los alarinos son la especie inteligente más lenta que habita la Vía Láctea.

—Ve, tan chistoso —dijo doña María cuando PAU le explicó que eran seres vivos.

—Parrecen hongos de distintos colorres salpicados con ojos crristalinos. Lo mejorr es dejarrles mensajes escrritos, esperrarr un parr de horrras, conectarrse al enlace pantelepático y esperrarr a que los pensamientos surrrjan, lentamente, hasta producir una idea clarrra. Parra ellos, nosotrros somos cosas que pasan demasiado rrrápido, que apenas pueden perrcibir si ponen mucha atención y si nos quedamos quietos, si no, ni se enterran.

PAU y doña María vivieron juntos en las grutas de 'Ap'Arlap, como maestro y discípula. Doña María admiraba a PAU, haría todo por él. Incluso admiraba cómo agitaba su enorme cola de dos metros al caminar, dando la sensación de que era un enorme velocirraptor. Y aunque ella sabía que los norkis no tenían género, lo interpretaba como a un hombre joven, con energía y

vitalidad: como al amante que la dejó tirada, como el hijo que se le estropeó.

Las charlas en su pequeño escondrijo entre las montañas rosadas evolucionaron lentamente, doña María cada vez era más consciente del cambio en su vida: ya no era una profesora de colegio frustrada, una vieja cuya vida se limitaba a la tienda, a los chismes y a mantener a su hijo, muerto para ella.

—Antes, solo imaginarme eso de ir de campamento me daba escozor —decía analizando su propio cambio—. Antes ni siquiera me gustaba viajar.

Durante su vida humana, se había mantenido en los límites de la moral cristiana: condenaba a los marihuaneros y a los maricas, y se daba la bendición cada vez que alguien mencionaba una orgía o un pene. Que tonta se sintió después de romper las barreras de su mente. Aun así, le costaba perdonar a un hijo descarriado, a un hijo ladrón. Por más que lo pensaba, ella todavía no quería ver a Julián. El problema moral que representaba todavía estaba sin resolver.

La mente humana puede ser imaginada como un pentágono regular en el que caben todas las aspiraciones, los sueños, la memoria, los conocimientos, las zonas del habla, las ideas abstractas y los traumas más profundos, pero la de doña María ya no era una figura bidimensional: ahora era un sólido deforme, un dodecaedro expandiéndose y perdiendo harmonía, estirándose de un lado a otro por la tecnología a la que se había sometido. Navegar en redes telepáticas, conocer seres y someterse a transformaciones corporales y expansiones cerebrales, no era fácil para todos los humanos, unos quedaban medio locos, algunos se perdían irremediablemente por la red, pero muchos se encontraban a sí mismos. Doña María había cambiado: a un paseo decía que sí, a aprender cosas nuevas decía que sí, y a dejar el sistema de recompensas mentales también dijo que sí. A medida que doña María experimentaba las posibilidades de las redes, más entendía que lo que había experimentado en la selva era lo mejor de su vida: se había sentido libre y feliz. Lo que sea que hubiese en el aire, la radiación tornasolada que cubría todo el Vaupés, le había llenado de esperanza. ¿Por qué decían que era un veneno? Peor aún: ¿Por qué decían que era un arma de destrucción masiva?

—¿De verdad eran criminales de guerra los valsorgs que fueron a la Tierra?

PAU encendió la hoguera, se sentó sobre sus patas traseras y le contó a doña María la historia de los valsorgs, mientras sacaba unos cristales frescos.

—Lo más interrresante de los valsorrrgs —continuó telepáticamente, metiéndose un cristal verde en uno de los tubos de la "cara"—, es que fuerron los que crrearron las bombas de felicidad absoluta. La última frronterra de cualquierrr civilización tipo 2. —La escala de Kardashev tenía análogos en otros lugares de la galaxia—. Aún quedan unas pocas, pero no son fáciles de conseguirrr… ni barrratas.

Doña María se quedó mirándolo, mientras Pau masticaba, y le preguntó lo que llevaba pensando desde que entendió el rol de las civilizaciones en el Directorio:

—¿Para qué diablos son las civilizaciones?

PAU hizo el equivalente de una sonrisa nork: hizo vibrar sus patas traseras.

Agentes espaciales, terraformadores de Marte

Me impulsé de la cabina de la Xué Tequendama a los baños, me senté en el inodoro y *escrolié* en Facebook. Recibí un mensaje de mi tío: Orbis Tertius quería utilizar los servicios de Sistema Solar Exprés y quería que bajara a la Tierra lo más pronto posible. Se trataba de una agencia latinoamericana para la colonización espacial, eran estudiantes o recién graduados, la mayoría colombianos, casi todos humanos, todos becados por el Directorio, nerds de sangre pura.

Me conecté a la nave y comencé el descenso en el ángulo correcto para no chocar con la atmósfera. Bogotá estaba cubierta de nubes, tan pronto las atravesé, oí el granizo golpeando el fuselaje y sentí la tristeza bogotana. Bogotá se había convertido en un lugar en construcción, con un cielo gris lleno de tormentas, salpicado de drones y speeders particulares entre las nuevas construcciones masivas, con las calles transitadas por humanos, aliens y androides.

Estacioné en el hangar. Fue ahí donde conocí a los que serían mis clientes frecuentes: un hombre y un plasmano. Pablo Chicangana hizo su posgrado en el equivalente terrestre de Ingeniería Aeroespacial. Era un indígena corpulento de unos treinta años que quería volar su pequeña ZPod Supersonic por la superficie de Marte con la primera Ciudad Bomba. El ZPod era una mierda de nave China para misiones cortas sin capacidad de planoformación, es decir, sin velocidad ultrarrápida. La ZPod se volvió muy popular por los aficionados que la compraron para hacer carreras en el desierto del Gobi. La pusimos en la parte de atrás de mi nave por la puerta de carga. Noté, por su acento, que no era de la parte central de Colombia, ni siquiera sonaba colombiano, parecía más bien peruano, y se movía con el lenguaje corporal de la calle o de los mototaxistas de un corregimiento lejano. Pablo llevaba una chaqueta gruesa, vapeaba e iba acompañado de su excéntrico amante alienígena:

Bolos, un plasmano que nació en una colonia en Barius. Parecía un gusano de plástico con luces por dentro y varias antenas excepcionalmente útiles para todo. Se conocieron durante la maestría.

En la cafetería, doña Mariela nos sirvió murminada caliente de esa cosa frutal de Thss con galletas. Mientras Bolos rumiaba en silencio, Pablo me contó del proyecto, era malhablado y brusco y masticaba con la boca abierta. Crearían una ciudad en Marte, ya habían llevado parte de los materiales básicos para armar un reactor de hielo6, debían instalar paneles solares, enviar comida y el generador de oxígeno. Terminamos las bebidas mientras caían rayos, pagué la cuenta y movimos la carga con una grúa robótica. Cerré las compuertas traseras y subí una mochila con comida suficiente para pasar el resto de la semana en el espacio. Bolos y Pablo subieron, cerré la nave y pedí permiso para despegar. Jaimer estaba de turno en el radar y me dio luz verde. Vi aterrizar a la Pollis del lado contrario, pero ni me vio porque estaba entretenida con una especie de molusco tentacular que amaba las cosas rosadas como ella; estaban en una relación monógama, conociéndose. Qué tiernas. Eso del amor verdadero y el príncipe azul estaba en un renacimiento, pero ya no importaba si era príncipe o princesa, humano o extraterrestre, si eran un puñado de princesas o lo que fuera.

Mi mente se fusionó con la computadora, atravesamos la gruesa capa de nubes y la luz del sol nos pegó en la cara, volví a la alegre visión luminosa de la Tierra desde el espacio. Planoformé, atravesamos 117,3 millones de kilómetros en veinticinco minutos, esquivando micrometeoritos y zonas de rayos alfa de forma rutinaria. Al reducir la velocidad, volviendo a la consciencia normal, frente a la belleza del planeta rojo, vi que Pablo quería vomitar, me desabroché el cinturón para ir a darle una bolsa, no quería que arruinara la cojinería, mi tío me mataría. Bolos estaba más acostumbrado a la planoformación, se desabrochó el cinturón y revisó con naturalidad la ubicación para lanzar la ciudad bomba.

Entramos en la suave atmósfera, detuve la Xué Tequendama sobre la región señalada y ellos hicieron un rápido reconocimiento de la zona. Los acompañé a la parte trasera de la nave, se pusieron los uniformes y se montaron en su ZPod: abrí la

escotilla trasera y sobrevolaron Tharsis, avanzando hacia Amazonis Planitia, en la pequeña nave China. Tres drones esféricos salieron de la nave como torpedos hacia al lugar donde sería el impacto.

—Estoy reemocionado, rerereemocionado —dijo Pablo por el comunicador—. Llevamos un año planeando esto, trabajando todos los días. Un parcero de la Central hizo los planos, y Bolos se encargó de las tuberías, ¿verdad, mi amor?

—Shlghhh Shluppp. —Se oyó en la señal.

El Zpod Supersonic se detuvo a unos tres mil metros. Hace unos años esta misión habría acaparado los titulares de toda la prensa humana, pero ese día, aunque era todo un evento histórico, había perdido su componente heroico. Ir a Marte era un even-to casi sin importancia, qué era este pobre planeta rojo sin vida comparado con los fascinantes ecosistemas de Tárbola Eclipsis o Chob Nix.

—No se imagina, en serio no se imagina cuánta energía le hemos metido a esto. —Estaba tratándome de "usted", como se trata a un taxista al que se tiene un respeto provinciano.

—Bueno dispare ya, que no tengo todo el día —dije un poco exasperada.

El Zpod lanzó un misil blanco con propulsores que brillaron azul turquesa, bajó los tres kilómetros hacia la superficie, perdiéndose en las dramáticas formaciones geológicas de Amazonis Planitia y luego vimos la explosión, iluminando todo alrededor sin producir sonido, tuve que apachurrar los ojos. La onda se extendió levantando humo rápidamente, una nube creció en forma de hongo como la típica bomba atómica que todos hemos visto en videos. Pero luego hubo un cambio: los monitores de los drones mostraron que la nube de polvo estaba fracturándose, como si algo estuviera moviéndola en una secuencia rigurosa, contrayéndola violentamente. Luego entendí: el polvo se estaba acumulando en espirales, formando pilotes, paredes, sótanos, pisos, techos; expandiéndose de forma geométrica, creando figuras diseñadas en la Tierra: calles, plazas, cuadrados, triángulos. Luego no había humo sino habitaciones creciendo y cerrándose, dejando agujeros para puertas y ventanas. Yo solo podía sonreír.

—Qué lindo —dije por el comunicador mientras la torre

principal crecía, dibujando senderos interiores, pasillos, escaleras y espacios para baños y patios colgantes—. Así que: chao, buldóceres; chao, concreto reforzado con acero; chao, obreros; chao, todo eso.

—Del putas, ¿no? —dijo Pablo. No podía verlo, pero lo imaginaba sonriendo como yo, mientras las partículas giraban para formar revestimientos, chispeando azul eléctrico y terminando superficies brillantes y blancas, como enchapados instalados profesionalmente, y hasta pisos decorados. El polvo de Marte se había convertido en material de construcción—. Y hay mucho más a lo que podemos decirle adiós.

La ZPod subió de nuevo, abrí las compuertas para que Pablo y Bolos pudieran entrar; los drones se quedaron abajo para documentar y vigilar permanente la primera base espacial colombiana en un planeta distinto a la Tierra. Bolos salió de la compuerta presurizada, serpenteando y brillando en su interior; Pablo le siguió abriéndose la cremallera del uniforme hasta quedar en camiseta esqueleto. Desde ahí arriba, la base se veía como una construcción en obra negra, faltaba mucho trabajo: necesitaba puertas, ventanas, placas de materiales aislantes, equipo, reactores de torio o de hielo6, camas y aprovisionar el vivero, el laboratorio, las cocinas y los baños. Pero al menos ya había algo y era sólido.

Pablo me dio una sonrisa rara, aproveché y le pregunté de dónde era, me dijo que era del Vaupés, de un pueblito cercano a Mitú.

—Tal vez vive demasiado en el espacio, pero si mirara las noticias, se daría cuenta de que hay una multitud aplaudiendo en el comando central—. Sacó un visualizador y me mostró la imagen: había unas diez personas siguiendo todo el proceso en tiempo real—. Acá Pablo y Bolos a base Orbis Tertius Terrae.

—Adelante, capitán.

—Misión cumplida, papá, estamos enviando reporte visual —dijo sonriendo y mostrando el pulgar como dándole un *like* a su propio éxito y transmitiendo la imagen de los drones.

Pablo sacó una botella de aguardiente para celebrar, yo me alarmé y le dije que no se podía tomar alcohol abordo, eran políticas de Sistema Solar Exprés. Me miró molesto, miró a su acompañante invertebrado y encontró una solución rápida.

—¿Qué tal si vamos a Pilade?

—¿Qué diablos es Pilade?

—Vamos y le muestro.

Era un centro recreativo para adultos en la órbita de Neptuno. Un puerto libre, sin impuestos, con bar, casino, centro de negocios y hotel. Un lugar inaugurado recientemente, atendido por invasores extraterrestres y humanos. Un lugar sin ley, excepto por la del dueño, donde enemigos jurados de planetas no alineados podían venir a tocarse los codos de forma pacífica y a pedir música terrícola de los 90.

Esperaba ver una estación espacial construida de la nada, pero Pilade resultó ser la pequeña luna de Neptuno, Laomedeia, excavada en una de sus secciones y formando una red de túneles, cámaras iluminadas con luz rosada y fotos sensuales de E.T. Dejamos la nave en el parqueadero, había una veintena de naves estacionadas, la mitad manufacturadas en la Tierra. Un par de androides peruanos de protocolo vinieron a saludarnos y subimos las escaleras hacia la recepción. Evadimos el lobby del hotel y entramos en el Pilade Eat and Read, llamado así en honor a Umberto Eco.

—¿Si pilla esto? —me dijo señalando la vegetación extraterrestre de planetas no alineados que no aparecían en el álbum Panini y a los humanos excéntricos, tomando sunrises y mojitos y hablando con pasión de motores de Torio en V, de las nuevas baterías de hielo6 y de cómo podría ser posible construir una semiesfera Dyson para extraer energía solar de forma más efectiva—. Esto es lo más parecido a una Edad de Oro. El Accelerando es sucio y desordenado, pero tiene sus puntos brillantes.

Accelerando era el nombre que estaba dándosele a la nueva era en la que estábamos entrando, querían que sonara italiano, como el quattrocento.

Cuando Pablo y Bolos no estaban de servicio en Orbis Tertius, estaban acá, venían en una nave, una flota solar, y pasaban la noche jugando billar y buscando sexo sin compromiso.

—En este momento no está trabajando para nosotros —me dijo Pablo después de pedir dos copas de aguardiente y un platito de tajadas con suero costeño—. Y podemos dejar la nave acá una noche, no cobran nada por el parqueadero.

Bolos activó su ConektionPlus, que se extendió por la mesa hasta tocar mi piel, sentí su voz dentro de mí, clara pero rápida, como la de una ardilla:

—¿QUETALSINOSCUENTASALGOSOBRETI?

—¿Yo? No creo que haya mucho que decir, la verdad.

Y era cierto. No soy la protagonista de esta historia, mi única función es como espectadora, como la fan sin vida y automática que narra otras vidas. Eso es lo que hago: observar.

—A ver, qué les cuento. Me robaron muchas veces en Bogotá —dije después de pensar mucho—. Me robaron la maleta, me robaron la billetera tres veces. Me robaron dos bicicletas. Una ni siquiera la había pagado. Y los tipos se la pasaban diciéndome cosas. Una vez un tipo se sacó el pipí en el Transmilenio y comenzó a masturbarse frente a mí. ¡Qué asco!

—¿Por eso ya no quiere volver a la Tierra? —preguntó Pablo después de reírse. Pensé por un instante si Pablo mismo no habría sido uno de esos acosadores machitos antes de ser un ingeniero aeroespacial.

—No me gusta la Tierra. Tengo miedo de la gente, esa es la verdad. Intento parecer muy fuerte, pero me cansa. En cambio, puedo pasar horas y días y semanas acá. Cada vez que salto a altas velocidades mi mente se expande, me convierto en una observadora absoluta y omnipresente. Puedo saber qué haces y cómo lo haces y dónde está cada humano y cada animal y cada planta. Todos los pilotos son como yo.

—NOTIENES… NOSE… ¿UNOBJETIVOALGOQUETEMOTIVEAVIVIR? —Bolos estaba usando un concepto humano, algo casi poco civilizado. Tener un objetivo en la vida ya no era importante.

—No. Creo que no. Me gusta pensar en el progreso humano, pero… tampoco es que yo haga parte de eso.

Jaimer, Pollis y yo habíamos empezado en este negocio como oportunistas del nuevo mercado mientras salía algo mejor, pero después de los primeros viajes, mi futuro se había soldado a la inteligencia artificial de la nave. Todos los pilotos habían tenido una experiencia como la mía. El sonido de la gente en la gran mente solo podía contrarrestarse con el silencio del espacio sideral. Jaimer, la Pollis y yo nos entendíamos. Podíamos

sentarnos en un café en cualquier lugar a hablar de lugares geniales por explorar, asteroides cavernosos con formas tan extraordinarias que daban placer de solo verlos, y por encima de todo, podíamos ser uno con el sistema solar durante la fusión mental. Algunos pilotos de otros servicios de transporte se habían escapado con las naves: se dirigían a Próxima Centauri, alcanzando el 20% de la velocidad de la luz, y esperaban llegar en veinte años, pero morían tan solo a las dos semanas, sin haberse desconectado, con el cerebro reventado de tanto planoformar, y dejando la nave a la deriva, desocupada y muerta. Es un problema de depresión común en los pilotos. Puedo reconocer ese sentimiento en los demás, en ciertos tipos de mirada descubro que somos hermanos de la psicosis espacial, sé que también han sentido cómo sus nervios cobijan el sol entero durante la expansión de la consciencia, y presiento que necesitaremos grupos de apoyo si queremos salir con vida.

—¿Quién vuelve a la Tierra después de eso?

—¿Puede saber qué hace cada persona?

—Sí. —Se quedaron mirándome, esperando que dijera algo más—. Siempre estoy mirando a ver qué hace Sami. Me encanta.

Ambos se sorprendieron. Como si, a pesar de no tener un objetivo claro en mi vida, ya hubiera alcanzado cierto tipo de conocimiento secreto. Los pilotos sufrían un daño cerebral irremediable y no recuerdo haber recibido ese tipo de información durante mi primer vuelo y eso es exactamente el tipo de información que hace falta cuando una tecnología alienígena está disponible en un planeta pobre.

Un robot nos sirvió los pasabocas, una banda de Hong Kong estaba tocando jazz, que ciertas inteligencias extraterrestres podían entender y disfrutar. Era una noche de confesiones, y la mía sonó a que yo era una depravada de mierda. Y seguramente lo era.

—Suena a acosadora espacial.

—Lo único malo es que no tengo credibilidad legal, pero podría estar descubriendo el próximo escándalo político —dije mirando a los chicos de la banda de jazz—. ¿Y tú? Digo, usted —le pregunté a Pablo.

—¿Yo qué? —preguntó Pablo después de terminarse la primera copa.

—¿Por qué está tan emocionado?

Me miró extrañado, sabía que lo había descifrado: como otros, pero no tanto como otros, Pablo era un tipo que tenía esperanza. Por lo mismo sonrió y puso la mirada en un recuerdo distante.

—Pues, parcera, no sé si lo sabe, pero antes de que cayera la nave en el Vaupés, la vida en la selva era… simplemente insensata.

—Sé que había como una epidemia de suicidios. Sami habló de eso en las entrevistas.

Tal vez había tocado una fibra sensible.

—Sí. Suicidios. Todos hablan de eso, nos hemos tenido que acostumbrar. Mi mejor amiga se mató porque el papá se enteró de que tenía sexo con varios muchachos del pueblo. Luego él se ahorcó.

—¿Por qué? O sea, ¿por qué es tan común?

—Imagíneselo como una herida abierta. Después de ir a estudiar en el Directorio comencé a entender eso mejor, era como si los que vivíamos en la periferia estuviéramos sufriendo por algo psíquico. Han matado tantos líderes indígenas, no tenemos derecho a nuestro territorio ancestral, no valemos mucho, y además hay algo muy antiguo…

—LACOLONIAESPAÑOLA —interrumpió Bolos. Supongo que el gusano había pasado suficiente tiempo con Pablo como para entender el drama principal de la selva y de América.

—Eso es ir muy lejos, pero sí, creo que entiendo.

—Es que, desde la colonia, nuestro papel, nuestra importancia quedó completamente relegada. La puta mente de la mayoría de los indígenas colombianos está colonizada. Hemos interiorizado ese desprecio, ese autosabotaje. Si ve cualquier pueblo del Vaupés o del Amazonas o del Putumayo, todos estamos fuera de equilibrio. Tomamos mucho, todos los paisanos andan borrachos, y apenas quieren lo mínimo: comprar un televisor pantalla plana y contentarse con esas maricadas. No todos, pero muchos. Y no estoy diciendo que antes de los españoles los indígenas fueran perfectos: había guerras entre tribus y se mataban con la misma frecuencia con que los europeos se mataban entre sí. Y ni hablar del machismo: yo la veo a usted y la respeto, sea mujer o lo que sea, pero allá en la selva la gente es muy cerrada. Yo también era

así antes, no hay mujer en la selva a la que no le hayan dado una tunda. ¡Pero al menos éramos dueños de nuestro destino! ¿Si pilla? No le estoy diciendo nada raro, no ha habido levantamientos indígenas significativos en siglos. No se ha avanzado en mucho. Vivimos en resguardos indígenas como si fuéramos animales en vía de extinción. Mis hermanos vivían de hacer artesanías, y la gente iba a Bogotá a pedir limosna. Y lo peor es que queremos ser como ellos en las ciudades. No es sino ir a cualquier vereda y ver que todos quieren ser como Maluma.

Yo estaba pasmada. Pablo estaba revelándose, abriéndose como una flor, y me gustaba. Era burdo, abría las piernas, enlazaba sus dedos detrás de la cabeza y yo no podía evitar ver sus axilas velludas. Era la nueva especie de nerd aeroespacial de pueblo que iba a conquistarlo todo.

—Los indígenas estaban matándose porque no cabíamos en el mundo. Era una epidemia de depresión, ¿si me entiende? Y trastornos bipolares, todo el mundo sufría de síndrome de estrés postraumático, y los taitas estaban yendo a las sesiones de las iglesias cristianas. Qué mierda. ¿Qué futuro tenemos? La educación en esas zonas alejadas no da para tener indígenas estudiando en la Universidad Nacional. No da para tener indígenas soñando los sueños de los grandes, ni para ser astronautas o ingenieros o doctores. Los sueños que nos hicieron soñar son solo para los poquitísimos que crecieron y se aficionaron a algo, y se agarraron a documentales de Discovery y lograron un cupo en una universidad pública. Porque esos sueños no los puede alcanzar nadie. Son esa carnada, esa ilusión infantil que le dan a unos niños para que sigan funcionando.

—Yo no tengo un objetivo así. Nunca lo he tenido. Como ser doctora o sacar una maestría.

—Sí, eso veo. El objetivo de muchos de nosotros era mantener autonomía antes de que llegaran las empresas y el gobierno a cortar árboles y a extraer petróleo. Podemos pelear todo lo que queramos, pero las selvas están condenadas. Nosotros lo sabemos: si peleamos, nos matan. Si la gente intenta decir que ese territorio ha sido nuestro para que no hagan una megaobra, una represa o algo así: vienen y nos matan y ya. Ahí se acaban nuestros objetivos. Así que, ¿para qué? ¿Para qué seguir?

—¿Y ahora qué cambió?

Pablo miró por la ventana hacia la enorme masa azul de Neptuno.

—Yo sé que la mayoría de la gente en la Tierra piensa con frecuencia en Mitú y en el Directorio. Pero nosotros comenzamos a articularnos, comenzamos a soñar. Yo era un niño de pueblo normal, pero me gané una beca. Muchos de la comunidad Tucano nos ganamos becas para ir a otros planetas. Sami puede que no sea un genio, pero estudió en universidad pública, tiene esa consciencia de clase marcada: comió corrientazo y tomó buseta para llegar a la u. Tuvo que guerreársela, por eso me cae bien ese güevón.

—Sí, él lo dijo: la educación no es para el que la pueda pagar. Es para todos —dije intentando entender a Pablo—. Yo creo que estoy tragada de Sami.

Ambos me miraron como si yo fuera una damisela en peligro. Pablo siguió:

—Sami casi que le quitó la responsabilidad al gobierno de financiar la educación…

—Yo confío en él. Creo que quieren darle el premio Nobel de la Paz.

—Ah, ¿sí? Bacano. Sami es un bacán. Tiene sus despistes, pero en general la tiene clara: desarrollar al planeta a como dé lugar. Cuando yo me fui del planeta, yo solo era… un paisano perdido más. Y ahora, ahora entiendo tantas cosas. Yo sé que, si eleváramos a nuestros pueblos, hasta el machismo se acaba. Yo sé. Ese es mi sueño, que seamos libres.

—¿Cuál es el sueño?

—¿Nuestro sueño? Nuestro sueño es largarnos de este sistema solar y tomarnos un planeta entero solo para nosotros. —Miró hacia las estrellas e hizo un movimiento teatral con la mano—. Hay millones de mundos vacíos. Y decidir lo que nosotros queramos y vivir como nosotros queramos.

—Nacionalismo. No todos van a querer irse —dije—, ¿pero me imagino que la idea es construir una sociedad híbrida? ¿Tecnología y tradiciones? ¿Terraformar?

—Sí, algo así. El proyecto con Marte solo es mi entrenamiento. Ya casi tenemos listos los planes y el planeta al que queremos llegar. Eso va a ser espectacular. Pero no le diga a

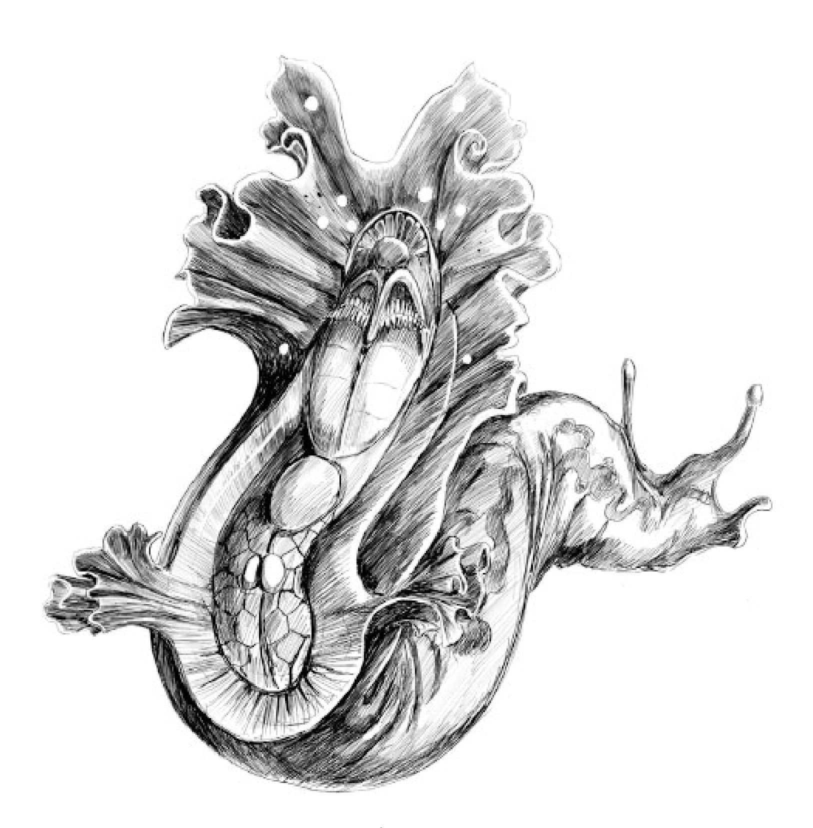
nadie. Es secreto. Se puede hacer una civilización mejor. Lo hemos pensado, parcera, y se puede si comenzamos de cero. Sin sociedad de consumo ni producción en masa. Esa es la idea. En la Tierra no tenemos cabida, en las estrellas sí.

Bolos estaba un poco aburrido de que solo habláramos de la Tierra y de los humanos, pero en ese momento yo no estaba interesada en los extraterrestres o en sus problemas.

—¿VAMOSAJUGARBILLAR? —sugirió Bolos.

—Oye, Bolos —dije—, ¿sabías que hay un juego que se llama Bolos? Es supertonto, se trata de lanzar una bola y tumbar unas cositas al final de una pista. ¿A quién se le ocurriría ese deporte tan tonto?

Jugamos billar, bailamos y reímos mientras tomábamos aguardiente. Al final de la noche el grupo de Hong Kong se fue y pusieron las canciones de reggaetón viejas de Daddy Yankee. Con esa música no fue difícil que termináramos besándonos, y luego bolos me hizo algo en las orejas con sus pequeños tentáculos y yo puse mi boca en sus ventosas y lamí sus conductos de succión. Alquilamos una habitación y dormimos juntos, los tres. Mi primer trío fue con un indígena y un extraterrestre. Pablo era rudo, me trató duro; Bolos era extraño y viscoso. Ambos disfrutaron mi cuerpo. Me sentí cómoda. Pero todo el tiempo pensé en Sami.



Plasmanos
Planeta Tun Badorla

Congreso de futurología

El secreto mejor guardado de Sami y los alienígenas era la forma en la que las civilizaciones planetarias lograron mantenerse a flote y en paz por milenios. A pesar de ser jovial, de trabajar mucho y darle fuertes palmadas en la espalda a los empleados de la embajada de tanta energía creadora que no podía contener, había algo de lo que no hablaba, como si cargara un secreto apretadito en los labios, algo que quería decir, pero que estaba guardando para el final. Quería decirlo públicamente, pero solo podía decírselo a Ork, a los extraterrestres y a los humanos que habían regresado del otro lado. No era que el tema no hubiese surgido antes, pero no se le había prestado mucha atención. Cada vez que Mafalda lo descubría mirando al infinito, le preguntaba:

—¿En qué estás pensando?

Sami la miraba y sonreía, mostrando sus dientes que no eran de un blanco parejo. Solo en las noches en las que habían bebido le respondía con una sola palabra:

—Telepatía —susurraba. Y luego repetía silaba por silaba—: Te-le-pa-tí-a.

Después de hacer públicas las amenazas de las Águilas Negras, y de traer un cuerpo de androides armados para proteger Mitú y sus alrededores, la actitud de Sami cambió: se hizo menos comunicativo, menos enérgico, pasaba más tiempo con Ork e ignoraba a Mafalda, como si ya no la necesitara.

Yo estaba en la órbita terrestre después de una misión Marte, cuando mi Facebook se llenó de *links* a un video de Sami. Estaba de corbata, moviendo sus ojos rosados en zigzag. Decía que ahora que la Tierra había tenido suficiente tiempo para conocer la historia del Directorio, el potencial tecnológico de la embajada y los avances tecnológicos, era necesario convocar a asesores, científicos y presidentes de organizaciones internacionales al congreso de futurología más importante de la historia. La Tierra

debía decidir qué quería y cómo imaginaba su futuro. Un grupo de asesores extraterrestres presentaría propuestas de desarrollo que la Tierra podía tomar o rechazar. Antes del encuentro se publicaría y repartiría un libro oficial de la embajada, escrito por Sam Jensen, de Australia, el futurólogo Jairo Rincón, de Bogotá, y dos elesdianos: *Manual de integración al Directorio*. Cualquiera podría bajarlo de la página de la embajada.

Descargué el libro en mi tablet y me quedé en órbita, flotando y leyendo. Vi la nave de la Pollis, que iba con unos bolivianos que ya estaban delimitando "su" territorio marciano-andino en Tharsis. Eso se iba a volver un mierdero con el movimiento de Marte Libre, que pretendía dejar Marte fuera de la soberanía de países independientes. Pero eso no era problema mío, así que empecé a leer. Después de unas páginas supe que a los comunistas les encantaría, a los chamanes, también. Básicamente, el *Manual de Integración* explicaba algo conocido por los terrícolas como la paradoja de Fermi, pero en otros términos. El libro proponía varios filtros y posibilidades en las que una carrera de desarrollo había ido demasiado rápido en civilizaciones que no estaban preparadas para los cambios. Los primeros filtros eran extinción por guerras mundiales. Algunas civilizaciones conocidas por el Directorio Interestelar habían alcanzado brevemente un periodo postindustrial antes de volver a una eterna Edad Media, un bucle sensacional de progreso y regreso, del que pocas lograban salir. Si alcanzaban a manipular armas de destrucción masiva, pocas veces estaban a la altura moral de no usarlas, y varios planetas habían vaporizado sus propios recursos tras dar sus primeros pasos de "modernidad". Los siguientes filtros eran un poco más extraños. El segundo era el desarrollo de tecnologías de felicidad absoluta; eventualmente, una sociedad que ha alcanzado el tipo 2 de civilización, logra crear tecnologías masivas que hacen que todos sean felices instantánea y permanentemente. Un evento similar borró para siempre la vida en unos veinte planetas durante la Segunda Guerra Valsorguiana. Las bombas de felicidad eran consideradas armas de destrucción masiva, pero no porque destruyeran físicamente casas o ríos o planetas, sino porque borraban por entero civilizaciones que se habían organizado sobre necesidades básicas, y que existían únicamente por que los habitantes dependían de esas necesidades. Después me enteré de que esa era la pregunta que

quería responder doña María: las civilizaciones sirven para que los individuos que la componen suplan sus necesidades de una forma más organizada, más sencilla, más fácil. Una persona absolutamente feliz no tiene oportunidad de sentir hambre o de sentirse solo, la felicidad real y extrema hace que dejen de necesitar ojos, comida, amor, carreteras, casas, tecnología o cualquier cosa. Los individuos absolutamente felices sucumben lentamente en sus cuerpos agonizantes, completamente desconectados de sus cerebros. Una vez una civilización decide volverse completamente feliz, deja de existir.

En la misma categoría entraban planetas enteros que se habían cargado a la nube: los individuos se conectaban a redes telepáticas o electrónicas para vivir eternamente en discos duros planetarios y tener una vida emulada, abandonando sus cuerpos hasta que se pudrieran. Siete planetas conocidos se habían cargado, dejando minorías tribales en situaciones postapocalípticas.

Solo en una ocasión, una civilización entera había sido borrada del mapa por un apocalipsis con robots: Durruti, el planeta originario de una especie de reptil con ojos retráctiles había creado inteligencias artificiales que reemplazaron a los habitantes originales. Los deribots, inmensas esferas conscientes, capaces de reproducirse y de utilizar toda la energía de su sistema solar, incluso de la galaxia, habían jurado no conquistar nada más allá de su sistema planetario y ahora eran ciudadanos del Directorio. Un pensamiento de colmena, un semidios planetario, y protagonista de un antiguo drama que dio origen al Directorio Interestelar.

Entonces, ¿cómo superaron las otras civilizaciones los filtros de felicidad absoluta? ¿Qué propósito tiene la vida cuando ejércitos de robots serviles pueden hacerlo todo, no hay que trabajar y casi toda la galaxia está explorada? ¿Qué hace el pakpak de calle, si la comida es gratis? ¿Qué les da ganas de vivir a los norkis, cuyo propósito vital reproductivo puede hacerse sencillamente y sin ningún altercado?

El libro terminaba con tres soluciones sin explicación:

1.
Arena Multicorpórea.

2.
Enlace Pantelepático.
3.
Economía ProBot.

El Comité de Asuntos Extraterrestres determinó que la sede para el Congreso de Futurología sería Quito. Se esperaba que todos los asistentes leyeran el Manual para pensar en cómo resolver las cuestiones que nos incumbían a nosotros como especie. Habilitaron varias salas de conferencias, habría ponentes, representantes legales y todo lo que Sami se había imaginado. Su nariz fuerte y su barba blanca de treintañero se habían convertido en íconos. Su sonrisa era proverbial, su presencia producía euforia, como las presentaciones de Steve Jobs hace años. Mafalda era casi tan importante como él. Como novia de Samuel y como ministra de Asuntos Extraterrestres tenía más influencia que cualquier otro político en Colombia. Los extremistas la veían con sospecha, y ya se rumoreaba que quería ser presidenta de Colombia, pero los mismos que la criticaban la veían como un títere de Sami, y por lo tanto un títere del Directorio. Fue un evento de una importancia colosal, como la conferencia de Potsdam o el tratado de Versalles. Primeros ministros, presidentes y cancilleres de todas las naciones atendieron a la conferencia, y solo en el protocolo de seguridad se gastaron millones.

Sami fue panelista en la discusión sobre enlaces telepáticos. Eran las diez de la mañana en el nuevo salón Los Libertadores en el centro de Quito. La entrada estaba decorada con las banderas de países asistentes y con la bandera de la embajada del Directorio. Miles de humanos y robots fueron contratados para servir pasabocas, entregar identificaciones, dar indicaciones, guiar personas a las mesas de trabajo. Sami explicó los pros y los contras de los enlaces telepáticos y cómo todas las civilizaciones se habían beneficiado de algo que se parecía a internet, pero era muchísimo mejor. Hubo argumentos, hubo preguntas, solo una persona parecía enfurecida por la forma como el Directorio intentaba controlarnos mentalmente, pero todos pensaron que eso era una exageración y que teníamos que ser racionales en cuanto a cómo se iba a implementar un cambio tecnológico tan grande.

—Si la Tierra se siente lista para el cambio, y yo creo que ya está lista, debemos darle luz verde al proyecto. El enlace

pantelepático no solo es un internet mejorado. Es esencialmente la mejor herramienta que hay contra la guerra, contra el odio y contra la ignorancia.

Sami tomó de su botella de agua antes de presentar a la siguiente ponente: una mujer negra con vestido rojo: Yurleidy Henao. Se sentó al lado de Sami y comprobó que el micrófono estuviera prendido. La pantalla que tenía detrás se iluminó con el logo de RoboChoc. Estaba un poco nerviosa, se rascaba la mejilla con demasiada frecuencia, pero cuando habló, poco a poco, recobró la confianza:

—Ustedes pueden hablar con cualquiera de los que hemos vuelto de una carrera universitaria en el espacio exterior, y creo que todos van a decir lo mismo que yo: el enlace pantelepático es una de las tecnologías mejor desarrolladas en toda la galaxia. Al principio cuesta mucho entender o adaptarse, porque todo está en otros idiomas, pero luego uno descubre que el espacio ya no es tan duro como antes, y que los objetos sólidos pueden atravesarse con facilidad. Sería una verdadera lástima si no aprendemos y desarrollamos una tecnología análoga. Los humanos nos quedaríamos en pañales para siempre, con nuestra pobre capacidad craneana, e incapaces de entender la historia, los lenguajes y las cosas de los otros mundos. No quiero seguir viviendo en la Tierra si no hacemos de esto un proyecto internacional. Si nuestro plan es quedarnos siendo bebés, si nunca abrimos la puerta de la percepción y entendemos lo que la civilización realmente significa, estaríamos desperdiciando la mejor oportunidad que hemos tenido.

Mafalda estuvo en el panel sobre economía. En ese, las discusiones fueron mucho más acaloradas: los representantes de varios gobiernos vieron como una amenaza que el trabajo robot fuera tan barato, pero la propuesta unánime de los futurólogos fue la implementación de un sistema de Renta Básica Universal. Si no se hacía, los despidos masivos por la automatización del trabajo producirían una crisis económica imparable. Los estudios ya habían desarmado los clichés de que, si la gente recibe dinero gratis, se va a volver perezosa o iba a gastarse todo su dinero en drogas y alcohol. Como se había implementado en tantas otras sociedades planetarias, el modelo a seguir era así: reemplazar todos los trabajos físicos, agotadores y aburridos por mano de

obra robótica. En muchos casos los bienes y servicios se volvían completamente gratuitos, siempre y cuando la energía para hacerlos funcionar fuera igualmente gratuita, y los mismos robots fueran capaces de cultivarla sin intermediarios. En este caso, cada país tendría autonomía; para Colombia se propuso un sistema de capitalismo robótico con Renta Básica Universal, el sistema más sencillo, según los futurólogos. Mafalda explicó la propuesta en poco tiempo y de una forma tan clara que ya no parecía haber ninguna duda: las compañías que empleen robots o inteligencias artificiales pagarán impuestos por usar esos robots. De esos impuestos sale la Renta Básica Universal: toda persona recibe dos millones de pesos al mes, y trabajar es opcional. Sin embargo, para acceder al dinero es necesario haber estudiado primaria y bachillerato, los que decidían tener educación universitaria recibirían más dinero. Los mayores detractores le dijeron que eso crearía inflación y la devaluación de la moneda. Además, el acceso tan rápido a labor robótica iba a destruir negocios que llevaban años construyéndose.

—Sí, eso se llama redistribución de las riquezas o justicia económica —fue la respuesta de Mafalda.

—¡Pero nosotros trabajamos por ese dinero! —gritó un ministro ecuatoriano que también era el dueño de una empresa de gaseosas.

—Eh… no. Ustedes ganan ese dinero por la labor de sus empleados. Se llama plusvalía. Usted solo heredó un negocio familiar, no se ha tenido que matar la espalda como sus trabajadores para poder sobrevivir.

Y la gente se quedó callada, se tuiteó de inmediato la palabra *castrochavismo.*

Llegó a discutirse la “importancia del trabajo para la realización personal”, decían que sin trabajo la gente perdería el sentido de sus vidas, pero la verdad era que ese trabajo ni siquiera era necesario. En realidad, lo más probable era que el dinero se reinvirtiera a toneladas, creando más confianza en el sistema económico. Ahí fue cuando Mafalda habló de la Arena Multicorpórea:

—Si estuvieran en el panel de Arena Multicorpórea, sabrían que, si una persona quiere vivir su fantasía romántica de trabajar el campo, puede hacerlo. La Arena Multicorpórea está

fuertemente ligada a civilizaciones como las nuestras, y puedo adelantarles que son planetas enteros dedicados a crear esa sensación de propósito, que para nosotros los humanos es tan importante.

Sami, Mafalda y Ork se quedaron en un apartamento en San Isidro del Inca. Tenían una rutina estricta, clara y agotadora: se levantaban temprano, preparaban el desayuno, se bañaban, se vestían y salían a sus ponencias. Al final de la primera semana tuvieron el primer día sin conferencias, pero no pudieron descansar, tenían que ensayar las exposiciones, revisar documentos, preparar respuestas a posibles preguntas, leer las participaciones de grupos indígenas, asociaciones de mujeres, de afroamericanos, grupos LGBTI y feministas de todo tipo. Tenían correspondencia de egipcios, sirios, chilenos, sudaneses, venezolanos, chinos, europeos, sudafricanos, senegaleses, portorriqueños, canadienses, líderes sociales… todos interesados en el futuro de sus representados.

Durante las conferencias, Sami titubeaba, sudaba, se ponía rojo con frecuencia, ya debía haberse acostumbrado al trabajo público, pero todavía tenía la maña de morderse los labios frente al micrófono, hacer sonidos de ratón y de mover las rodillas frenéticamente. Volvían a casa destruidos, con ojeras. Se tiraban en la cama y se quedaban dormidos sin haberse quitado la ropa. Ork no alcanzaba a llegar a su copita portátil cuando quedaba aplastado en el suelo, en el estado catatónico tan común de los sölföls.

El último día todos los asistentes se reunieron en el auditorio más grande de Quito para la votación. Ork explicó cómo otras civilizaciones habían pasado por lo mismo que la Tierra, y Sami dio un discurso sobre el progreso humano, que incluía "cuando descubrimos el fuego" y otras alusiones románticas inexactas, hasta la primera nave en la Luna. Después de la sesión de votos, a las tres de la tarde se decidió que se crearía una institución para regular el tráfico de datos del enlace pantelepático, y se aceptó que varias compañías locales, por licitación del CAE, se encargarían de crear el primer módem telepático. La mayoría de los países también aceptaron el modelo económico propuesto por Mafalda y sus asesores.

—Quién se habría imaginado que la llegada de la nave valsorg

a la selva del Vaupés, iba a cambiar tanto la vida en el plane-ta. Solo quiero que una vez hayamos alcanzado el mismo nivel de desarrollo de nuestros hermanos en el Directorio, cuando estemos a su altura social y tecnológica, descubramos hombro a hombro, ¿o debo decir tentáculo? —Risas—, los misterios que ni ellos ni nosotros hemos podido explicar. Hoy el mundo da un paso enorme hacia la felicidad global, hacia un universo en el que por fin no tengamos gente viviendo en vano. Estamos construyendo una utopía.

Sami y Ork salieron, se metieron un alcaloide de Bolgundria para tener energía extra, se encontraron con Mafalda, Tatiana Ríos y Takeshi Emoto, del CAE, y fueron a un bar de sushi con carne verde y extraterrestre. Después del tercer vaso de sake, ya un poco ebrios, fueron al mejor bar interespecie de Quito, donde se había programado el evento con las élites que habían participado en el congreso. Los cuatro tenían pases VIP, que usaron para atravesar el mar de gente hasta una salita especial que Sami y Mafalda había separado para los miembros más cercanos del CAE y la embajada. Estaban escuchando música marymarina, que era más como una serie de pulsaciones y pitos ultrasónicos, los cuerpos humanos sudados movían su pelvis contra seres romboides y trilaterales con caparazones espeluznantes llenos de ojos y enormes masas cerebrales al descubierto que parecían bailar al mismo ritmo. Los barlunkos bailaban en una sola pata de feldespato, los cacumakis se balanceaban en sus muchos cuernos y los políticos humanos, rojos de tanto alcohol, eran infieles con jóvenes delegadas de organizaciones humanitarias. A los interesados les sirvieron cocteles y latas Valsir de drogas para seres de carbono. Empresarios, políticos, científicos y líderes de todo tipo, de todas los países y planetas celebraban el inicio de una nueva era: había sexo, licor y drogas. “Mierda, eso va a salirse de control”, pensé desde mi cabina en órbita. La zona VIP era privada para que en la mitad de la fiesta hubiera un acto en vivo entre un humano desnudo y un romboide. Sami al principio estaba extasiado, pero luego le pareció que había algo excesivo cuando el tipo comenzó a convulsionar y el racimo de penes no paraban de penetrarlo, y la élite de las empresas y la política mundial le lanzaba dinero a la pareja y viejos calvos regordetes se masturbaban a la luz de la droga. Mafalda ya se había quitado la ropa interior, Ork se había

metido por su culo en ese tipo de penetración extrema que tanto le gustaba, y ya estaba escalando por su intestino grueso mientras ella tenía un orgasmo tras otro en público. Sami pensaba que todo estaba saliéndose de control, pero él mismo estaba quitándose la ropa al ritmo de la música de Maluma mezclada con los rasguños de la música extraterrestre. Ya antes habían estado en fiestas *swinger* interplanetarias, y sabía que solo las altas esferas compartían sus gustos. Sami sudaba, mostrando su cuerpo blanquito cubierto de sudor y escarcha, cuando sintió que algo no iba bien. Había alguien gritando. Giró la cara, aturdido, con sudor en los ojos, y vio algo de movimiento. Un cuerpo brilló azul antes de explotar: el comisionado para la paz acababa de volar en pedazos. Su sangre llovió sobre los asistentes. Un tipo de un metro sesenta estaba disparando una pistola de manufactura Pol Lubern, moviéndose rápidamente como un ninja. Cuando los guardaespaldas humanos de Sami reaccionaron, los cubrieron, a él, a Ork y a Mafalda. Hubo disparos, el sicario estaba saltando por las paredes, en un acto desesperado activaron el dron de seguridad. El dron se elevó, detectó al sicario, una joyita del barrio las Tolas en una loma del norte de Quito, y le lanzó un rayo que le cocinó las piernas y lo dejó en el suelo gritando por la mamá. Era un pelado, tenía como dieciocho años. Sami se paró, todos en la sala VIP se quedaron en silencio, pasmados por lo que estaban viendo. Alguien ya había llamado a la policía. Obviamente Sami era el objetivo del sicario. Así, desnudo, con una erección que decrecía, se acercó al muchacho: era un sicario biónico, furioso, apretando los dientes de dolor. Sami se puso la ropa lentamente, resoplando y sin parpadear, con los ojos enrojecidos, ensopados en sudor; Mafalda hacía lo mismo. Ork no entendía nada, nunca había visto un humano muerto.

—Esto va a ser un escándalo —dijo Sami con mirada de demente, pasándose la mano por la cara llena de la sangre del comisionado para la paz.

—Todos, vístanse y salgan de acá —indicó un guardaespaldas.

Roboticomunismo

—No. No vamos a detener el progreso, solo vamos a aumentar la seguridad del Vaupés. Eso es todo —dijo el jefe de seguridad de la embajada en las noticias. Por primera vez los funcionarios extraterrestres y humanos estuvieron en riesgo.

El joven sicario con las piernas calcinadas fue trasportado a un hospital, pero nadie detectó la pequeña píldora entre sus dientes. Cuando llegaron los policías a interrogarlo su cuerpo se había convertido en obsidiana brillante, frágil y cortante con forma de un chico de dieciocho años que había tenido una vida violenta: suicidio por vitrificación.

Mafalda estuvo las siguientes dos semanas presionando al cuerpo de policía ecuatoriano y contrarrestando los tuits de un expresidente colombiano de la derecha, que gritaba desde su cuenta que todos iban a perder sus empleos; sus seguidores hicieron virales fotos de robots trabajando en tiendas, carnicerías, construcción y centros comerciales. *Le están quitando el trabajo a la gente de bien*. Mientras tanto, de acuerdo con el Tratado de Quito, los gobiernos empezaron a diseñar un conjunto de leyes para regular la labor robótica. Algunas empresas colombianas amenazaron con irse del país por las alzas de impuestos, pero cuando se descubrió que toda la labor de las grandes arroceras y la principal fábrica de gaseosas estaba completamente automatizada, fue obvio que sin trabajadores ganando dinero, las empresas tendrían ganancias desmedidas haciendo despidos masivos, pero que si ese modelo se volvía la norma, esos nuevos desempleados eventualmente no podrían volver a conseguir ese tipo de trabajo, y no tendrían dinero para comprar los productos de dichas empresas. La capacidad adquisitiva se iría al suelo, la demanda bajaría inmensamente, y sin demanda no podía haber oferta, nadie compraría los productos producidos por las empresas automatizadas y la economía se derrumbaría. Había que hacer algo y nadie quería devolver los robots.

Las empresas presionaron a la Corte, dijeron que no acatarían sus fallos sobre las leyes robóticas. Sami y Mafalda organizaron una marcha. Así de rápido, después de un atentado, Sami voló a Bogotá para liderarla. Yo misma bajé a verlos y a caminar con ellos. Fue multitudinaria, Pablo y Bolos me acompañaron. Sosteníamos un cartel que decía:

“Abajo las transnacionales,
arriba el roboticomunismo”

La marcha comenzó en la Universidad Nacional, dirigida por Samuel y Mafalda, rodeados de robots guardaespaldas, seguidos por muchas organizaciones sociales. La automatización era inevitable, bueno, eso pensaba yo. Al final Mafe dio un discurso lleno de energía, Sami la miraba con aprobación:

—¡Dejemos de romantizar el trabajo esclavo! —gritó desde el podio en la plaza de Bolívar—. ¡Nadie quiere ser celador, nadie quiere ser un mensajero en bicicleta, nadie quiere atender la caja en una hamburguesería! Los humanos estamos para la grandeza y lo hemos demostrado. Han sido los hijos de los campesinos y los desplazados por la violencia quienes han terminado sus maestrías en Pol Lubern y en Cordwainer Alpha. Son los hijos de esos campesinos los que comenzaron a construir el elevador espacial, los que diseñaron la cura que detuvo el Coronavirus en Wuhan antes de convertirse en una pandemia global. Los colombianos que habrían perdido su tiempo como meseros son los diseñadores de las naves que hoy se consiguen en todo el mundo. Hoy podemos viajar a otros planetas, hoy hay más lectores que nunca. Ahora los que quieran ser escritores o pintores no tienen miedo a no poder comer. Ahora podemos disfrutar nuestra vida, y si queremos esforzarnos, lo podemos hacer por cosas que valgan la pena, no para enriquecer a los que ya son ricos. ¡Sí a la Renta Básica Universal! Yo creo en la redistribución de la riqueza y en la igualdad económica. ¡Vamos, Colombia!

Aplausos, ovación, luego tocaron Los Aterciopelados. Jamás había sentido tanta esperanza.

Mafalda sonaba cursi, casi insoportablemente cursi, con su gorra del nuevo partido: el partido Roboticomunista. Pero así es como tenía que hacerlo. La multitud gritaba de éxtasis.

Las conversaciones tardaron tres meses, los conservadores alegaban que subirles los impuestos a las empresas sería el suicidio de la economía colombiana. Una vez más, la sociedad quedó completamente polarizada. Los seguidores del expresidente de derecha, los inversores de empresas privadas y los magnates decían que era una injusticia tener que pagar impuestos tan altos, y acusaban al sistema de Renta Básica Universal como algo que desplomaría la moral de la gente, que nadie trabajaría en nada. Se acordó hacer una consulta para que los colombianos decidieran en las urnas si querían o no tener un salario mensual sin tener que trabajar. Mafalda argumentó que era mejor que el congreso tomara esa decisión, pero la silenciaron en sesión plenaria y llamaron a voto popular. Mafalda se asustó, nuestra historia demostraba que no se podía confiar en las mayorías colombianas. Mafalda trabajó como loca, impulsando el SÍ a la Renta Básica Universal. Hizo campaña con políticos que no tenían nada que ver con ella, cantó en un comercial de televisión, hasta se rebajó a presentarse en vivo diciendo: "Hola, soy Mafalda, la novia de Samuel Rojas, y los invito a votar este 30 de abril para que la riqueza se redistribuya de forma justa".

Las amenazas se incrementaron, unas decían que la iban a "quebrar"; otras que, si seguía haciendo política, iban a matarle a la familia. Solo los más cercanos a ella pudieron ver el efecto que tenían esas amenazas en su estabilidad emocional.

Las redes sociales fueron invadidas por mensajes tipo: *Esa ley va a hacer a Colombia un país de perezosos*. La palabra *castrochavista* se iluminó, fuerte e invencible: *Así podemos ver qué tan castrochavista es el Samuel ese. Son unos vendidos que quieren volver a Colombia como Venezuela.* ¿Pero Venezuela? Venezuela estaba reconstruida y se habían vuelto autosuficientes, los venezolanos habían vuelto a su patria hacía rato. La gente respondía: *Con una renta básica ya no habrá tanto robo.*

Para la presentación más importante en la televisión, la más vista y más sintonizada, Mafalda fue entrevistada por una periodista famosa que había estudiado muy bien sus preguntas:

—Bueno, esto que está sucediendo en Colombia es novedoso, aunque ha habido casos similares en países europeos, en los que personas que se quedan sin trabajo pueden ayudarse con un seguro estatal. En este caso, el seguro estatal lo recibiría todo el

mundo. Ricos y pobres.

—Correcto. —Mafalda estaba muy guapa, elegante, con el cabello alisado y un vestidito negro, fue precisa con sus palabras y con su lenguaje corporal, totalmente distinta a la presencia informal de Samuel.

—¿De dónde va a salir el dinero para pagar esa renta básica?

—De la reforma tributaria que se les aplicaría a las empresas, dependiendo de su valor de productividad económica.

—¿Es cierto que los robots van a tomar todos los empleos básicos de barrenderos, cajeros, y todos los servicios generales? Y si ese es el caso, ¿esas personas entonces van a encontrarse permanentemente sin empleo? ¿No van a poder conseguir nada de ese nivel básico?

—Así como están las cosas, es muy poco probable que un empresario prefiera contratar humanos que robots. Los robots no se enferman, no duermen, no necesitan vacaciones pagas, no se embarazan y no hacen sindicatos. Es inevitable que la mayor parte de la industria y de los servicios generales se automatice. Eso no significa que el trabajo vaya a abolirse, pero los empleos que están creándose con las nuevas tecnologías son para personas especializadas, para un alto nivel profesional. En el partido Roboticomunista creemos que la Renta Básica Universal va a permitir a muchísimos de esos nuevos desempleados estudiar de nuevo, si así lo quieren, volver a perseguir sus sueños, y obtener trabajos especializados, posgrados fuera del planeta. O si lo prefieren pueden crear sus propios negocios. Las posibilidades son infinitas.

—¿Qué le dirías a las personas que están diciendo que ese modelo va a destruir nuestra economía y que va a hacer que todos se vuelvan vagos?

—Les diría que la Renta Básica Universal no va a destruir las vidas de las personas, y tampoco va a disparar la inflación, como se ha especulado. Todo lo contrario: cuando las personas comiencen a recibir su dinero, descubrirán que no son necesarios en los trabajos inútiles que solo desgastan el espíritu humano, y podrán dedicarse a otros trabajos que un robot no puede hacer, trabajos que los llenen, que les hagan sentir que están haciendo algo importante. Lo que nos hace especiales como especie no es cargar bultos o vender dulces en un vagón del metro. Lo que nos

hace especiales es usar nuestro cerebro. Crear, imaginar.

—Entonces, ¿qué es lo que va a suceder? Porque a la gente le está costando mucho procesar la cantidad de cambios que estamos experimentando.

—Lo que va a suceder es que el sistema de producción en masa va a perfeccionarse. El Roboticomunismo es la evolución natural del capitalismo automatizado. Hoy tenemos mil doscientos proyectos aproximadamente, todos financiados con becas del Directorio, dedicados únicamente a mejorar el sistema de recuperación de basuras. Los jóvenes que están detrás de esos proyectos ya han logrado prototipos de máquinas que pueden separar materiales de una forma eficiente, y sin que un valioso ser humano tenga que ensuciarse las manos. Yo estimo que en tres o cuatro años el reciclaje va a ser tan efectivo, que todas las basuras van a ser reutilizadas en un 100 %. Y no, no estoy bromeando. Ese es el primer paso y ya estamos dándolo.

—¿Y la inflación?

—Cuando el sistema de pagos de la Renta Básica Universal comience a funcionar, el nivel adquisitivo de todo el país va a cambiar drásticamente: casi todo el mundo va a volverse de clase media y habremos eliminado la pobreza en Colombia. Así de sencillo. ¿Pobreza? ¿Qué es eso? Y no es que los estemos volviendo ricos de repente. Con eso no se puede pagar una casa, pero lo que sí sabemos es que va a haber mucha confianza en el sistema y esperamos que el nivel de deuda crezca logarítmicamente: la gente va a comenzar a endeudarse con un sistema de pagos razonables, y ¿qué va a pasar con ese nivel de deuda confiable? Que la economía va a crecer logarítmicamente también: los países con el sistema económico del roboticomunismo van a crecer exponencialmente. Y para los que creen esto va a crear nuevos vagos, le tengo el reporte del ministerio de Educación. —Mafalda comenzó a leer una proyección holográfica—: Desde que se instalaron las nuevas universidades en lugares alejados del país, el porcentaje de personas con acceso a la educación superior subió en un 70%. Le recuerdo que todo ese gasto en educación viene directamente de los convenios con el Directorio. La primera generación que salió de esas universidades, son dueños de sus propias empresas o están empleados en grandes compañías en todo el mundo. —Dejó

de leer el informe—. Si usted cree que la gente se va a quedar en sus casas perdiendo el tiempo porque ya no hay nada que hacer, es porque usted no se ha contagiado de la energía desarrollista de esta década. Ahora lo que requerimos es personal capacitado. Lo que hay es trabajo. Necesitamos programadores de enlace pantelepático, diseñadores aeroespaciales, exploradores, biólogos que clasifiquen las especies que hemos comenzado a descubrir en Europa, Encelado, Titán y Ganímedes. Se necesitan astronautas, pilotos, comerciantes, economistas, artistas, arquitectos que diseñen los módulos de vivienda en Marte, ingenieros, médicos, genetistas y neurólogos que den el siguiente paso en el estudio de la mente. Los necesitamos para crear el mundo nuevo. Cajeros, obreros, celadores, barrenderos y todos esos trabajos ya no son necesarios. ¡No lo son! Hoy son millones los que están siendo reemplazados inevitablemente, y no podemos dejarlos morir de hambre. Pero sí podemos ofrecerles un espacio en el que puedan volver a soñar. Y los que dicen que la gente la va a tener fácil por no romperse la espalda para formar su carácter son cómplices de un tipo de capitalismo degradante que ya no necesitamos. Los que creen que nadie va a valorar las cosas que tienen porque fueron fáciles de obtener van a estar recibiendo una educación de tan alta calidad, que sí van a valorarla. Igual, así usted no lo crea, yo prefiero vivir en un mundo de confort, que en un mundo en el que hay gente muriendo de hambre. Debimos haber dado ese paso hace años, ya no somos bebés que no saben de economía. Los humanos hemos alcanzado la edad adulta.

El día de las elecciones llegó. Nadie sabía cuál sería el resultado, pero la historia no estaba del lado del Directorio. Cualquiera habría visto, tras las capas de maquillaje, el cansancio: lo había dado todo, había peleado con las uñas para convencer a los votantes. Creía que el ídolo de su juventud, Camilo Torres, estaría orgulloso de ella por lograr un cambio sin armas. Por ahora el cambio debía darse con bancos y el sistema capitalista, pero ella sabía que lo que traería en el futuro sería una igualdad social.

En la mañana los puestos de votación estaban vacíos. Ella fue a su urna y votó ante las cámaras. Sentía miedo, algo le decía que no iban a ganar, porque ¿cómo se puede tener esperanza en Colombia?

A las tres de la tarde estaba en la sede del partido. Sami y yo estábamos con ella, Mafalda me había invitado, y Samuel estaba diciendo que, aunque el partido Roboticomunista le había pedido ayuda para la campaña, él se había negado rotundamente, porque el dinero que él manejaba era de la embajada únicamente. Yo no conocía a nadie, pero igual fui, quería ver a Sami de cerca. Fui arreglada, depilada, maquillada, con medias veladas y un vestido en el que no me veía tan gorda. Mafalda apenas me saludó de besito. Hace años no veía a Sami personalmente. La última vez que lo había visto estaba llorando en una fiesta, un poco turro, un poco por el suelo. Ahora era un tipo en corbata que olía a lociones caras, dándole la mano a todo el mundo y preguntando que cómo iba la votación. Sami me miró, me apuntó con el índice y dijo:

—Yo te conozco.

—Claro, de la universidad —dije mientras le daba la mano, le daba un piquito y olía su cuello albino.

—¿Amaranta?

—Talula.

—Ah, sí. Eso. Qué pena. ¿Cómo va todo?

—Bien, ahí, trabajando.

—¿Tú no eras de Petróleos? ¿Cómo va la crisis del petróleo?

—No, Diseño Gráfico.

—Ah. Perdón. ¿Y qué haces? ¿Ilustración?

—No, ahora trabajo en Sistema Solar Exprés. Soy piloto, viajo a Marte y a Júpiter tres veces a la semana. —No me di cuenta entonces, pero ahora lo sé con certeza: estaba intentando caerle bien a Sami. Impresionarlo.

—¡Ah, genial! Suena muy chévere. ¿O sea que te pones omnipresente a veces? —Me picó el ojo—. Sexy. Bueno, ahora hablamos, Tamara. —Y se fue a saludar a alguien más importante.

Las votaciones se cerraron a las cuatro de la tarde. A las cinco ya teníamos el conteo final. Todos guardaron silencio antes de que las noticias anunciaran los resultados: 14 millones votaron NO. Todo el mundo se quedó callado. 14.2 millones votaron SÍ.

Mafalda gritó, abrazó a Sami, abrazó a los otros senadores y congresistas del partido y luego dieron un brindis, que remató

con un apasionado beso a Sami ante las cámaras. Yo me quedé en la parte más oscura del lugar, invisible, pensando que Mafalda estaba engordándose un poco y luego me fui en silencio, sintiendo que me había depilado para nada. Sé que luego hicieron una fiesta, y que las cosas terminaron como terminaban con ellos.

El 1 de mayo, día del trabajo, quedó aprobada la Ley de Impuestos para Empresas con Trabajo Robótico. Sería efectiva desde primer día del mes siguiente, en tres meses se haría la primera consignación de la Renta Básica Universal: cada colombiano mayor de 18 años recibiría dos millones de pesos desde ese día hasta su muerte, y eso incluía el pago a la seguridad social. En palabras del representante de la derecha: "La destrucción de la economía colombiana". En palabras de los anarquistas: "La primera vez que el Estado servía para algo". En palabras de los perezosos: "El primer mes de la nueva historia de la humanidad".

—Solo piénselo —dijo Mafalda en una entrevista—. La gente desperdicia su vida y su talento trabajando como meseros, levantando bultos. ¿Cuántos de esos no habrían sido grandes científicos, pero nunca pudieron porque nacieron en una familia sin recursos, en un país pobre, en un planeta pobre? La gente va a ser feliz, ese es el punto. Si la gente quiere estudiar música, ahora puede hacerlo; si quiere ir a otro planeta a vivir otro estilo de vida, puede hacerlo. Hemos revisado el dinero de las empresas privadas, el 80 % de los productos básicos se hacen con mano de obra robótica, casi que todas las secretarias se han reemplazado por inteligencias artificiales. Estamos en un punto en el que, si no cambiamos la economía, esto habría terminado en un colapso global. Pero con las medidas justas… habrá futuro para todos.

—Pero, Mafalda, ¿qué pasa con la gente que tenía el sueño de ser secretaria? ¿Y con las personas que eran felices haciendo trabajos sencillos? No todo el mundo nació para hacer grandes cosas.

—Para ellos sigue la posibilidad de hacer lo que quieran hacer. Lo pueden hacer con contratos por el nuevo salario mínimo, o en un mundo simulado. Por eso esta política se integra muy bien con el otro proyecto que se viene y que fue aprobado en la conferencia de Quito: el Enlace Pantelepático Global.

Pero la verdad es que ella también estaba asustada. Esa misma

noche, después de la entrevista, mientras su chofer la llevaba por el tráfico de Bogotá, recibió varios mensajes anónimos. La mayoría eran felicitaciones, pero también comentarios negativos. No eran amenazas de muerte, pero sí la criticaban por tonterías, como que se vestía como una lesbiana sin clase o que Sami le ponía los cuernos con una babosa. Uno decía que como no era madre no se podía confiar en su capacidad para tomar decisiones, que como no se había casado y vivía en concubinato con Sami, era una pecadora. Primero se rio, porque eran insultos de niño de primaria, pero los mensajes siguieron y siguieron, el celular vibraba y vibraba. Estaban montándosela. Otras mujeres poderosas le dirían que tranquila, que eso no era nuevo. Cuando llegó a casa y leyó las notificaciones completas no pudo contener el llanto. Yo también habría llorado.

Miedo

Mafalda soñó con los enormes *mekas* que caminaban por el océano, limpiando la gran isla de plástico del Pacífico, cargando en los hombros villas enteras de pescadores, haciendo temblar el subsuelo a cada paso. Se despertó atontada a la media noche, intentó revisar los mensajes de WhatsApp, pero eran demasiados y muy confusos. Ese día tenía una reunión, pero estaba exhausta y quería tomarse un día libre. Chile, Senegal y Haití se convirtieron en líderes en el mercado de robots, y miles de ellos ya estaban siendo empleados para la construcción de un ascensor espacial en Sudáfrica diseñado por un equipo que incluía a un colombiano. Mafalda no podía dejar de pensar en robots. Volvió a quedarse dormida, pero se despertó a las tres de la mañana, asustada, imaginando que un sicario se había metido a su apartamento. Desde que era ministra tenía un guardia fuera de su apartamento y en los últimos meses había conseguido algunos equipos para protegerse de otras formas. Pensaba, y sus amigas feministas le habrían reñido por ello, que, si estuviera viviendo en Mitú con Sami, se habría sentido más protegida. Estuvo dando vueltas en la cama. Pensó que Mitú era un poco más segura que Bogotá. No dejó de pensar en sicarios con armas de rayos.

—¿De dónde sacó esa pistola de protones el quiteño? —se preguntó en voz alta.

Se paró, fue a la cocina para prepararse una bebida achocolatada y vio en su celular la noticia de Sergio Camacho. No había superado el susto del bar en Quito, haber ganado la consulta por la renta básica y ahora leía esto. Sergio era un niño de catorce años que tenía una infección extraña, pero su familia era extremadamente religiosa y no quería que ningún médico lo viera. Sergio se había escapado de su familia, se había mezclado con unos turistas extraterrestres en un pueblito de México y se había contagiado de algo que estaba matándolo. La sección de salud interespecie hacía lo que podía, pero los padres del menor

estaban totalmente en contra de la intervención del CAE. El Comité pidió discreción en el caso, pero los padres ya habían comenzado a decir que los extraterrestres eran demonios enviados por Satanás, que la Puerta del Vaupés era la puerta hacia el infierno y que Sami era el anticristo. Los humanos habían aceptado mayoritariamente bien la convivencia con los extraterrestres, pero después de lo de Sergio, las pocas excepciones cada vez fueron más. Antes, los extraterrestres eran los protagonistas de los álbumes Panini, y los niños coleccionaban figuras de acción de bestias interestelares de varios sistemas planetarios, y hasta se disfrazaban de tufterios o trichinos para Halloween, pero ahora la palabra xenofobia cobraba fuerza, aparecía en los titulares no para referirse a venezolanos, a sirios o a africanos, sino a extraterrestres.

Sergio Camacho se había escapado de su casa porque había reprobado tres materias. Era un niño de la Generación A: los que habían crecido cuando el mundo entró en el Accelerando, los que conocieron la Enciclopedia Galáctica antes de cumplir los diez años, los que habían comprado un ConektionPlus azul con el que creaban una maraña de terminaciones nerviosas entre amigos y pasaban horas intercambiando información telepáticamente. Sergio no entendía, ni podía entender a sus padres cristianos, era como si él mismo fuera un extraterrestre. Sus amigos contaron que había hecho contacto con varios seres de otros mundos que lo invitaron a viajar con ellos por México. El concepto de mayoría de edad era difícil de entender para varias de las especies: el moralismo humano era inconsistente con la naturaleza galáctica, y los tabúes sociales eran abismalmente distintos de una sociedad a otra. Por tanto, los extraterrestres no tuvieron problema en recibir a Sergio y desaparecer. Poco se logró averiguar del viaje: se sabe que al menos había un tufterio y un barlunko, habían pasado dos semanas juntos, vivieron de latas Valsir calibradas para cada organismo; acampando, perdiendo la noción de vivir, de trabajar, de tener un plan de vida; vagabundos sin lugar a dónde ir ni razón para continuar. Iban de pueblo en pueblo antes de que el Accelerando se llevara por delante las casas de palos, la pobreza, la indigencia, los crímenes, la ingenuidad, las letrinas, los edificios en ruinas, los escombros de cemento con varillas de acero. Sergio empezó a escuchar un nuevo tipo de música, mientras su piel comenzaba a adquirir manchas de una infección

y sus ojos no dejaban de sangrar.

Los padres pusieron un denuncio. La policía lo encontró debajo de un puente en Guanajuato. Su piel estaba completamente azul, los ojos, completamente rojos, nada le importaba. Podía incendiar cosas con solo pensarlo, no podía controlar su bocota y solo escuchaba música de Tereldom, que sonaba como rasguños y zumbidos distorsionados con una voz como de elefante gorgoteando. Estaba en aislamiento médico. Sus padres destruyeron su iPhone y su ConektionPlus a martillazos. La noticia que leyó Mafalda terminaba con los videos de los extraterrestres con Sergio, la descripción que los acompañaba decía: actos depravados de otros planetas. Sergio aparecía mareado, lanzando chispas y balbuceando en algún idioma extraterrestre. Sus padres estaban furiosos, llamaron al pastor del barrio para exorcizarlo y armaron una cacería nacional. Dos días después, encontraron a los extraterrestres caminando en las afueras de San Luis de Potosí, les hicieron una redada y los lincharon públicamente. Los acusaron de ser demonios, les echaron agua bendita y los quemaron vivos.

Las imágenes mostraban mexicanos iracundos arrastrando un enorme barlunko y a un telop por las calles de un barrio de San Luis, el primero sangraba una sustancia verdosa, y el segundo derramaba por las calles sus órganos internos blancos y esféricos, como las entrañas de una cucaracha muerta.

Mafalda llamó a Sami, sobresaltada, cuando vio la magnitud de lo que estaba pasando en México. Extraterrestres asesinados por humanos, decían los titulares. La oportunidad que cualquier fuerza colonial espera para comenzar una invasión a gran escala, pensó Mafalda.

—Los extraterrestres que murieron eran cuerpos falsos con identidades teledirigidas, así que no habrá ningún tipo de conflicto interplanetario. Cálmate —explicó Sami—. Cuando los extraterrestres vienen a la Tierra, lo hacen sabiendo que corren peligro. De hecho, el peligro es una de las atracciones más interesantes de los planetas subdesarrollados.

Con las declaraciones de Sami sobre cómo la violencia es parte de nuestra naturaleza, y cómo es necesario aceptarla para evitar casos de xenofobia de ese tipo, los humanos se interesaron en la gran herramienta de control político, de estabilidad

comercial; la gran obra de entretenimiento transplanetario que Sami mencionaba sin explicar en su totalidad: la Arena Multicorpórea.

Sergio murió de una diarrea sangrienta, el virus quedó aislado, nadie volvió a tener los síntomas y el CAE y la embajada del Directorio se disculparon públicamente, pues era la primera vez, en todos los años de funcionamiento, que un humano se había contagiado de un virus extraterrestre, e incluso accedieron a darle una indemnización multimillonaria a sus padres. Pero Sergio ahora era un mártir, una herramienta para los opositores. Las conversaciones sobre la “agenda secreta de la embajada” y las conspiraciones sobre la esclavitud humana ante el nuevo sistema económico aumentaron y produjeron varias marchas anti-Directorio. Esa fue la primera derrota de Sami y de Mafalda en la opinión pública mundial.

Choc B4

—¿Está cansado de lavar platos, cocinar, lavar, encerar? —preguntaba el comercial de televisión—. RoboChoc tiene el placer de anunciar el nuevo robot doméstico. Choc B4. Un robot resistente de grafeno y polifintano, extremadamente versátil. Un diseño elegante, multifuncional y adaptado para la vida en la Tierra. El primer robot humanoide para el hogar, impermeable, resistente, inteligente y conversador. Sus manos rápidas y de superficie cambiante le permiten manipular los mismos objetos que un humano promedio. Puede correr hasta a una velocidad de 40 kilómetros por hora, y viene con una batería de alium ecológico de 500 años. Puede guardarse fácilmente, es liviano y puede calibrarse con la señal de voz de cinco usuarios al mismo tiempo. En RoboChoc ya tomamos los pasos necesarios para que no haya un apocalipsis robot. Así que no se preocupe.

—¡Mami, Mami! Choc B4 me ayudó a hacer mi tarea —decía una niña rubia.

—Mi amor, no tienes que cocinar, Choc ya hizo la cena —decía un esposo.

—¡Oh, no! Se dañó el lavaplatos. Ah, pero si Choc B4 puede arreglarlo, ya no tengo que llamar al fontanero.

—Choc B4 fue aprobado por el Consejo General de Robótica, la sección de robótica del Directorio Interestelar y el CAE. Choc B4 tiene todos los manuales de ética del Directorio, está adaptado para entender las sutiles variaciones del lenguaje humano y el de otras 170 especies, y hará las tareas para usted y su familia sin malentendidos lingüísticos. Ningún ser humano o animal resultará dañado por culpa de Choc B4.

Al final del corto comercial aparecia un letrero acompañado de un logo: “RoboChoc, aprecien el futuro”.

Los orga

Pocos días después de la muerte de Sergio, Mafalda recibió una llamada y viajó a la capital del Vaupés. Sami la había llamado preocupado, pidiéndole que fuera a verlo lo más pronto posible, su voz sonaba un poco rara, como si estuviera a punto de llorar. En los últimos años, Sami había pasado por varias mutaciones psicológicas: su vida se había homogenizado a un trabajo de oficina, reuniones y revisiones legales; la pereza se había convertido en energía, su mente estaba llena de ideas y se movía energéticamente por hacerlas realidad. Hace unos años, frente a Mafalda, su tono habría sido el de un cachorrito indefenso que le da toda su atención a un león enorme. Tal vez por eso mismo ya no se veía tan loco, tan perdido. La idea que tenía de desarrollar a Colombia era el motor de su vida. Ahora ella trataba de seguirle el ritmo a él, trataba de estar a su altura.

La nave sobrevoló la selva. Durante el cortísimo viaje había escuchado siete veces las palabras “Arena Multicorpórea”. Antes de desembarcar, leyó algunas noticias sobre Sergio, y otras sobre las reacciones internacionales frente a la Renta Básica Universal colombiana. Uno de los artículos comenzaba: “El crecimiento económico de Colombia ha sido tan vasto y arrollador durante los últimos años, que a pesar de que tienen varios problemas por solucionar, la adopción de la RBU los convierte en un país contradictoriamente desarrollado y de primer mundo”.

Mafe sonrió, salió de la nave, del terminal y se dirigió a la nueva casa de Sami en un taxi volador autónomo. Sobrevolando la ciudad pudo ver la construcción del proyecto más importante de la humanidad: el módem telepático. Una formidable mole negra que se alzaba en medio de la selva a varios kilómetros de Mitú, con grúas, drones y otras enormes máquinas perfeccionando el monolito liso y cúbico. Los diseñadores que se habían ganado la licitación dijeron que se habían basado en el monolito negro de *2001: Space Odyssey*, de Stanley Kubrick. Un

homenaje a los sueños humanos del pasado, en los sueños humanos del presente.

La ciudad había cambiado mucho en los últimos años: había dejado de expandirse sobre el suelo, lo cual habría requerido talar más árboles, y habían comenzado a expandirse hacia arriba, con plataformas enormes que se ensanchaban en la punta de troncos traslúcidos purpúreos sosteniendo barrios enteros. La nueva política era que Mitú fuera una ciudad completamente autosuficiente, y las hermosas plataformas y los troncos que las sostenían estaban hechos de un material avanzado que reemplazaba a las celdas fotovoltaicas, con una eficiencia cercana al 100 %. De hecho, toda Mitú estaba revestida de materiales fotovoltaicos: cada ventana, cada centímetro cuadrado de pared, calle, andén y techo de la ciudad recogían la energía del sol sin que se notara, y alcanzaba para suplir las necesidades energéticas de los pueblos aledaños. La apariencia general era la de un país de fantasía, un bosque de hongos y árboles de cristal con pequeñas naves bimotor y drones inteligentes pululando como insectos, todo alrededor del gran puerto hiperespacial al arrebol de las seis de la tarde. Mafalda miró por la ventana, sorprendida ante pequeños seres voladores sobrepasando balcones, cables transportadores, fábricas de materiales nuevos, hangares y cubos residenciales tapizados en jardines verticales exuberantes en los que se producía la mayoría de alimentos que consumía la misma ciudad. Mitú ya había reemplazado a Dubái como la meca de la arquitectura moderna: con nuevos hoteles flotando sobre la selva, autopistas aéreas de vehículos autónomos y restaurantes de lujo brillando al filo de la tarde, repletos de comensales galácticos, en los que uno podía pasar una semana entera sin ver un solo ser humano ni escuchar una palabra de español.

Los vuelos hiperespaciales eran tan comunes, que una nave estaba saliendo cada quince minutos. Para sacar el máximo provecho de la Puerta del Vaupés habían diseñado un sistema cronometrado, de manera que las naves estuvieran en una larga fila de entrada moviéndose a velocidad constante antes de atravesar el disco, y daba mareo ver tantas naves de tantas formas entrando y saliendo. Nave entra, nave sale. Esa era la cara del Accelerando: productos, aliens y humanos entrando y saliendo, cambiando la historia humana en pocos años. Mitú era ya una ciudad de la altura e importancia que tuvo Bagdad

durante la era dorada del Imperio islámico, tan cosmopolita como Nueva York durante el siglo XX, y tan influyente en materia tecnológica como Silicon Valley.

Sami se había mudado a una casa en una plataforma de cristal desde la que se podía ver toda la selva, en un barrio con jardines y piscina, donde vivían otros embajadores; era la plataforma más segura de todas. El autónomo aterrizó y Sami abrió la puerta de su casa en chanclas y sin haberse bañado. Había adoptado a un bicho de Cresistoris que parecía una serie de palos unidos por cadenas, lo llamaba Mermelada. Sami apenas le puso atención a Mafalda porque estaba barriendo el suelo de su casa, ella supuso que extrañaba a Ork, quien estaba de viaje, pero notaba que había algo más que lo preocupaba. Ella se sentó, intentando hablarle, pero Sami no estaba poniéndole atención.

—Sami, ¿qué pasa?

—Ya, espera, es que tengo que…

—Por favor, ¿qué te pasa? Me dijiste que me necesitabas urgente.

Sami se detuvo y se sentó en un sofá frente a ella. Tenía miedo, una sensación que hacía mucho no tenía. No era miedo a la muerte, eso era ridículo: era miedo al fracaso.

—Sí. Perdón. Es que necesitaba limpiar este desorden.

—Tranquilo. Ahora sí, cuéntame.

—¿Te acuerdas del pelado que nos atacó en Quito?

—Sí.

—Volvió a pasar.

El embajador de la Tierra en Tárbola Eclipsis, un señor de cuarenta años que había establecido buenas relaciones con ese plane-ta, fue atacado en un viaje interestelar.

—Un chico que "podía caminar por las paredes" le dio en la cara. Dos disparos y chao. Y no fue solo él: al coordinador del Fondo de Desarrollo en el Caquetá le cocinaron el cerebro y apareció muerto en su casa. Y ayer descuartizaron a Yurleidy Henao con un arma ilegal de pulsos azules, según reportaron los vecinos, después de recibir amenazas de las Águilas Negras. Un par de tipos en una moto voladora la siguieron a su casa en Quibdó. Hubo gritos, los vecinos llamaron a la policía, pero cuando llegaron solo encontraron cráteres de superficies

vitrificadas y pedazos de Yurleidy y de su hermana derramados por el suelo.

—¿Yurleidy la de RoboChoc?

—Sí, ella. Seguramente va a salir en noticias nacionales pronto —respondió Sami mordiéndose los labios—. Y hemos interceptado un montón de gente que intentaba volar el módem que estamos construyendo. —Señaló en dirección del gran monolito en construcción—. Unos alcanzaron a ponerle una bomba. Y no solo es acá en Colombia: los chinos son los que más pelean porque dicen que la Puerta está beneficiando a Colombia injustamente. Están amenazando extraterrestres también. A la embajadora de Barius en Rusia le secuestraron al hijo. Esto no está en las noticias, pero en cualquier momento sale.

—¿Y tú cómo estás? ¿Seguiste recibiendo amenazas?

Sami sacó su celular, le mostró la lista de correos que había recibido. Había imágenes mórbidas, unas personas que se hacían llamar "los Orgánicos" le escribían todos los días, diciendo que si no destruían la Puerta y frenaban la inmigración extraterrestre eso iba a convertirse en una guerra. Las imágenes eran fotografías de dos líderes sociales por los derechos de la mujer que habían recibido becas del Directorio, una colombiana, de Pasto, y otra española, de Arcos de la Frontera: las habían cortado en pedacitos con un pulsador.

—¿Cómo diablos están pasando armas ilegales a la Tierra? —preguntó Sami, más para él que para Mafalda—. Lo que sí sabemos es que todos los asesinatos están conectados. O eso me dijeron los de seguridad.

—¿Y qué van a hacer? ¿Qué piensas hacer, Sami?

Sami se mordió los labios más duro, con los ojos rosados moviéndose erráticamente, y luego dijo, con mucha seriedad:

—Tenemos que terminar el módem lo antes posible.

—¿Qué tiene que ver el módem con todo esto?

—El módem es la clave de la paz interestelar, así no sea fácil de creer.

Sami lo había experimentado cuando estuvo fuera del sistema solar. Cualquiera que haya viajado y vuelva en sus cabales, vuelve con la mente expandida: el módem era la paz.

—El módem tiene todo que ver. No me quiero morir, Mafe.

Antes me habría valido huevo morirme, pero ahora sí que quiero vivir.

* * *

Teresa Guerra era una mexicana de treinta y ocho años que se había vuelto relativamente importante en el último lustro. La inteligencia de diferentes gobiernos, y de la embajada misma, llevaba investigándola un tiempo: aunque pasaba la mayor parte de su día encerrada en su apartamento y comiendo hamburguesas, era peligrosa. Desde Ciudad de México hacía videos que explicaban, citando la biblia cada dos frases, que los extraterrestres eran en realidad demonios y Sami era el Anticristo; rechazaba totalmente la tecnología del Accelerando, y en el último año había empezado a organizar a sus seguidores y a llamarlos los Orgánicos, los orga: la Organización de Recuperación de la diGnidad humanA.

Teresa tenía un corte de cabello que la hacía parecer inofensiva, se vestía de rosa, usaba la palabra “amor” en el contexto equivocado y aseguraba que la revolución del Accelerando aparecía entre líneas en el libro del Apocalipsis; hablaba con tanta pasión que no le daba pena escupir de lo duro que gritaba en los videos. Desde la comodidad de su hogar, acariciando sus gatos y pidiendo hamburguesas, logró unir a los terraplanistas, a los antivacunas, a los que solo comen crudo, a los que les temen a los derechos LGBTI, a los racistas, a los musulmanes que le temían a occidente; incluso los neoluditas hippies creían un poco en ella, a pesar de ser de derecha. Las posiciones políticas, económicas o religiosas cedieron ante el odio en común. Todos se sintieron identificados con Teresa y sus videos. Todos sintieron su llamado. El nuevo mundo estaba en riesgo.

Teresa aseguraba ser una persona amable, amorosa y desinteresada: su único propósito era revelar la verdad ante el mundo. Pero la verdad era que, según los reportes, nadie la quería, nadie la aguantaba; jamás había tenido una amistad duradera. Su única relación era con sus seguidores, los orga, que estaban tan locos como ella.

Los padres de Sergio eran seguidores del canal de Teresa Guerra, y donaron buena parte del dinero de la indemnización a

la causa orga. En la iglesia a la que asistían, como la mayoría de iglesias católicas y cristianas extremistas, ahora la llamaban la Comandante:

—Dios, bendice a tu comandante Teresa Guerra, para que lidere tus ejércitos contra el Enemigo.

Teresa supo sobre este fervor religioso que estaba despertando y no dudó en explotarlo: en sus videos contaba en vivo lo que el Espíritu Santo le susurraba. Poseída, con los ojos brillantes llenos de lágrimas, recibía mensajes de condena para los pecadores.

Teresa era la favorita de la derecha colombiana, y Colombia era el segundo país con más suscriptores a su canal. El 30% de los que votaron NO en la consulta sobre la Renta Universal, lo hicieron porque la comandante Teresa se los había dicho. Cuando Sami compartió sus listas de favoritos de Spotify, Teresa lanzó un video señalando que solo el anticristo oiría black metal. La popularidad de Sami bajó un 2 %.

Sami, Mafalda y directores de proyectos humanos y extraterrestres se sentaron a la mesa de juntas de la embajada. Todos se veían cansados y preocupados. Las ramificaciones del ConektionPlus para empresas crecieron hasta que entre todos crearon un círculo de tejido nervioso y podían escuchar sus voces dentro de sus mentes.

—Buenos días. Perdón por citarlos a esta reunión extraordinaria, pero es necesario: los empresarios están mandándole dinero a los orgas. Y esto es una guerra —declaró Sami. Sabía que era una palabra dramática, pero solo esa semana habían muerto cinco personas—, y, desafortunadamente, es una guerra de imagen pública.

La seriedad y preocupación de Sami se contagió a los demás.

—El sicario petrificado en Quito, los sicarios en Pol Lubern, el asesinato de Yurleidy Henao. Todos recibieron dinero de orgas. No solo de la comandante Teresa, rastreamos los dineros de forma legal, y es evidente. En este punto Teresa es la cabeza de un movimiento con pies y cola; hay gente en casi cada país católico y en cada país islámico. Tienen bandera, armas y hacen videos con capuchas que en cuestión de días saldrán a la luz.

—¿Sicarios en Pol Lubern? —preguntó un mastodiano lanzando líquido por sus alveólos—. ¿Qué pasó?

—Un sicario paisa se fue con una beca del Directorio a estudiar Terraformación, parece que se negó todo el tiempo a conectarse a la red pantelepática —explicó con seriedad—. Perdón que no les haya dicho antes, salió en las noticias allá. Ya le están dando un cuerpo nuevo a la víctima, nada de qué preocuparse, pero esto va a poner a la Tierra en apuros. Nos van a pedir más cosas para la visa del Directorio.

—¿A quién mataron? —preguntó el extraterrestre a cargo de Cartera y Proyectos de Infraestructura en África.

Sami suspiró, buscando calmarse.

—Mataron a otro humano. Otro tipo becado, se llama… —Sami revisó los perfiles de los terrícolas que tenía en el proyector de hologramas sobre la mesa—: Wolfgang Meineke. Un ingeniero que decidió estudiar Campos Telepáticos, estaba ayudando a construir nuestro módem. Estaba en un *afterparty* cuando llegó el sicario con una cosa que se llama *phaser,* que básicamente le cortó la cara en tiritas, como una persiana.

Todos se quedaron callados, la secretaria de la Sección de Migración se tapó la boca con horror. Era la primera vez que un humano se "moría" en el exterior. Las consecuencias de la muerte eran mínimas, las implicaciones políticas en la Tierra, en cam-bio, podían ser devastadoras.

—Las autoridades de Pol Lubern me contactaron esta mañana, me dijeron que lo agarraron. Un muchacho de 23 años de Envigado. Se llama… sí, Brayan Cañón. Está en rehabilitación mental, le ponen cien años de terapia y educación en virtual, mañana ya debe estar rehabilitado. Ya contactamos a la familia de Brayan. Afortunadamente Wolfgang había hecho una copia de seguridad de su mente en la red, así que Wolfgang está vivo, solo que —Sami intentó limpiarse la nariz—, no está seguro de querer un cuerpo humano. Hablé con él esta mañana.

—¿Son inmortales? —preguntó el encargado del área de Oriente Medio.

—Obvio —dijo una plasmana brillante con una gorrita del mundial de fútbol—. En el Directorio todos somos inmortales.

Mafalda no sabía para dónde mirar, las noticias eran chocantes y tristes.

—En prensa vamos a sacar eso esta noche. Yo te paso el

número de Wolfgang y de Brayan —le dijo Sami a Jenny Palomino, una venezolana que estaba encargada del área de Prensa y Relaciones Públicas de la embajada.

—Sí, señor.

—No los he reunido aquí para contarles sobre la cantidad de muertos. —Sami seguía intentando limpiarse la nariz—. Estamos acá porque el módem tiene que terminarse en un mes. No podemos esperar a que estos locos de mierda nos caguen todo así como así.

Hubo un aire de angustia generalizado, Mafalda misma se mostró algo reacia a lo que acababa de escuchar.

—Las directivas del Fondo de Desarrollo van a percibir que algo anda mal si comienzas a actuar así —dijo una criatura estilizada y larga, como uno de esos insectos que parecen palos.

—Lo único que podemos hacer ahora es darle información a la policía colombiana y reforzar la seguridad —alegó un humano un poco consternado—. Pero si comienzas a ponerle presión a los inversionistas, van a comenzar a sospechar de ti.

—Sami cree que cuando el módem esté en operación los conflictos van a acabarse —dijo Mafalda.

Sami se puso rojo, su racionamiento no era del todo claro y era algo que había dicho en privado, no algo para exponer en el comité.

—Eso es especulación —dijo le encargade de Cartera, une pakpak asexuade—. No todos los planetas recibieron el módem telepático con tanta amabilidad.

—No estamos recibiendo el módem telepático como si los alienígenas simplemente nos estuvieran dando un don, como el don de la civilización —dijo Sami intentando no perder su autoridad, conteniendo la rabia de ser contrariado—. Estamos cumpliendo con lo que se acordó en el tratado de Quito: lo están construyendo los humanos, con planos, hardware y *wetware* humanos y algunos empleados de otros planetas. ¡Pero es una empresa humana 100 %!

Los otros invitados a la reunión no objetaron. Por primera vez vieron que Sami había perdido su temperamento plácido y relajado, pero lo justificaron pensando que simplemente era muy apasionado, que temía que su sueño de desarrollo planetario no

se cumpliera. Aunque no objetaron, sabían que, si había más muertos, la sangre estaría en las manos de Sami. Sami percibió esta preocupación en el ConektionPlus versión empresarial, ellos tenían miedo de que comenzara a errar, a moverse en zigzag como sus ojos rosados, tomando decisiones equivocadas.

—Siento mucho que la situación esté complicándose, pero si dejamos que los orga ganen, se va a cerrar la Puerta para siempre —dijo Sami con rabia, miedo y frustración—. La mitad de los funcionarios de la embajada hemos recibido amenazas. Y si una persona más muere, es mi culpa.

Mafalda logró bloquear un pensamiento hasta que se desconectó, comenzó a entender: cuando el módem entrara en funcionamiento, la gente podría ser inmortal. Era difícil decirlo en voz alta sin sonar como un fanático religioso, pero uno de los propósitos del módem era la vida eterna.

Después de la reunión, Mafalda y Sami fueron a la cafetería de la embajada, en un piso alto de una plataforma de cristal sobre la inmensidad de la selva, donde se podía ver el enorme monolito del módem siendo construido en la lejanía. Ella estaba algo asustada por lo que tenía que decir, pero finalmente se armó de valor para decírselo:

—Sami, yo creo que, si hubiésemos ido un poco más lento, el mundo habría tenido la oportunidad de adaptarse al cambio. Creo que nos dejamos llevar un poco por la emoción, ¿no te parece?

Sami no respondió, solo la miró seriamente, sin un atisbo de estar pasándola bien mientras revolvía el café que acababa de comprar. Ahora podía ver con claridad que su cara había envejecido un poco: tenía arrugas en la frente y alrededor de los ojos. En esos diez años apenas había tenido tiempo para descansar, para visitar viejos amigos, para jugar Play Station o para conocer el sistema solar. Casi todos sus conocidos subían *selfies* en Marte o al lado de Júpiter. Aunque Sami y Mafalda habían planeado ir a la inauguración de un hotel en Titán para conocer las cataratas de metano líquido, jamás lo hicieron.

—Tal vez. Tal vez nos dejamos llevar por la emoción.

—¿Por qué no nos lo advirtieron los extraterrestres? —preguntó Mafalda.

—Porque cada especie es distinta, todos actuamos diferente. Ellos confiaban en que nosotros estábamos haciendo lo correcto a

nuestra manera de ser. —Sami dejó de mirarse las manos y comenzó a mirar hacia la selva. Realmente se veía preciosa, estaba orgulloso: Todo era ecológico, económico y autosostenible —. Y yo creo que lo hemos estado haciendo bien. Es natural que haya un poco de resistencia.

—¿Un poco? Han matado cinco personas esta semana.

—¡Yo sé! ¡No me lo tienes que recordar! Los deseos no son los deseos, el futuro no es el futuro, sino apenas destellos del subconsciente colectivo hecho trizas por un poco de paz.

—Tú y tus metáforas ridículas. No hagas presión para que se termine el módem antes de tiempo. No te lo dije en la reunión, pero creo que no es buena idea. Les vas a dar más razones a los orga, y las personas van a creer que hay una conspiración detrás de todo eso.

Sami dejó de mirar la selva, le devolvió la mirada y dijo:

—No me digas lo que tengo que hacer, ¿vale?

Esa misma noche Sami desapareció. Volvió dos días después. Nadie sabía dónde había estado.

Bajaron los índices de violencia en todo el país, pero la corrupción no ha cambiado

El director del DANE anunció el pasado jueves en un comunicado oficial, que un mes después del primer pago de la Renta Básica Universal, los crímenes bajaron un 70 % en las principales ciudades del país. Las personas que antes se dedicaban al hurto dejaron de hacerlo y se han dedicado a comprar cosas y a usarlas. La economía colombiana, por supuesto, fue la más beneficiada, con un crecimiento de 500 %. El director del DANE felicitó el trabajo de la ministra de Asuntos Extraterrestres por su mediación entre la política colombiana y las tecnologías disponibles gracias a la embajada del Directorio. Aunque ella alega que esto puede llamarse la reprogramación económica, también se le ha calificado de comunista, por intentar redistribuir los recursos económicos del país. Perú, Estados Unidos y España han planteado seguir a Colombia, proponiendo también una Renta Básica Universal.

Aunque la violencia común bajó sustancialmente, y los colombianos se sienten más seguros, otras formas de violencia no han cambiado tanto. Por un lado, la extorsión no cambió, y la semana pasada se descubrió *El carrusel de las neociudades*. Varios gobernadores desviaron dineros del Fondo de desarrollo del Directorio Interestelar, originalmente destinados a reparar infraestructura de ciudades alejadas, a sus bolsillos. Cuatro gobernadores y veintisiete alcaldes fueron detenidos por concierto para delinquir, peculado y extorsión. Samuel Rojas, embajador interplanetario, indicó que el módem, actualmente en construcción, es la tecnología que ayudará a controlar no solo los casos de corrupción, sino otros males que afectan a todas las sociedades alrededor del mundo, en específico: el racismo, el elitismo, la homofobia, el machismo y la transfobia. “Todas las formas de discriminación quedarán en el pasado”, dice.

El museo humano en Tárbola Eclipsis

En un esfuerzo por difundir y exportar la cultura humana de nuestro planeta, el gobierno chino y la Unesco decidieron abrir un museo humano en Tárbola Eclipsis y esperan abrir otro en Tyop.

“La idea es llevar lo mejor de nuestra cultura a otros planetas, en parte para mostrar que la Tierra es un lugar colorido y exuberante”, anunció Zheng He, director de la sección consular de la embajada para Asuntos Chinos. “No todos los extraterrestres entienden lo que vamos a mostrar, por eso escogimos esos planetas, donde los aliens podrán observar elementos de nuestra tecnología, ver películas de la Tierra y jugar videojuegos. También hay reproducciones de casas humanas con maniquíes, y algunas obras de arte de varios artistas internacionales”. Según un estudio de la Universidad Nacional de Colombia, los pakpaks y los telops fueron las especies que mejor recibieron el arte y el cine terrestre.

Se abren las puertas de la percepción

Pablo y Bolos me hicieron notar que las personas más interesadas en construir bases espaciales eran las comunidades indígenas. Muchos eran colombianos, porque en Colombia era más o menos fácil hacerse una fortuna en esos años, pero también había mapuches, quechuas, mayas y aborígenes australianos. Los que habían creado su propio sistema de transporte y no contrataban nuestros servicios eran los gringos: los indígenas norteamericanos, que hablaban inglés e intentaban iniciar una colonia en Calipso, Júpiter, pero no por eso habían rechazado hacer parte de la asociación de pueblos nativos que buscaban un futuro.

Lo que más me gustaba de viajar con ellos era el entusiasmo. Bolos cada vez se me parecía más a un borrachín terrícola. Nos habíamos acostado los tres varias veces, habíamos follado en varios lugares del sistema solar, en moteles recién inaugurados taladrados en asteroides. Bolos no era un ser de ADN, tampoco era una especie que se reprodujera sexualmente, pero su comportamiento, en apariencia sexual, se explicaba por la forma en la que habían evolucionado para comer: antes de poner comida en los agujeros de succión de su parte interior, tenía que estimularse un poco y secretaba, placenteramente, una especie de lubricante natural. Pablo y yo, dando vueltas en una cama en la parte trasera de mi nave, metíamos los dedos en esos agujeros circulares y Bolos parecía disfrutarlo muchísimo eyaculando una sustancia fluorescente. Después de Mafalda, Pablo y Bolos estaban convirtiéndose en mis mejores amigos. Así que, si no estaba con ellos, ayudándolos a car-gar equipo o llevándolos a Marte, estaba extrañándolos. Mi tío Flaminio notó que había algo raro entre ellos y yo, porque en Sistema Solar Exprés teníamos un sistema en el que el cliente escoge el vuelo y el piloto se asignaba automáticamente, pero ellos siempre querían viajar conmigo.

Yo intentaba alargar las horas juntos; como el combustible

eran tan barato, los había llevado gratis para mostrarles Urano y los lugares que más me gustaban, y a Pilade a jugar billar y escuchar música en vivo. Luego sentí que me extrañaban, con formas de comunicación no verbal. O lo decían directamente: “Talula, la extrañamos”. Pero era como si no hubiese nada más que pudiéramos hacer, más allá de besarnos y desnudarnos en gravedad cero.

Bolos estaba aprendiendo a leer el lenguaje no verbal de los humanos, cuando notó algo en mí, me dijo con su voz ultrarápida de ardilla:

—ESTÁSMUYSOLATALULA. ¿PORQUÉNOVASALATIERRACONMÁSFRECUENCIA? INVITARONAUNABANDAPAKPAKAROCKALPARQUE, ¿NOQUIERESIR?

—Prefiero estar aquí —fue lo único que pude responder.

—YASE. ¿PORQUÉNOBAJASPARALAINAUGURACIÓNDELMÓDEM? —propuso a través del racimo de nervios que conectaba nuestros cerebros.

* * *

El módem estaba listo: era negro, pulido y altísimo. Tatiana Ríos cortó la cinta de inauguración. Todas las personas que lo vieron afirmaban que tenía una cualidad de perfección difícil de igualar, podía verse desde muchos kilómetros de distancia, además de ser funcional era un monumento artístico entre los árboles, un monumento a la nueva era. En la enorme mole cúbica habían trabajado un millar de máquinas ensamblándose y moviéndose cronométricamente en una danza complicada, y solo ciento dos humanos.

La opinión del público nunca había estado más dividida en todo el planeta. Algunos pensaban que su construcción había sido un acto irresponsable de Sami y del CAE, un resbalón del consejo de seguridad de la ONU que no tendría retorno y que iba a poner a todo el planeta en apuros. Pero los seguidores de Sami celebraban que por fin la Tierra iba a tener una forma de comunicar toda la información mental que no se había comunicado nunca, y además coincidía con el undécimo

aniversario de la embajada del Directorio.

La conexión mental prometida por la embajada solo había sido intuida antes en rituales de iniciación entre jóvenes chamanes sudamericanos y mongoles: momentos de completa y preciada intimidad a la luz de una hoguera, haciendo formas de animales con las sombras y sintiendo que eran dioses al calor lumínico del yagé y otras plantas asombrosas. Las mentes se expanden y se fusionan durante los rituales, y dan la sensación de tener telepatía. Los humanos normales entendían esa necesidad constante y pulsante de comunicar todo lo que tenían adentro, pero había tantísimas barreras para que esa comunicación sucediera y fuera efectiva. El gran misterio humano había sido, hasta ese entonces, saber lo que el otro sentía, saber lo que el otro pensaba. La historia de arte y del lenguaje eran la historia del perfeccionamiento de nuestras herramientas lingüísticas, dándonos cada vez más herramientas para asir con mayor claridad y detalle de todo lo inefable.

Organicé mis horarios para estar en la Tierra el día del evento. Me sentía muy alegre, ansiosa, sin saber bien qué era lo que iba a pasar. Las imágenes en la tele y en YouTube mostraban dibujitos de personas a las que les disparaban con láseres en la frente, mostrando una gran red humana, una cuadrícula de conocimiento sobre la superficie terrestre. Por puras razones pedagógicas, hicieron videos explicando el módem: es un secuenciador de ondas cerebrales, perfeccionado por milenios de prueba y error en varios planetas del Directorio Interestelar. El secuenciador original no estaba hecho para cerebros humanos, pero pudo adaptarse con facilidad a la anatomía y química humanas. Las ondas estimulan la producción de dimetiltriptamina, producida por humanos naturalmente, degradándola por procesos bioquímicos naturales en peroxidasa A y aminoácidos, hasta hacer una biosíntesis de un tipo poco común de bufotenina. Todo eso activa remotamente partes del cerebro que generalmente no están abiertas. El módem usa el campo de ondas Schumann de la Tierra para sintonizar la información en una frecuencia de 8 hz con esa parte del cerebro, esculpiendo alucinaciones programables. Para fabricarlo se habían basado en el trabajo de varios neurólogos que habían comparado el cerebro humano con el cerebro norki y el cerebro flavis, que eran los más parecidos al humano, acelerando lo que ya sabían sobre

neurogénesis, ondas radiales y copiando grandes partes estructurales del módem típico del Directorio Interestelar. Luego programaron la interfaz psíquica en *wetware*. Miles de programadores consiguieron trabajo para diseñar aplicaciones, el sistema operativo, la interfase gráfica y todo tipo de aplicativos. El monolito solo era una enorme antena, lo suficientemente grande para alcanzar la circunferencia entera de la Tierra, pero los discos duros y los programas corriendo en procesadores extraordinarios estaban en bóvedas subterráneas.

Las noticias indicaban que lo mejor era pasar ese día, a las seis de la tarde, hora de Colombia, tiempo estimado para que el módem comenzara a operar, en un lugar calmado, sin tener la responsabilidad de operar maquinaria pesada o vehículos, para minimizar accidentes. Por eso fue recomendado que todo el mundo se mantuviera quieto al menos por una hora, hasta que la situación estuviera bajo control. Para las personas jóvenes que estaban acostumbradas a los celulares y la interfaz gráfica de Facebook e Instagram la experiencia sería mucho más familiar, pero en algunos lugares alejados de la Guajira, numerosas áreas del Congo o Bolivia, donde nunca había habido conexión a internet, el cam-bio sería más drástico.

Yo me quedé en mi apartamento en Bogotá, esperando que el rayo me diera en la cabeza, pero no sucedió nada. Estuve sentada mirando mis muebles empolvados, porque pasaba más tiempo en el espacio y no tenía tiempo de limpiar nada. Pasaron las seis, luego las seis y media, seguía sin pasar nada. Mafe me dijo que tal vez había pasado algo con el módem y que iban a reprogramarlo, así que decidí salir a comprar palomitas de maíz y gaseosa. Entré al supermercado de la esquina, estaba haciendo la fila para pagar, solo había tres personas frente a mí. Todo tranquilo. En ese momento yo era un ser aislado. De repente sentí como si se hubiese roto un cristal, como si mi ojo izquierdo se hubiera reventado en la cuenca ocular y estuve un segundo rasguñándome la cara cuando las cosas comenzaron a parpadear: hubo flashes blancos, letreros flotando en varios idiomas. Una señora tiró las salsas de tomate al suelo y el cajero se quedó congelado.

El logo del enlace pantelepático apareció flotando sobre la sección de papas fritas, brillando y girando, mientras una barrita

que flotaba en el pasillo de salsas se llenaba. Los datos hervían en la superficie de mi masa encefálica, listas de archivos y subcarpetas revoloteaban por todo mi cuerpo como insectos furiosos. Luego se abrió una enorme cuadrícula de matemática vertiginosa. Una voz energética y elegante dijo en mi mente:

—Hola, Talula. Bienvenida al Enlace Pantelepático Global. —Hubo una intro orquestal y continuó—. Si deseas seguir el tutorial por favor piensa: "Tutorial" dos veces, de lo contrario te dejaremos entender las cosas intuitivamente.

La hora ardía en rojo marcando las siete en la parte superior de mi visión. Al lado izquierdo había una especie de perfil de Facebook de luz que podía personalizar, estaba sin aliento frente a las gráficas radiantes de las noticias, el ícono tridimensional del clima y los juegos de realidad aumentada que paseaban por el córtex visual, haciendo brillar mis ojos de azul eléctrico. Aplicaciones básicas de *wetware* se descomprimiéron en el lóbulo temporal, pude ver miles de símbolos que aparecían y desaparecían, instalando subrutinas y disparando alucinaciones de una calculadora, un calendario y un programa de teléfonos. Con un pensamiento podía desvanecer los íconos, y con otro, hacerlos volver. Pero lo mejor fue cuando comencé a recibir solicitudes de amistad de gente de todos lados, personas que querían conocer mi cerebro. Por curiosidad, les di acceso y pedí acceso en otros. Primero ingresé en el cajero del supermercado, cargué mi consciencia en su cuerpo: podía verme a mí misma desde sus ojos, hablarle en lengua telepática, recibir sus respuestas de forma simultánea con mis preguntas:

—¿Puedes escucharme? —dije desde él.

—Sí, claro que puedo. ¡Wow, esto es fantástico! —respondió desde mí. Ambos oímos las voces desde nuestros cráneos.

Había muchas funciones, podía explorarlo si él me daba permiso, sus pensamientos se desplegaron brotando a torrentes en una onda expansiva: revisé recuerdos cristalinos y brillantes de momentos hermosos. En un instante había conocido al cajero del supermercado íntimamente, incluyendo cuando cambió sus dientes de leche y cuando besó a una chica por primera vez. Me deslicé en su cuerpo como una mano se introduce en un guante: encajaron en mi consciencia la forma de sus brazos y el sudor de sus sobacos. Al apretar los dientes sentí la diferencia de los suyos

y los míos, sentí la molestia en su pie izquierdo a la que él se había acostumbrado. No me dejó tomar control de su propio cuerpo, pero usé sus ojos para verme: me vi demasiado gorda, acabada por mi rutina espacial. Entendí, por estar ensamblada en su cerebro, el gusto potente por mujeres a su alrededor y la sensación de su verga gorda en sus pantalones. El cajero era un tipo magnífico, y no pude contenerme, tenía que preguntarle:

—¿Por qué sigues siendo cajero si ahora todos son robots?

—Me encanta pasar cosas por el láser de compras, me hace inmensamente feliz.

—¡Wow! Sí, puedo sentirlo. Dale, sigue haciéndolo.

Antes de llegar a mi apartamento, unas cuarenta mil personas habían entrado en mi cuerpo: habían husmeado en mis recuerdos sin que yo pusiera mucha atención, y habían salido sintiendo que acababan de entender el universo, mi universo. La estructura fractal de la mente se revelaba, abriéndose como una flor, enlazándose con otras, creando telarañas de información emocional. La gente podía sentir el orden de mis músculos, mi sensación de querer orinar y la rasquiña de una picadura de mosquito en mi mano. Ellos, completos extraños de República Checa y Angola, ahora estaban en la intimidad de mi risa, hurgando en mi primer beso, sintiendo mi incomodidad frente a personas más altas que yo, y recorriendo los tesoros que había visto en el espacio sideral; pero un programa de seguridad impedía compartir mis recuerdos de cuando estaba en modo omnipresente en mis viajes a alta velocidad, asegurando así secretos de estado y evitando la violación al derecho de privacidad, habían pensado en todo. No había palabras para describir lo que estábamos sintiendo, solo quienes estábamos conectados podíamos comunicarnos el sentimiento de la experiencia.

Mi mamá se metió en mi cuerpo momentáneamente para darme un saludo, pero apenas husmeó, la dejé pasar más adentro. Mamá ahora sabía con precisión lo que se sentía ser yo, tener mi vagina y mis gordos y poder tocar mis pezones con mis propios dedos. Entendió la proporción, el peso y la magnitud de las partes de mi cuerpo. La dirección constante y lánguida de los movimientos corporales y los destellos de mi mente. Me dio vergüenza apenas un instante, antes de devolverle el golpe y me

cargué en su cuerpo: entendí el peso de sus senos, la extrañeza de sus dientes chuecos y su mal aliento. Visité viejos amigos, dejé notas en sus perfiles y mientras volvía a casa con las compras de la tienda me convertí en un tendero en Argelia, visité China, donde ya era de día. Podríamos quedarnos siglos emulando copias de la consciencia, reproduciendo vidas en cristales del disco duro virtual del gran módem de la selva. Podíamos experimentar cosas tan íntimas como ebriedades ajenas, la sensación de la garganta del otro, saber qué se siente tener barba. Las vidas podían ir más rápido o más lento, podíamos vivir cualquier vida por un instante. Entendí la pobreza, la muerte, la enfermedad, el abandono. Me metí en cerebros que sufrían una u otra alteración, en la cabeza de refugiados sirios que intentaban ganarse algo de dinero vendiendo shawarma en la calle. Recorrí casas con amantes nuevos y chi-cos tímidos infestados de psicoviajeros. Viajé de cuerpo en cuerpo, perforando matrimonios, olisqueando listas de mejores películas y variaciones de colores de un ojo al siguiente. ¿Cómo sabe el café a los amantes del café? ¿Cómo gustan los niños a los pedófilos? ¿Cómo se siente la culpa de los que alguna vez mataron y esperan a que se cumplan sus condenas en la cárcel? Respondí esas preguntas el primer día. También fui una pareja enamorada que hacía el amor en Kenia, fui ambos, al tiempo. Y fui un niño brasileño que fumaba yerba por primera vez. Fui un anciano solitario en Inglaterra, que se llenó un poco de luz cuando vio mis imágenes de Júpiter y Saturno.

Con el paso de los segundos, minutos y horas, fui sintiendo cómo se abría, lentamente, la cúpula de la imaginación humana: la verdadera barrera había sido siempre la comunicación, la exactitud lingüística, la falta de empatía, que al final no era más que otra falla de comunicación: comunicación imperfecta. Por fin estaba abriéndose, las barreras estaban agrietándose. Sami parecía haber salvado al planeta de todos los conflictos humanos. Con el módem funcionando, el pentágono regular de nuestra mente, como aparecía en el visualizador, había comenzado a agrandarse. Ahora cada humano sobre la Tierra tenía acceso a diez mil petabytes gratuitos para guardar lo que quisiera, como un Google Drive para alojar consciencias humanas, copias de personas enteras, restos de raciocinio de un animal o imágenes tomadas de la imaginación o los sueños.

Hubo pocos accidentes durante el primer día de operación del módem. En el momento en que la luz había entrado en nosotros, había gente manejando carros o helicópteros. Una pérdida momentánea de visión habría causado montones de accidentes, pero los que diseñaron el *wetware* también desarrollaron pilotos automáticos: fragmentos de inteligencias artificiales que habían tomado control antes de que algo terrible sucediera. Lo que no pudieron evitar fue la falta de entendimiento de algunos: en los lugares más alejados, en regiones de India o Botsuana, muchos fueron tomados por sorpresa, se quitaban la ropa y eran incapaces de controlar sus esfínteres, pues creían que habían hecho un viaje astral al baño. La adaptación a este cambio dependía de las experiencias previas. En mayor o menor medida, costaba adaptarse. Costaba comprender que Sami había liberado nuestra consciencia de nuestro cerebro. Yo misma había estado gritando en mi casa, sosteniéndome de las paredes y sudando durante las primeras horas de conexión. Tenía que bajarle a la velocidad antes de que mi cerebro de carne se quemara. La información entraba a borbotones, salpicando mi neocórtex, podía sentir una especie de serpiente penetrando alrededor de mi amígdala, y entonces algo en mí descargó un cortafuegos. Y luego silencio.

Había aprendido a controlar la experiencia. Estaba comenzando a entender lo que los viajeros interestelares describían en sus viajes a los planetas del Directorio cuando se conectaban a la red pantelepática.

Al día siguiente, las personas estaban renovadas y alegres. El 90 % de la gente se sentía muchísimo mejor. Lo podía sentir en mis venas, lo podía comprobar en un instante revisando una persona tras otra. Los padres de mente cerrada ahora entendían lo que sus hijos gays sentían; los muchos libros que habían leído unos se ofrecían amablemente a los que no los habían leído. La gente había nacido, crecido y vivido, las experiencias eran imposibles de transmitir en su totalidad. Hasta ahora. El lenguaje se ha perfeccionado.

Mientras me preparaba para ir al hangar de Sistema Solar Exprés había dividido mi mente en siete. Una de esas Talulas estaba en un foro sobre maldad, uno de los ponentes explicaba en una sala de chat perfectamente amoblada como un restaurante de

los cincuentas en ultra alta definición, y todos estábamos de acuerdo con lo que estaba diciendo: que éramos violentos, que todos amábamos la violencia y la crueldad de una u otra forma, pero esto solo debía expresarse en el contexto adecuado. Definimos allí y con mucha precisión, entre avatares y fantasmas pálidos de músicos muertos: el machismo, el elitismo y el orgullo. Otra fracción de mi mente revisaba la agenda que flotaba sobre la calle húmeda: ese día tendría un viaje para transportar carga a una de las lunas de Júpiter. Aseo personal, foro y agenda, las otras cuatro particiones de mi mente saltaban alegremente de persona en persona. Salí de mi apartamento hacia Lourdes para tomar el metro, una ventana fosforescente de alucinación mostró la tabla de llegadas: tenía tres minutos para llegar y alcanzar el que me servía. Había bajado un mapa, un reproductor de música, calculadora, MindTube, Instagram, y Syncbook, y una de mis divisiones mentales leía artículos de la Enciclopedia Galáctica. Ya me había acostumbrado a los extraordinarios tubos autónomos andando por el enramado tridimensional de túneles del metro de Bogotá, llenos de fantasmas holográficos de Nintendo que nos saludaban. No tuve que pagar nada, el metro era gratis. La construcción había sido gratuita y era operada por inteligencias artificiales que siempre llegaban a tiempo.

Los pasajeros parecían todos estar muy serios, pero todos sabíamos, podíamos ver ese brillo de complicidad en los ojos de los demás. Todos estábamos creciendo. Todos estábamos despertando. Algunos se reían sin tener razón visible, otros parecían exhaustos o extrañados, mirándose las manos como si acabaran de sintetizar un libro de anatomía en el lóbulo prefrontal. Luego recibí solicitudes mentales de los que estaban en el bus, una chica que iba a la universidad y un tipo que iba a su trabajo de odontólogo. El muro de silencio que nos dividía en nuestras vidas diarias estaba rompiéndose en la mente. ¿Cómo te llamas, a dónde vas, cómo es tu vida? Cuando llegué al hangar, lo primero que hice fue transferir toda la información importante de mi celular a mi mente. Apagué el celular y pensé que nunca volvería a prenderlo, algunos seguramente lo tiraron a la basura. Estoy segura de que millones hicimos lo mismo ese día.

Lo que te busca te encuentra

—Sami está loco —dijo Mafalda frente a mi puerta. Hacía mucho no me visitaba. Mafalda había subido unos kilos y ahora tenía papada.

Yo la recibí un poco molesta porque solo me escribía cuando quería quejarse de algo, pero cuando su vida iba bien, yo ya no era importante. No se lo dije, pero se lo envié por el canal telepático, y se hizo la loca, como si no importara:

—¿Y ahora qué pasó? —La invité a pasar. Se veía cansada o preocupada. Tal vez por eso no dejaba de comer.

—Pues, no sé si viste que los orgas esos nos la tienen al rojo: nos quieren matar. —Entró a la cocina y sacó una cerveza fría de la nevera, sin que se la ofreciera. En condiciones normales no me habría importado, pero esa vez sí.

—Sí, salió en las noticias que mataron a unas personas.

—¿Vamos a Rock al parque? —propuso Mafalda después de tomar un largo trago y limpiarse la boca con la mano—. Va a tocar una banda de pakpaks. Los únicos con algo de música que se parece a lo nuestro. ¿Oye y si viste que van a dejar participar a unos elesdianos en el mundial de fútbol? Esos bichos aman el fútbol.

—¿Qué pasó con Sami? Estás cambiando de temas muy rápido.

—Ah, sí, perdón. Es que esta semana ha sido una mierda. Vamos a Rock al Parque y te cuento en el camino.

La miré con desaprobación, las partes de mi mente empezaron a volver a mí. La última en regresar estaba en una lechuza en China cazando su presa, porque amaba la sensación de volar.

—Ay, perdón, ¿estas ocupada? —dijo cuando captó mis expresiones—. ¡Uy, porfis! Por fa, te necesito, nena. Sí es muy urgente, ok, entiendo, pero… no sé, el destino del mundo te necesita.

Al final acepté. Salimos y nos metimos en el Flexis Flyer convertible de Mafalda, noté que dos drones de seguridad nos seguían de lejos. Nunca había estado en la nave personal de Mafalda. El interior era tremendamente cómodo, con vidrios polarizados y algo que parecía cuero blanco.

—Podríamos simplemente hacer un salto y meternos en la mente de uno de los asistentes —me quejé.

Mafalda y yo visualizamos el mapa de Bogotá como si flotara en el parabrisas del Flexis Flyer, y al tiempo que manejaba, se había metido en el cuerpo de dos asistentes para reservar dos sillas en la Media Torta donde veríamos la banda pakpak Ghar Alampa y una banda de metal sueca. Los eventos presenciales estaban extinguiéndose, ahora todos podían meterse en una sola persona, sin necesidad de desplazamientos. Pero el cuerpo físico de Mafalda necesitaba un paseo, igual que el mío, a decir verdad. Sobrevolamos la Universidad Nacional y pasamos entre los edificios altos del centro. Durante el viaje, Mafalda no cerró la boca un momento.

—Me tienes que jurar que lo que voy a decirte no vas decírselo a nadie. ¿Vale? Sami comenzó a presionar a los inversionistas y al Directorio para que complementaran el modem con otras dos empresas de construcción. Pero cuando se dieron cuenta de los asesinatos de los orga, decidieron detener todo. Dijeron que ellos habían considerado erróneamente que el planeta estaba listo para recibir esa tecnología, pero que obviamente todavía teníamos que solucionar muchas cosas y que preferían esperar.

—Como el canal de Panamá.

Mafalda partió su mente, leyó un artículo entero sobre la historia del canal y después de un suspiro dijo:

—Sí, exacto, como cuando Ferdinand de Lesseps estaba intentando ocultar que la inversión era inviable.

—¿Y qué hizo Sami?

—Sami enloqueció y comenzó a sacar dinero prestado de agencias de cooperación internacional. Le dije que se calmara, que si aceleraba el proyecto el público iba a pensar que había gato encerrado. Sami no me puso atención y terminaron el proyecto como él dijo. Solo encendieron el módem hace dos semanas, y ya todo lo que ha cambiado, pero ¿no has visto lo que

ha pasado en redes?

Mafalda me compartió telepáticamente los artículos que había leído y lo que ella sentía y entendía. Uno de ellos mostraba a un par de congresistas sacando la Biblia en sesión plenaria; otro hablaba de varios políticos que desde sus canales de YouTube habían convocado a una marcha para que sacaran a Sami y eligieran a alguien por votación o para que cerraran la embajada definitivamente. En casi todos se citaban notas de *La desobediencia civil*, de Thoreau.

Mi algoritmo no me mostraba este tipo de noticias, solo me permitía ver las noticias a favor de Sami. La fuerza del movimiento por el cambio y el éxito de la embajada me había dado mucha confianza, nunca creí que un puñado de godos que creían que la Tierra era plana y no creían en la evolución fueran a tirarse once años de revolución científica y las promesas de más cambios.

Nos bajamos en el parqueadero y Mafalda se puso una máscara de aerogel para que nadie la reconociera. Ya desde lejos se escuchaba la banda que estaba tocando: era metal duro y anticristiano, los godos habían hecho tremenda gritería para que prohibieran la entrada de esa banda y la de los extraterrestres. La gente fumaba ganja, lo que hace rato no se veía en público, y solo un evento como Rock al Parque podría permitir. Era como una isla de alegría llena de muchachos con punteras, o más bien treintañeros que habían crecido escuchando Craddle of Filth, Neurosis y Rhapsody of Fire.

—¡¿Dónde están los metaleros de Bogotá?! —gritó el vocalista en un español enrarecido.

El público enloqueció.

—Convocaron a una marcha en una semana —me dijo Mafalda por el enlace pantelepático, así no tenía que gritar mientras sonaban los *riffs* de guitarra distorsionada. Buscamos los asientos reservados—. Sami está perdiendo puntos. No solo con los cristianos, también con los inversionistas. Y también está perdiendo puntos conmigo.

—Sí, me contaste que te trató feo.

—Y eso no fue lo único. Yo toda linda intentando decirle que fuéramos a descansar, que nos fuéramos de paseo, así sea a ver Saturno, pero solo habla de la embajada. Y a veces se desaparece

y no sé a dónde va.

—Yo trabajo en Sistema Solar Exprés, podría llevarlos gratis, si quieren. Hay un motel en el cinturón de asteroides…

—Talula, ya me contaste —me interrumpió.

—Ah, se me había olvidado que ya sabías. Perdón.

—Sami no me pone atención. A veces siento que me trata como si yo fuera un trapo.

No supe qué responderle.

—O sea, yo no lo critico tanto, porque es muy aplicado, realmente cree en el progreso humano y no ha descansado en varios meses, pero solo piensa en su proyecto. Desde que se encendió el módem, no para de trabajar. Pero al mismo tiempo creo que nadie le importa. Ni yo ni nadie.

—¿Ni Ork? —sugerí.

Había dado en la puntilla de todo. Lo que ella no quería admitir.

—Ork —dijo con seriedad, interrumpiendo el procesamiento de información multitarea—. Sami adora a Ork. Le tengo celos a esa maldita babosa. La pasamos bien al principio, tiene buen sentido del humor y en la cama es wow. Pero Ork es tan adicto al trabajo como Sami. Son tal para cual. Y yo sé que estamos en una relación los tres, pero no sé, creo que lo del poliamor no es para mí. Siento que yo no soy tan importante para él. Qué mierda tener estos sentimientos por Sami.

La banda sueca terminó, salió del escenario y empezaron a poner los instrumentos musicales extraterrestres para Ghar Alampa. En ese momento los pocos asistentes comenzaron a recibir solicitudes telepáticas de miles de personas alrededor del mundo que querían escucharlos. Yo habría alojado en mi cuerpo unos doscientos, pero Mafalda me pidió discreción, me recordó su posición y dijo que podría ponerla en peligro; ella tampoco alojaba personas en su mente, su cargo se lo impedía. Rechacé gente de Kazakstán, niñitas de Portugal y dos ancianas de Surinam que solicitaron unirse a mi mente para escuchar el concierto.

Los pakpaks eran unos enormes seres de carne, como la carne humana, con simetría radial, formando lo que parecían ser bulbos de alcachofas rojas con unas aletas dorsales ensalivadas. Se

conectaron al enlace pantelepático y permitieron al público meterse en sus mentes deformes, poliquísticas y espiraladas. Sus instrumentos, que también sonaban en nuestros cráneos, no se parecían a nada que hubiéramos visto antes. Los pakpaks utilizaban las aletas dorsales para marcar tiempos y percusión, y cantaban usando túneles de aire bajo el racimo de hojas de carne velluda. En el interior de sus mentes, sin embargo, la música tenía sentido y era brillante. Esta fue la primera vez que un grupo grande de humanos se conectó telepáticamente a un grupo de extraterrestres. Dos tipos de "cerebro" totalmente distintos, de criaturas que habían evolucionado independientemente y convergido en formar estructuras pensantes y conscientes a millones de kilómetros de distancia podían articularse con un protocolo de transferencia. La música, fuera del enlace pantelepático, era un amasijo de sonidos en ritmo lento con muchísimas sutilezas que cualquier hípster y vapowaver habría disfrutado. El enlace pantelepático también fue el fin del ConektionPlus. Todos los asistentes sonreían y bailaban. Si alguien quisiera describir su música, lo más cercano sería decir que era una especie de merengue, como si unos japoneses desquiciados estuvieran tocando canciones de Rikarena con taladros, serruchos y mezcladoras de cemento desafinadas.

Mafalda y yo, al principio, solo movíamos el pie para seguir el ritmo, pero luego nos conectamos usando un VPN para enmascarar nuestra identidad, fue imposible resistirnos y nos paramos a bailar. Qué extraño era ir de fiesta en esa época: todos contestando mensajes, conociéndose, enamorándose, hablando de política en la gran mente colectiva, bailando agarraditos de la cintura como si fuera navidad. Me di un paseíto de un cuerpo al otro para bailar y emborracharme en el cuerpo de un colombiano cualquiera que ya no tiene que trabajar en algo que odia y que ahora es libre.

Yo era la única en la mente de Mafalda. Luego hubo algo extraño: ella dejó de bailar, hizo un escaneo de mentes y vio con claridad, acercándose, a un muchacho de unos diecisiete años con un casco naranja. Habíamos visto un casco parecido en algún lugar, pero no recordábamos dónde. La estaba buscando, apartando cuerpos con las manos, hasta que estuvo lo suficientemente cerca. Mafalda pensó que la máscara que tenía puesta era suficiente para que nadie la identificara, pero ese

culicagado la había encontrado. La mente de Mafalda se puso en rojo y llamó a la policía. Me agarró de la mano y me arrastró violentamente hacia la salida. En ese instante solo podíamos correr.

Nos abrimos paso empujando gente y mirando hacia atrás para ver qué tan cerca estaba el muchacho con el casco. Mafalda vio que había otro unos diez metros adelante, luego otro. Había tres. Tres tipos con cascos. Nuestro pulso cardiaco estaba peligrosamente acelerado, veíamos la alerta en nuestro campo visual. Seguimos corriendo hacia la nave. Entonces, uno de ellos la vio, con claridad, como si alguien le hubiese dado su ubicación en el oído.

—¡Allá! ¡La perra esa! —gritó mientras apuntaba con un pulsador. Era la primera vez que veía un arma extraterrestre.

Los primeros pulsos descuartizaron a tres asistentes como si fueran tiritas de papel ensangrentado. El sonido supersónico armonizaba con los beats de la música, haciendo que fueran menos los que se enteraran de la masacre. Mafalda gritó, pero pocos oyeron, y me jaló de la mano para dar un giro. Finalmente, los drones de Mafalda llegaron sobrevolando el público y haciendo sonar una alarma para aturdir a los sicarios. Los tres pistoleros de casco naranja habían abierto fuego a toda la multitud. La música paró cuando los salpicones de sangre se volvieron obvios. Nadie podía meterse en los cerebros de los sicarios: los cascos los habían aislado del enlace pantelepático.

Uno de los drones que protegían a Mafalda alcanzó a cocinarle los brazos a uno de los sicarios, pero otro le apuntó el pulsador al dron esférico, cortándolo en tajaditas horizontales. En ese punto, ya habíamos logrado salir de la multitud y corríamos con todas nuestras fuerzas hacia la nave, que era blindada, se suponía. Desde la puerta del parqueadero, vimos a varios cascos naranja frente a la nave que disparaban al último de los drones de seguridad. Al ver que llegar a la nave sería imposible, Mafalda y yo nos camuflamos entre los que vendían perros calientes, por un momento pensamos que habíamos perdido a los sicarios, yo estaba a punto de ponerme a llorar, pero Mafalda me hizo reaccionar: me arrastró hacia los cerros y nos escondimos entre los árboles. No nos habíamos adentrado mucho en la montaña cuando escuchamos a los sicarios gritar de nuevo:

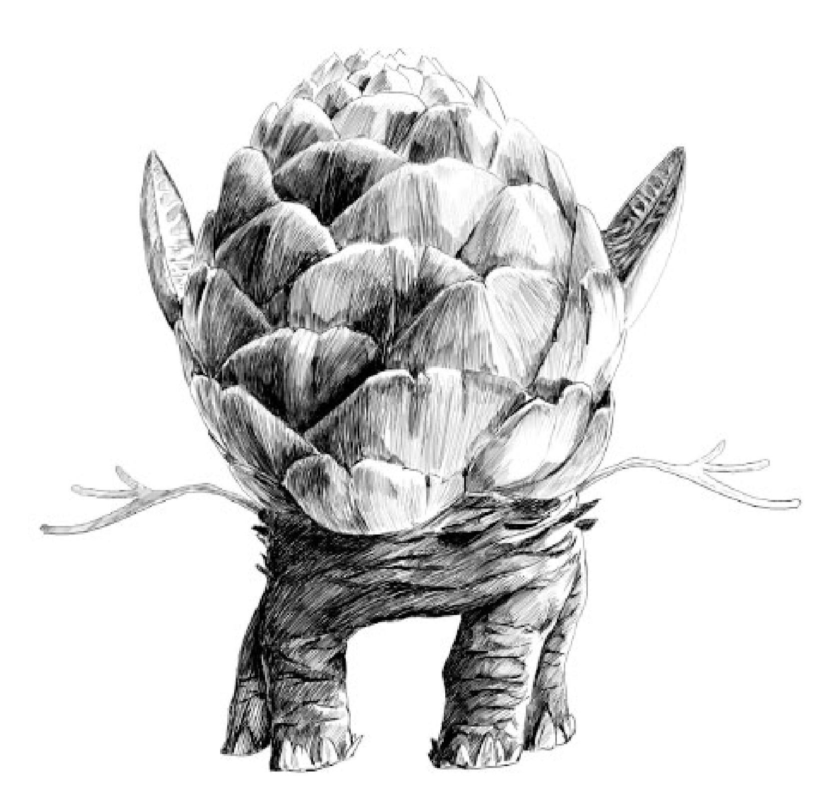
—¡Allá está! Pilas que se le va a escapar. ¡Restrepo, mate a esa bruja!

Más allá, el bosque describía una pendiente, no esperaba que fuera tan empinada, pero no teníamos opción. Saltamos.

Solo pudimos mantener el equilibrio dos pasos y caímos de cara contra los arbustos. A Mafalda la detuvo un árbol y quedó inconsciente. Por un momento pensé que estaba muerta. Me quedé quieta mirando hacia arriba donde los pistoleros se asomaban. No nos veían. Dispararon los pulsadores cortando ramas y troncos. Pronto se dieron por vencidos y huyeron.

—Perdón por interrumpirles el concierto —dijo alguien secuestrando la onda de audio del concierto. Lo escuché desde el bosque—. Hemos venido para decirles que la Tierra le pertenece a Jesucristo, y que todos los demonios se pueden ir al infierno, a donde pertenecen. Somos los orga. Rechazamos la embajada, rechazamos a Samuel Rojas y queremos que nos devuelvan nuestro planeta. ¡Solo la verdad los hará libres! Somos miles en todo el mundo y no descansaremos hasta que destruyan la Puerta del Vaupés. ¡Deus Vult!

Pedí ayuda al nuevo servicio de emergencias telemático de la EPS: una doctora se descargó en mi cuerpo, tomó posesión de mi movimiento y le aplicó a Mafalda primeros auxilios hasta que reaccionó. Tenía una gran herida en la cabeza, pero no demasiado profunda. La doctora me dio unas recomendaciones antes de salir y dejarnos solas de nuevo. Esperamos en silencio entre los árboles, luego nos pusimos de pie y caminamos torpemente hacia la carretera. Estábamos cortadas y con la ropa rasgada por las ramas, pero al menos habíamos sobrevivido. En el parqueadero y en la vía vimos que los orga habían incendiado carros y naves unipersonales, incluyendo la de Mafalda. Luego nos enteramos de que a los pakpaks y a muchos asistentes los cortaron en tiritas. La realidad era innegable, estábamos en una guerra.



Pakpak
Planeta Grastablaga

Declaraciones

Una nave patrulla nos llevó hasta la estación de policía de Chapinero. Un ciudadano común habría tenido que esperar varias horas hasta que alguien le pusiera atención, pero como se trataba de la novia de Samuel Rojas y era ministra, corrieron por ella. Tomaron nuestros testimonios y compartimos lo que habíamos vivido, grabado desde nuestros propios ojos. En momentos de peligro, la mente grababa de forma automática. Infortunadamente, los cascos dificultaron la identificación de los sicarios, había que moverse en un taekwondo mental para evitar los cortafuegos que emitían los cascos, efluvios de censura visual que borroneaban sus caras.

La semana siguiente, la prensa reveló que la policía había hecho uso, por primera vez, de una de las herramientas más fascinantes de la nueva tecnología: no solo habían buscado en las mentes de los asistentes al concierto imágenes de los sicarios con los cascos naranjas, sino que habían revelado que las personas que habían muerto en realidad seguían vivas.

El tiempo es un problema de procesamiento cerebral. Durante situaciones de peligro, y específicamente en situaciones que preceden a la muerte, el sistema del enlace pantelepático incrementa su capacidad de procesamiento exponencialmente, dándole a la víctima, en los dos segundos de vida que le quedan, unos diez minutos de actividad cerebral aumentada relativa. Durante ese instante, el sistema le pregunta al usuario:

Usted podría morir en el siguiente segundo. ¿Le gustaría subir su consciencia a la nube y seguir existiendo digitalmente? ¿O prefiere morir?

Aceptar   Cancelar

Sencillo: cerebros enteros se copiaban: memorias, recuerdos, miedos, problemas psicóticos, traumas de infancia y, obviamente, la consciencia misma. Cuando el cuerpo moría, el usuario ya no estaba ahí, estaba en el mundo virtual del módem, en los discos duros del Vaupés. La vida después de la muerte había sido diseñada meticulosamente por ingenieros y programadores de Silicon Valley, de la Universidad Nacional y de los Andes. Los usuarios en las salas inmensas del más allá, podían hacer y deshacer. Podían ir y venir, seguir navegando en la web y teniendo conversaciones telepáticas:

—Mamá, me mataron en la Media Torta, prende las noticias.

Después de hacer muchas preguntas, de entender los nuevos fantasmas informáticos, la madre podía responder con furia:

—Se lo advertí, le dije que no fuera a ese concierto de esa música metálica, eso allá era para problemas. Pero como en esta casa nadie me hace caso.

Y los muertos podían volver a la vida, por supuesto. Esa era la tarea de Re-Life, el proyecto de unos coreanos que habían completado sus estudios en Genética en el planeta Tarbalen en la constelación de Capricornio. Todavía no tenían la aprobación de la ONU, pero su idea era clonar a los muertos y reinstalar sus mentes en cerebros en blanco. Era común en casi toda la galaxia, ¿por qué no volverlo popular en la Tierra?

La policía tuvo acceso a un puñado de videos y experiencias grabadas durante la masacre que le permitió hacer una reconstrucción muy exacta de los hechos y la identificación de cinco cascos naranja, tres de ellos tenían un historial delictivo: Brayan Estiward Gómez apenas llegó a noveno de bachillerato, Sebastián Restrepo se graduó de Contaduría, pero por cosas de la vida había terminado en la iglesia Pare de Quejarse; Santiago Villamarín había estado en la cárcel por hurto agravado con arma de fuego y salió a la semana; Constanza Pérez era del grupo de Caridad y Buena Obra de la iglesia La Luz por Siempre, pero ya había matado por razones “religiosas”, y Julián Saavedra, un muchacho que acababa de salir de cárcel después de pagar cinco años por robo a mano armada.

Con los resultados en las pantallas corticales, muchísimas personas conectadas al enlace pantelepático, incluidas personas de otros países que habían estado en cuerpos ajenos para

escuchar el concierto, expresaron su terror en noticieros y redes sociales. La masacre fue primera plana. Recorrieron los cinco rostros, hubieran dado todo por meterse en sus mentes, pero no estaban habilitados, no tenían perfiles, básicamente no existían. Pero lo que más miedo dio, fue que detrás de esos cinco muchachos, había algo mucho más grave: Teresa Guerra apareció en un video encriptado usando un casco anaranjado para atribuirse la responsabilidad de los hechos y advertía sobre la demostración que había planeado para la semana siguiente. Los orga le declararon la guerra al Directorio Interestelar.

Las principales ciudades del mundo se inundaron con cascos naranja. No podían judicializarlos, pues muchos simplemente eran peones temerosos, idiotas útiles que nada sabían. Los cascos los repartían en las iglesias, en las mezquitas, los regalaban en la calle. No sabíamos quiénes eran los responsables. En Bogotá, marchaban con carteles: “Abajo el Directorio”, “La Tierra es de Cristo”, “Fuera control mental, Sami es el anticristo”. Las redes sociales se inundaron con mensajes tipo: *Mi hija nació mujer para ser mujer, no para que sienta lo que es tener un pene; es peligroso y contra Dios*. Más de cincuenta mil personas marcharon sobre la carrera séptima, cantando con fuerza, haciéndose los mártires, como si todo el sistema estuviera en contra de ellos. Apagar el enlace pantelepático era tan fácil como pensar dos veces: “Apagar enlace pantelepático”, pero ellos se sentían totalmente amenazados, y cada vez que lo repetían, más lo creían. Todos los demás lo vimos con horror, en silencio, sin saber qué hacer. Los evangélicos y católicos menos radicales se expresaron en contra del fanatismo, pero la ola era imparable. Los políticos de siempre los apoyaban, el expresidente de derecha ahora usaba un casco naranja que combinaba con sus crocs. El mundo estaba dividiéndose definitivamente. La derecha internacional, los que iban a la iglesia cada domingo a gritar, los que querían frenar las olas de migración extraterrestre, los que buscaban prohibir la homosexualidad para salvar a la familia tradicional y hacían panfletos contra familias multiespecie, los que decían que Dios estaba formando un pueblo, y con ellos los musulmanes radicales que preferían todo menos el mundo secular. Todos ellos, toda esa gran masa de rabiosos que perjuraban que la evolución era un invento del demonio y las vacunas eran para controlar la mente de la gente, ya no eran simples bobalicones en YouTube, ahora

estaban organizados y eran peligrosos.

Las marchas anaranjadas estaban en todo el mundo. Exigían el fin de la embajada, el fin de la relación con el Directorio y la destrucción de la Puerta del Vaupés. Tratamos de dialogar, pero en varios países, no solo estaban marchando con carteles inocentes, sino con armas.

Parte 3

“En un primer estadio, tendrías que poder comunicarte con otras mentes, después proyectar pensamientos e imágenes en otros seres, que los estados emotivos impregnen cada lugar, y dominar el reino animal. En una tercera etapa, intenta proyectar un doble tuyo en cualquier punto del espacio: bilocación, como los yoguis, deberías aparecer simultáneamente en varias formas distintas. Después se trata de pasar al conocimiento suprasensible de las esencias vegetales. Por último, intenta disociarte, se trata de asumir la estructura telúrica del cuerpo, de disolverse en un sitio para reaparecer en otro, íntegramente, digo, y no sólo en el doble. El último estadio es el de la prolongación de la vida física”.

El péndulo de Foucault, de Umberto Eco.

“Somos, sobre todo, principal y casi únicamente, cuerpos, y el estado de nuestros cuerpos es la verdadera explicación de la mayoría de nuestras concepciones interculturales y morales”.

La Posibilidad de una Isla, de Michel Houellebecq.

1

Mi consciencia se incrustó cuando la barra blanca de progreso llegó a cien. Sentí la mandíbula de un chico de diecinueve años, sus dientecitos, sus manos, la configuración de sus ojos con visión veinte-veinte a una altura distinta del suelo a la que estaba acostumbrada. Me adapté a la luminosidad de su mirada, con colores más pasteles que los míos cuando las luces estallaban en el aire a partir de sus aplicaciones oculares Canon. El tungsteno y el magnesio iluminaban las siluetas de las personas que parecían estatuas, tranquilos ante lo que habían hecho con las armas en los hombros, marcados con indicadores rosa y azul que revelaban sus nombres de pila. Luego llegó el sonido de las cosas, unos decibeles más altos, cuando la pólvora de la victoria resonó en mi cerebro. La distancia entre sus hombros y la relación con el cuello, el peso del uniforme, las botas, el largo de las pestañas, el cableado neuronal sintético. Todo tan distinto. Hasta noté que era un cuerpo zurdo, porque la mano derecha no me operaba fluidamente. Siempre que hacía un salto, lo que más me incomodaba era la disposición de los dientes, como si tuviera algo raro en la boca. Estaba en el exterior, tirado en la esquina de un edificio en ruinas, solo, viendo cómo los gringos se tomaban Mosul una vez más. Ahora podía experimentar la omnipresencia de varias formas y combinarlas. Podía ensanchar mi consciencia y luego ser alguien más en otra parte del mundo, ocupar varios cuerpos en el mismo lugar. Y la guerra. Miles de personas cabalgaban cuerpos de soldados que alquilaban otros cuerpos para volver a casa, mientras los usuarios jugaban a los juegos de disparar en cuerpos reales. Se sentía delicioso cómo la adrenalina irrigaba el cuerpo mientras corría por las ciudades en ruinas de Iraq y me escondía de las ráfagas de fuego enemigo.

2

Las mamás pobres de países en los que todavía no había Renta Universal subían los perfiles de sus hijos en el Syncbook para trabajar, dejando en alquiler sus cuerpos para que un cliente viejo, de los que quieren volver a ser niños, los utilizara. Muchos querían conocer otras culturas y vivir como otros, pasando tiempo en sus cuerpos y sus vidas. A los ricos, que siempre abusaban, se les volvió una adicción, un vicio impune: los niños de tres años, poseídos por viejitos pervertidos acosaban a la madre: mamá quiero teta. Las mamás les pedían compostura a los ancianitos, pero ellos pagaban bastante, ¿qué hacer con estos degenerados millonarios cuando uno es pobre? —Mamá, quiero teta, mamá, QUIERO TETAAAA. —Señor Toshiko, ¡compórtese!

3

Varios japoneses han optado por instalar su consciencia en árboles como una forma de meditación. No es que los árboles tengan mente, pero descubrimos que sí experimentan sus vidas en primera persona y con el módem podemos hackear esa experiencia y vivirla nosotros mismos. Pero la transmigración de la consciencia no sucede en una sola dirección, hay espíritus de árboles y arbustos echando raíces e inundando secciones enteras de programas rutinarios, y experimentando la vida como un mapache. El comportamiento animal se puede estudiar ahora de forma revolucionaria: con biólogos que incrustaban su consciencia dentro de los animales y habitaban manadas de caribúes hasta sacar conclusiones sobre la evolución del cerebro y del comportamiento de los mamíferos. Hay gatos que husmean accidentalmente la psique de los pandas, y se ha permitido que mentes de perros ocupen cuerpos humanos.

4

—Dicen que el éxtasis animal se siente distinto. Vale, ya sabes lo

que se siente tener pene, pero ¿sabes lo que se siente ser un caballito de mar macho y el placer de empollar huevecillos? Es una cosa del otro mundo.

—En Mongolia hay una ciudad de animales. Ya se han alejado de nuestro mundo, ya han dejado atrás sus estorbosos cuerpos humanos y ahora son libres, pululando y comiendo fruta por ahí. Uno puede migrar completamente y olvidar la civilización.

—Ah, ¿sí? Yo escuché que un man compró un plan de paracaidismo: el paracaidista salta desde un avión y en ese momento el usuario obtiene todas las sensaciones. Creo que son veinte saltos por cien dólares. Parece que en cada salto se conectan como treinta personas, todas al mismo cuerpo.

5

¿Nunca ha estado en una orgía? ¡Inténtelo ahora por solo cincuenta dólares! Escoja el personaje, que es un ser humano real, escoja la habitación y disfrute de todo esto sin que nadie en su casa se entere, y con otras personas que, como usted, quieren experimentarlo todo sin riesgos. ¡Todo desde su sillón favorito! Encaje su mente en ese cuerpo atlético y deseable del actor porno que ahora todos podemos tener: con su pene erecto y descomunal, sin miedo a ser malo en la cama, sin miedo oler mal o a no tener una erección.

6

La guerra contra las drogas estaba condenada por dos razones, la primera era que todos los esfuerzos se habían concentrado en los efectos y no en las causas. Las autoridades buscaban a los narcos, o a los distribuidores de microtráfico, y se preocupaban por incautar cocaína, pero mientras haya consumidores, o sea, demanda, la oferta no desaparecerá y seguirá siendo rentable. La segunda razón es que el gobierno colombiano y mexicano estaban hundidos hasta el cuello de narcopolítica, y por lo tanto sus esfuerzos eran mediocres a propósito. Por eso, un programador de

Pasto, Nariño, llamado Pacheco Suárez, diseñó una app mental que se podía descargar gratis y simulaba los efectos de varias drogas. Basta con buscar la lista de narcóticos, estimulantes y alucinógenos y darle al botón de “iniciar” para estimular ciertas zonas del cerebro y producir los efectos de la cocaína, el bazuco, la marihuana, la heroína, las metaanfetaminas, la psilocibina, el peyote, el éxtasis, el MDMA, el hachís, speed, el 2C-B, el DMT y el LSD. Además, la app tenía la capacidad de mantener el efecto encendido por el tiempo deseado, y desactivarlo *ad libitum* con apenas un movimiento neural, pero con la ventaja de no causar efectos secundarios ni adicción. Se controlaba la experiencia con fines recreativos y se desactivaba automáticamente si se detectaba que el usuario o un tercero estaban en peligro. Al patentar la app, solo descargable para mayores de edad, y pasar las pruebas necesarias para llegar al mercado, hubo un decrecimiento inmediato en el consumo de drogas recreativas reales, afectando el mercado mundial de psicoactivos y estimulantes, ayudando, aunque no lo supieran, a superar la adicción a las drogas. Narcos, productores de coca, transportadores y políticos se sintieron amenazados.

Arena Multicorpórea

Doña María finalmente decidió a aceptar los riesgos y seguir el plan que había trazado con PAU: hacer un salto psíquico a uno de los juegos de la Arena Multicorpórea: Carreras de la muerte. Dejó su cuerpo en piloto automático en la nave de PAU y se imprimió un clon en el planeta Falangir.

Cualquiera podía entrar a la estación central de juegos de la Arena Multicorpórea, muchos eran gratuitos, pero otros cobraban; básicamente eran fichas de casino con las que podía comprar armamento, equipo o entradas a otros juegos más avanzados. PAU no podía entrar al complejo de juegos de Falangir porque lo consideraban un tipo problemático, pero doña María era nueva y tenía el historial limpio.

Se despertó en una cápsula de impresión de cuerpos, de donde salió con un traje de jugadora, estaba un poco mojada por la acción reproductiva de células pluripotenciales y tenía la sensación gelatinosa de ser un embrión húmedo. Se encontró en uno de los grandes complejos de entretenimiento, un lugar lleno de edificios inmensos a los que todos tenían acceso. En Falangir, lo único que se necesitaba para subir de nivel era práctica. Había otros planetas con políticas distintas, por ejemplo, había juegos en los que no se necesitaba nada para entrar: arenas de guerra en las que uno podía escoger armamento pesado sin saber usarlo y escenarios de Rebeldes vs. República en los que se valía la tortura, las violaciones y el desmembramiento.

Pero doña María era una señora de pueblo y ¿qué iba a saber de un juego de guerra? Las enormes galerías llenas de hologramas y luces no tenían comparación con ninguno de los planetas que había visitado. Los balcones se movían de un lado a otro mientras barlunkos se desplazaban por el aire usando *jetpacks*, canjeando fichas por trofeos, desbloqueando habilidades y trajes con poderes. Todos tenían disfraces, algunos de reyes, otros de soldados. Todos usaban un nombre alternativo. Doña María se

hizo llamar Capitana Florencia. Se puso un parche de pirata, una capa plateada y botas de jets. Llevaba el pelo suelto.

No era la primera humana en llegar a un planeta de la Arena. Los japoneses que habían ido a estudiar a Nabulus ya habían perdido sus semestres por dedicarse a este entretenimiento, sus misiones favoritas eran las de evitar que unos bichos colonizaran un planeta. Si ella hubiese encontrado a uno de esos muchachos, seguro lo habría regañado, por irresponsable con la Tierra, con sus estudios y con sus propias vidas. Bueno, tal vez no, ahora que había cambiado, lo más probable es que le importara un rábano.

Caminó a la recepción de la sección de carreras y estuvo unos minutos adaptándose a las opciones. Su enlace pantelepático tradujo precios, naves y mundos. Un robot con forma de barlunko le dio la bienvenida en un mostrador. Ella esperaba encontrarse con alguien en Falangir en medio de un juego. A doña María ni siquiera le gustaban las películas de acción, pero ya estaba con la mano metida y esas eran las condiciones del contacto.

—Bienvenida, doña María. ¿A qué juego quiere entrar?

—Carreras de la muerte.

Un continente del tamaño de África se había apartado para el uso exclusivo de Carreras de la muerte. Casi todo era desértico, pero había tres oasis y una cadena montañosa. PAU y ella habían hablado mucho sobre la Arena Multicorpórea. PAU aseguraba que las personas que llevan años jugando en la Arena Multicorpórea probaban que el desarrollo no era en sí mismo alcanzar la perfección social y política de la sociedad. La violencia seguiría existiendo. La mayoría de miembros del Directorio Interestelar siguen teniendo pensamientos violentos: ira, placer por la crueldad. Doña María le dijo que en la Tierra se practicaba boxeo, karate y esgrima por puro placer, pero nadie llegaba tan lejos como para matarse. Eso es lo que Arena Multicorpórea permitía: un lugar seguro en el que se pudiera matar al otro por pura diversión, ser lo que uno no podía ser, vivir en guerras que solo ocurrían en planetas subdesarrollados, ser un héroe, vivir como una prostituta pobre por unos meses, ser un niño desnutrido buscando venganza, juegos de espías, de aviones, de naves. Había juegos largos y complejos con subtramas políticas e ideológicas, otros eran sencillamente armar una granja y sacar muchos bomates antes de que llegara el fin del año. Los cuerpos son

desechables, las experiencias son armadas, administradas y ejecutadas por inteligencias artificiales, todo es seguro. El Directorio había comprado más de cien sistemas planetarios solo para ese fin. Y una parte alternativa se ejecutaba en realidad virtual, pero a la gente le gustaba mucho más hacerlo en la vida real.

Por primera vez, doña María sintió gusto por escoger una nave voladora: un caza bimotor de modelo terrestre que hasta un niño podría pilotear con facilidad, todo impreso y ensamblado en media hora. Sacó un juego de armas, equipo de supervivencia y empezó su viaje al continente de Carreras de la muerte. Fue disparada en una cápsula desechable que contenía todo su equipo, vio el continente acercándose a toda velocidad hacia ella. Sobrevoló la costa púrpura y rápidamente se encontró volando entre dunas a toda velocidad. Su "jefe", no sabía si alguien real o no, apareció en su pantalla retiniana y le dijo que su misión era rescatar a un embajador del Directorio en unas cavernas a unos cientos de kilómetros de allí. La cápsula desechable se partió en dos, la Capitana Florencia aceleró en su nave, sonriendo, haciendo algunas piruetas y entendiendo por fin el gran amor que los miembros del Directorio sentían por su complejo de entretenimiento. Una gran obra de ingeniería y amor.

Ya entrando en el continente de Carreras de la Muerte, el enlace pantelepático se cerró, y se descargó una versión adaptada para ese juego específico. Era una forma de encriptación que permitía y bloqueaba ciertas funciones para que el juego fuera más emocionante, no tendría ninguna gracia poder saltar de cuerpo en cuerpo cuando las misiones requerían transportarse de un lugar a otro. No había pasado mucho tiempo cuando vio que había dos naves siguiéndola. La persecución fue tremendamente emocionante, con giros entre formaciones rocosas extrañas. Una de las naves comenzó a dispararle, las arremetidas violentas le hicieron perder el control momentáneamente antes de descender hasta estar casi al ras del suelo, esquivando disparos de antimateria. Estaba feliz. Unos bichos endemoniados la perseguían, pero saber que solo era un juego la había puesto de muy buen humor. Aceleró un poco más, giró ciento ochenta grados, abrió la escotilla y empezó a dispararles con dos grandes metralletas de rayos. Una de las naves estalló en llamas y se desbarató dando tumbos sobre la arena, la otra aceleró sin

reparos y contraatacó. Antes de que la nave enemiga embistiera la suya, activó sus botas con jets y salió disparada mientras las dos naves se volvían añicos.

Sintió el calor de la explosión en la cara. Fue consciente de que acababa de destruir su propio vehículo. El del enemigo tal vez todavía funcionaba, era un objeto volador amarillo de formas orgánicas, todo decorado hasta el último detalle. Doña María graduó instintivamente el poder de las botas con jets para aterrizar. Estaba todavía evaluando el grado de daño cuando hubo algo de movimiento en la nave enemiga: una criatura con tentáculos salió, mareada, arrastrándose con un pulsador en la mano. Doña María comenzó a dispararle mientras la criatura gritaba, como el sonido de un elefante, pero logró evadir los rayos escondiéndose tras algunos escombros. Estuvieron disparando y escondiéndose. Se sentía viva. Se sentía llena de energía, de adrenalina, arremetiendo una y otra vez. Luego sintió un dolor terrible en una pierna y perdió el conocimiento.

Se despertó en una tienda de campaña, amarrada a un pedazo de la nave mientras tres soles se ocultaban en el horizonte y su enemigo tentacular preparaba una fogata. Le costó recordar que estaba en la Arena Multicorpórea, y que nada de lo que estaba viviendo tendría efectos permanentes. Luego se dio cuenta de algo terrible, había perdido la pierna izquierda. El monstruo que tenía en frente era un elenturio. Una de las pocas especies de la galaxia que tenía una población de menos de cien millones de criaturas, por lo que verlo era casi como ver un animal en vía de extinción. El monstruo gruñó mientras se comía algo.

—No sé qué diablos eres y no me importa, pero me darán varios draags por tu cabeza —dijo el monstruo gruñendo, y lo tradujo el sistema independiente de Carreras de la Muerte.

"Es un mercenario", pensó ella. Para abortar solo había que pensar dos veces la palabra "abortar", pero apenas llevaba unas horas de juego y no quería rendirse tan rápido. Al día siguiente, el monstruo con tentáculos la estuvo arrastrando por la arena, ella gritaba, con la boca llena de arena, que la dejara en paz. Según su enlace encriptado estaban lejos del oasis más cercano, unos cien kilómetros, todavía había rato para estar con el bicho. Mientras descansaban, escucharon una vibración, era un speeder sobrevolándolos a toda velocidad. Doña María intentó gritar, pero

la criatura le dio un golpe y le puso uno de los tentáculos en la boca. Era obvio que el mercenario estaba disfrutándolo. Doña María vio que el bicho tenía un arma en el cinturón, estaba a su alcance, no sabía qué era, pero tenía que intentarlo. Estiró su mano, agarró lo que fuera que eso era y apretó lo que parecía ser un gatillo, pero lo único que produjo fue un sonido de baja frecuencia.

—¿Qué está haciendo? ¿Está loca? —gritó agitando sus tentáculos.

Doña María lanzó el pequeño dispositivo a la arena y el elenturio se quedó mirándola boquiabierto, dio una vuelta, se hizo una bolita de tentáculos y comenzó a rodar duna abajo como si fuera una pelota. Ella quedó sola. Luego sintió una vibración bajo la tierra. Supuso que lo único que podía hacer ahora era alejarse, arrastrándose tan rápido como se lo permitiera la arena. Sin pierna no pudo avanzar mucho. Fue en ese momento cuando sintió que la arena se movía, todo vibraba violentamente y comenzaba a formarse una colina bajo su cuerpo. Ella rodó por la pendiente antes de que se descubriera un enorme monstruo parecido a un lagarto con algo que recordaba a un ano justo en medio de la cara, sacudiéndose la arena y gruñendo. El lagarto salió pesadamente, dando pasos lerdos y buscando una presa. Doña María, aterrada, recordó Jurassic Park y pensó que lo mejor que podía hacer era quedarse quieta, en caso de que el monstruo ese no pudiera hacer otra cosa que percibir el movimiento. Algo captó la atención del monstruo, se dio la vuelta y comenzó a perseguir la bola de tentáculos. Fue cuando sonó el motor del speeder acercándose de nuevo. El monstruo despedazaba al elenturio como se desmenuza un pollo asado en las manos. El sonido de los motores se incrementó: doña María vio al speeder acercarse a gran velocidad antes de lanzarle un rayo a la lagartija. El rayo fue una estocada en la boca/ ano: explotó la mandíbula y bañó el desierto con sangre azul.

El speeder se detuvo para ver el desplome épico de la criatura.

—¡Ayuda! —gritó doña María quitándose la sangre azul de la cara.

El Speeder no tenía nadie por dentro, pero no era un dron. Estaba vivo. Ella sabía que estaba vivo, esa cosa tenía que estar viva.

El speeder se acercó a ella.

—Estaba buscándote —dijo el speeder.

No le costó mucho entender. Así como uno podía escoger un cuerpo biológico, también podía escoger uno sintético.

—Flaxram —dijo ella, aún en el suelo, sufriendo un dolor terrible, con la cara cubierta de arena y sangre, y la pierna amputada y cauterizada.

Hasta donde ella sabía, Flaxram era un ser vivo, pero de qué especie, de qué planeta y dónde vivía, era todo un misterio. Doña María hizo una transferencia de créditos a la cuenta de Flaxram, quien inmediatamente inició un protocolo de descarga de radio. Ella sintió que algo intentaba conectarse a su cerebro, ejecutó la aplicación que le habían instalado para mantener la información encriptada en una parte de su neocórtex y vio una barrita azul llenándose en la parte central de su campo visual. La barra marcó 100 % antes de desaparecer. Flaxram comenzó a volar de nuevo. No tenía intenciones de recogerla ni de llevarla a ningún lado.

—Mándale mis saludos a PAU —dijo la nave.

Vio un rayo azul antes de que todo volara en pedazos y se despertara en la nave de PAU sintiendo que acababan de destrozar su cuerpo. Estaba sudando, de pie, lavando el piso, y antes de que el trapero se le cayera, logró tomar control de su cuerpo. El piloto automático la había puesto a hacer oficios de casa. PAU llegó caminando sobre sus cuatro patas y le dirigió los tubos de la cara inquisitoriamente.

—¿Y? Llevas dos días en línea.

—El muy hijueputa me mató —dijo doña María. Ella no era de decir muchas groserías, pero era la primera vez que la mataban.

—Siemprre hace eso. Lo odio —zumbó PAU.

—Tengo la llave, está en mi cerebro biológico.

PAU le acarició el hombro, como aprobando su comportamiento, y se retiró a la cabina de la nave, donde podía verse el sol inmenso y rojo del único sistema solar que tenía un planeta afiliado al Directorio y otro que no lo estaba: PATRR y PRRRKPRRKEP. Una situación como de Corea del Norte y del Sur: obligados a convivir en un pequeño sistema solar, a pesar de sus ideas opuestas.

Doña María terminó de trapear, revisando en su mente las

fotos en el desierto de Falangir. Le había gustado la experiencia. ¿Quién se habría imaginado que a eso también podía aspirar una profesora de colegio? Salió de la cocina de la nave, caminó por el puente sobre la pila de gravitación artificial y encontró a PAU en la cabina, planeando el curso de la nave con la computadora principal.

—Nos vamos cuando tú digas, PAU.

Ella miró el enorme sol rojo a través del filtro, con inmensas lenguas de fuego y magma marcando los remolinos de corrientes magnéticas.

—Voy a descansar y tomar una ducha. Mi mente todavía está en la Arena Multicorpórea. ¿Has pensado que algunos de los jugadores pueden ser seres reales sin copias de seguridad?

—Ese es el mito galáctico, que miles de las perrsonas en los mundos de la Arrena son reales y sufrren en serrio. Prrobablemente miserrables de algún planeta no alineado.

Mientras doña María se bañaba, PAU se conectó al servidor del sistema de seguridad de PATRR para pedir permiso de aterrizar, cargando la llave que ella había descargado de su cerebro.

El ser que los mira desde arriba

Fueron seis meses de disturbios. Los más radicales se habían aliado con fuerza y había varios candidatos presidenciales de extrema derecha que nunca se habían conectado al enlace pantelepático, y cuyo cabello apestaba porque no se habían quitado el casco naranja en todos esos meses. El mal llamado partido de Centro Colombiano tenía un candidato de derecha: Jair Ordóñez, un hombre resentido cuyo odio había logrado unir al catolicismo y a las iglesias cristianas en sus variaciones más radicales. El partido Roboticomunista había postulado a una señora de cabello canoso que había sido senadora, secretaria general del partido, y que comulgaba con el pensamiento de Mafalda y Sami. Toda nuestra historia ha sido una falsa dicotomía, como si solo pudiera ser lo uno o lo otro.

El candidato de la derecha radical afirmaba que su primer acto como presidente sería acabar con la embajada y bombardear el módem. Jamás había estado conectado, pero decía:

—Esa degradación moral de mujeres sabiendo qué es tener pene y hombres que pueden navegar cuerpos de mujeres y sentir qué es la menstruación, no es más que la ideología de género aplicada. ¡Quieren acabar con la familia cristiana para siempre! ¿Y qué me dicen de las familias de humanos con bichos de toda índole? Monstruos, degeneraciones de la obra de Dios.

Los que apoyaban a Ordóñez detestaban sin razón los aportes del Directorio: las avenidas, los nuevos edificios, las energías limpias, las industrias completamente robotizadas, las doce líneas del metro de Bogotá, las cinco de Cartagena, las cuatro de Cali y las dos de Bucaramanga; la disminución de los crímenes, la cantidad de colombianos en el exterior, en otros países y planetas. Pero lo que más odiaban era la Renta Básica Universal. Para ellos, todo eso no era más que la cara amable que mostraba el Diablo, porque de algo tan bueno no podían dar tanto. Los que estábamos conectados los veíamos con compasión. No

entendíamos por qué diablos hacían una constante apología a la ignorancia, aferrándose al creacionismo y a un ser que los miraba desde el cielo para vigilar qué hacían con sus genitales.

Pero dentro del enlace todo era distinto. El interior del sistema telepático había mostrado que Sami tenía la razón. Las primeras semanas fueron una exploración lenta y consensuada de los miles de millones de humanos conectados. Bajamos aplicaciones en nuestros cerebros, saltamos de cuerpo en cuerpo, absorbimos conocimiento que podíamos usar a voluntad, perdimos la vergüenza sobre muchos de nuestros pensamientos más íntimos, fuimos más abiertos, compartimos más. Alguien podía entrar a mi mente y sentir en carne propia la ansiedad social, los flashes de trastorno límite de personalidad que alteraban mi percepción del mundo y que me retraían y me mantenían lejos de todo. Se podía sentar en mi mente para tocar mi cuerpo, para reproducir memorias de mi infancia, cuando mi padre seguía vivo. Todo esto mientras yo estaba en Japón, de turista, en el cuerpo de una japonesa de veinte años conociendo el Templo del Pabellón Oro de Kioto.

En los primeros meses, la gente había confirmado lentamente lo que estaba pasando: compartir daba placer. Surfeábamos de un cuerpo al otro sin importar la distancia, experimentando los momentos íntimos en el baño, en la casa, en una fiesta. Pasábamos de un juego de fútbol con los amigos del barrio a un trabajo en las alturas limpiando vidrios en Bangladesh; vivimos un día como un guardabosques en Bulgaria; fuimos un ciclista profesional y luego un chico común y corriente que se enamoró de otro muchacho en un colegio de Dinamarca. Las emociones eran ricas y brillantes, podíamos intercambiar cuerpos y mentes, y encontrar que los idiomas extraños sonaban con naturalidad nativa en nuestra boca. Entre más compartíamos, más nos entendíamos. Los hombres entendieron, por ejemplo, el miedo que les teníamos, lo experimentaron ellos mismos y se asustaron. Antes de que una violación sucediera, las mujeres violaban a los victimarios mentalmente, introduciendo señales de alarma y de terror, y los victimarios de repente no podían continuar, ya sabían qué sentía la víctima y era imposible continuar. Los ojos se habían convertido en cámaras y podían grabar los crímenes. Entendimos el trastorno bipolar, el síndrome de ansiedad y la esquizofrenia. Las depresiones más severas habían menguado,

reconectando partes de la psiquis que antes habían estado separadas, viendo lo que los otros les mostraban, los recuerdos hermosos que habían olvidado. La gente sola ya no se sentía tan sola. Internet y las redes sociales eran solo una forma arcaica del enlace pantelepático. Y fue esa apertura tan profunda la que dio pie a una nueva forma de solidaridad. La gente exploraba al otro antes de juzgarlo, y sentían el impulso de ayudarse en vez de competir.

Con los dos millones mensuales de la Renta básica Universal pude pagar una cuenta en Syncbook y pude alquilar experiencias específicas: viví en el cuerpo de personas sin brazos y ciegos. Así se siente ser transexual, así se siente ser un negro en Estados Unidos. Escalé el Everest, me lancé en paracaídas, atendí orgías sin salir de mi casa. Así se siente ser gay, así se siente ser penetrado. Así se siente el opio en los labios. Así besan los que se han amado por años. Otros fueron yo. Todos teníamos algo que dar al enorme pozo de memoria y sensaciones.

Antes del primer año hubo un tsunami en Indonesia. Jamás se había visto semejante profusión de mentes intentando salvar y poner las mejores ideas para mantenerlos a todos a salvo. Así se siente correr por tu vida cuando las olas devoran tu casa. Así era la empatía verdadera: no solo entender el dolor del otro, sino dejar que el dolor inunde tu sistema nervioso y llores por gente que no conocías, por casas que nunca tuviste. Miles de mentes se coordinaron para rescatar las víctimas. Las mentes se pusieron a disposición del otro: los cuerpos de los indonesios fueron poseídos por rescatistas profesionales que sabían qué hacer y cómo dar primeros auxilios.

“¿Ahora lo ves? Ahora lo sabes. No estás solo”. Era el anuncio global de Syncbook.

Sami tenía razón.

La discriminación disminuyó. Estábamos presenciando los últimos destellos de un sistema en el que pensábamos que nuestras diferencias eran insalvables: ahora que todos podemos ser negros, ¿qué importa la raza? Ahora que todos podemos ser mujeres, ¿qué diablos importa el género? Un sector religioso había migrado a la nube, desarrollando una continuación de la cristología digital, encontrando restos mesiánicos en los patrones más profundos de la actividad neuronal, un catolicismo que se

integraba a la programación, y buscaba continuar sus rituales esotéricos en el espacio de la mente.

Flyers coloridos anunciaban la creación de nuevas carreras universitarias, atendí charlas que daban en salones virtuales repletos de avatares feministas señalando las nuevas rutas de la sociología: Psicocartografía, Psicotopografia, Psicoaeronáutica, Filología de la Telepatía.

Hubo términos viejos revitalizados: la noosfera, la capa de conocimiento que se cierne sobre la superficie de la Tierra, capaz de transformar la geografía, la orografía, la hidrografía. La meteorología pantelepática: la predicción del comportamiento y pensamiento colectivo, así como con complicadas matemáticas y geometría se intentaban predecir los cambios del mercado de divisas o de los vientos, definiendo con mayor precisión la etología de un enorme lagarto invisible del que todos hacemos parte. Un meteorólogo pantelepático salió en las noticias anunciando las predicciones de pensamientos positivos en todo el continente africano, moviéndose hacia el sur, y expandiéndose de inmediato por Australia.

Ahora, y a pesar de las críticas de los no conectados, la Academia Sueca le ofreció a Sami el Nobel de la Paz. Detuvo su constante miedo al fracaso y celebró por tres días en Mitú. La ceremonia se realizó en un cuarto: cien millones de personas ocuparon el cerebro de tres asistentes. Vestía un elegante esmoquin, el cabello todo peinado hacia atrás, zapatos de lujo, finos lentes dorados, tras los cuales sus ojos se movían con nistagmo.

—Quiero agradecer este reconocimiento —dijo sonriendo, moviendo sus rodillas y dejando escapar sus sonidos de ratoncito —: Shk shk shk, no sé si realmente me lo merezco o si los que se lo merecen son las compañías que se arriesgaron a crear un futuro para todos, los inversionistas, los becarios que fueron al exterior y trajeron su conocimiento para fabricar el módem de la selva; los profesores que tomaron sus puestos en lugares alejados del mundo. Este no ha sido solo mi trabajo, ha sido un trabajo colectivo de planeación, amor y esperanza. El miedo no es el miedo. La incapacidad de pensar diferente no es sino una conexión pobre de neuronas mal arregladas. La distancia entre dos personas no es la distancia. Nuestros cerebros evolucionaron

para buscar el calor del otro, las religiones son solo una búsqueda para satisfacer esa necesidad. El módem de la selva es el primer paso hacia un futuro en el que todos cabemos, un futuro anticolonial, antirracista, antielitista, un futuro feminista, sostenible, un futuro en el que nos entendemos unos a otros, y creamos una verdadera solidaridad e igualdad. Pero hoy quiero anunciar que la paz solo podrá alcanzarse si reconocemos algo: que todos somos violentos, que en todos nosotros existe la capacidad para la crueldad. La celebración del último crimen humano solo se va a llevar a cabo si entendemos y aceptamos nuestra capacidad para la violencia. Yo propongo, nuevamente, dar un paso más. Solo un paso más.

Sami miró al público con algo de miedo, sentía la presencia de los orga.

—Las civilizaciones del Directorio llevan años sin violencia gracias a la Arena Multicorpórea. Ese es el lugar en el que todos los alienígenas depositan su elemento violento. Los juegos son ficciones en planetas reales y virtuales, lo que más ansío es que nosotros podamos ir a jugar allá. La ficción les permitió a ellos el progreso y la estabilidad cuando nosotros apenas vivíamos en las cavernas. Propongo que demos ese paso transformador, juntos como raza humana: una línea de conexión entre nuestro campo telepático, nuestra red mundial de mentes, con la red interplanetaria del Directorio. Hemos entendido quiénes somos, pero eso es solo una fracción de la historia entera. Una vez hayamos hecho la conexión entre la Tierra y el Directorio, todos los que estemos conectados también tendremos acceso a las mentes alienígenas. Imagínense entender por completo lo que se siente ser un valsorg o un sölföl. Podremos ser elesdianos, entender la mente flavis, percibir el magnetismo como los elenturios, sentir las pasiones norkis. ¡Esa! Esa es la verdadera conexión: dejar de pensar en pequeño, difuminar la frontera de lo humano y unir nuestras mentes a algo más inmenso y noble, a la galaxia misma.

Algunas mentes brillaron más que otras en ese momento: los humanos que ya habían atravesado la Puerta del Vaupés. Ellos gritaron telepáticamente:

—¡Eso, Sami! ¡Así es!

Sentí sus voces en mi cabeza, sentí sus emociones. Todos los

que estábamos conectados sentimos las experiencias de los viajeros que abrieron sus mentes al otro lado del disco. El silencio al exterior de la red solo significaba que estábamos ante el abismo mismo. Todos sonreíamos y nos decíamos sinápticamente: “Sí, Sami, me quiero unir a la galaxia. Ya quiero ser un semidiós en la Vía Láctea”. Una frase dicha al unísono en todos los idiomas del mundo.

La derecha latinoamericana

Los atentados dejaron a Mafalda muy perturbada, tenía un miedo terrible a cualquier persona, sobre todo hombres, y se le paraba el corazón si veía uno de esos cascos naranja. Vivir con miedo no es fácil. Había que tomar precauciones extra, gastar más dinero y pensar dos veces cada vez que quería salir. Las llamadas la aterraban, no abría correos que tuvieran un nombre desconocido y cada vez que abría sus cuentas tenía que bloquear tres o cuatro remitentes que parecían peligrosos. Todo eso en su mente. No había manera de que le subieran un virus al cerebro. La tecnología del Directorio no había sido violada por agentes criminales en milenios. En vez de usar su propio cuerpo para viajar, pagó por el nuevo servicio de rentatucuerpo.mind.co, por sesenta mil pesos la hora se cargó en una chica paisa, caderona y buenona que ya vivía en Mitú: túnel de colores fosforescentes a través de la conexión neural y se deslizó en el cuerpo como una mano en un títere. Estaba en un parque precioso, tomó un speeder autónomo que ascendió por entre los rascacielos de Mitú, aterrizó en la plataforma del barrio de funcionarios, y caminó por los jardines hasta la casa de Sami. Se sentía incómoda en ese nuevo cuerpo, revisó lo que tenía en los bolsillos: llaves de una casa que no conocía, una billetera con fotos de desconocidos y tarjetas de presentación. Ork abrió la puerta y la reconoció gracias a la foto de identificación que flotaba sobre una cara linda enmarcada en cabello liso hasta la cintura. Solo el personal del Directorio podría identificarla.

—Mafe —sonó la voz de Ork en la mente de Mafalda—. Tiempo sin verte. Sigue.

Mafalda entró. Sami estaba en una reunión con el coordinador del Fondo de Desarrollo, un norki llamado AO, el mismo que había entrevistado a Sami en Nabulus antes de aprobar la beca de desarrollo, y había venido a conocer la Tierra y a ver cómo iba la ejecución de los proyectos del Directorio. La casa estaba en

pedazos. Mafalda abrió las cortinas, movió los libros regados en el sofá y sentó su nuevo cuerpo. Tocó su cabello sedoso, sentía que se había convertido en una supermodelo. A pesar de ser un cuerpo voluptuoso y bien formado, los dientes se sentían raros, los ojos le daban colores pobres y tenía una sensación extraña en las uñas, era común cuando usaba cuerpos ajenos. Mafalda le envió un mensaje de texto telepático a Sami, la ventana de luz de la conversación flotó en su campo visual.

—Mira lo que me conseguí —le dijo pasándole las sensaciones principales del cuerpo como archivos adjuntos.

—Oye, estoy un poco ocupado acá. Luego hablamos.

—Estoy en tu casa.

—Estoy en algo importante con delegados del Directorio.

—Está bien. —Y Sami la dejó en visto.

Mafalda miró a Ork, la piel del sölföl se veía un poco partida, como si no estuviera bien hidratado.

—Quédate si quieres —dijo Ork rodando y subiéndose a su copa favorita.

La casa apestaba a marihuana, había ropa tirada, nadie había lavado los platos en días y había una capa de polvo en todos los muebles. Había zapatos por el suelo, vasos con algo negruzco y colillas de cigarrillos en el fondo, Sami había comenzado a fumar. Ork se acercó a ella, intentando tocarla. Ella apenas lo acarició por la parte superior, pero ella no estaba ahí por Ork. Ork ni siquiera le gustaba tanto. Mafalda no recordaba haber estado a solas con él, sin Sami, sin contacto sexual. No se conocían en realidad, solo se toleraban.

—Te ves un poco enfermo.

—No he descansado en varias semanas.

Hubo un corto silencio que casi llega a ser incómodo. —¿La gente es feliz en el Directorio? —preguntó ella. Era algo que había tenido en su cabeza hace mucho.

—No totalmente. No se puede. La felicidad absoluta es… está prohibida. En casi toda la galaxia la gente le teme a la felicidad absoluta. Siempre hay un poco de drama. Siempre hay un poco de humillación. Siempre hay un poco de aburrimiento. Es inevitable y necesario.

Mafalda lo miró con consternación, pensando por primera vez:

“¿Y a qué se puede aspirar en un universo en el que no pueden hacerse más revoluciones?”.

Sami terminó su reunión, volvió a casa en su nave personal y encontró a Mafalda, en el cuerpo de la paisa, trabajando en su escritorio holográfico mental respondiendo correos. Sami se veía cansado, hizo una cara de extrañeza por el cuerpo voluptuoso que había escogido Mafalda, la saludó con un beso y se sentó a su lado para escucharle lo que había ido a decirle, pero era evidente que no estaba poniéndole atención.

—Yo creo que va a tocar que me vaya del país. Yo sé que tenemos mucha gente que nos apoya, pero todos esos grupos religiosos me dan tanto miedo. Los testigos de Jehová se unieron a los orgas. Los mormones se han unido poco a poco, la iglesia católica parcialmente, hay muchísimos católicos que están de nuestra parte. Pero ayer vi que los salafistas declararon una alianza temporal con la Misión Cristológica, y que los de la Iglesia de Cristo de los Últimos Tiempos están poniendo candidatos en Estados Unidos. La derecha colombiana ya tiene a su candidato.

—Un pastor —dijo Sami, sin mirarla—. Jair Ordóñez. Fue senador también.

Sami no le dijo lo que tenía que decirle. Ese era el mes en que Sami tenía que ganarse el apoyo de las mayorías: había considerado contarle que ya estaba presionando al CAE para iniciar el proceso de licitación para construir hardware que conectaría nuestro enlace pantelepático con el de la galaxia. Solo era una idea, pero tenía que tomar la decisión rápido. Mafalda intentó tocarlo, pero Sami rechazó todos sus avances. Estaba cansado y no quería nada.

—¿Qué pasa?

—Nada. Todo bien, ha sido una semana difícil.

“Se llama rechazo, y duele”, pensó ella. De pronto era por el cuerpo que estaba usando, pero ella sabía que Sami tenía algo muy serio en mente. Tal vez estaba pensando que la embajada colgaba de un hilo, si algo salía mal y el pastor cristiano ganaba las elecciones, era posible que cerrara la embajada, destruyera el portal y lo metiera a la cárcel. Le pareció entender que tenía miedo al fracaso

Mafalda se quedó callada, dio vueltas por el apartamento. Comenzó a recoger la ropa del suelo.

—¿Qué haces?

—Limpiando tu desorden.

—Tengo un robot que hace eso, tranquila.

Mafalda suspiró, empezó a perder la paciencia y volvió a sentarse. Sami no estaba haciendo nada: no quería hablar, no quería mirarla, no quería hacer nada.

—Sami, hace una semana que no nos vemos. ¿Por qué no salimos a caminar por el río o a comer algo rico?

—No quiero.

—Podemos cambiar de cuerpo, ser alguien en Suiza y ver las montañas, hace poco estuve en el cuerpo de un muchacho en Basel. Podemos hace esquí...

—No quiero.

—¿Quieres que me vaya y te deje solo con Ork? —Mafalda comenzó un protocolo de transferencia de emociones, quería enviarle sus sensaciones de esperanza, alegría.

—Estás insoportable —dijo Sami interrumpiendo la conexión. Finalmente ladeó la cabeza para mirarla, de arriba abajo—. Sabes que no me gusta ese estilo. Me gustan las mujeres sencillas.

—¿Cuándo fue la última vez que tiramos? —dijo—. ¿Cuándo fue la última vez que me dijiste "te amo"? Solo hemos salido juntos una vez del planeta. Siempre te digo que vayamos a conocer Cordwainer Alpha, yo hago los planes, las reservaciones y tú al final cancelas todo.

—¡¿Puedes dejar de molestarme, por favor?! —dijo gritando, perdiendo la poca paciencia que le quedaba, nunca le había gritado a Mafalda de esa forma—. Mi vida ya es bastante complicada como para que tengas que venir a hacerla peor. Van doscientos graduados asesinados. Y no es que puedan matarlos realmente. Además, recibo amenazas de muerte todos los días. Hemos parado tres atentados mayores al módem de la selva. La presidente del Fondo de Desarrollo Interestelar me dio una amonestación por haber acelerado la construcción del módem. ¡Eso es lo que pasa! Que los hijueputas grupos de cristianos están comenzando una ola de violencia contra la gente conectada. Como siempre que los gobiernos de derecha llegan al poder, los votantes se sienten empoderados para matar gays, mujeres trans, hombres trans, a todos los que no son como ellos. ¡Pasó en

Colombia, en Brasil, en Bolivia y me va a pasar a mí! Como cuando Trump llegó al poder y hubo olas de violencia contra los inmigrantes, como cuando se votó por Brexit y salió a flote esa xenofobia. Eso es lo que tengo en la cabeza. Están amenazando alienígenas y yo soy responsable de su seguridad. No puedo ponerte atención. Lo siento. Me parece más importante ponerle atención a eso que ir a Cordwainer Alpha de vacaciones.

Por un momento Sami le pareció monstruoso a Mafalda, incluso feo, con el cabello dañado, demasiado flaco, con mal aliento, con los pómulos prominentes y ojeras. Como un anciano.

—Vale, me voy. Chao —respondió ella.

Se detuvo un momento esperando que Sami le dijera: “Espera, tampoco era para tanto”. Pero no pasó. Pidió un taxi volador, dejó el cuerpo en el parque en el que lo encontró, le pagó la cuenta a la dueña del cuerpo y volvió a Bogotá.

Sami estaba agotado, en las últimas semanas no solo había estado en reuniones: había expandido su mente, traducido libros y absorbido conocimiento de algunos profesores de teoría económica y de psicología de masas. Hace años era un tipo raro y asustadizo, pero ahora se estaba convirtiendo en un maestro en asociaciones. Los orgas eran el resultado de una educación pobre. Eso es lo que él pensaba, pero debía entender que esos sectores sociales también se habían marginalizado, y que ahora representaban una oleada de fraternidad. Los orgas sentían que le estaban haciendo un gran favor al mundo al revertir todo lo que hacían en la embajada.

El plan de Sami era crear una conexión nueva: el módem humano con el resto de la galaxia. Toda su mente estaba dedicada a eso: una parte de su cerebro se reunía en secreto con alguien, otra parte planeaba algo y otra hablaba con inversionistas. Estos últimos babeaban por la cantidad de compras que se podrían hacer de un sistema planetario a otro, los miles de objetos de coleccionista que cualquier extraterrestre podría ordenar desde la comodidad de su hogar.

También tenía conversaciones directas con los gobiernos que apoyaban la conexión con los extraterrestres, la mayoría eran presidentes que habían viajado a los planetas del Directorio y sabían de la grandeza que había allí afuera. La grandeza de unir nuestro pequeño planeta, en nuestro insignificante sistema solar,

con el inmenso universo del conocimiento.

El proyecto sería por licitación pública mundial, ya estábamos en capacidad de hacerlo. Había que redactar el proyecto, llamar a los inversionistas del CERN y otros institutos científicos, y armar una reunión con la gente del CAE. Lo que no había dicho es que la conexión inicial sería obligatoria, al menos ese era su plan. Los orga estaban aterrorizados por los alienígenas, así que los obligaría a conectarse con ellos, y con los gays y con los trans. Los obligaría a sentir empatía, a sentir lo que es ser otro. Sami estaba entre la espada y la pared, pero ellos también, aunque aún no lo supieran. Sami no se rendiría tan fácilmente.

Se paró, movió las manos como si tuviera cuerdas invisibles y las aplicaciones brillantes de su mente aparecieron flotando por el cuarto, repicando en la córnea y en el nervio óptico. Comenzó a escribir con una sección de su cerebro, y con otra revisaba proyectos similares que se hubieran realizado con anterioridad en el resto de la galaxia. A las personas no se le puede obligar a estar unidas. No puede uno tomar un arma y obligarlos a quitarse los cascos, mucho menos en nombre de la paz. No puede armarse una guerra violenta, no pueden esgrimirse armas, no puede hacerse nada que no sea simple discurso. No puede insultárseles. Los insultos no sirven. Solo podemos mostrarles videos, intentar instruirlos, tomarlos de la mano para que crucen la calle, pero si se les censura no servirá de nada. Solo ayudará a aumentar sus convicciones, a hacerlos pensar que hay un com-plot para volverlos a todos homosexuales, y que sus hijos tendrán el horror de ir a la escuela al lado de criaturas hechas de órganos rotatorios y tentáculos, y que esas criaturas podrán poseerlos, como los demonios poseen a los inocentes. Es sencillo, es inmensamente sencillo: solo puedes tener miedo a algo que no puedes entender en su totalidad. La moralidad se desarrolla casi automáticamente cuando las personas pueden sentir lo que siente el otro. Cuando los cuerpos dejan de importar, la raza, la nacionalidad y el género se acaban.

Abrir el repetidor y conectarnos con el Directorio le daría a la humanidad la posibilidad de entrar a la Arena Multicorpórea y dejar allí su violencia. Poner todo el esfuerzo en un evento irracional, como juegos y entretenimiento, no era tan irracional después de todo. Sami pensó: “con el dinero que invierten en los

Juegos Olímpicos y en el Mundial de fútbol, podrían pagar la deuda externa del Congo y mejorar toda la infraestructura de Somalia, pero no les da la gana”. Es igual, poner todos sus esfuerzos en que los humanos puedan ir a jugar a la Arena Multicorpórea es el mismo esfuerzo, y apaciguará a los que lo necesitan.

Mientras estaba trabajando en el proyecto, Sami recibió un mensaje de un ejecutivo de la embajada, diciendo que habían recibido una amenaza más seria. Sami abrió el mensaje para descubrir un video perturbador. Desde que se lanzó la aplicación que emulaba los efectos de las drogas psicoactivas, los mercados de cocaína se desplomaron dramáticamente en el mundo. La dirección del CAE había especulado los efectos, estaban metiéndose no solo con narcos y sus brazos militares en varias partes del mundo, sino con la influencia de políticos financiados por el mercado de narcóticos, pero nada lo había preparado para esto. Un grupo armado que se hacía llamar los Zetas, hablando en nombre del Cartel del Golfo, el cartel de Sinaloa y Jalisco Nueva Generación, con pasamontañas, cascos naranjas y armados hasta los dientes, le declaró la guerra a Samuel, a la embajada y al Comité de Asuntos Extraterrestres. Frente a ellos aparecía el muchacho que había diseñado la aplicación, Pacheco Suárez.

—O eliminas esa aplicación culera o te eliminamos a ti, a tu embajada y a tu módem. ¿Entendiste, cabrón?

Luego le cortaban la cabeza a Pacheco Suárez con un cuchillo. Sami se obligó a verlo hasta el final con una mano en la boca. Una demostración de poder inútil: Pacheco ya era inmortal.

El tiro por la culata

No le dijo una palabra a Mafalda, solo lo comentó con unos pocos del Comité de Asuntos Extraterrestres y con los inversionistas. Al poco tiempo salió en las noticias. Mafalda no había terminado de leer cuando una compañera del ministerio entró a preguntarle:

—¿Ya viste lo de Sami?

* * *

En una entrevista telepática, un joven periodista habló con Mafalda sobre cómo veía el panorama si la candidata del partido Roboticomunista ganaba las elecciones, y surgió la ahora vieja pregunta:

—¿Por qué la mano de obra robótica no ha podido reemplazar trabajos como el de los políticos, escritores, músicos?

—Porque no hemos querido. Hay planetas en los que todos los habitantes decidieron tener un gobierno completamente robótico que controla la economía y les crea entretenimiento. Llevan siglos viviendo así. Todavía tenemos miedos —respondió Mafalda—. Acá la gente se volvería loca de solo pensar que una inteligencia artificial va a tomar decisiones por los humanos. Serían los humanos mismos los que comenzarían la guerra contra las máquinas.

—¿Y cuál es el propósito del Roboticomunismo y de su partido? Ya hemos visto que la Renta Básica Universal fue un éxito, pero ¿cuál es el siguiente paso?

—El siguiente paso ya lo han adivinado muchos: eliminar el dinero. Así de sencillo. Si la mano de obra, la administración y los recursos necesarios para la manufactura está automatizada, el consumidor finalmente está pagando por algo que no tiene precio. No hay ningún humano detrás que deba beneficiarse. Por lo tanto, todo va a ser gratuito. Pero eso lo alcanzaremos en unos veinte años, a medida que las industrias se hayan automatizado.

—Es un paso muy muy difícil de tomar —replicó el periodista —. Una cosa es que haya un subsidio universal, otra que no exista el dinero. ¿Está segura de que la sociedad no entrará en crisis? Además, es posible que haya funcionado en otros planetas, pero ¿cómo está segura de que ese modelo económico e industrial va a funcionar acá? Además, ¿quién es el que toma las decisiones en la Tierra? ¿Quién decide qué tecnología adoptamos y qué tecnología no adoptamos? A mí me parece que ahí hay muchas cosas que no sabemos y no podemos adoptarlas simplemente porque funcionaron en otro lugar.

—¿Está intentando decir que el CAE no es autónomo? ¿O que el ministerio no hace bien su trabajo? Llevamos años pensando en esto, consultando a los nobeles de Economía, y sabemos que la economía va a dar un giro.

—Es Samuel. Samuel es el que toma todas las decisiones, ¿no? Él controla el CAE. La embajada y el Comité de Asuntos extraterrestres son la misma cosa. Y si nadie hace nada, nadie va a poder pararlo. Cualquier cosa que pase en el planeta es culpa suya.

—¿Tiene pruebas de lo que está diciendo? Porque todo eso suena a una conspiración paranoide. Además, la embajada ha tomado muy buenas decisiones, ¿no le parece? La violencia en Colombia ya casi no existe. ¿No se acuerda de cómo vivíamos antes? Uno no podía salir tranquilo a caminar, los robos de celulares, de apartamentos. Dábamos vergüenza como país, y como planeta. El CAE, la embajada y el ministerio han mejorado la infraestructura, la economía, hasta las relaciones sociales. En este momento estamos hablando telepáticamente gracias a ello.

—Pero mire lo que está pasando: tiene al país dividido, al mundo dividido. Hoy conté siete cascos naranja viniendo al trabajo. Me dan pavor —explicó el periodista, compartiéndole fotos que había tomado con su retina esa mañana—. ¿Y no vio lo que hizo hoy?

—¿Qué?

—Lo del Repetidor. No ha pasado ni un año desde que la Tierra quedó conectada, y Samuel ya quiere instalar un repetidor para conectarnos con el resto de la galaxia. Va muy rápido, doña Mafalda. Qué pena que se lo diga, señora ministra, pero Samuel quiere mil años de desarrollo en doce años. ¿Por qué no le dijo

que se esperara? Él la habría escuchado a usted.

Mafalda abrió mucho los ojos, como si acabara de entrar en razón.

—Él nunca consultó eso conmigo. Yo me enteré esta mañana —respondió Mafalda recordando lo que había leído y sus implicaciones—. Estoy totalmente en desacuerdo con esa medida.

—La licitación ya está aprobada y está hablando con inversionistas, y eso no fue lo que se pactó en los acuerdos de Quito. Hasta que no solucionemos lo de los cascos naranja no deberíamos seguir. Creo que tendremos que ver si las herramientas de gobernabilidad funcionan. La democracia tiene que prevalecer sobre todo lo demás.

* * *

Resultado inmediato: el diario más importante del país puso en primera plana: "'La novia de Samuel Rojas no tenía ni idea de los planes del CAE. ¿Cómo va a hacer su trabajo si no hay comunicación clara y directa con el embajador y el CAE?". Al final del artículo, el columnista afirmaba que ella misma no estaba de acuerdo en fabricar el repetidor. Que debía hacerse un referendo o un acuerdo internacional antes de tomar una decisión así, que el Comité de Asuntos Extraterrestres no estaba facultado para tomar una decisión tan grande, y que debían limitarse los poderes del embajador. Sami leyó el artículo. Mafalda se quedó esperando el regaño, pero nunca llegó.

Los otros artículos eran sobre la renuncia de Ork Batrl. Se descubrió, por fuentes anónimas, que el sölföl se había cansado de Samuel; al parecer discutían con mucha frecuencia, los vecinos incluso escucharon gritos en repetidas ocasiones, y se preguntaban si estaban frente a un caso de violencia doméstica. Además, Ork se había mamado de la estupidez humana, de la lentitud de los cambios, de los acosos de la prensa y de los mensajes de odio del movimiento orga; quería volver a Nabulus. El reportaje era bastante intrusivo e iba acompañado de fotografías de paparazzi que lo mostraban al lado de Samuel, con Samuel haciendo mala cara. Otro alienígena, con doctorado (1038) en Relaciones Interplanetarias, lo reemplazaría. Intentaron hablar con Samuel, pero él no dijo nada diferente a una escueta comunicación oficial. Aunque trató de ocultarlo, se le notaba que

la partida de Ork lo afectaba muchísimo.

El gran Imperio valsorguiano

—Hay más o menos cien mil años entrrre la Prrrimera y la Segunda Guerrrrra Valsorrrguiana —explicó PAU a doña María.

Ella ya sabía sobre las dos grandes guerras, pero le faltaban los detalles. La nave se acercaba a PATRR. PAU era un excelente piloto en planoformación, conectó su mente a la computadora, expandió su consciencia por todo el sistema solar de PATRR, girando alrededor de Arcturus, una gigante roja cansada con un campo gravitacional inestable y varios planetas importantes. Uno de esos planetas pertenecía al Directorio y el otro no solo no pertenecía, sino que tenía encima innumerables embargos comerciales a nombre del Directorio y otros planetas no alineados. Los valsorgs de PATRR difícilmente podían abandonar su lugar de origen. Estaban atrapados en una cárcel planetaria. Y, además, para protegerse, toda la exósfera de PATRR estaba minada, repleta de cañones que dispararían a cualquier cosa que intentara entrar.

PATRR apareció frente a ellos, antigua capital de la galaxia: un planeta anciano, corroído y difícil. Apenas desaceleraron recibieron una llamada telepática y PAU contestó. Ya los tenían programados para la entrada, la llave por la que doña María había pagado en Carreras de la Muerte había funcionado: acceso permitido. Desde la ventana de la cubierta vieron la geografía accidentada del planeta: cordilleras marrones y sin vegetación serpenteando y bifurcándose tras las nubes arreboladas, bordeando llanuras desérticas, mesetas de pirita oxidada y bismuto muerto. Grotescas ciudades de piedra negra crecían en forma de flores simétricas, como crisantemos de alabastro y obsidiana. Entre los picos nevados cubiertos de misterio era posible ver los vientos subtropicales furiosos y las humaredas rojizas que corrían por valles escarpados, formando monumentales tormentas de arena. Grandes extensiones del planeta no eran otra cosa que basura, colinas, llanuras y costas

hechas de detritos, residuos metálicos y vestigios de civilizaciones olvidadas. PATRR se sacudía en constantes cataclismos para deshacerse de la peste, la enfermedad de una civilización de más de ciento cincuenta mil años. Las largas autopistas que formaban figuras y se ensanchaban por continentes enteros parecían apretar al planeta hasta el desespero. No parecía haber nada vivo, no parecía haber agua fresca, todo se veía erosionado y tóxico.

Flotando en la órbita del planeta, tranquila y elegante, una gran estructura circular les daba la bienvenida. A medida que se acercaban fueron descifrando su función: era el extremo superior de un ascensor espacial. El planeta tenía varios ascensores, eran la única forma autorizada de acceso. Dejaron la nave en el hangar y se bajaron para pagar, cambiaron todos sus créditos del Directorio por la moneda local y compraron trajes espaciales. Doña María escogió un campo de fuerza de cuerpo entero, como los que siempre usaba, porque la industria de trajes humanos ni se conocía en ese sistema planetario, y de los humanos apenas si habían escuchado en noticias. La estación de entrada había sido esculpida directamente sobre piedra negra, secciones de obsidiana y basalto revestían los pisos, y cada centímetro de sus superficies tenía marcadas las uñas telequinéticas de los valsorgs, con algunas secciones dejadas tal como habían estado cuando las sacaron de sus minas y sus montañas por razones estéticas. Se podía notar que hacía siglos esa estación espacial había sido preciosa, con sus pisos pulidos y sus enormes lámparas iluminando de infrarrojo las amplias salas de espera. Ahora estaba manchada, repleta de basura, con fugas de agua, llena de criaturas que habían caído en desgracia pululando por los pasillos y mendigando. Los funcionarios eran valsorgs como los que habían llegado a la Tierra, cubos negros flotando, girando y hablando, con la muy mala fama de pedir sobornos descaradamente y haciendo todo tipo de chanchullos para quedarse con créditos del Directorio de los emigrantes y turistas. Doña María no se imaginaba que podría entender el idioma, pero cuando lo escuchó le sonó muy familiar y gritó emocionada.

—¡APRRRPRKRRRPAPKRRRPARR!

Los cubos se giraron para verla, mientras PAU revisaba la arquitectura de la estación de entrada del ascensor.

Después de una larga fila, los funcionarios les hicieron una

marca neuronal, (como sellando un pasaporte) y los dejaron pasar por una puerta hacia el vagón del ascensor. Los ascensores estaban aferrados a las largas y gruesas cuerdas de grafeno entre la superficie del planeta y la estación. Una vez cruzaron la puerta del vagón, las ayudas visuales en el campo de visión de doña María titilaron y luego se apagaron, la telepatía se detuvo, las mentes múltiples y las aplicaciones se cerraron, y todos dentro del ascensor quedaron como habían llegado al mundo. Unos segundos después volvieron a iniciarse, pero en una versión distinta. Los colores, el acceso a programas e información, todo había cambiado, tecnología extraterrestre obsoleta.

—PATRRRRRR está desconectado del Enlace Pantelepático Interrrplanetarrio —explicó PAU cuando el chat se reinició. Sus mentes se plegaron en una sola, una versión antigua del *wetware* se instaló en sus masas encefálicas mostrando listas de archivos hirviendo en la córnea, reiniciando el proceso de configuración de fábrica, y cargando *packs* de simbología valsorg. El *wetware* se demoró mucho más para traducir las palabras de PAU, se notaba que estaba desactualizado—. Los prrroblemas fuerrron tan serrrios durante la guerrrra que el Dirrectorrrio prrrohibió cualquierr prrrotocolo de trransferrrrencia telepática entrre PATRR y el rrresto de la galaxia. Ahora viven con un módem de los viejos, lo único que ellos han podido constrrruirrrr sin ayuda exterrrrna, sin acceso a la Enciclopedia ni a otra inforrrmación.

Entraron al vagón de bajada y se acomodaron frente a un gran ventanal, el interior era rústico, de la misma arquitectura negra y tallada en piedra de la nave en la que había estado con Sami. Las salas del vagón se llenaron de cubos negros de distintos grosores. Todos flotando a unos centímetros del suelo, organizándose en el vagón aleatoriamente. Doña María ya no tenía la sensación de extrañamiento frente a los valsorgs, ante su postura fría y hierática y su ausencia de cara, ahora para ella eran personas en todo su derecho. El vagón tenía unas pequeñas divisiones para que las otras especies pudieran descansar, pero eran una minoría.

—La mayorrría de visitantes vienen del planeta vecino —indicó PAU—: PRRRKPRRKEP. Cuando la Segunda Guerrrra Valsorrrrguiana terrrminó, ambos planetas quedarrron separrrados porr los acuerrrdos de Tarrbalen, y con ello muchas familias quedarron incomunicadas. Algunos valsorrgs de esa

época aún viven, y vienen con un perrmiso especial parra visitarr parrientes. Fue terrrrible. Algunos que estaban afuerrrra no pudierrron volverr a sus casas, y llevan así miles de años.

El viaje desde la estación hasta la superficie del planeta tardó tres días terrestres. PAU y doña María se la pasaron criticando con intensidad la ideología del desarrollo por el desarrollo y sorbiendo gel de latas Valsir.

Los valsorgs son, como dice la leyenda, una de las especies más belicosas del universo. No solo porque tuvieron que evolucionar así, en un planeta inmensamente hostil, sino porque tienen a su favor herramientas naturales para la masacre. Aunque parecen inofensivos cubos negros, en el interior tienen un cuerpo biológico complejo capaz de telequinesis: pueden mover objetos con la mente, una capacidad única. Con la fuerza mental pueden despresar, seccionar, aniquilar, destajar, destruir casi cualquier cosa que se ponga en su camino. Sus naves son de piedra porque pueden esculpirla fácilmente, como si fuera mantequilla.

PAU y doña María entraron a la atmósfera del planeta a los dos días de descenso: vieron por los ventanales del elevador cómo se descubría, entre las nubes de amoníaco y agua, una ciudad grande, cubierta por una niebla rojiza de sus industrias y chimeneas. Pudieron apreciarla por cinco horas, agrandándose, con sus inmensos monumentos simétricos en ruinas, cubiertos de cubitos flotantes que iban de un lugar a otro.

Doña María señaló un monumento inmenso, parecido a una mariposa grotesca. Ya había visto algo similar en Flavis y en Pol Lubern. Pau le explicó que casi todos los planetas del Directorio tenían ruinas de ese periodo del Primer Imperio Valsorguiano, muchas formas de arte y arquitectura actuales evolucionaron de ese periodo. Todo era ciclópeo, doña María no pudo despegarse de la ventana, admirando los colosales monumentos de basalto, obsidiana y otras rocas ígneas y metamórficas que formaban simetrías abstractas, repletas de agujeros que parecían esfínteres, y nervaduras que parecían huesos. Intuyó que debían ser gigantescas simplificaciones de bacterias, monstruosas excrecencias pulidas con cuatro partes iguales, como alas derritiéndose irradiando de un centro que parecía un ojo. Tales monumentos, como había notado doña María anteriormente, salpicaban planetas distantes y marcaban la extensión total del

antiguo Imperio valsorguiano. Eran tan grandes, que las ciudades que los rodeaban eran apenas pequeñas manchas brillantes a sus pies. Hoy, bajo el suelo de multitud de planetas, hay monumentos valsorguianos de antaño esperando a ser redescubiertos.

—¿Qué tan antiguas son?

—La Prrimerra Guerrrrra Valsorrguiana terrminó en 157820 a. E. C. (Tiempo terrestre).

Desde los tiempos en los que ese planeta había sido la capital del universo, los habitantes de PATRR no habían hecho otra cosa que repetir los diseños grandilocuentes de arcos, decoración verde y azul, evocando la nostalgia del imperio perdido, pero jamás habían alcanzado la escala de los monumentos originales. Los palacios estaban ocupados por valsorgs sin fortuna, las paredes permanecían sucias y la basura era omnipresente.

Se bajaron de la plataforma. Los valsorgs la siguieron con la mirada como si fuera un payaso, y algunos le hablaron en uno de los dialectos antiguos, el idioma imperial, preguntando de dónde venía, si buscaba souvenirs, si quería ir a conocer las ruinas del palacio del gran Khan a solo dos somonis con cincuenta.

—Parra ellos es una trragedia que sigue prresente, como si hubiese pasado ayerr.

Todo lo que uno no puede encontrar en el Directorio, todo lo que solo podría ser posible en un mundo ficticio de la Arena Multicorpórea, acá era una realidad. Doña María y PAU reservaron una habitación en el equivalente de un hostal. PAU explicó que se sentía nervioso porque, en general, en el resto del universo, uno podía simplemente subir y bajar de la red telepática y descargarse en cualquier cuerpo, pero en PATRR, si uno moría era para siempre. Su enlace pantelepático no tenía discos duros de apoyo.

Una noche fue suficiente para ver lo que la pobreza traía a PATRR. Los mochileros eran especies provenientes de planetas no alineados, y etnólogos y estudiantes que venían por su tesis para revisar archivos. Con mucha frecuencia terminaban secuestrados, vendidos por partes o haciendo recados para algún mafioso.

“La Tierra no está tan mal”, pensó doña María después de una salida al mercado. “Acá ni siquiera hay semáforos”.

Hay especies con sistemas muy parecidos a los nuestros, con

historias similares, y otras incomprensibles, tan lejanas, tan abstractas, tan completamente alienígenas que apenas parecen formas de vida. Los valsorgs eran, evidentemente, una especie muy parecida a la humana. No por su forma, ni por sus sentimientos, sino por su organización social. Y doña María, de solo llegar, y sentirse rodeada de los elegantes y admirables cuerpos rectangulares de los valsorgs, comenzó a pensar seriamente en hacer una transición permanente y abandonar su cuerpo mamifero para siempre.

Al día siguiente fueron a un club de expatriados. Se llamaba Corazón Roto, pero escrito en sölföl, con código de colores, y "corazón" es la traducción más cercana, los sölföls no tienen corazón. Los dejaron entrar nada más verlos, los humanos eran muy raros fuera de la tierra. Ese día había notado que en todas partes había tiendas y avenidas llamadas ARGRRUN, el nombre del primer emperador. En el bar también vio que servían bebidas para varias especies, todas con el mismo nombre. No habían superado su pasado, hace ciento cincuenta mil años.

PAU y doña María buscaron una silla al fondo, donde un grupo dispar de seres, con trajes espaciales distintos y con formas diversas, parecían compartir alegremente. Una criatura se paró, un barlunko, bamboleó sus patas y se acercó. María esperaba ser anónima, pero después de este encuentro tendría que decir, como decimos en Colombia, que el universo es un pañuelo.

—¿Doña María del Carmen? —dijo el barlunko en la conexión telepática de PATRR.

Doña María miró la etiqueta pixelada flotante sobre el enorme cuerpo del barlunko: José Antonio Pérez. María del Carmen se quedó quieta, dividiendo su mente. La mente que ocupaba ese barlunko era un tipo del Tolima, eso decía su perfil.

—Le tengo un mensaje de Samuel Rojas.

—¿Qué?

—Sami le manda decir que qué pena todo lo que pasó. Que le da tristeza haberla dejado sola, y que quiere enmendar el error.

PAU notó que doña María estaba intercambiando mensajes telepáticos con esa gran "M" de feldespato.

—Samuel —replicó ella en el enlace. Se imaginó con rapidez que tal vez Sami, tan poderoso como se había vuelto, había

organizado una red de espionaje para encontrarla, y debieron ser muy profesionales para saber dónde iba a estar en ese momento del año galáctico.

—Samuel quiere verla.

Deus Vult

Mafalda descargó el piloto automático que hacía ejercicio, lo activó y dividió su mente. Observó en silencio cómo la aplicación tomaba control de su cuerpo. Hizo un salto en Sync para ir al trabajo en el cuerpo de alguien más. Ya casi nunca salía en su cuerpo original. En el ministerio, todos habían cambiado sus cuerpos y solo podían reconocerse por la ventanita que flotaba en realidad aumentada sobre sus cabezas. La plaza de Bolívar, afuera del ministerio, estaba llena de orgas. Ese día se reunían para hacer una marcha, todos con trajes naranja, a exigirle al gobierno que apagara el módem de la selva. La conglomeración se podía oír desde el Palacio de Justicia:

—¡Deus Vult! ¡Deus Vult!

Durante la mañana habían estado cantando, persignándose y elevando sus carteles. La multitud seguía creciendo frente al palacio presidencial. La reunión de Mafalda con los magistrados y el procurador fue interrumpida y cancelada. Los que tenían cuerpos alquilados los abandonaron, los que tenían sus naves en el techo, huyeron. Solo quedaron los dueños de los cuerpos y Mafalda en un cuerpo ajeno, en el que quiso quedarse para ver qué pasaba.

Mafalda decidió salir, se mezcló con la multitud marchante, escrutándolos, viendo cómo todos los orga la miraban con desdén solo por no estar usando un casco naranja. La multitud estuvo relativamente calmada hasta que sonaron las primeras granadas del ESMAD y todos empezaron a correr. Mafalda no tuvo más opción que correr con ellos. Los cartuchos de gas lacrimógeno comenzaron a rebotar, su retina ardió rojo de peligro.

—¿Qué pasa? —le dijo una voz en su mente. La cara de la dueña del cuerpo brilló en la esquina derecha de su visión.

—Tengo tu cuerpo en medio de una protesta de orgas. No te preocupes, yo lo saco de acá sin un rasguño

Dejar morir un cuerpo ocupado podía ser extremadamente costoso. La chica obtuvo visión directa de lo que sus ojos estaban viendo y lo que su cuerpo estaba sintiendo.

—¡Ah! ¿Y qué hace mi cuerpo ahí? No, no, no. ¡Expulsar usuario!

Apareció un letrero brillante flotando sobre la calle que decía: “Usuario expulsado”.

Mafalda fue lanzada por el enlace pantelepático de regreso a su cuerpo en un segundo. Estaba haciendo sentadillas cuando se agitó, totalmente sobrecogida. Era la primera vez que el dueño de un cuerpo la sacaba de una patada. Navegó de una mente a otra para entender mejor lo que estaba pasando en el centro. Ese fue el primer evento de una semana de violencia.

Las marchas de cascos naranja dejaron de ser marchas pacíficas. Miles de personas dejaron de ir al trabajo, bloquearon las entradas del puerto espacial, de los aeropuertos y de varias fábricas de partes para manufactura y textiles que Colombia exportaba a varias partes del mundo. Mafalda navegó rápidamente por las noticias: no eran solo en Latinoamérica, sino en casi todos los países, y cada vez se ponían peor. Las imágenes mostraban la violencia de quienes protestaban en avenidas principales en Pakistán, Egipto, Sierra Leona y Bolivia, se lanzaban con todas sus fuerzas contra las unidades antidisturbios, lanzándoles sillas, quemando sus carros cisterna y quemando muñecos de Sami y banderas de la embajada.

—Esta mierda está saliéndose de control —era lo único que se decía.

Esa semana Sami estuvo oculto, sin reuniones ni llamadas. Otros delegados de la embajada y del CAE aparecieron en medios diciendo que el proyecto del repetidor era imparable. Se veían temerosos, titubeaban como si Sami fuera a matarlos si decían lo contrario.

El presidente comenzó a reprimir las marchas, y eso que simpatizaba con la causa orga. El ESMAD avanzó con estrépito, todavía eran humanos escuálidos en armadura porque nunca quisieron que fueran los robots los que reemplazaran las tan valoradas acciones éticas humanas. Aparecían al trote, reprimiendo, lanzando gases lacrimógenos y aturdidoras a los manifestantes en las entradas aéreas del edificio principal de

RoboChoc. Hubo imágenes de unidades antimotines partiendo huesos en las calles de Colombia y de México, incluso hubo casos de gente conectada que se interpuso entre la policía y los orga. La casa presidencial colombiana estuvo sitiada, y los medios reportaron situaciones similares en Sao Paulo, París y otra docena de ciudades. Por todo el mundo circularon imágenes de personas siendo abatidas, muchachos jóvenes con el casco naranja roto y sangre saliendo a borbotones de sus rostros, las peores eran las fotografías tomadas a ojo de padres cargando a sus hijos muertos. En todas las marchas se leían carteles mas o menos similares: “Samuel es un fascista”, “Los desarrolladores deben morir”, “Nobel de la Paz es amigo de Satán”, “La economía va a desplomarse”, “Samuel es la ideología de género encarnada”. La ONU le pidió a Sami que negociara. Mafalda seguía respondiendo correos de congresistas, de periodistas y hasta del presidente de Colombia. Sami no aparecía. Los cristianos y musulmanes rebeldes ya no iban a tomarse el Directorio con dulzura, no iban a pedir gentilmente que los escucharan, y sus representantes en Bogotá se tomaron un enclave en Chapinero. Ya era conocimiento público que los orga tenían armas de contrabando, ahora construían barricadas: cerraron la calle 63 y la 67 entre carrera séptima y décima. Tenían dos robots grandes, uno de ellos armados con tecnología elesdiana, y varios orgas armados habían volado dos casas con rayos azules y bolas de fuego blanco. La guerra había llegado a la capital de Colombia.

Mafalda recibió una llamada del presidente:

—Señora ministra, tenemos que tomar cartas en este asunto.

Sabía que estaba traicionándolo, pero no era como si Sami no la hubiese traicionado antes.

El lado opuesto de los cascos naranja también actuó: los laicos, el grupo de Ateos de Bogotá, los protectores del secularismo y cientos de científicos mostraron su apoyo al proyecto de Sami. Había gente que salía en las noticias resaltando que el embajador era el único que había logrado erradicar el hambre del mundo. Varios grupos salieron a protestar con carteles que decían: “Samuel trae el desarrollo” o “Te amo, Samuel Rojas”.

Pablo, Bolos y yo nos reunimos en mi apartamento, hicimos carteleras y salimos a marchar para mostrar nuestro apoyo.

Después de lo que habíamos visto y sentido, no podíamos quedarnos callados. Uno no puede simplemente dejar que la utopía se hunda. Salimos y gritamos. Me sentí bien al lado de los grupos indígenas, los estudiantes de universidades públicas, de los colectivos de mujeres y de grupos LGBTI que apoyaban a Samuel. Fue un martes entero.

Los intelectuales, varios nobeles, economistas laureados, escritores, todos estaban con Sami. Varios firmaron una carta que se encabezaba: "El movimiento orga no es otra cosa que la expresión más pura de la ignorancia, la falta de educación. Todas esas personas que hoy creen que los aliens son demonios y que Samuel Rojas es el Anticristo no tienen ninguna prueba de lo que están diciendo: se mueven por la fe, son obtusos, no pueden creer que los humanos podamos desarrollarnos, quieren que volvamos a la Edad Media, que nos olvidemos de este gran futuro".

El presidente hizo un video que transmitió por el enlace pantelepático y por la antigua televisión. Admitió que la situación se había salido de control. Se veía asustado y titubeante.

—Colombianos y colombianas, líderes mundiales y embajada del Directorio Interestelar —leía un discurso que alguien había escrito para él—. Hoy me reuní con los líderes del movimiento orga y tuve una conferencia con la ministra de Asuntos Extraterrestres, quien me informó que hace una semana no ha establecido contacto con Samuel Rojas. Ella cree, igual que yo, que estamos ante una emergencia planetaria. Estoy acá porque creemos que Samuel Rojas, embajador del Directorio Interestelar, está tomando decisiones en nombre de la Tierra que no le corresponden, y que ha manipulado la dirección del Comité de Asuntos Extraterrestres para construir el repetidor por su propia cuenta, ocultando detalles al Consejo General de la ONU, a los inversionistas y al público en general que experimentará la mayoría de los cambios. Los eventos de las últimas semanas han dejado claro que muchos ciudadanos del planeta no están contentos con la decisión de vincu-lar el enlace pantelepático planetario con la red pantelepática del Directorio. Varios líderes mundiales nos hemos pronunciado en una sesión de emergencia de la ONU, y en su nombre y el nombre del gobierno colombiano, hoy le ordeno a Samuel Rojas que detenga la construcción del repetidor de la onda telepática. Hemos decidido que la mejor

solución es volver a la democracia y hacer una consulta popular. Todos los ciudadanos de la Tierra podrán votar, por internet o en la señal telepática, si desean o no que el proyecto continúe o se cancele definitivamente. De no acatar esta orden en las próximas veinticuatro horas, tendremos que usar la fuerza. Los ejércitos colombiano, brasileño y peruano están a una orden para invadir y disolver la embajada y el Comité de Asuntos Extraterrestres, y dejar todo en manos de las Naciones Unidas.

El presidente tomó aire y miró hacia el suelo antes de volver a mirar a la cámara, como si tuviera que decir algo peligroso:

—Sin embargo, esto no significa que no tomaremos medidas contra las personas que hayan incurrido en actos violentos durante las protestas.

Sami le envió un mensaje de voz a Mafalda, sonaba un poco herido, un poco borracho. Separó cada sílaba de las últimas palabras: Traidora hi-ja-de-pu-ta.

Mafalda se cubrió la boca cuando lo escuchó. Transfirió su consciencia a un tipo que alquilaba su cuerpo por cinco mil pesos media hora y fue a visitarme. Era un tipo de unos treinta años con una maleta llena de libros. Habría tomado un taxi volador, pero le daba miedo salir. Las calles estaban vacías, como si un espectro estuviera acechándolas. Había una torre de humo al sur, ruido de papas bomba al norte y un silencio mortal en el resto de la ciudad, daba la sensación de que todo el mundo estaba en su casa para estar a salvo. No había ni robots.

Recibí a Mafe con un abrazo, detectando rápidamente que ese hombre barbudo era en realidad mi amiga. Estuvo llorando en mis brazos, pero mi amor por ella comenzó a cambiar. Pablo y Bolos estaban haciendo carteles contra ella. Le dije que, aunque la quería, me parecía gravísimo que le hubiera dado la espalda a Sami.

—Ya, tranquilízate. Tienes que entender a Sami —le dije tocándole el cabello corto de hombre. Le di agua para que se calmara.

Después de calmarse, me contó todo lo que había pasado con Sami: que hace rato no le recibía las llamadas y cómo había enloquecido desde que Ork había sido reemplazado.

—Se le subió el poder a la cabeza —remató—. ¿No te parece un poco irresponsable que el Directorio deje que cualquier

imbécil dirija una misión diplomática tan importante?

Pablo salió de la habitación para ir por algo en la nevera y nos vio:

—Vea, le presento a mi amiga Mafalda.

Se quedó mirándola con odio. Ella le respondió la mirada. Yo estaba de parte de él. Nunca habría imaginado que un problema político fuera a dividirnos tan profundamente y que nuestra amistad fuera a estropearse así.

—¿Y este quién es?

—Mejor vaya a la habitación —le pedí a Pablo, pero se quedó ahí—. ¡Por favor! —Esta vez sí me hizo caso.

A solas, intenté entenderla. Ella siguió sollozando, repitiendo las palabras de Sami. Nos quedamos en silencio.

—Lo que más me da rabia es que ahora todo el mundo está en mi contra, sería un horror si me destituyen —dijo sollozando de rabia—. Y no puedo aguantarme las pataletas de Samuel, podría hundirme con él.

Quise decirle que lo que le había dicho Sami era cierto, que era una sapa y que no se merecía a Sami.

—Pues, no sé. Tú sabes que esto nos ha cambiado la vida. Que lo que ustedes dos han hecho, realmente ha cambiado esto para bien. ¿Por qué detenerlo ahora?

—Sami está saliéndose de control. Es un niñito jugando a ser el emperador. ¿No te acuerdas cómo me abandonó y se fue por ahí a tocar guitarra?

—Eso no le quita que haya hecho una maravilla de la Tierra.

—¿Quiénes son ellos? —me preguntó señalando la puerta de la habitación con la cabeza.

Estuve a punto de responder, pero fui interrumpida. Todos recibimos una notificación en la parte superior de nuestra mente. Sami acababa de enviarle un video a toda la Tierra.

Primero aparecía el logo de la embajada junto al logo del CAE. Luego apareció la cara de Sami. Se notaba que alguien había intentado peinarlo y maquillarlo, pero el caos de su vida era evidente: llevaba días sin dormir, con ojeras, como si hubiera estado llorando por horas.

—Buenos días, soy Samuel Rojas, embajador del Directorio en

la Tierra. He recibido el mensaje del presidente de la República de Colombia. En conjunto con el CAE, hemos decidido aceptar que la construcción del repetidor sea evaluada por la población mundial. —Tomó aire como si estuviera a punto de gritar, pero se contuvo—. Mis intenciones nunca fueron salirme de los parámetros de la democracia, todo el trabajo que hemos hecho en estos años ha sido únicamente en beneficio de la Tierra. La ONU y la dirección del CAE decidirán la fecha de la consulta. No es necesario que se recurra a la violencia, no podemos permitir que la barbarie surja de nuevo, mucho menos contra los mismos elementos que intentan combatirla. Antes de que voten, quiero que piensen: los beneficios del enlace pantelepático ya se pueden sentir, la economía robótica está dando pasos enormes en la mayor parte del mundo, estamos a punto de convertirnos en una civilización de verdad. Les pido que, por favor, dejen atrás la ignorancia y voten pensando en el beneficio humano, no el individual. Gracias.

Fin del video

—No esperaba eso —dije, parándome para poner a hacer café.

—Sí… Ahora tenemos que pensar muy bien el siguiente movimiento en el partido. Yo sé que ellos están con Sami. Casi cualquier persona que se crea un intelectual va a votar por él.

—Pero tú no estás muy convencida, ¿verdad? ¿Qué es lo que te da miedo?

Mafalda se quedó pensando antes de responder. Sabía que lo que iba a decir sonaba un poco orga, lo cual sonaba un poco a romanticismo del siglo XIX, y a nazi.

—Sí, me gustaría que la Tierra se conectara con el resto del universo. Sí, somos un planeta subdesarrollado. Pero cuando eso suceda, vamos a olvidar todo lo que nos queda de humanos.

Tuve que preguntar:

—¿Y eso qué tiene de malo? Es como cuando Novalis romantizaba que, durante la Edad Media, cuando todos eran cristianos, estaban más unidos, pero en realidad eran más ignorantes y vivían peor.

—La verdad es que el problema es de colonialismo —Mafalda se paró—. Así los directores crean que sus becas de desarrollo están completamente libres de ideología o que los aliens no

quieren nuestros recursos, nosotros estamos comenzando a vivir como ellos. No estamos siendo colonizados físicamente, sino mentalmente.

La miré con preocupación, pero Mafalda siguió hablando, cambiando a medida que hablaba. Era más radical de lo que pensaba.

—Cuando llegaron los celulares, nadie objetó, cuando llegó Facebook, nadie objetó. En Colombia hemos adoptado tecnología extranjera sin preguntarnos si nos hace bien o si mejor buscamos nuestro propio camino con nuestras propias herramientas. Y al adoptar esa tecnología, somos colonizados por la forma de pensar extranjera.

—La globalización es inminente. La galactización es inminente. Pero no significa que nos volvamos como ellos, sino que compartamos lo nuestro. No hay un núcleo en el Directorio, todas las especies son importantes.

—Pero no hemos terminado de preguntarnos si esta es la forma en que de verdad vamos a ser felices. —Mafalda se quedó mirando por la ventana detrás de mí, como si se le estuvieran ocurriendo nuevas ideas.

—¿Cuál es la alternativa? ¿Tener Malocas y adorar deidades inexistentes?

Mafalda me miró, un poco irritada, pero volvió rápido a ver la ciudad, yo le seguía hablando desde la cocina, poniendo el café en el filtro de la cafetera y poniendo el botón de encendido.

—¡Los humanos tienen derecho a escoger qué futuro tener! —gritó.

—¡Si dejas que la gente ignorante tome las decisiones, el futuro que vamos a tener va a ser una mierda! —le grité en respuesta.

Mafalda no me miraba, miraba la ventana a mi espalda. Me acerqué a la ventana mientras el café hervía, nos quedamos hipnotizadas viendo la gran belleza del atardecer, con todos los drones y naves unipersonales flotando entre los edificios de Bogotá. Le serví el café a Mafalda, las dos nos hicimos frente a la ventana a soplar el café y sorberlo, calladas, viendo cómo el trabajo de Sami y el CAE había permitido que Bogotá se viera tan moderna, tan utópica. Fue un silencio incómodo, en todos

nuestros años de amistad nunca habíamos tenido ese silencio de mierda. Luego, así como había aparecido, fue extinguiéndose, así como nuestra amistad. Mafalda se terminó el café y se fue, dejó el cuerpo de alquiler en medio de la calle y volvió a su apartamento en un salto psíquico. Cuando cerró la puerta, supe que no volvería a mi apartamento, y que si me escribía sería para que le devolviera sus libros o para insultarme.

La democracia no es la democracia

La votación sería un par de meses antes de las elecciones presidenciales. Una mindtuber hizo un video divertido sobre la consulta democrática, hizo varios guiños a la posición desarrollista y ridiculizó a los orga. Por semanas nadie habló de otra cosa.

A todos nos sorprendió que Mafalda comenzara a apoyar abiertamente el NO. Hizo varios videos desde su casa en los que decía que todo lo anterior estaba bien, pero que no habíamos tenido suficiente tiempo para pasar del Accelerando a la conexión universal y que la posición de Samuel comprometía todo lo que la humanidad había hecho. También nos sorprendió que Sami apareciera en varias entrevistas telepáticas respondiéndole a ella y a otros, explicando qué era exactamente lo que iba a pasar cuando nos conectáramos y cómo iba a cambiar nuestra historia. La entrevista más impactante fue con Noam Chomsky en Tailandia. Chomsky llevaba años apoyando todo el planteamiento de Sami y estaba dedicando sus últimos años a estudiar la semántica y la gramática de los lenguajes telepáticos, y consideraba que podía pensarse que la liberación humana de sus opresores capitalistas podía suceder a través de la tecnología del Directorio:

—Y una vez nuestra civilización llegue al punto omega, ¿cómo va a ser el futuro?

Sami hizo una mueca.

—Pues, uno de los precios que hay que pagar para tener una sociedad verdaderamente igualitaria y libre de violencia es que eventualmente todos los trabajos manuales van a ser automatizados, y la mayoría de otros trabajos, también. No serán necesarios porteros ni conductores, como ya no los hay en la mayor parte del mundo, tampoco, odontólogos. Hoy en día es difícil encontrar contadores, farmaceutas, vendedores. Es

inevitable.

—¿Y qué cree que pase en ese momento? Los humanos se volverían inútiles.

—Los humanos nunca hemos sido útiles porque no tenemos un propósito. Y le quiero decir la verdad, la mayoría de personas no están interesadas en trabajar. ¿Quién quiere ir a trabajar de nueve a cinco todos los días? Yo, porque esta es mi pasión, pero yo sé que la mayoría de personas detrás de un cajero preferirían estar viajando y conociendo otros planetas o haciendo una caminata por los Himalayas.

—La mayoría de las personas están preocupadas porque no habrá nada que hacer. ¿Nos dedicaremos a estar en casa, comiendo hamburguesas y jugando videojuegos? La gente va a deprimirse, los suicidios van a subir y la gente solo va a encontrar su sentido de vida en consumir, ir a fiestas y tirar el dinero que consiguen. ¿Qué puedes decirles a esas personas?

—Debo decirles que hay posibilidades de que eso suceda. Que la gente se sienta aislada, en su pequeña burbuja de ideología, de productos gratuitos, y se sientan infinitamente solos, sin nada qué hacer, pero ya, antes de que se abriera la embajada, nos estábamos dirigiendo hacia ese destino. Lo que yo tengo que decirles es que no han pensado las posibilidades.

—¿Cuáles posibilidades?

—Le diré la verdad, Chomsky. Varios planetas del Directorio pasaron por crisis similares. Hubo un planeta en el que nadie quería vivir y el 90 % de la población se suicidó. Las posibilidades cambian si introducimos un componente de autogobernabilidad y de colectivización, si las personas se vuelven empáticas, solidarias y se interesan en su prójimo, que ya está lográndolo el enlace pantelepático. Además, cuando abrieron la Arena Multicorpórea las cosas cambiaron en esos planetas. Hay varias formas de vivir, las experiencias son inmensas e inacabables. Yo no creo que los humanos mueran sepultados bajo sus productos nuevos, sino que van a descubrir que la forma de concebir la vida, antes de la red, era sumamente estúpida. Las posibilidades de tener una vida rica y satisfactoria incrementan con el potencial, ahora casi infinito, de ser. Tendremos una sociedad de relaciones basadas en la cooperación y no en la competencia y la opresión, como usted preferiría en sus trabajos

sobre anarquía. Hoy, gracias al módem, podemos ser quien queramos ser, los cuerpos no nos separan, pero seguimos limitados por los cuerpos con base de carbono. Apenas salgamos de este cascarón, podremos dejar de ser humanos y saltar de cuerpo en cuerpo, ser barlunkos, plasmanos, sölföls. Abrir las limitaciones de la identidad humana. Así como decíamos en la campaña por la Renta Básica Universal, estudiar cosas que los robots no pueden hacer, obtener trabajos más especializados, diseñar proyectos cada vez más ambiciosos. Un grupo de japoneses que se fueron becados a Palus dejaron la universidad, pero por una buena razón: comenzaron a diseñar el primer juego 100 % humano. Va a ser un planeta que compraron en el cinturón de Orión, con las condiciones correctas para la vida, y lo van a convertir en una copia del planeta Tierra. Europa va a estar en una Segunda Guerra Mundial eterna, y los que quieran ir a jugar pueden ser nazis o aliados, y matarse solo por el placer de hacerlo, sin que nadie muera realmente. Están recreando planos exactos de Paris y Berlín entre 1939 y 1945, la experiencia es absolutamente realista. ¿Por qué? ¿Por qué no? Porque la vida en ningún lugar tiene sentido, y lo único que podemos hacer es intentar ser felices. Le aseguro que uno puede pasar veinte años bien vividos superando niveles. Y hay muchos juegos, uno puede tener vidas enteras basadas en cómo se vivía en la Edad Media, y salir de la simulación cuando quiera. Si no quieres jugar ni diseñar, puedes ser un académico, si no quieres ser un académico, puedes ser un escritor, un lector, un turista, un ingeniero, un inventor, un explorador, puedes fundar una colonia nueva, puedes hacer un proyecto, puedes ser bailarín. No hay límites. Puedes almacenarte en un disco duro y esperar mil años antes de volverte a descargar en el país que quieras, y tener la vida que quieras.

Chomsky se quedó callado frente a lo que acababa de escuchar, como si estuviera costándole procesar en su mente las posibilidades de la conexión interestelar, después de apachurrar los ojos dijo:

—Ese es el mundo en el que ya no hay cómo más avanzar.

—Depende de lo que quiera decir por “avanzar”. Más bien podría verlo como el inicio de la verdadera historia humana. Pero si uno quiere creer en la narrativa del progreso científico, todavía

hay eventos de la física que en todo el Directorio todavía no se han descubierto o entendido, y temas y tecnologías que todavía no se han desarrollado. Si alguien de la Tierra se aventura, y quiere ser un astrofísico de alto nivel, puede hacerlo, si no quiere, pues no.

Jair Ordóñez, el candidato de los orga en Colombia, utilizó en sus redes varios cortes de la entrevista de Sami para antagonizarlo: *¿Vamos a dejar que nos hagan esto? ¿Vamos a permitir que destruyan lo que nos hace humanos? Este 15 de febrero vote NO*.

Ordóñez trató de aliarse con Mafalda, pero fue rechazado de inmediato.

La verdadera fuerza de la dicotomía política era más visible en las redes sociales. Los orga con casco naranja, obviamente estaban obligados a mantenerse en internet, que ya para nosotros era una aberración. Los que se habían armado habían dado una dura batalla, la policía había tenido que tenderles varias trampas informáticas para desactivar los robots de contrabando y capturar a las personas que habían traído las armas. En el campo telepático las discusiones eran vertiginosas, se podían tener discusiones con doscientas personas al mismo tiempo. Mi perfil telepático tenía la bandera de la embajada y el subtítulo: "Si no es ahora, ¿cuándo?". Las personas se unían para examinar los argumentos y descartarlos uno a uno por su validez. Las posiciones débiles se extinguieron con prontitud y los puntos de vista mejor argumentados sobrevivieron a la cacería internacional. El cerebro-Tierra, estaba pensando. Los mejores argumentos, y los más escuchados, fueron los de las personas que habían estado en el exterior, los que ya habían experimentado la conexión con el resto del universo: "Al cambiar de cuerpos, podemos experimentar todo en sentidos que los humanos no tenemos, en cuerpos que pueden hacer cosas que nosotros no podemos. Hay tantas vidas posibles fuera de la pecera de la Tierra". Los extraterrestres que estaban en la Tierra también apoyaban la construcción del repetidor: "Es hora de hacerlo, humanos. ¡Den el paso final!".

Contando votos

Era lo único de lo que se hablaba: en puestos de oficina, en las sillas del metro, en la realidad aumentada, en los carteles flotantes que la embajada había colgado en todo el planeta, en las redes sociales, en el arcaico internet. Y todo iba bien, todos estábamos seguros de que íbamos a ganar. Los orga no habrían sumado tantas fuerzas si no es por el golpe que sufrió Sami, apenas una semana antes de las elecciones.

Un día decidió tomarse un descanso. Tomó un vuelo y desapareció atravesando la Puerta del Vaupés. Sami sabía que había bugs en la programación del enlace, pequeñas aplicaciones con virus encargadas de seguir sus subrutinas, pero la seguridad de su cerebro era inviolable. De su cerebro no podían sacar nada, así que actuaron a la antigua: simplemente lo siguieron y lo grabaron. A su regreso, el día siguiente, la embajada le envió un mensaje: sabían todo lo que hacía. Sami, aunque parezca imposible, se puso más blanco.

Sami abrió el *link* que le habían mandado y lo reprodujo: era una entrevista en la que Ordóñez decía que habían agarrado a Sami con las manos en la masa. Sami se puso rojo.

—Hijos de puta —susurró.

—Pues resulta que a don Samuel —decía Ordóñez con acento de jugarreta, de vieja chismosa—, le gusta clonarse, descargarse en una versión suya en la Arena Multicorpórea, en una sección mandada a hacer por él mismo, y le gusta asesinar curas de la iglesia católica con armas de fuego.

Era cierto. Cerró los ojos. Eso iba a catapultarlo al fracaso. Tendría que defenderse y no sería fácil. Varias páginas web habían subido el video. Era una masacre, con algunos episodios de extrema violencia en la que torturaba curas: les cortaba los dedos y les sacaba los intestinos, les mutilaba los genitales, se los metía en las bocas y les cosía los labios. Sami no quería confesar

que le gustaba recrear una y otra vez la venganza contra el cura salesiano que lo manoseo en un colegio de Tunja. Le gustaba ir con una escopeta, disparando a quemarropa, destajándolos con un machete y riéndose como un loco.

Las preguntas eran obvias: ¿esa es la verdadera cara de la Arena Multicorpórea?, ¿era simplemente un campo de juegos recreativos perversos? Un reportero de un canal de noticias cristiano viajó a un planeta del Directorio y buscó los juegos creados por los japoneses. Sí, la Segunda Guerra Mundial ya estaba pasando: "Sin ningún respeto por las víctimas del holocausto", dijo. Uno podía escoger ser judío, nazi, cualquier tipo de europeo, japonés o alguien de las colonias británicas. En términos generales, era realista, divertido e incluso pedagógico. La tesis era que los seres vivos tenían que desahogar su violencia contenida, y al hacerlo en un medio controlado y ficticio, no lo hacían en la realidad.

Pero no toda la violencia humana era así. Uno podía pagar por experiencias personalizadas: el reportero quedó aterrado al descubrir que podían hacer orgías con animales muertos, matanzas racistas, que no había reglas, que se les ofrecía violar niñas de dos años completamente gratis, pero estaba asegurado que las niñas eran carne muerta sin cerebro, que todo era una fantasía, que se podían cruzar absolutamente todos los límites sin temor a ser reprendido más allá de las mecánicas de los juegos. Los japoneses que habían diseñado los escenarios habían dado rienda suelta a sus perversiones. Los jugadores, humanos o extraterrestres, podían asesinar a sangre fría y follar con los cadáveres, decapitar curas o judíos o musulmanes, pelear con viejitas indefensas, descuartizar mujeres embarazadas y torturar personas, lanzar enanos, ser un asesino serial por una semana, comer gente, masacrar personas que no eran reales. Ser domado por mujeres voluminosas cubiertas de piel de oso era un favorito. Las imágenes que tomaron mostraban complejos industriales abandonados que simulaban fábricas de Europa oriental con decenas de personas amarradas de boca al culo como en *El ciempiés humano*. La gente podía andar vestida de dominatrix esgrimiendo látigos rematados con púas, azotando gente falsa que sufría falsamente, obligándolos a que lamieran sus zapatos, y trozándoles su piel con cortaúñas, alfileres y motosierras, sacándoles los ojos con cuchillos de cocina, recreando *Saló*, de

Pier Paolo Pasolini. Orgías de sangre y mierda, amputaciones mil veces recreadas, padres de familia totalmente formales que disfrutaban dispararle a niños indefensos y desnudos en las piernas. Por fin, y sin miedo a ninguna consecuencia, la gente probaba la mierda que acababan de cagar, se cortaban un dedo, solo por experimentar, y comían riñones de niños. En la Arena Multicorpórea todo estaba permitido. Todo.

Sami tuvo que lanzar un video más:

—Los humanos somos violentos por naturaleza. La verdad es que todos hemos tenido pensamientos crueles, hemos querido hacer cosas horribles. Todos le hemos deseado el mal al prójimo. Pero esa naturaleza humana no tenemos que esconderla más. Es esconderla lo que nos hace más violentos, menos exitosos, más problemáticos. No hay especie inteligente que no tenga algún impulso violento. Esta es la cura para la crueldad, la falta de empatía, la indiferencia. Aceptar que todos tenemos alguna perversión que no le hemos contado a nadie. Que todos han imaginado desaparecer indigentes o han tenido pensamientos racistas o misóginos. A mí, por ejemplo, me gusta matar curas católicos en la ficción. No les deseo nada malo en la vida real. Si ustedes van a escandalizarse por eso, si ustedes van a ser tan hipócritas de negar su naturaleza brutal y humana, y van a permitir que estos desfogues de amor y violencia degeneren en problemas psicológicos y violencia física, violaciones reales, racismo real. Si eso es lo que quieren, entonces voten NO. Y condenen a este planeta a la violencia real.

Sami lloró.

La gente del CAE lo llamó todo el día siguiente, pero no respondió. Sami ya se había arriesgado a decir que era ateo, que era comunista, pero ahora era un asesino, ficticio pero asesino. Se quedó en la ducha, sentado bajo el agua. Para su sorpresa, recibió mensajes y fotos de apoyo en su espacio telepático, muchos pensaban que lo que había hecho era heroico.

Los pronósticos sobre las votaciones mostraban un cortante 40/40, un restante 20 % entre voto en blanco y no sabe o no responde. Los memes telepáticos, los videos holográficos, los chistes electrónicos, todos fluyeron como ríos. Finalmente, el día llegó. Una única pregunta:

¿Está de acuerdo con que el repetidor de ondas telepáticas fusione la red de la Tierra con la de ciento setenta (170) civilizaciones distintas, y que el proyecto se lleve a cabo este año?

Sí No

Yo estuve orbitando la Tierra ese día, sola. Voté desde mi perfil telepático. Voté y esperé.

Me quedé dormida en mi nave, me despertó una vibración en mi mente, era una llamada de Pablo. Le contesté, su cara flotó por el interior de la nave.

—¿Ya viste los resultados?

—No —dije con voz ronca.

—¡Míralos! —Y colgó.

Al lado de su imagen, las palabras se materializaron, brillando con tres barritas de colores, suspendidas en el interior de mi nave, aunque yo sabía que la imagen estaba en mi córtex visual.

Total de votos:
5 680 198 327

La población mundial estaba en más ocho mil millones la última vez que miré, pero el resto debían ser críos impúberes y la ONU había establecido la edad para votar en 18 años.

Sí: 2 256 236 056
No: 2 860 465 321
Voto en blanco: 563 496 950

Me quedé mirando los resultados, releyéndolos como si no pudiera determinar cuál era el ganador y cuál el perdedor. Nadie había tenido que salir a votar. Solo los orgas habían tenido que conectarse a internet. Teníamos la ventaja y aun así había ganado el NO. Me conecté a la nave rápidamente, expandiendo mi consciencia.

Sami estaba en el cuarto de reunión del CAE junto a varias personas y extraterrestres, todos callados. Sami estaba llorando.

La directora de proyectos iba a renunciar, Sami estaba pensando en hacer lo mismo. Las noticias salieron en la prensa extraterrestre, mental y físicamente, y hasta los jugadores de la Arena Multicorpórea se enteraron.

"¿Entonces los humanos no quieren dar el siguiente paso?", se preguntaban los analistas del universo. Durante las siguientes semanas se analizó por qué había ganado el NO. Los mindtubers, influenciadores y algunos diarios concluyeron cosas similares. Primero que todo, Egipto e India siguen siendo países muy tradicionalistas. El universo islámico vio como una gran amenaza que las personas pudieran simplemente salir de sus círculos familiares y de sus responsabilidades. Fuera de la Tierra, el islam solo existía en una pequeña colonia en Salaver, llena de salafistas en órbita, y apenas un puñado de voltiborlos que se habían convertido, incapaces de circuncidarse, orando en dirección a la Tierra, y cubriéndose los tentáculos sexuales con hijabs adaptados a sus enormes jetas. La familia tradicional sí iba a desaparecer y para siempre, el cuerpo humano podría abandonarse permanentemente y a pesar del número de gente joven y progresista que había votado por el SÍ y que no procuraba aferrarse ciegamente a las estructuras sociales anteriores, Palestina, Egipto, Pakistán, Arabia Saudita, Irán y Turquía tenían muchos más creyentes conservadores que votaron por el NO. En Colombia la mayoría votó por el SÍ; en la mayor parte de Latinoamérica, el NO había sido menor al 40 %. En China había sido casi unánime el SÍ, excepto en el occidente; Europa tuvo un 90 % de SÍ. Indonesia y Albania fueron un retroceso. Perú tenía casi un cincuenta-cincuenta, igual que Estados Unidos, repleto de orgas en Texas y Utah.

Sami llegó cabizbajo a su casa. Abrió la puerta de una patada, comenzó a tirar todo como un niño chiquito haciendo pataleta, no había nadie que pudiera verlo ni detenerlo. Hacía meses que no compartía con nadie, que solo iba a casa, luego al trabajo, luego a casa. No paraba de trabajar. Ya no tenía a Ork a su lado, y lo único que hacía para distraerse era contemplar las luces de la ciudad colgante, las enormes plataformas de cristal ámbar sobre el río Mitú, y la suave procesión de naves hiperespaciales cruzando la Puerta del Vaupés. Se sentó un rato, escribiendo algo con un lápiz afilado, y luego, lleno de ira, se clavó el lápiz en el muslo. Le salió sangre y ahogó un grito. Culpó a Mafalda. Volcó

la nevera, un escritorio, la mesa de noche. Gritó como un loco:

—¡Putaaaaaa! ¡Traidora!

Se golpeó la cabeza contra la pared y luego, con la ceja reventada, le mandó un mensaje: *Todo es tu culpa. No quiero volver a saber nada de ti. Adiós, traidora hi-ja-de-pu-ta.*

Los espacios de interacción mental se llenaron de mensajes contrarios. Comentaristas desarrollistas hicieron videos preguntándose cómo era posible que la humanidad hiciera semejante estupidez. Pero los de derecha celebraron, también algunos de izquierda, algunos hippies. Un triunfo. Lo siguiente era pedir la renuncia de Sami y reorganizar la jerarquía del CAE, pero todos los millones que apoyaron a Sami le mandaron mensajes de afecto.

—Pues si la Tierra se quiere quedar en el atraso, yo mejor me voy a otro planeta —decían unos.

—Pues váyanse —respondían otros.

Nosotros nos preguntábamos: ¿Es justo someternos a la ignorancia de los demás? ¿Es justo someternos al retraso por unos radicales?

Mientras las marchas de los orga se extinguieron momentáneamente, nosotros empezamos a salir. Marchamos pacíficamente para que se implementara la tecnología desconociendo la votación. Los extraterrestres explicaron que la democracia no servía de nada si los votantes eran ignorantes, y apoyaron a los desarrollistas abiertamente.

Volví a sentir la vibración en mi mente, era Pablo. Me pasó varios archivos. Me llamó muchas veces. Me dijo que era hora de poner en marcha un plan: el gran proyecto para el que había estado preparándose.

Bienvenido a Yuruparí

El holograma de Pablo apareció frunciendo el ceño, brillando en el interior de mi nave.

—Talula, necesito un favor suyo. Nos hacen falta naves.

Bajé a la Tierra en la dirección que me proporcionó Pablo, un lugar en la selva, en el Vaupés. Desde el cielo parecía una pequeña ciudad circular, rodeada de árboles y sin ninguna carretera. A diez mil metros de altura, la policía nacional me envió un mensaje para identificarme, cuando recibieron mi código, me dijeron que siguiera. El clima estaba húmedo, con muchas nubes y una llovizna ligera.

La ciudad circular tenía casas con techos de paja, como malocas tucano. Había varias naves pequeñas parqueadas en los alrededores y una grandísima en el centro, tipo crucero. Las zonas periféricas del círculo a estaban llenas de carpas. La flor psíquica de datos de la nave me arrojó el nombre del conjunto de edificios: Base Yuruparí. Me recibieron Pablo, Bolos y un grupo de gente. Eran indígenas, sí, con chanclas y camisetas de colores, trabajando apresuradamente para cargar naves, hombro a hombro con un puñado de androides RoboChoc. Pablo me dio un abrazo. Dejé la nave cerrada con un comando mental y seguí a Pablo a un salón comunal que ya tenía varias personas con caras serias.

—¿Qué es esto? —pregunté mirando unos hologramas brillantes.

—Esto son los planos del hiperespacio. Y necesito que los copie en su mente, su siguiente misión no es en el espacio exterior.

Estuve una hora con ellos, mientras me explicaban su plan. —Los indígenas de Colombia van a migrar en masa. Están listos. Las votaciones aceleraron el proceso.

—Los que están acostumbrados a la vida de ciudad seguro van

a quedarse en la Tierra.

—Acá tenemos gente de Guainía, del Amazonas, hay ticunas de Brasil y aguarunas de Perú. Estamos en contacto con gente de reservas indígenas en Estados Unidos —dijo Pablo.

—Muchas familias tucano y uitoto también están acá —interrumpió un Taita—, todos estamos emocionados.

—Increíble. Pero aun no entiendo por qué la votación agilizó el proceso —pregunté, mirando las caras llenas de esperanza de los indígenas.

—Tal vez entendería si viera lo que está pasando, lo que sabíamos que iba a pasar.

Pablo hizo un gesto con sus manos, ampliando una ventana mental con un video de MindTube. La cara de Sami apareció, había dado una declaración el día anterior y yo no lo había visto, ya no tenía ganas de ver nada de la situación política.

Sami aparecía muy serio en el video, mirando con sus ojos de conejo directamente a la pantalla y hablando fuerte, como si se le hubieran renovado las esperanzas.

—Las protestas apoyando el proyecto son un grito potente contra las personas que intentaron destruir el progreso humano. Hay algo terriblemente erróneo sobre la decisión que tomaron las mayorías hace unos días. Dejamos una decisión enorme en manos de mayorías ignorantes, y, como dice Borges, la democracia es un abuso de la estadística. ¿Por qué suponer que la mayoría de la gente sabe algo de política o de desarrollo y está capacitada para tomar una decisión tan seria? Hoy he decidido aliviar las tensiones de los votantes del NO: la conexión telepática será solo para los que la quieran. Si no quieren conectarse, no tienen que hacerlo. Así de sencillo. Pueden seguir usando sus cascos naranjas todo lo que quieran, la vida no va a cambiar para ustedes, pero no tienen derecho a tomar decisiones por los que sí las quieren.

—¡Qué diablos! ¡Me encanta este tipo!

Pablo señaló el holograma cortical para que siguiera mirando.

—Por eso, como embajador y director de proyectos del Directorio, legalmente autorizado por el CAE, he decidido seguir construyendo el Repetidor.

—Se le zafó un tornillo —dije boquiabierta.

—No sabe lo que está haciendo, es un niño tonto —dijo el

taita tucano.

—Ustedes, los cascos naranja, no tienen que hacer nada —continuó Sami—. Las reformas, los cambios y las posibilidades no son para ustedes. Quédense acá, con su religión, nadie está negándoles el derecho a la libertad religiosa.

El video se acabó y Pablo lo redujo con un gesto de la mano.

—La directora del CAE renunció ayer después de ese comunicado. Esto va a ponerse pesado. Ahora ya entiende por qué la alarma entre los resguardos indígenas. La comunidad Kamentsa, los Males y los Emberá llegaron ayer.

—¿Y la comunidad internacional? Mierda. Esto va a ponerse muy grave.

—Están diciendo que Sami es un dictador. Que quiere tomarse el poder a la fuerza. Pero lo peor es que mucha gente lo respalda. La OEA está con él. Otros dicen que Samuel quiere entregarles el mundo a los extraterrestres. La ONU amenazó con disolver el CAE, pero no sabe qué repercusiones tendría.

Bolos me dio una vuelta por las bases. Habían adquirido quince naves, una de tamaño crucero y dos medianas, el resto del mismo tamaño que la Xué Tequendama. Apenas un poco más grande que un bus de colegio. Estaban huyendo: familias enteras metían en la nave crucero chorotes: medias, ropa para el frío del espacio sideral, jarrones con experimentos científicos, semillas, máquinas para crear atmósferas e instrumentos de terraformación. La mayor parte de los fondos que habían recaudado durante todos estos años los habían usado para comprar un planeta Ricitos de Oro de la estrella KOI-250.04, que acababan de bautizar, tal vez románticamente: Inti. El planeta de destino se llamaba Selva.

La tripulación estaba compuesta por indígenas, varios, como Pablo, que habían cursado maestrías o doctorados en el Directorio. Desde que se ingeniaron el proyecto y crearon el fondo neoindigenista, el enlace pantelepático se había llenado de espíritus de taitas, de chamanes avezados, copiados y pegados cantando canciones sagradas, transportándose en el éxtasis de la ayahuasca y la mezcalina, debatiendo con otros líderes comunales sobre los planes futuros, y habían estructurado en sus malocas virtuales los planes desglosados de su partida. Contaban con doce ingenieros en terraformación, cincuenta proyectiles con ciudades

bomba y generadores de energía de hielo6. Entre el equipo había odontólogos, doctores, historiadores, antropólogos neoindigenistas, profesores, taitas, ingenieros genéticos, ingenieros aeroespaciales e hiperespaciales, arquitectos, ingenieros civiles, biólogos y terraformadores. Los trajes espaciales estaban decorados con patrones tupí y emberá; y las naves, pintadas con dibujos wayuu. Tenían un laboratorio para producir bacterias anaeróbicas adaptables a las condiciones del planeta Selva, bibliotecas genéticas con especímenes de jaguares, anacondas, varios tipos de pájaros e insectos polinizadores; alimentos, un banco de semillas con casi todas las especies del amazonas y contenedores con galones y galones de ayahuasca.

Las naves espaciales estándar funcionaban de maravilla en el hiperespacio con un par de modificaciones: dos ingenieros hiperespaciales le pusieron un recubrimiento especial a la Xué Tequendama y cambiaron los escudos energéticos en la parte frontal. Pablo me contó que habían reservado un periodo de tiempo para pasar todas las naves en secuencia por la puerta del Vaupés.

Estaban reclamando su independencia del planeta Tierra, querían ser dueños de sus vidas. Indígenas que habían peleado por años por sus territorios ancestrales habrían dicho que la Tierra era muy preciada como para dejarla atrás, que sus raíces estaban conectadas a la Tierra, pero ya habían dejado atrás la ingenuidad y sabían que a partir de terraformación era posible hacer crecer la selva en un planeta desértico. Los humanos podían ser la semilla de la Tierra, polinizando geologías distantes, dando vida a montañas fértiles y creando un nuevo hogar.

La capacidad total de las naves era apenas de medio millón de personas. ¿No deberían ser millones los migrantes? No, los bolivianos y los quechuas ya estaban demasiado “contaminados” por occidente. No estaban interesados en salir, muchos de ellos eran orgas y cristianos, y no había manera de convencerlos de lo contrario.

Dos días habían sido suficientes para empacarlo todo y aprender de un piloto las características y diferencias del viaje hiperespacial. También me dieron una licencia nueva para hacer viajes hiperespaciales, porque hasta ese momento yo solo podía operar en el sistema solar; había costado una fortuna sobornar a

los oficiales de la agencia hiperespacial colombiana. El día de la partida nos despertamos a las cuatro de la mañana con un canelazo. Algunos abrazaron los árboles y olieron la tierra. No iban a volver a ver a la Pacha Mama. La iban a cambiar por otra nueva, Pacha Selva. Después del desayuno nos subimos a las naves, la mía llevaba amontonados a Pablo y a otros setenta y cinco indígenas de distintas etnias. Había gente sentada, abrazando sus pocas pertenencias, niños abrazando sus juguetes. Cerré la compuerta de la Xué Tequendama. Pablo y yo estábamos emocionadísimos, era la primera vez que cruzábamos la Puerta del Vaupés.

Las naves despegaron. Yuruparí quedó convertido en un pueblo fantasma para que la selva se lo comiera. La huida era una especie de aceptación de derrota. Occidente y su forma de vida habían ganado. Podía ver sus caras llenas de luz, esperando ver el puerto espacial. Hicimos una fila de naves, con el crucero al frente, sobrevolando la selva. Entre las nubes se descubrió Mitú: una ciudad flotante en plataformas cristalinas, conjuntos y edificios gubernamentales se alzaban al lado del río Vaupés, con enormes masas de construcción alienígena. La capital del mundo. Era la primera vez que la veía en carne propia y sin utilizar el modo omnipresente de mi nave. Vi en la lejanía el cubo blanco en construcción que sería el repetidor telepático, flotando al oriente de Mitú. Recibimos órdenes de la central del puerto hiperespacial, con nuestra línea de salida, con minutos y segundos. La inteligencia artificial de la torre del radar tomó control de nuestras naves y nos puso en fila india. Se hizo una estampa en nuestro pasaporte mental, código único, con eso ya estábamos oficialmente fuera del planeta Tierra.

Nosotros estábamos detrás de una nave de tamaño medio. La nave de enfrente aceleró hacia el cielo, luego nosotros lo seguimos. Enlacé el computador con mi mente. Sentí la nave como si fuera mi cuerpo, elevándome hasta el ápex, y giramos ciento ochenta grados, caímos en picada hacia el círculo perfecto de la puerta del Vaupés y la torre del radar soltó los controles. Aceleré, pasamos a los mil kilómetros por hora cuando atravesamos la puerta. El cambio fue inmediato. Desde esa perspectiva el disco se convertía en una esfera repleta de estrellas, así como se le describía en la Enciclopedia. Era un agujero negro eterno, mantenido gravitacionalmente abierto con

materia exótica con masa negativa de la que los humanos no sabían nada.

—¡Ahora! —gritó uno de los pilotos.

En ese momento activé la planoformación para acelerar a un 20% de la velocidad de la luz. Mi consciencia se expandió, como siempre lo hacía, pero esta vez mis nervios no se extendieron por el sistema solar. En cambio, comencé a sentir que yo era una red de túneles de millones de kilómetros de largo, curvándose, estribándose, zigzageando por los confines del hiperespacio. La luz amarilla y azul pareció un estallido de tinta derramándose en mis ojos. Sentí la conexión completa de la red de agujeros de gusano, tejidos hace cientos de miles de años por los valsorgs, en nombre del Imperio valsorguiano. Había más de doscientas mil direcciones y máquinas hiperespaciales tejiendo nuevos agujeros. La luz estaba bombardeándome el cerebro-nave, apenas podía mantener los ojos abiertos, entendiendo las salidas principales a millones de planetas ignotos. Y luego, después de la salida a Tárbola Eclipsis, encontramos el agujero que estábamos buscando. Las estrellas se estiraron, el túnel se volvió esférico una vez más y salimos por un disco bidimensional de apenas un par de átomos de grosor. Dejé de ser un túnel de energía infinita y mi consciencia pasó a ser algo mucho más amplio.

La violencia y la luz dieron paso a un espacio tranquilo, negro, ocupado por una estrella cinco veces más grande que el sol.

—¡Inti! —gritó alguien en la nave, señalando por el parabrisas.

El planeta Selva era el quinto desde Inti, no parecía la gran cosa, su atmósfera era densa pero no tenía mucho oxígeno, más bien tenía demasiado argón, pero al menos tenía agua líquida y no pasaba de los cuarenta grados en los veranos. De selva no tenía nada. Solo lo habitaban unos seres a base de silicio, que apenas podían moverse bajo la superficie, y un tipo de pólipos inmóviles con venitas verdes.

Al otro lado del agujero de gusano las ayudas visuales y la telepatía dejaron de funcionar, mi mente se dobló en secciones cada vez más pequeñas, las aplicaciones desaparecieron y quedé desnuda. Selva no tenía módem de ningún tipo, ya era un milagro que tuviera una puerta hiperespacial, un disco plateado flotando en la órbita del planeta que alguien dejó allí hace milenios.

—Está en blanco este planeta —dije revisando la superficie parte por parte, sintiendo en mi masa encefálica la totalidad geográfica, encajando mi consciencia en la cartografía dramática de valles rocosos inertes y masas volcánicas frías.

Los días duraban cuarenta y nueve horas terrestres, pero la rotación era vertical, como en Urano, con un eje paralelo a la órbita. Los grupos indígenas sabían que iban a comenzar distinto. Iban a hacer todo distinto. Había actividad volcánica, placas tectónicas, lagos subterráneos, grandes manchas azules de cobalto extendiéndose bajo las franjas de minerales y un poderoso campo magnético. La superficie era arcillosa. Tres lunas adornaban el cielo y controlaban los movimientos de la marea. Montañas altísimas y deformes enmarcaban valles. Había cavernas formadas por ríos de agua líquida, túneles desproporcionados y una antiquísima y monstruosa obra de arte valsorg del periodo del Imperio valsorguiano.

Era perfecto.

—Hoy dejamos de contar el tiempo en años de la Tierra. Hoy es el año uno del planeta Selva. El año de la gran migración —dijo un taita por comunicador.

Tardamos una semana. Primero lanzando misiles con ciudades bomba, luego bajando a la superficie, cruzando cuidadosamente la atmósfera de argón hacia las bases establecidas por los colonos, ingenieros que habían dejado todo listo para ellos. El taita iba a ser el abuelo mayor. Lo habían decidido hacía años. Era el más viejo de la comunidad, y el primero que imaginó esa gran migración. El planeta sería regido por un consejo de ancianos, nada de democracia. Uno de los primeros objetivos sería convertirse en miembros del Directorio Interestelar. Armarían un módem inmenso que cubriera todo el planeta con un enlace pantelepático, y un repetidor de la señal flotando en el espacio sideral.

Sin escándalo, sin publicidad, sin muchos problemas, los indígenas habían declarado su independencia e iniciaron el proceso de terraformación con la última tecnología. No necesitaban que nadie los reconociera, estaban conformando una nueva embajada y el taita ya había pasado los papeles para ganarse una beca de desarrollo del Fondo del Directorio.

Pablo y Bolos celebraron con el resto de la comunidad,

tomando masato y emborrachándose bajo el domo de aerogel de la maloca central, en Base Putumayo 1. Los miré desde lejos porque yo no pertenecía a eso. Yo no pertenecía a nada. Pablo me pidió que me quedara.

—Van a venir pronto los indígenas norteamericanos, deben estar alistando maletas en este mismo momento, saliendo de sus reservas. Al otro lado, me imagino, van a estar las bases de los aborígenes australianos. Nuestros vecinos.

Miré a los indígenas de diferentes tribus celebrando. Pensé en los que quedaron: animales exóticos que vendían artesanías intentando integrarse al mercado mundial. En este nuevo planeta ya no van a tener que depender del mundo industrial, no van a tener que hacer artesanías para vivir. Harán con la tecnología lo que les plazca, a su manera.

—No se va a quedar, ¿verdad?

Solo verme caminando entre ellos, me sentía como una impostora. Negué con la cabeza y miré a las estrellas a través del vidrio: era toda una capitana de nave y de propia fortuna, una mercenaria a caballo, que posiblemente estaría dedicando el resto de mis días a conocer otros sistemas planetarios y tomando trabajos de carga. Una camionera heroica. Sí. Eso era. No podía quedarme en un lugar, debía seguir narrando la historia de Sami.

—No. Pero vendré de visita. Lo juro.

Pablo se despidió con un beso tierno en mi frente.

Me fui al duodécimo día. Agitaron la mano para despedirse mientras la Xué Tequendama se elevaba sobre el desierto arcilloso de Selva. Volví al sistema solar en el que había crecido.

Paraíso perdido

La Tierra que encontré a mi regreso no era la misma que había dejado atrás. Todos parecían pensar en el fin del mundo como si estuviera a punto de suceder.

Salí a Mitú en un destello blanco, la inteligencia artificial del puerto hiperespacial tomó el control de mi nave. Desde las alturas, inspeccionando la selva, pude ver cómo al oriente se elevaba la magnífica construcción, el gran cubo blanco del repetidor en construcción, flotando sobre los árboles. Estaba casi terminado.

El Enlace Pantelepático Interplanetario penetró en mi mente, las ayudas visuales y los íconos de siempre volvieron a encenderse en mi cabeza. En letras amarillas flotando sobre la selva colombiana: Bienvenida, Talula.

Dividí mi mente para buscar noticias y revisar Facebook. En mi ausencia, un delegado de la embajada había sido escogido por el CAE para ser el presidente, y eso significaba que estaban del lado de Sami Rojas. El texto de las noticias se desplazaba como flotando en medio de la selva: las revueltas de seguidores de Sami se habían encontrado con las de orgas en las calles de París y en Manizales. Los enfrentamientos habían dejado varios muertos. Los orgas habían comenzado a matar promotores del repetidor. ¿A qué mierda de mundo había llegado?

Aún más terroríficas eran las imágenes de la marcha de los orga en Colombia, en Indonesia y en Turquía. La turba enfurecida había comenzado a destruir los androides en las calles. Máquinas de manufactura internacional, bots de servidumbre, técnicos, reparadores, buscaminas, robots vendedores, de protocolo, constructores. Los sacaron a golpes, incapaces de reaccionar por las leyes de la robótica, incapaces de atacar o de defenderse efectivamente. Los manifestantes se deleitaban disparándoles en sus cabezas humanoides llenas de circuitos, dándoles golpes con

palos. MindTube estaba lleno de videos tipo: "Manifestantes en Paris desarman fábrica de bots", "Violencia en Aracataca contra androides de servicio doméstico", "Marcha orga termina en batalla campal en Soacha". Los robots se quejaban gritando que por favor no los eliminaran. Algunos casi suplicaban mientras eran destartalados, lanzando líquido negro o diciendo cordialmente: "Esto no es necesario, por favor". Recibían varillazos en la cara, eran desmembrados, cortados en dos, arrastrados en masa por un camión, o vueltos trizas a disparos por gringos cristianos amantes de escopetas y pistolas.

Al final de la jornada, las calles de Bogotá estaban tapizadas de restos de androides, vidrio, nanotubos de grafeno, cristales de información desparramados por doquier, y decoradas con humanoides crucificados en los postes de luz o apilados en fogatas en medio de las calles. Este era el ejército que Dios estaba construyendo en Colombia y en muchos otros lugares. El ejército de la Misión Internacional de los hijos de Dios, de la Iglesia de los Últimos Tiempos, los Misioneros del Sagrado Corazón anti-Directorio, la Iglesia Apostólica Pentecostal anti-Gays.

Pero las cosas no habían terminado ahí. El presidente de Colombia le había dado un ultimátum a Sami, tenía tres días para desistir de construir su proyecto. Sami pensaba que, si terminaba el repetidor a tiempo, la humanidad encontraría la belleza de la verdadera civilización mental multiplanetaria, dejando a todos boquiabiertos, y a los no conectados, en paz en sus casitas con sus vidas religiosas.

Es difícil entender la fuerza y la energía que habían cobrado ambos lados del tablero. Aunque varias compañías de construcción se habían alejado del proyecto, cientos más se habían sumado, todos mostrando apoyo a Sami. La Mitú que vi cuando llegué estaba punteada por drones militares, robots armados sobrevolando los enormes árboles de cristal sobre los que estaba construida la ciudad.

Mi nave aterrizó sin que yo quisiera en una plataforma auxiliar. Me abordaron dos agentes de policía del CAE.

—Buenos días, señorita. Papeles por favor.

Yo me asusté un poco, pero saqué lo que me estaban pidiendo. Licencia de conducción de transporte de pasajeros y mercancía, cédula y los papeles de la nave. Los policías estaban armados con

pulsadores de tecnología extraterrestre, pero se suponía que estaban allí para protegernos.

—¿Qué planeta estaba visitando? —preguntó uno de los agentes.

—Se… Selva. Todo estaba en orden cuando partí.

—La nave queda decomisada hasta nueva orden —dijo uno de los agentes.

—¡¿Qué?!

—Estamos en estado de excepción. No puede mover la nave. Salga con sus pertenencias. Va a recibir una llamada telepática cuando todo esté en orden.

—¡Pero yo no he hecho nada malo!

—Si quiere quejarse vaya a la administración de transporte, nosotros solo estamos siguiendo órdenes.

Dejaron la nave en un parqueadero municipal y me quedé en un hotel para camioneros y pilotos en una plataforma pequeña. Me tocó cargar mis maletas pesadas, sudando, y mientras lo hacía le envié un mensaje a mi tío.

—Tío, estaba haciendo el trabajo para los de la Orbis Tertius, y volviendo, me…

—Talula, mija, ¿qué pasó? ¿Por qué está en Mitú, Virgen Santa?

—¡Ah, tío! Me decomisaron la nave esos hijueputas de la policía.

—¡Es que Samuel se enloqueció!

—Sí, yo sé. Yo sé.

—¿Cómo le fue en Selva? Los de Orbis Tertius me contaron, pero muy poca gente sabe. Hay varios pueblos del Chocó que también se quieren ir, pero no les han aprobado aún el proyecto.

—¿Sí? Sí, tremendo. Casi me quedo allá. Ahora que lo pienso, debí haberme quedado.

—¡Ja! ¡Pero no con mi nave! Bueno, busque un lugar seguro. Están hablando de una invasión militar. Intente irse como pueda. Eso va a ponerse feo.

Colgué la llamada telepática y dormí un día entero, pedí comida de Thss a la habitación y salté de cuerpo en cuerpo para tener un panorama más general de lo que pasaba en nuestro

pobre, indisciplinado y mugriento planeta. Fui un japonés, un venezolano y un francés. Pasé por la mente de mis amigos de universidad y de mis padres, que habían votado NO, aunque no eran orgas ni religiosos. Y escuché los rumores de las consecuencias de la crisis internacional.

Trump, ya a finales de su cuarto periodo presidencial, se había puesto el casco naranja: *If Columbia attacks Mitu, the USA will be there to join them.*

Sami no dijo nada, dejó de hablar. Por las ventanas de mi habitación vi los cargueros y las grúas moviéndose hacia el corregimiento de Villa Fátima, donde estaba construyéndose el repetidor. Había fotografías del proyecto. Me metí en la cabeza de los pocos paisanos que quedaban, que alistaban maletas para irse al planeta Selva como pudieran. Me estacioné en sus cuerpos indígenas para mirar desde los caseríos el formidable cubo blanco que flotaba sobre la selva, casi terminado, vigilado por un sinnúmero de máquinas voladoras y rodeado de destellos azules de soldadura alienígena. Había pasado rápidamente, como si en apenas un mes se hubiese construido por completo.

Fui un niño de un caserío y salí al patio de mi casita de palitos, miré hacia arriba, como se mira a un astro nuevo. “No hay cosa como el repetidor de la señal telepática galáctica”, pensamos el niño o yo. Un cubo tan inmenso que parece un pedazo de la luna, flotando esotéricamente sobre la selva, destellando en el reflejo del río Vaupés, en las cercanías de la frontera brasileña.

Mi tío me dijo que en estos momentos lo mejor era dejar la nave allá e intentar irme. Salté de una persona a otra, me metí en un par de pajaritos para sobrevolar la terminal de transportes de Mitú: había filas y filas de personas, todos con sus maletas, esperando que alguien los dejara salir. Mitú era 100 % desarrollista, las protestas allí no habían pasado.

Mi mente volvió al hotel, el segundo día salí a las terrazas y busqué un almuerzo barato. No conocía a nadie en Mitú, así que decidí ir al Museo de Ciencias del Directorio Interestelar que quedaba cerca de la plaza Carl Sagan. Fui caminando, el mapa brilló en la esquina izquierda de mi mente indicando mi posición con GPS.

Caminé con miedo por las calles de Mitú, mirando a los

drones militarizados que sobrevolaban la selva. Las noticias estaban hablando de cómo la embajada había descubierto varias toneladas de armas y explosivos traídos, presuntamente, para volar el módem de la selva o el repetidor. Escuché las noticias mientras pagaba mi tiquete del museo. RadioMitú tenía ahora a una de sus mejores reporteras explicando que la mayoría de las armas venían de la constelación Crux. Eran prohibidas, excepto para la protección de embajadores del Directorio de planetas subdesarrollados y en la Arena Multicorpórea. La reportera hablaba de un video en el que aparecían ocho traficantes de armas alienígenas, ocultando sus rostros, todos esposados frente a un cartel de la policía. La mitad eran colombianos, pero había un vietnamita y dos venezolanos. Descubrieron que los traficantes pagaban las armas con óvulos fertilizados y congelados de especies terrestres y semillas, las cuales eran invaluables en otras partes de la galaxia. Tenían veinticuatro pulsadores, cincuenta granadas de tiempo invertido, doce cañones de antiprotones y dos armas grandes que podrían volar el repetidor o el módem del Vaupés. El reportaje concluía que los principales compradores de esas armas estaban en Rusia, Siria e Israel. Muchas terminaban en manos de terroristas islámicos y del ejército de Israel, pero se especulaba que los orgas tenían acceso a esas armas.

Entré al museo. Era un edificio de arquitectura fantástica, hecho con materiales nuevos, que les permitían a los ingenieros formas imposibles de lograr con concreto. Un espacio grande y limpio, con cosas extraordinarias. Por un lado, una historia de geología. Pedruscos, formaciones de cristales y rocas que eran comunes en otros planetas. Luego, un museo de fósiles. Había réplicas a escala de las moléculas que habían dado lugar a diferentes tipos de vida, e información confirmando que las cadenas de ADN no se habían originado en la Tierra, como creíamos antes, sino en un planeta que hoy era un desierto. Panspermia fue el nombre que le dieron los científicos terrestres cuando se confirmó que todos los seres vivos en Tierra, Palus, Dolgod, Akhrgab, ‘Ap‘Arlap y Akar eran seres de carbono con un sistema reproductivo basado en ADN y ARN de origen común.

Pasé toda la mañana mirando fósiles. Estaba viendo un diorama holográfico sobre la vida primitiva de Floxis y sobre los primeros furlimbos que aprendieron a usar herramientas de piedra, cuando sentí una vibración subterránea, algo grave, como

el paso de un gigante. Y luego otro. Comencé a escuchar sonidos de una alarma en el exterior, los humanos que vigilaban las salas de exhibición se pusieron en alerta para que todos los que estábamos caminando por las salas nos apresuráramos a la salida. Afuera, policías con megáfonos organizaban la evacuación. No me costó nada saber lo que estaba pasando. Había aviones de com-bate sobrevolando Mitú, se veían paracaidistas caer en la lejanía. El ejército colombiano estaba cumpliendo su palabra: Operación Abrazo de la Serpiente.

Todos en Mitú estábamos mirando el cielo, atemorizados. Nadie corría, pero cuando iban a empezar a hacerlo, Sami apareció en una proyección cortical, aunque sonreía, sus ojos delataban el cansancio a pesar del triunfo.

—Buenos días, planeta Tierra. Mientras el ejército colombiano comienza su ataque, quiero darle el regalo más preciado a la Tierra: el repetidor de la señal telepática. No hay tiempo para ceremonias. —La cámara que estaba filmando a Sami era un *minidron*. La cámara se alejó en el aire para mostrar que se encontraba en una sala superior del cubo blanco que flotaba sobre la selva—. Antes de que iniciemos el motor sagrado del repetidor, quiero contarles algo. Creo que vale la pena hacerlo, sobre todo en este momento. Los investigadores del CAE han estado haciendo una investigación, hoy dejo los documentos a la disposición de todos. Ellos han descubierto algo que a todos les interesa. Lo voy a decir sin tapujos, no me importa lo que vayan a decirme, no tengo nada que perder. Los grupos religiosos que apoyan a los orga, que han dado el dinero para las campañas y que fabricaron los cascos naranjas, no son nada menos que las grandes corporaciones de siempre, la de las gaseosas, la de los pesticidas, las de comida rápida... ¡todas! Tenemos bastantes pruebas que vinculan a estas y otras empresas en los pagos a iglesias y líderes religiosos. Pagos similares se les han hecho a personalidades como Jair Ordóñez para financiar su campaña y a Teresa Guerra desde empresas y narcotraficantes. El Cartel de Sinaloa, el Clan del Golfo y los Zetas. Y lo más grave, el presidente de la república, varios congresistas y el ministro de Defensa también están implicados. Los mismos nombres están vinculados a los asesinatos de líderes sociales, educadores y personas que viajaron a algún plane-ta y volvieron a la Tierra a cambiar lo que podían, como Yurleidy Henao, la fundadora de

RoboChoc, o Pacheco Suárez, el diseñador de la app que simula efectos psicoactivos y amenazaba con acabar el narcotráfico. Los intentos de asesinato dirigidos a mí y a otros miembros de la embajada y del CAE también vienen de allí. Tenemos las transacciones grabadas, los nombres, todo. —Sami mostró su cara triunfante—. Si la información hubiese estado completa antes de la votación, las cosas hubieran sido distintas. Ustedes fueron manipulados: la decisión que ustedes tomaron por la Tierra estuvo controlada. La información está afuera, la pueden ver cuando quieran. Ahora sí, iniciemos.

Y dio un comando a los ingenieros que lo rodeaban.

—Bienvenidos a la nueva era humana. Más allá del Accelerando —dijo Sami sonriendo, comenzando a reírse como un maniático, mostrando sus dientes con sarro.

Era un momento surrealista: las máquinas del ejército se aproximaban a Mitú, unos tanques con patas, como escarabajos hércules, apuntando sus armas a los edificios de cristal que se levantaban cientos de metros sobre la selva. Varios *mekas* hacían temblar la tierra con cada paso que daban. La ciudad no estaba equipada para resistir un asedio de ese tamaño, pero justo en ese momento, el rayo de la modernidad nos dio en la cara: un aviso brilló en el córtex visual de la humanidad:

¿Desea conectarse al Enlace Pantelepático Interplanetario?

Aceptar   Cancelar

Los que nos conectamos entendimos de qué diablos había estado hablando Sami todo ese tiempo: toda la información que llegaba por el internet cabía fácilmente en la mente humana, multiplicada, alterada, mejorada. Sentí que mis ojos se reventaban y les salía un gel azul. Sentimos ráfagas de seres vivos, de consciencias digitalizadas saltando en tiempo real de un humano a otro. Syncbook acababa de actualizarse: la cantidad de cuerpos disponibles se había multiplicado por millones. Dividí mi mente, abrí los ojos en un complejo de cuevas en ‘Ap‘Arlap, descubrí lo que se sentía ser un valsorguiano; mi cuerpo se adaptó, como nunca antes, a sentir los pulsos electromagnéticos,

a tener cuarenta y cinco hemisferios cerebrales, tuve manos y alas, fui un inmenso teradonte. Entendí la mente artambargia, estaba simultáneamente en un cañón amarillo con lagos de helio y al tiempo volaba, como cualquier elenturio. Aprecié las gigantescas naves cilíndricas giratorias a las que muchos seres vivos llamaban hogar. Fue un instante, lo fui todo. Incluso recorrí rápidamente los juegos disponibles en la Arena Multicorpórea. Hubo gente subiendo sus mentes a toda velocidad a discos duros en un planetesimal a miles de años luz. Un mapeo de los cuerpos que habitábamos mostraba el tamaño exacto de la galaxia. Esta inteligencia extraterrestre, tantas veces expandida, nos guiaba hacia una tranquilidad que se podía expresar simultáneamente en miles de lenguajes, y sin embargo nos mantenía callados.

Hice una copia de mi mente en un servidor de Dux, mientras alguien me servía un trago de Thss en mi cuerpo arqueado de mil patas. La información hervía en mis veinte corazones, me enfrenté a sigilos magnéticos, exploré cartografías astrales, encarné copias de seguridad cerca de playas de bismuto y enloquecí entre las listas de subcarpetas, de rutinas de inteligencias artificiales inimaginables, símbolos furiosos me hacían acupuntura en todos mis chacras, como si fueran miles de insectos cefaliformes buscando el sentido de mi vida en mis genitales, bajo mis axilas, entre mis encías. Qué bellas montañas, qué hermosos cuerpos flotantes translúcidos con toques dorados, qué hermosos paisajes, aquel triple atardecer al lado de un monstruo elíptico de un kilómetro de alto. Ser amado tantas veces y de tantas formas, abrazar y ser abrazado, aunque no tuviera brazos, sino que mi mente se hubiera adaptado a la masa vexilada, crespa de piel de caracol. Fue orgásmico. Me oriné en mis pantalones, blanqueé los ojos mientras temblaba. Como el de muchos otros, mi pobre sistema nervioso humano se había recargado: la mayoría de los conectados de la Tierra tuvimos contracciones orgásmicas, miles eyacularon, otros cayeron al suelo con los ojos llenos de estrellas. Así se sentía pertenecer a la galaxia. No exagero cuando digo que ese par de horas en los que caminé a tropiezos fueron las mejores de mi vida. Podía recordar con claridad la textura de los campos magnéticos, ver en ultrasonido, sentir cuevas submarinas como lugares familiares; podía entender la gama de colores hasta el infrarrojo y podía percibir la electricidad. Las universidades planetarias, los

profesores, la gran consciencia de Chob Nix, me espiaron como un gran ojo sin párpados, mirándome desde la inmensidad, entrando en mí y sintiendo mi soledad, mis inseguridades tontas, mis viajes a Melgar.

—Así que esto es lo que se siente ser la humanidad. —Pensó la inmensa inteligencia colectiva de Chob Nix, el planeta pensante, antes de volver a sus asuntos.

Intenté mover mi cuerpo hacia la habitación de hotel, y la copia de mi cerebro se interrumpió cuando estaba en el 90 %. Las imágenes se cerraron en cascada, los cuerpos que había habitado se desconectaron, el claro sabor de la electricidad se esfumó. Fui lanzada violentamente, desde los confines de la galaxia, a este cuerpo torpe y estornudador, cerrando todos los compartimientos de la mente hasta que quedé limitada al planeta Tierra. Las imágenes de los cañones de antiprotones disparando al cubo blanco del Vaupés brillaron en mi córtex visual. El repetidor había sido impactado por misiles de antimateria, cortando la conexión. Pude ver, desde el cuerpo de varios animales y desde unos nativos de Villa Fátima, cómo el cubo cayó lentamente sobre la selva, envuelto en llamas. Al chocar con los árboles escuchamos la vibración. La estructura colapsó completamente: la fachada lisa y pulida se partió, derramando un gel pensante que contenía los discos duros y el repetidor de la señal, incendiando la selva con fuego aguamarina

No habían pasado dos minutos de ira internacional, cuando hubo un segundo impacto: dos *mekas* humanoides de cien metros de alto habían disparado directamente contra el módem al lado contrario de la selva. Fuera del museo, solo me costó girar la cabeza para ver las bolas de fuego y los destellos azul eléctrico. El rectángulo negro que se alzaba al lado contrario de la selva, el corazón del Enlace Pantelepático Global, estaba volando en pedazos. Las líneas brillantes en mi espacio visual comenzaron a titilar, mostrando avisos rojos de alerta por desconexión para que salvara mis archivos antes de que colapsara por completo. El módem, ese inmenso monolito negro que se levantaba en las afueras de Mitú se podía ver casi desde cualquier lugar. Todos vimos los impactos. Los árboles se movieron violentamente por las ondas de choque y el calor de las explosiones nos golpeó la cara. Los que llevaban una temporada viviendo como perros o

gatos o arbustos, despertaron de un susto en sus cuerpos inutilizados, otros quedaron atrapados en cuerpos de vacas, de leones y de gallinas. Las mentes múltiples se cerraron en una sola, dejando atrás nuestras capacidades lingüísticas, nuestras ayudas matemáticas, la comunicación telepática, las ventanas flotantes con videos e información. Y en el golpe final, con el monolito hundiéndose en la selva, desarmándose a pedazos, los colores vibraron una última vez, y quedamos desconectados. Desnudos. Desprotegidos. Habíamos regresado a la forma primigenia del cerebro humano: pobre y ridículo.

Vimos a los drones del CAE disparar contra el ejército colombiano, ese fue el momento en el que comenzamos a correr. Los *mekas* que limpiaban los océanos se habían militarizado y daban zancadas amenazando el resto de Mitú, caminando por las avenidas, buscando acabar con los edificios del CAE. La gente que corría gritaba que los gringos se habían sumado a la ofensiva, y que todos ellos estaban defendiendo a los del NO. Ambos presidentes, el colombiano y el gringo, portaban los cascos naranjas de los orga en los videos. Los cazas de combate atravesaron el cielo del Vaupés y lanzaron misiles que eran desviados por baterías antiaéreas, escudos energéticos y rayos tractores. Miles de drones de repente inundaron el cielo de Mitú, revolviéndose como cardúmenes de peces, girando al unísono para proteger edificios y civiles, moviéndose con agilidad y velocidad, cargando contra los robots. Hubo explosiones en las calles y varios rascacielos fueron impactados, dejando caer sus fachadas fotovoltaicas. Corrí bajo el fuego cruzado, vi alienígenas y humanos haciendo lo mismo, esquivando drones militares que caían revoloteando por las calles en un intercambio de rayos y explosiones, y a la policía de Mitú corriendo y gritando para salvaguardar a toda la gente que pudieran. Finalmente llegué a mi hotel.

Había un par de bots de seguridad en el lobby indicando a todos los que estábamos llegando que fuéramos al sótano, antes de que cerraran las puertas escuché el retumbar de varias explosiones y vi uno de los árboles de cristal desplomándose, rompiéndose en miles de pedacitos brillantes. Mi corazón estaba latiendo fuerte de emoción, de miedo, de terror. Bajamos las escaleras hacia un sótano en la base de la plataforma del hotel, cerraron unas compuertas grandes y estuvimos en silencio en la

oscuridad. Sonaron más vibraciones, la tierra tembló. No éramos más de veinte personas esperando a que pasara ese desastre, buscando algún objeto tecnológico de antes del campo telepático. Alguien tenía un celular, pero sin cargar.

Nos quedamos ahí. Algunos lloraban, muchos lo habían perdido todo: negocios, cuentas bancarias, correos, todo, todo estaba en ese monolito negro.

—No todo está perdido —dijo alguien—. Pueden construir otro módem. Yo sé que estaban construyendo uno en Dinamarca. Me acuerdo de la noticia, fue hace unos meses. Imposible que no lo hagan.

—Lo que más me preocupa es la Puerta del Vaupés —dijo otro —. Si la destruyen, ahí sí nos jodimos.

—Pueden hacer otra puerta —dije para subir el ánimo.

—Esa información no está en la Enciclopedia, eso era parte de lo que censuraban, en caso de que algo malo sucediera. Ni siquiera enseñaban a fabricar puertas en las universidades planetarias. Nadie sabe cómo hacerlas, se supone que cada civilización debe aprender por sí sola.

—En caso de que sucediera una guerra de idiotas subdesarrollados —dijo una señora—. Así se evitaban una invasión a gran escala en el Directorio. No eran ningunos güevones.

—Y nadie estaba dispuesto a dar la información —dijo otro señor—. Varios empresarios fueron de planeta en planeta, esperando que pudieran comprar los secretos de la fabricación de agujeros de gusano. Nadie aceptó.

Los golpes de artillería sonaron por varias horas. Aún sin luz, supe que todos estábamos mirando hacia arriba, luego nos tomamos de las manos. Esta tragedia no era de una nación, era una tragedia de toda la humanidad.

Crisis

Las puertas del sótano se abrieron al día siguiente, cuando las detonaciones habían menguado. Los robots del hotel nos llevaron comida y declararon que era seguro salir. Dimos pasos inseguros hacia el exterior. Un día incomunicada, sin decirle a mi familia que estaba viva, tal vez pensaron que me había desintegrado en el enfrentamiento. Lo que vimos fue desastroso: Mitú, la ciudad soñada, la metrópoli más avanzada del mundo, estaba en ruinas. El ejército había tomado el control de las calles polvorientas, repletas de escombros, patrullándola con las armas en alto en cada esquina, escoltando científicos esposados a naves de la policía. Varios *mekas* de más de doscientos metros de alto estaban quietos a los lados del puerto hiperespacial, por si algo indeseado salía de ahí. Caminé casi a tientas, tropezando, sin poder creerlo. Busqué una tienda vieja que vendiera celulares y, para mi fortuna, vi varios venezolanos que habían rescatado smartphones de la basura municipal, de rincones de las casas desocupadas, y los estaban vendiendo en las calles. Ya nos habíamos desacostumbrado a la tecnología tonta de los dispositivos, pero ahora teníamos que volver al pasado. Vi que además habían vuelto a usar dinero en papel. Sorprendente. Hacía un año que no veía billetes de pesos colombianos, todas las transacciones eran telepáticas.

Yo le dije al muchacho que mi cuenta debía estar activa, y me prestaron un *laptop* para hacer una transferencia para pagarle por un celular usado. Llamé a mi tío Flaminio al teléfono viejo que recordaba.

—¿Talula? ¡Mija! ¡Está viva!

—Tío, estoy viva. Estaba en un refugio, pero todo bien, acá estoy.

—La Virgen me oyó, yo estuve pidiéndole por usted. Santo Padre bendito, que bueno que siga viva, yo le dije que se fuera de

allá —dijo mi tía Marta por el altavoz.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Disolvieron el CAE… y doña Mafalda la ha estado buscando. Con todo lo que pasó en Mitú hay un lío con las relaciones internacionales.

—¡Claro! Todos los europeos estaban con Sami. Hasta Japón. Tío, me quiero ir al planeta Selva. Me quiero largar de este mierdero, a comenzar de nuevo, no sé.

—Sí, la entiendo. Yo pienso lo mismo. Pues lo que están diciendo es que es posible que se arme una guerra. Ahora son los europeos los que están diciendo que fue una canallada ese ataque al eje de la civilización. ¡Ay, Dios! Ya están hablando de tercera guerra mundial y todo.

—¿Y para que me quería Mafalda? Yo con ella no volví a hablar.

—Llámela. Me dio un teléfono para que la llame, anote.

Busqué un lugar para almorzar. Aún no había servicios de rescate porque oficialmente el estado de sitio seguía, y los militares gringos y colombianos habían estado buscando rebeldes: científicos, extraterrestres y otros sujetos peligrosos. Encontré el único restaurante abierto, vendiendo todo lo que tenía.

Se había previsto que la gente en Mitú enloqueciera y comenzara a saquear locales, supermercados y centros comerciales, pero eso no pasó. Se organizaron para rescatar a los sobrevivientes que estaban bajo los escombros. En el restaurante habían sacado un televisor de pantalla plana, de esos antiguos, y vi las noticias, como si estuviera visitando el pasado. El presidente declaró oficialmente que Colombia iba a retomar el control de Mitú y del resto del Vaupés. "El secretario de la ONU", dijo el noticiero, "acaba de disolver el CAE".

Los últimos funcionarios y trabajadores del Comité de Asuntos Extraterrestres decidieron atrincherarse en el edificio principal para dar una última batalla. Bloquearon las entradas del edificio ultramoderno. Las noticias nacionales dijeron que no duraron más de veinticuatro horas, sobreviviendo de máquinas dispensadoras de chitos y cafeteras, hasta que el ejército les lanzó un rayo de protones que voló la entrada. Los sacaron a todos en medio del humo y de los destrozos que había causado el ataque. El

presidente se apoderó de Mitú, disolviendo lo pactado con la ONU, y en un giro muy astuto, para centrar ambos lados de la balanza decidió asignar a Mafalda, quien antes era ministra de Asuntos Extraterrestres, como Secretaria General de Mitú para: "Llevar a Mitú y al Vaupés al camino seguro del desarrollo humano, y poner la Puerta del Vaupés en orden". La gente la quería, conservadores y liberales la consideraban de centro: había defendido la Puerta, pero no el repetidor telepático; era el término medio entre los radicales. Mafalda envió un mensaje diciendo que aceptaba su cargo y que mantendría una política neutra entre desarrollistas y orgas.

Abrí los ojos de sorpresa mientras cuchareaba la sopa y vi la cara de Mafalda aceptando la administración:

—Prometo una política transparente una vez el ejército pacifique el área…

No supe qué pensar de ella: era una traidora a la causa de Sami y de la embajada, pero no era una fanática religiosa. La odié en la parte más antigua de mi corazón. La muy perra, la muy sapa.

La llamé, me senté encima de los escombros de un centro comercial después del almuerzo mientras su teléfono timbraba.

Me contestó ella, directamente, nada de secretarios.

—¿Talula? ¡Estás viva! Qué alivio.

—Sí. ¿Acabo de enterarme de que ahora estás encargada?

—Estoy enloqueciendo, es mucha presión. Dudé en aceptar, pero no tenía opción. Y me voy a postular para ser la embajadora del Directorio. —Comencé a pensar que su traición y todos sus movimientos y sus planes tenían el único propósito de escalar a la posición que le acababan de dar.

—¿Secretaria General de Mitú?

—Es algo a medio camino entre gobernadora y alcaldesa.

—¿Y Sami? ¿Qué pasó con Sami?

—Lo mataron —lo dijo de un golpe y sin anestesia, pero luego hubo un silencio como si apenas se hubiera dado cuenta ella misma de lo que había pasado. No lloró, no mostró nada de dolor, solo estaba angustiada por su nueva posición—. Murió cuando colapsó el repetidor. El cubo blanco.

Carreras de la Muerte

En términos técnicos, Samuel Rojas murió durante la batalla de Mitú. Encontraron apenas fragmentos de su cuerpo hecho trizas. Pero mientras la mayoría pensaba que hasta ahí había llegado Samuel, el tiempo en que el repetidor estuvo conectado fue suficiente para que actualizara la copia de seguridad de su mente y consciencia. A varios miles de años luz de distancia, una impresora 3D terminaba una réplica de Samuel Rojas en el sistema Falangir, en la que su consciencia se encarnaba de una copia de seguridad de un disco duro galáctico. La barra de progreso llegó a 100%, y Samuel, aún albino, aún reluciendo en sus cuarenta y tres años, abrió los ojos. Se limpió el tejido embrionario y caminó erguido hacia la venta de boletos del bar de Falangir para interjuegos. Parpadeó, mirando a su alrededor, la sala iluminada llena de avisos y criaturas de muchas especies, arrastrándose o flotando por el centro multinivel. Acababa de nacer en ese nuevo cuerpo recién impreso, y la conexión galáctica poco a poco le permitió volver al estado natural de cualquier especie inteligente viviendo en el Directorio. Cerró los ojos mientras el *wetware* se instalaba en su mente y buscó noticias. Si a alguien le interesaba, así fuera mínimamente, la situación interplanetaria de la Vía Láctea, se habría enterado de inmediato que había una crisis diplomática en la Tierra.

—¿La qué? —dijo un tufterio, como un prepucio arrugado sorbiendo nutrientes gelatinosos, sentado al lado de Sami.

—La Tierra. Es un planeta nuevo, pero están muy jóvenes —le respondió el barman, un robot de metal líquido. No reconoció a Sami como humano, había visto muy pocos.

En la colonia humana de Falangir, un puñado de diseñadores de juegos con un portal de noticias en la web contaban en vivo que la embajada de Samuel Rojas acababa de caer, y que el director del Fondo de Desarrollo del Directorio Interestelar acababa de dar un discurso sobre la delicada situación política.

En ese momento Sami pidió un jugo de barrayana thssiana y sintió la mente del delegado en su mente.

—Hola, Samuel. Desgraciadamente nos equivocamos contigo, evidentemente. Esta es la carta del alto comisionado.

Un cuadro se desplegó en su mente.

> “Estimado Samuel Rojas.
>
> Es muy desafortunado tener que escribirle para pedir su renuncia, pero las cosas en la Tierra se han salido de control. De ahora en adelante el puesto de embajador del Directorio queda vacante, y esperaremos a que el próximo delegado se acerque a nuestras oficinas para formalizar el proceso. Esperamos que su administración haya producido más mejoras que daños a la débil economía de su planeta. La comisión de justicia le ha declarado culpable de incitar al desorden, de no regular el tráfico de materiales e información prohibida, de tomar decisiones impulsivamente y de haber hecho una gestión mediocre. Tiene tres días (terrestres) para presentarse en la Corte Interestelar. Sabemos dónde está y no puede ocultarse.
>
> AO”.

Sami quedó frío, releyendo las letritas flotantes en su cerebro antes de deslizarlas y eliminar el mensaje. Se quedó en la barra rascándose la barba blanca, respirando agitadamente, y luego comenzó a llorar.

—Mi legado, me quieren quitar mi legado —llegó a balbucear, palideciendo.

Claro, ningún ser de ningún sistema habría entendido que Sami estaba berreando con el corazón roto, porque lo había dado todo, había arriesgado su vida por un ideal y había fracasado. Un ideal estúpido, comenzó a pensar. Tenía dos opciones: entregarse a la justicia del Directorio Interestelar o irse a un planeta no alineado y volverse un refugiado. Pedir asilo político en un planeta subdesarrollado. Típico de perdedores. Lo que había dejado en Mitú había sido un desastre monumental. Sí, y era la lección que había intentado ignorar todo el tiempo. Los humanos debían tener algo de esperanza, el sueño por vivir en un mundo mucho mejor, pero la ignorancia los había cegado. La ignorancia, la envidia, los intereses propios, la avaricia, la gula. ¿Equidad social? No, entretenimiento. ¿Diversificación de las rutas de acceso al poder? No, concentración de capital. ¿Igualdad de

género? No, misoginia y homofobia. ¿Educación e información para todos? No, ignorancia o plomo. ¿Apropiación del territorio por parte de sus dueños legítimos? No. ¿Tecnologías sostenibles? No. ¿Comprender finalmente lo que significa ser ciudadanos galácticos? No. Ni mierda. Nada. ¿Quién habla en nombre de la Tierra? Nadie.

Se sentó en el suelo a mirar por los grandes ventanales, mientras los jugadores corrían en Carreras de la Muerte. La cabeza de Sami estaba llena de actividad, practicando artes marciales psíquicas para combinar resultados de posibles acciones antes de tomar una decisión. Si hubiera estado solo habría hecho otra pataleta de niño chiquito, habría destruido parte de su casa y habría gritado, insultando a todo el mundo simultáneamente. “No se merecen un planeta mejor”, pensó. Había estado tan cerca, había dado al planeta todas y cada una de las herramientas para hacer una utopía, y la humanidad en su asqueroso conjunto la había rechazado. Sami se paró, caminó hacia la ventana y recordó a doña María. Era hora de ejecutar el plan B. Sami tenía una red de espionaje montada a través de varios planetas. Había estado en contacto con ella desde hacía unos meses, a través de una serie de personas que le daban recados en PATRR, y ella le había asegurado una forma de llegar a verla. Ahora se sabe que Samuel Rojas estuvo planeando su huida desde hacía varios meses, y que se contactó con doña María pronosticando la caída de la embajada.

—Pero no te dejarán entrar al planeta, a menos que consigas las claves —le respondió un elesdiano a mil años luz de distancia, un viejo amigo quien había sido clave en las negociaciones comerciales con algunas empresas terrícolas cuando él era embajador.

—¿Cómo consigo una llave de acceso?

—Si no quieres estar en la lista de espera de diez a quince años, tendrás que buscar a Flaxram. Él es el único capaz de conseguirte algo decente.

—Perfecto, voy para allá, espérame en PATRR.

El primer día había acabado con solo comenzar, contando en su reloj cortical, Sami sabía que no tenía mucho tiempo para escapar del sistema. Se paró, como si eso fuera a hacer que agilizara las cosas. Mientras una parte de su mente buscaba

desesperadamente, saltando de cuerpo en cuerpo y preguntando por Flaxram, otra parte de su mente activó rápidamente otro replicador en otra parte de la galaxia y compró un segundo cuerpo, también clonado, del original Sami Rojas. Ahora Sami tenía dos cuerpos, controlados por una sola mente, moviéndose independiente pero unánimemente. El nuevo clon de Sami acababa de nacer en PRRRKPRRKEP. El planeta valsorg que hacía parte del Directorio Interestelar. Mientras Sami estaba en Falangir, entre superficies lisas y sofisticadas, un centro de encuentro espacial de todas las especies, buscando juegos en la central de la Arena Multicorpórea; el otro Sami caminaba en un planeta oscuro y azulado maravillado ante la fría y monumental arquitectura esculpida a las malas hace milenios de la roca misma, reminiscente del estilo sencillo y minimalista de la nave valsorg en la que Sami había viajado por primera vez. Sami buscó algo que se pareciera a una central de transportes, caminando por montículos de piedra, surcados por cubos negros flotantes contra un cielo nublado y tormentoso. Él era lo único rosadito y blanquito de todo el planeta.

Sami descubrió un rastro interesante. Un foro de viajeros lo había mencionado. Flaxram aparecía y venía, era una especie de *glitch* que ofrecía sus dotes de consejero de viajes y vendía códigos de acceso a planetas distantes.

Su nicho era Carreras de la Muerte.

Flaxram

Falangir

Hay gente que pasa años metida en la Arena Multicorpórea. Todos entran como novatos, incapaces de correr mucho sin morir despedazados y perder la primera vida. Pero hay gente que nace hecha para jugar. Solus23, por ejemplo, un jugador promedio con más de 80 años terrestres en un escenario de todos contra todos ya se había apoderado del 30 % del mapa: un territorio del tamaño de Francia, con un sistema administrativo que recordaba a la monarquía, y con una crueldad sin límites.

Sami había conseguido un JetCoyote. Una nave espacial humana de manufactura gringa con cincuenta velocidades que se manejaba como un Cadillac. Comenzó, como todos, surcando las dunas de Falangir, buscando pistas de Flaxram. Luego vio enemigos en las cercanías y comenzó su primera carrera. Sobrevivió a una persecución vertiginosa por pura suerte. Sami llegó sano y salvo a un pequeño poblado de mercenarios, jugadores de rangos altos, dueños de casas y líderes de clanes. Entró a una taberna vestido de vaquero galáctico, arrastrando su gabán tipo Rick Deckard, y pidió algo que su sistema digestivo pudiera digerir sin morir digerido primero. Se sentó en una esquina y buscó alguna criatura que pareciera confiable. ¿Por supuesto, qué novato entra a un bar espacial y piensa que puede discernir entre mercenario y mafioso? Ninguno. Sami le preguntó al barman, mientras una banda de barlunkos tocaba un vals.

—¿Flaxram? —repitió una cosa con tres ojos mientras limpiaba los tubos que cargaban la “cerveza”—. Ese nombre solo te va a traer problemas. No sé cómo ayudarte.

Sami se dio la vuelta y examinó a todos los asistentes, cuchicheando y mirándole con sospecha. Sami salió del bar con las manos vacías, y cuando fue a su JetCoyote, encontró un montón de parásitos desarmando el motor y los alerones. Sami

corrió para espantarlos, pero ellos se quedaron mirándolo.

—¿Conque estás buscando a Flaxram? —dijo uno de ellos, antes de sacar un arma de rango y darle en el corazón con un pulso eléctrico.

PRRRKPRRKEP

Sami revisó su reloj, contaba con pocas horas antes de que la seguridad del Directorio le pusiera las manos encima, congelara su consciencia indefinidamente y le hicieran pagar por los daños ocasionados al Directorio. Aún faltaban un par de horas, cuando encontró un lugar de alquileres de naves unipersonales con capacidad de vuelo suficiente como para llegar a PATRR desde una zona residencial de PRRRKPRRKEP. Qué sorpresa se dio cuando descubrió que el tipo que atendía el negocio de rentas de aeronaves era un paisa de Rionegro.

—¿Sami Rojas? ¡Que vaina más charra, ome! —dijo casi gritando cuando vio a Sami, sudando en su traje espacial energético—. El Samuel Rojas, el original, papá. Yo me gané la beca del Directorio pa' estudiar Biología Valsorg. Vos me diste la mano antes de que me fuera. ¿Vos te acordás? No, marica, que charro, la galaxia es un pañuelo.

—Parcero, sí, lo que sea. Necesito una nave, una nave con suficiente combustible como para llegar a PATRR. ¡Ya!

—Calma, calma. Yo tengo todo lo que necesite Samuel Rojas: Toyota Maldoror X3. Motor de agujero negro, lo último en guarachas. Necesito la cédula o algún documento, y un depósito de 600 credos. ¿Sí tiene licencia? Porque si no tiene…

—No tengo. Necesito un piloto.

—Se le tiene.

Falangir

Sami despertó atado a un poste, en la arena de un enorme coliseo esférico de piedra amarillenta, flotando varios cientos de metros sobre una cadena montañosa. El paisaje daba vértigo. El público multiespecie gritaba, o en general, hacía todo tipo de señales, visuales, auditivas y eléctricas para indicar su nivel de entusiasmo. Sami apenas podía ver con claridad la arquitectura polvorienta, las máquinas antigravitacionales y los monstruos que

andaban sueltos a su alrededor, comiendo carne fresca. Sami entendió dónde estaba. Habían pasado varias horas desde que había perdido la conciencia.

—¡Salve, oh, emperador Solus23! —anunció en mugidos un cuadrúpedo. El público estalló en emoción.

El extraterrestre cuadrúpedo anunció los contrincantes del día.

—¡A este lado, uno de los nuevos humanos del sistema Sol! Una rareza, traída para ustedes desde la tierra. ¿Cómo te sientes, humano?

Un micrófono se activó, algo bajo la piel de Sami amplificó su voz. Todo el mundo escuchó solo su respiración entrecortada. Nada más.

—Y a este lado, el campeón de su excelencia: ¡Flaxram!

—Eso fue fácil —se dijo Sami girando para ver qué era Flaxram.

Flaxram ya no era una nave, ahora parecía una trituradora inmensa armada con sierras eléctricas, pinzas y clavos. Sami la miró directamente e intentó hacer contacto telepático. Al principio solo recibió interferencia, pero Sami se quedó concentrado mirándolo, repitiendo nombres, palabras, signos:

—Es de vida o muerte, necesito tu ayuda. Necesito los códigos de acceso a PATRR.

Flaxram no dejó de moverse como un luchador profesional, listo para dar un espectáculo profundamente sádico.

—¡Vengo de parte de María del Carmen Saavedra y de PAU! —Pensó en la información que le habían dado sus fuentes; algo tendría que servir.

Flaxram ni siquiera se mostró indeciso o sorprendido, simplemente siguió con la rutina, mientras, mentalmente, le saludaba con alegría.

—Hola, humano. Son siete millones de créditos. Te envío las claves en un momento. Dale mis saludos a doña María y a PAU si los encuentras en PATRR.

Sami le transfirió los créditos, recibió los códigos, que se cargaron en su cerebro, los subió a la red inmediatamente y Flaxram, el carnicero del emperador, lo despedazó. La barra de progreso se llenó. En una ola de instintos sadomasoquistas, en la más pura y torcida morbosidad, el público entero se metió en el

cuerpo de Sami, para sentir en carne propia el glorioso desmembramiento, la dramática experiencia irreductible a cualquier taxonomía enfermiza. Las numerosas bestias que atendían el evento tuvieron un placer inmenso al perder sangre y tendones y tener la piel desgarrada una y otra vez. El pellejo colgante, los huesos triturados, las vísceras colgando, las piernas destajadas. Los gritos más horribles, la experiencia más diabólica.

PRRRKPRRKEP y PATRR

Sami ya estaba en la silla de pasajero, había pagado una fortuna para que el paisa condujera la nave, y ya en las cercanías del espacio aéreo de PATRR, Sami recibió una notificación y dijo sonriendo:

—¡Tengo los códigos de acceso!

El paisa se conectó al computador de la Toyota, entró a planoformación y aceleró a un tercio de la velocidad de la luz, con su consciencia expandida. Esquivó un par de asteroides, giró por la órbita del tercer planeta desde la gran estrella gigante roja y se acercó al gran planeta de PATRR. Salió de planoformación y lo vieron de frente: una esfera marrón con nubes oscuras e inmensas regiones arqueológicas de los tiempos del Gran Imperio Valsorguiano que podían verse desde el espacio. En ese momento, Sami tuvo tiempo para pasar un mensaje a la estación del ascensor planetario, de la estación pasaría a la red de PATRR donde un espía japonés metamorfoseado en una anémona que lo estaba esperando recibió un mensaje y después de unos minutos apenas, pasando por el mismo proceso de compresión y descompresión de archivos, logró enviar un pequeño telegrama a Sami, quien recibió una sola línea: “Doña María estará esperándote”. La Toyota Maldoror redujo la velocidad a medida que se acercaba a la base del ascensor espacial. Una señal se puso en contacto con la nave y el paisa se desplazó por los formularios de acceso mientras sus ojos brillaban de azul vitriolo.

—Tenés que poner los códigos acá —le dijo el paisa a Sami—, pero vos sabés que estos hijueputas valsorgs son unos salvajes, ¿no? Yo te dejo en el hangar y me piso.

Sami estableció un protocolo con la nave, descargó la información desde su cerebro y el servidor del ascensor espacial le dio un mensaje de confirmación. Sami tenía acceso a PATRR.

Un planeta oficialmente fuera de las reglas del Directorio, donde nadie le estaría buscando. ¡Estaba salvado!

Doña María valsorguiana

Sami estaba sudando en su locura. Llegó a PATRR justo a tiempo para que el Directorio no pudiera capturarlo. Se saludó sutilmente con el espía japones-anémona que había estado ayudándolo, e hizo un movimiento de su cuenta de embajador antes de que la bloquearan, pagándole lo acordado al japonés y transfiriendo la totalidad de sus fondos de créditos del Directorio a somonis, la moneda local de PATRR. Sami entró a uno de los vagones, respirando aceleradamente, y se calmó en los tres días del descenso, sorbiendo de una lata Valsir. Cuando el ascensor descendió completamente a la base del cable, las compuertas se abrieron y dos criaturas lo estaban esperando, como se espera a alguien en un aeropuerto. Sami esperaba encontrarse con doña María, una mujer obtusa y con dolores de espalda, pero había dejado su cuerpo y lo había reemplazado por un cuerpo de valsorg, rectangular, flotante y capaz de hablar. Sami dudó, pero luego la abrazó.

Lo invitaron a Corazón Roto. Las impresiones de Sami encajaban con lo que él sabía que era PATRR. Lo llevaron a una parte alejada, donde había un tufterio, un barlunko y una mesa para que pudieran sentarse y pedir algo para tomar. Doña María notó que Sami había cambiado. Que su semblante se había quebrado, como si le hubiesen roto el corazón, y miraba con detenimiento las paredes oxidadas del bar, el ambiente viciado, lleno de niebla y las criaturas inexplicables e inentendibles que poblaban cada esquina soltando humaredas de narcóticos locales. Sami le contó todo, lentamente, intercambiando sonrisas por muecas de dolor, ocultando que sentía algo horrible, como cuando a alguien le ponen los cachos, como cuando a alguien lo hieren de verdad. Doña María lo escuchó pacientemente y luego le explicó que eso que él sentía ahora, esa gran desilusión, se parecía mucho a lo que había pasado con su hijo.

—Llevo años pensando en eso, Sami. Y por más que busco una

excusa, siempre llego a la misma pared. Mijo, yo lo entiendo, pero siempre estuvimos en el mismo punto de la civilización.

—No entiendo de qué está hablando, señora María.

—Usted quería que la Tierra fuera un lugar desarrollado, ¿verdad?

—Si, señora. —Se sentía ridículo llamar a un prisma rectangular negro “señora”.

—¿Pero para qué es una civilización? Todos esos inventos, toda la administración, toda la tecnología, toda la cultura. Todo eso no es más que, digamos, formas de llegar al mismo lado: suplirle necesidades a la gente. La finalidad de la civilización es hacer feliz a la gente.

—Una civilización perfecta es una en la que todos sus habitantes se sienten felices —dijo Sami, intrigado por lo que ella estaba a punto de decir.

—Pero imagínese por un momento, lo que realmente significa ser feliz.

Sami la miró, pero no sacó ninguna conclusión.

—Un mundo total y absolutamente feliz sería uno en el que la gente no tendría necesidades, Samuel. No necesitarían comer, porque si les da hambre, significa que no están completamente satisfechos. No necesitarían relaciones sociales, ¿si ve, mijito? La gente se sentiría llena, realizada, completa. Y esto solo aplica para seres vivos que buscan alimento porque tienen un sistema que les genera placer al comer y dolor al herirse. Chob Nix ni siquiera pasa por esta etapa. La felicidad absoluta es el verdadero punto omega de una civilización. Samicito, nadie, NADIE, quiere ser completamente feliz. Ser completamente feliz significa la muerte.

Por fin Sami comenzó a entender lo que estaba diciendo, y dejó de moverse, de temblar y de mover las rodillas para por fin ponerle atención.

—Las civilizaciones son solo excusas, el desarrollo es la excusa para llegar a la felicidad, pero de llegar a ella, la civilización misma dejaría de existir. La gente moriría de no comer, poco a poco morirían de felicidad.

—O sea que el desarrollo es solo una narrativa. Sí. Lo sé.

—Eso, una narrativa. Una ficción, mijito. Ser felices no sirve

para nada. La base de la civilización son las necesidades insatisfechas. Y eso es solo porque la vida no tiene sentido y no va a ningún lado. Solo nos queda existir e intentar disfrutarlo a medias. Y estamos condenados a nunca estar satisfechos. ¿Para qué intentar desarrollarnos si el fin último conduce a la inexistencia?

—Y usted qué hacía acá, doña María. ¿Por qué huyó de la civilización?

Si hubiese tenido un rostro humano, doña María habría sonreído.

—Yo vine a PATRR a buscar la felicidad real y a dejar de estar en ese bucle. —Las palabras de doña María se habían refinado, evidentemente—. Me parece justo salirme de esta lucha sin sentido, hacia una finalidad sin sentido. Acá la tienen Sami. En este plane-ta todavía la tienen y llevo unos años negociándola, y ya la conseguí.

Así terminaba la grabación de seguridad que había conseguido Mafalda en los últimos minutos. Se la dieron agentes del Directorio, y las había recibido como representante temporal del planeta Tierra.

Hiperespacio

—¿Y para qué me necesitas, Mafalda?

—Perdóname, Talula. Yo sé que tú probablemente me odias y todo, pero… ¿estás en Mitú?

—Sí. Habla sin rodeos —casi le digo “traidora hija de puta”.

—Porque la mayoría de pilotos están en desacato. Están en órbita, hasta las doce naves del ejército colombiano. Tu tío no me dijo nada, pero ningún piloto quiere volver a la Tierra mientras no reestablezcan la embajada de forma pacífica. Esto es un bollo terrible.

—Paro mundial de pilotos.

—Correcto.

—¿Y para qué necesitan pilotos?

—No puedo decirte por teléfono.

Mandaron un speeder a recogerme. Sobrevolé la ciudad y vi la magnitud de la destrucción. Me sentí asustada porque estos tipos tenían armas. Puse más atención a los restos de la ciudad y divisé personas intentando organizarse para sacar gente herida de los escombros, vi un par de edificios que habían colapsado y dos incendios que seguían echando humo negro. Desde esa altura también podían verse las ruinas del módem, humeando, desparramado entre los árboles. Llegué a una base militar improvisada a las afueras de Mitú. Unos militares me escoltaron, eran colombianos, revisaron mis huellas y mi cédula y me dejaron subir. Ella llegó de Bogotá, sin parar de usar el celular, apenas alzó las cejas para saludarme. Estaba hecha un desastre, parecía que no se había bañado y le costaba tomar las cosas con calma. Colgó y me dio un pico, como si nunca hubiésemos peleado y fuéramos las mismas amigas de siempre, pero antes de decirnos cualquier cosa le entró una nueva llamada. Escuché parte de la conversación: había miles de alienígenas que habían quedado incomunicados con sus planetas de origen, criaturas de distintas

especies y planetas que estaban buscando un servicio de transporte para marcharse. Estaban haciendo filas, comprando pasajes carísimos y colapsando el puerto hiperespacial, los aeropuertos y las líneas de atención. Todos temían una respuesta violenta del Directorio: muchos de sus ciudadanos habían quedado encerrados en sus cuerpos en este planeta peligroso, y la Puerta del Vaupés había cambiado de administración en una ciudad bajo fuego.

—Si esos aliens resultan heridos, este conflicto va a volverse interplanetario. Abran la puerta. Sí. Sí. Déjenlos salir. Déjenlos ir antes de que esto se nos salga de las manos. —Me miró de nuevo, haciendo gestos para pedirme perdón por no atenderme—. Bueno, me cuenta cualquier cosa. El presidente es de la misma opinión, y estoy segura de que el secretario de la ONU también. Sí, yo ya hablé con él. Sí, sí. Hasta luego.

Colgó de nuevo. Suspiró y se pasó la mano por el cabello grasoso.

—Hay tres millones de aliens en la Tierra. No sabes lo difícil que está poniéndose esto.

No le dije nada, seguía siendo una traidora para mí. Además, ese era el trabajo que ella quería.

—Siento mucho lo de Sami —fue lo único que logré decirle.

—Sí —dijo como si no le importara. Me agarró de la mano y me metió a una habitación del complejo militar—. ¡Sigue vivo! Sami subió su mente y consciencia a la nube galáctica hace años y la actualizaba cada tanto. La última debió ser antes del ataque, cuando el cubo blanco entró en funcionamiento.

Yo me quedé mirándola, con fastidio. Ante mi silencio ella siguió hablando:

—Yo no causé el ataque, no sabía que iban en serio. Lo juro.

—¿Para qué me necesitas? —pregunté secamente.

—Necesito… Sami es impredecible. Yo sé que parecía un tipo muy cuerdo que sabía lo que estaba haciendo, pero es impredecible. Yo lo conozco. Creo que está preparando una invasión. Sami se hizo una copia o muchas. Yo sé que está allá afuera planeando algo.

—Tú fuiste la que causó todo esto —le dije—. Tú pudiste haber estado de su lado. ¿No sentiste lo glorioso que pudo ser for-

mar parte del universo?

Se quedó callada, mirándome. Se mordió el labio inferior.

—Sí. Lo sentí. Pero no estábamos listos. —Por un momento pareció calmarse, como si estuviese recordando lo maravilloso que había sido—. Y todavía podemos hacerlo. No es tarde, podemos comenzar de nuevo con el módem.

La miré con desconfianza, arrugando la cara.

—Busca a Sami. No lo hagas por mí. Si en serio creías en lo que él estaba haciendo, entonces hazlo por él y por la Tierra. —Miró al suelo con pesadumbre—. Sami podría estar armando una guerra interplanetaria. Él es capaz de eso. Tú lo viste. Él transformó la Tierra, dirigió el Accelerando. Lo hizo todo.

Debí haberme sumado al paro de pilotos y mantenerme en la órbita de la Tierra esperando que ese zaperoco se resolviera solo, pero la nave estaba confiscada hasta nueva orden. Acepté. Quería ver a Sami y traerlo a la Tierra. Me imaginé liderando las facciones desarrollistas, imaginé a Sami en el poder.

Me dejaron sacar a la Xué Tequendama de los parqueaderos del CAE, sobrevolé la selva y la llevé a la base militar a las afueras de Mitú. Durante cuatro días me dieron un entrenamiento militar del cual no aprendí nada.

Mafalda me explicó la información que tenían: habían usado la red, la misma con la que se interpretaba la Enciclopedia Galáctica, para establecer contacto con el exterior, lograron una comunicación primitiva: pidieron ayuda al Directorio desde la embajada. El Directorio les dio la información que los tenía preocupados: Samuel Rojas había salido de la jurisdicción, y había eliminado la copia de seguridad de su mente, pero tenían unas grabaciones de su voz y de sus mensajes telepáticos. También informaron que el exembajador estaba llamado a comparecer en corte marcial en Tyop, y que con su comportamiento se había calculado que sus intensiones eran subversivas.

El día del despegue, con la Xué Tequendama lista y armada, el equipo de inteligencia colombiano que había tomado el control de Mitú concluyó que Sami había ido PATRR.

—¿Por qué lo crees? —le pregunté a Mafalda.

—Estoy segura. Sami estaba muy interesado en ese planeta.

Primero, allá no van a encontrarlo los del Directorio, es un planeta no alineado. Segundo, él siempre hablaba de la guerra Valsorguiana, si hubieras vivido con él lo habrías entendido. Además, esta mañana lo confirmamos: tenemos registros en baja calidad de conversaciones suyas que vienen de PATRR, transacciones a bancos locales, pagos a una compañía de alquileres de naves en PRRRKPRRKEP.

Subí a la nave. Tenía raciones para dos semanas, frazadas, un traje espacial de aerogel y tres latas Valsir calibradas para el sistema digestivo humano. Despegué y sobrevolé la selva. En esos cuatro días había llovido, los incendios se habían apagado y los escombros de la ciudad parecían mucho más antiguos de lo que se veían antes. Mi nave era una de las pocas cosas volando. Me dirigí, escoltada por drones, a la Puerta del Vaupés. Subí hacia el cielo nublado, justo encima del disco plateado y avisé que estaba lista para pasar. Di un giro completo de ciento ochenta grados. Apunté la trompa de la Xué hacia el espejo plateado y aceleré al máximo. El plato se vio momentáneamente como una esfera, entré al hiperespacio y activé la planoforma, expandiendo mi consciencia para abarcar, una vez más, la forma entera de la red de túneles de gusano.

PATRR

Sentí la conexión de nuevo. Quise no volver a la tierra: escaparme a Selva o verme con Sami y vivir en PATRR. Igual no tenía nada que me atara a la Tierra. Mi tío Flaminio y mi tía Marta, pero nada más. Podría simplemente irme. Desaparecer.

Pero no lo hice. En vez de eso doblé los recodos de los túneles de gusano por los que se había peleado la Segunda Guerra Valsorguiana, esquivando naves a una milésima de segundo. Atravesé la región independiente, túneles no alineados, resistiendo el colonialismo, manteniéndose juntos y unidos porque algo habían entendido sobre el desarrollo del Directorio. Salí, saltando por el agujero de gusano justo en frente de PATRR.

El movimiento se detuvo, las manchas extendidas de estrellas superpuestas se contrajeron y tardé media hora en desacelerar, quedé anclada a la órbita del enorme planeta. PATRR, qué gran planeta. Ajado, gastado, tres veces del tamaño de la Tierra, cubierto de nubes marrones y una geografía seca, llena de diseños tribales de tiempos antiguos. Estuve un buen tiempo inspeccionándolo, maravillada con la misteriosa textura de sus valles y sus magníficas ciudades simétricas como telarañas, repletas de forajidos, piratas y criminales. Salí del puerto de control, y busqué un lugar tranquilo donde pudiera pensar con claridad.

Me conecté al enlace pantelepático de PATRR con el VPN que me había instalado la nueva administración del CAE, porque tuve miedo de que Sami me identificara, podría tener una nueva red de espionaje, un ejército con los exhumanos que ahora vivían por toda la galaxia. Él tenía creyentes y amigos en todo lado. Dirigí la nave a la atmósfera, y recibí un mensaje en valsorg antiguo.

—Está prohibido atravesar la atmósfera de PATRR. Serán cocinados si lo intentan —tradujo finalmente mi mente expandida —. Deben usar el ascensor espacial.

Dirigí instintivamente la nave hacia las luces que marcaba en mi mente: el enorme disco giratorio, la base del ascensor espacial más cercano. Me pidieron claves de acceso.

No tenía ni idea de que me estaban hablando. Busqué información al respecto: entrar a PATRR era un proceso largo, se necesitaba ir a una embajada en otro planeta, presentar varios papeles, cartas, un referente personal y una carta de invitación. Antes de perder la cabeza me relajé, y decidí quedarme ahí, anclada a la órbita sin intentar entrar, mientras solucionaba ese problema con la herramienta de espionaje más poderosa: activé la computadora de la nave y expandí mi mente. Un nuevo sistema solar respirando y moviéndose en mí. Mis nervios crecieron en segundos hasta tocar los planetas, Arcturus, la gigante roja en el centro del sistema solar y multitud de asteroides. Ambos planetas, PATRR y PRRRKPRRKEP rebosaban en actividad, igual que miles de naves espaciales multiespecie. Recorrí partes inmensas de PATRR en poco tiempo, vastos desiertos, ciudades monumentales, esculturas grotescas, capas de miles de kilómetros de ciudades enterradas hace eones, vestigios de sus primeros pobladores y bares de mala muerte. Magma, negocios fortuitos, valsorgs, nordrums y valimolios intercambiando sustancias sospechosas entre distritos abandonados, sobreviviendo entre marañas de cables y tubos de alimentación. Desentrañé cada cuarto y cada alcantarillado. No encontré a Sami, pero sí sus huellas calientes, el registro de su estadía en una habitación despreciable. Deslicé mi atención a un plano más grande, fuera de la atmósfera del planeta, y sentí que me hacía cosquillas por el rabillo del ojo, como si mi subconsciente lo hubiese captado en las inmediaciones del planeta, entre las tantas capas de chatarra especial prehistórica. Una nave mediana y ovalada se escondía entre la nube de basura estática; tenía el tamaño de una casa grande con motores de fusión de materia exótica. Me interné en la estructura de la nave, vi a través de los átomos, a través del casco, por entre las habitaciones abovedadas esculpidas a fuerza de telequinesis en roca negra, decorada como si fueran los pliegues de una vagina arrugada simétricamente. Allí estaba él, Samuel Rojas en su cuerpo clonado, acompañado por varios valsorgs y un nork, todos ocupando varias partes de la nave. Estaban a varios cientos de miles de kilómetros, en otra parte de la órbita del planeta. Pensé en acercarme, pero un segundo

pensamiento hizo que me arrepintiera. Me quedé quieta. Podía contactarlo por el enlace pantelepático, enviarle un mensaje, pero eso alteraría la naturaleza de su comportamiento. Preferí apagar los motores y quedarme sentada, conectada a la computadora y explorándolo a él, a su nave y a sus acompañantes.

Quería decirle que lo apoyaba. Que estaba con él, que haría lo posible por llevarlo a la Tierra y ponerlo en el poder, aunque yo sabía que en la Tierra él era un criminal buscado. Estaba sentado, comiendo gel de una lata Valsir, hablando en español, pero sin conectarme a sus acompañantes era imposible saber qué le respondían. Algo llamó mi atención: no paraba de decir: "Sí, doña María", "Sí, Señora", "No, señora". Se dirigía a uno de los cubos flotantes. Se dirigía a ella, la señalaba y la miraba fijamente. No podía haber otra explicación: la señora María había abandonado la forma humana y se había instalado en un flamante cuerpo de valsorg. Los achaques de una señora del Caquetá reemplazados y empaquetados en un compacto cuerpo cúbico negro capaz de telequinesis.

Miré a doña María, pero no supe que le respondía telepáticamente a Sami. No entendía nada. ¿Qué diablos estaban haciendo ahí? Estaban en órbita, quietos, tramando algo. Incluso se veían alegres, como si estuvieran a punto de comenzar a ver una película muy esperada.

—Vamos a calcular la trayectoria, pero tenemos que decirles a los chicos de la puerta —les dijo a sus acompañantes. Esperó a que le respondieran en su mente y continuó—: No, dejemos las coordenadas como las pensamos inicialmente.

Sami era considerado un criminal interestelar, un fugitivo de la justicia. Si yo lo había encontrado así de rápido las autoridades del Directorio también debían saber con precisión su ubicación. Debían estar llegando, o de alguna forma poseyendo el cuerpo de otra persona para reducirlo, bloquearlo, detenerlo. Pero no pasó nada. El Directorio no controlaba la seguridad de las puertas que no hacían parte de sus sistemas.

Esperé más tiempo mientras fijaban los últimos detalles y Sami se decidió.

—Será un regalo —dijo sonriendo—. Un regalo para la Tierra. De hecho, podríamos volver, señora María. Volver y disfrutar un punto omega. Solo para nosotros.

Después de una pausa, continuó:

—La verdad es que se lo merecen. Especialmente ella.

¿De qué diablos estaba hablando Sami? Comencé a calcular: Sami quiere hacerle un regalo a la Tierra. Algo que se merecen, según él. Reexaminé la nave, revisé parte por parte, hasta que di con lo que estaba buscando. En un compartimiento de la nave había cuatro armas de destrucción masiva. Unos cilindros que había visto antes en algún lado. ¿Dónde los había visto? ¿Dónde había visto una tecnología como esa? No eran parte del motor. No eran equipo de viaje. Eran bombas, estaba cada vez más segura. Armamento muy antiguo. Busqué referencias en el enlace pantelepático y encontré imágenes idénticas. Tenía que correr, había llegado justo a tiempo para ver cómo Sami, salvador del mundo, mi héroe, mi amor, comenzaba a enloquecer. Su miedo nunca había sido la muerte, su miedo era el fracaso, ahora se desquitaría con la humanidad en una pataleta titánica.

Alguien se conectó a la nave y expandió su mente: me descubrieron. Sami comenzó a mirar por todo lado como si intentara encontrarme en la esquina de su nave. Todos corrieron a la cabina. Supongo que conversaron telepáticamente para articularse. Imposible saber qué estaban tramando.

No había forma de comunicarme con ellos. Intenté establecer contacto, pero se negaron.

Me alejé hacia la puerta hiperespacial de PATRR, el disco plateado del que yo había salido, justo frente al planeta marrón. Había naves entrando y saliendo como si nada, temía que supieran mi ubicación. Mi presencia los había puesto en alerta, ahora Sami y sus compañeros trabajaban con rapidez haciendo los preparativos del plan que habían trazado y finalmente tomaron la decisión: lanzaron la primera de las cuatro bombas. Un cilindro con una estela azul salió disparado desde la oscuridad del planeta en mi dirección, una pieza de museo de la guerra Valsorguiana que podía conseguirse en el subsuelo de PATRR, entre los comerciantes y piratas de su mundo criminal. Vi el cohete acercándose a mí, pero luego entendí que la trayectoria estaba fijada a la puerta plateada. Si hubiese sido la puerta de Nabulus o cualquier planeta del Directorio, Sami ya estaría bajo arresto. Por eso se había peleado la Segunda Guerra, y el resultado era esa “independencia” de las rutas de comercio entre

planetas no alineados. Mientras estuvieran en la órbita seguían bajo la jurisdicción especial de PATRRR, y PATRR era corruptible, no como el Directorio. Una jugada maestra, Sami Rojas. La bomba viró por la órbita del planeta, tomó un giro cerrado, saliendo de entre la capa de basura espacial y entró al agujero de gusano con dirección a la Tierra a toda velocidad.

—¡Mierda! ¡No! Lo hicieron.

Me conecté con la nave, activé planoformación y aceleré. Justo antes de llegar al disco, Sami y sus amigos lanzaron las otras tres bombas, lo noté por el rabillo de mi ojo omnipresente. Crucé el puente Einstein-Rosen, la galaxia se convirtió en una explosión de color y tinta, fui a toda marcha, consciente del espacio de la red de túneles, siguiendo el rastro del proyectil y colándome en la fila de naves. Vi el proyectil recorriendo el túnel de gusano. Podía alcanzarlo, mi nave era más rápida. Detrás de mí venían las otras tres, aunque aún estaban muy lejos. Rebasé la velocidad del proyectil, lo vi viajando a mi lado, lento a comparación mía, tecnología antigua. Lo sobrepasé, doblé entradas de los agujeros, cortando camino por atajos, esquivé naves de todo tipo, con el corazón en el cuello. Luego vi la entrada a mi planeta y la atravesé, desacelerando para que la atmósfera no me pegara tan fuerte y calculando el ángulo de entrada para reducir la fricción. La mancha del universo se contrajo violentamente y salí disparada por la Puerta del Vaupés por la parte inferior, hacia el suelo de la Tierra. Los *mekas* no me vieron salir, pero si vieron la explosión generada por la fricción del aire contra mi nave cuando impacté la atmósfera. Mi velocidad era muy alta: la presión encendió el casco en llamas. Uno no puede entrar a esa velocidad a un lugar con una atmósfera tan densa viniendo de un túnel sin atmósfera, ni con la nave más aerodinámica. Es la regla número uno de los viajes a cierta porción de la velocidad de la luz.

ALERTA, ALERTA. Logré dar una curva antes de estrellarme con el suelo del puerto espacial y describir una línea paralela al horizonte. Había perdido un motor en la reentrada y la computadora gritaba: ALERTA, ALERTA. La velocidad me sacó de Mitú, planeando difícilmente por las enormes estructuras que habían sobrevivido el ataque de hacía unos días. La computadora se apagó y empecé a caer, estaba acercándome peligrosamente a

la selva. Nada servía. Intenté encender los motores, pero no lo lograba y seguían echando humo negro. Jueputa. Iba a morir estrellándome en la selva del Vaupés, como un meteorito cualquiera. Divisé la base militar cuando la trompa de la nave se dirigió directamente hacia el suelo de la selva. Caía en picada. Trescientos metros antes de chocar comencé a darle puños desesperados a la silla de la nave y los motores de la Xué Tequendama volvieron a encenderse, el computador titiló antes de conectarse con mi mente e hice un giro brusco y respiré.

Intenté ponerme en contacto con Mafalda, pero parecía que mi nave había perdido el sistema de comunicación durante la reentrada y no contestaba el celular. Me conecté a la computadora de la nave y expandí mi mente, nunca había sido omnipresente desde la Tierra: ubiqué a Mafalda en la base militar, en una reunión con el ministro de defensa. También sentí cómo el primer proyectil rompía la tensión superficial de la Puerta del Vaupés. La bomba salió por la parte inferior del disco plateado, y dio un giro de noventa grados hacia el oriente. Mi tren de aterrizaje falló: choqué torpemente en la base militar, levantando tierra, con todas las cosas saltando en la cabina de la Xué Tequendama. Cuando la nave dejó de moverse, mareada, magullada, abrí la compuerta y varios militares ya estaban esperándome, apuntándome con armas, alertados por la violencia de mi llegada. Salí tropezando, con las manos arriba. Los militares me querían hacer preguntas, pero solo pude contestar con otra pregunta:

—¿Dónde está Mafalda?

Me reconocieron. Corrí hacia ella por los corredores de la base militar. Estaba en una reunión, no me permitían entrar. Finalmente los militares que me escoltaban rompieron la puerta de una patada.

—¡Todo se va a ir a la mierda! —fue mi saludo—. ¡Sami lanzó cuatro proyectiles a la Tierra! ¡Uno ya entró, tres más están en camino! ¡Creo que son bombas de felicidad absoluta!

—¿Qué? ¿Estás segura? —preguntó el ministro de Defensa.

—De que lanzó las bombas y una ya está en la tierra: 100 %. De que sean de felicidad absoluta, no tanto. Las tres que faltan van a salir en cualquier momento.

Mafalda miró al ministro de Defensa. No lo quería creer. No lo

podía creer.

—Señor ministro, si eso es cierto… es el fin del mundo. —Mafalda pensó rápido, imaginó las consecuencias de lo que iba a decir, su nivel de estrés estaba rozando los límites, pero tenía que actuar—. Tenemos que destruir la Puerta del Vaupés.

—Con todo respeto, doctora Mafalda, ¿qué tan confiable es esta mujer?

Mafalda me miró a los ojos:

—Es confiable.

El ministro la miró con sospecha, luego me miró a mí, sudada y manchada de hollín.

—¡Hágalo! Sé lo que estoy haciendo, si no, el fin del mundo será culpa suya.

El ministro hizo una llamada rápida, era una suerte que estuvieran juntos cuando yo llegué, porque a la final él era el que daba las órdenes, no ella. Después de una serie de monosílabos por el teléfono, volteo a decirnos:

—Es cierto. Está cruzando el Atlántico en este momento.

—Esa fue la primera cabeza. Vienen otras tres.

—Destrúyanla. Abran fuego. Antiprotones, lo que tengan.

El ministro titubeó, tembló, sudó, pero al final dio la orden, la replicó el general encargado. En segundos, los *mekas* armados que custodiaban la Puerta apuntaron. Solo costó un disparo. El rayo de antiprotones aniquiló la materia de la Puerta. La explosión se vio desde la base militar. Un hongo de fuego azul y una luz blanca cegadora iluminó las instalaciones militares, y la materia sólida de la Puerta se achicharró.

Todos nos quedamos callados, sin poder respirar, mientras las imágenes de los drones mostraban que la Puerta se había quebrado como un cristal, colapsando el puente Einstein-Rosen y cayendo en trillones de partículas opalescentes. Antes de poder decir algo, el regalo de Sami había atravesado el océano Atlántico. Sus piezas se habían desarmado, dejando un par de esferas. Una impactó en Mauritania y la otra, en la República Democrática del Congo.

Termina el Accelerando

Nos quedamos callados. Algunos comenzaron a llorar. En menos de una hora ya había un reportaje especial de dos hechos extraordinarios. Primero: la Puerta que había traído tanto desarrollo al planeta ya no existía, había volado en millones de pedacitos iridiscentes de papel aluminio. No había en la Tierra quién supiese fabricar otra. Segundo: en África, dos objetos misteriosos habían impactado dos países distintos produciendo un fenómeno lumínico familiar.

Me derrumbé escuchando las noticias, junto a Mafalda y al ministro de Defensa. Ya se murmuraban los efectos colaterales: tres millones de extraterrestres se habían quedado varados en la Tierra, sin posibilidad de volver. Y todo el continente africano estaba bajo los efectos de un evento catastrófico, o espléndido, dependiendo de cómo se mirara.

—Fue la misma tecnología de lo que cayó en el Vaupés, ¿verdad? —preguntó Mafalda.

—Sí —respondí secamente, mientras los teléfonos inteligentes de los militares vociferaban, mostrado imágenes satelitales de una onda luminosa que podía verse desde el Cairo—: una bomba de felicidad absoluta. Solo que esta funciona bien.

—Si las cuatro hubiesen impactado la Tierra, habrían aniquilado todo.

—Solo a los seres vivos con un sistema de recompensas y algo parecido a la felicidad. Sami pensó que nunca lo lograríamos. Nunca seríamos ciudadanos galácticos. Siempre estaríamos peleando entre nosotros.

—Animales y humanos, todos completamente felices —dijo Mafalda acercándose a mí.

Si uno lo piensa detenidamente, y lo digo porque hace falta tiempo para procesar los efectos de los últimos momentos, la decisión de Sami era una falsa dicotomía entre civilización y

barbarie. Pero la decisión que Mafalda y yo habíamos tomado era una tesis muy distinta.

—La gente no tendrá que comer porque no tendrán hambre, nadie se sentirá solo, nadie sufrirá por nada. Hasta que poco a poco se vayan muriendo de felicidad, por desnutrición y deshidratación, pero sin sufrimiento. Ese es el regalo de Sami. —Entendí.

Siempre había pensado en Sami como un héroe, un mesías, el salvador de la Tierra, el niño genio que había acabado con la pobreza, el pesimismo, el subdesarrollo, pero con ese último acto se había revelado como un tirano. Me había roto el corazón, me había traicionado, había actuado como un niño, como los hombres típicos que no pueden controlar su frustración y golpean a sus esposas. Sami era un niñito inmaduro, y yo lo había seguido erróneamente. Parece que solo quería tener la razón, tener éxito, ser mejor que todos.

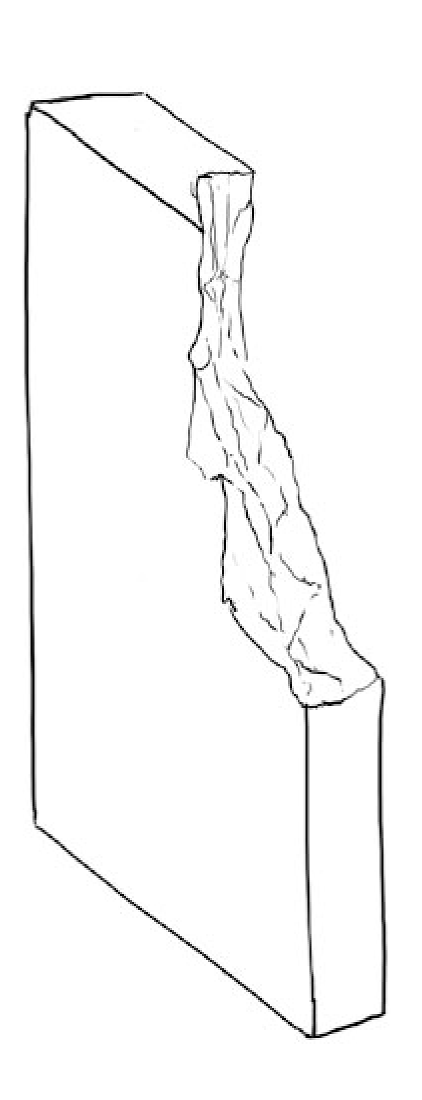
Escuadrones enteros del ejército egipcio cruzaron la frontera con Sudán para ayudar a las víctimas y estudiar el fenómeno meteorológico, pero los que atravesaron la frontera multicolor no volvieron a salir. Adentro, en un mundo de felicidad absoluta, la estaban pasando bien: desnudándose y muriendo lentamente. Apenas unas semanas después, raquíticos, patéticos y felices colapsarían de inanición y deshidratación. El Congo, Tanzania, Sudán, África central, Sudáfrica, Mauritania, Benín, Nigeria, Lesoto, Mozambique, todos los países africanos, todos, estaban saliendo de las etapas más viles del subdesarrollo y de la pobreza, con las nuevas universidades y el apoyo de la embajada habían llegado muy lejos. Pero de repente habían tenido un contragolpe, habían alcanzado la finalidad última de todo desarrollo: la felicidad absoluta. Para aquellos agrupados bajo la cúpula de energía tornasolada, las risas habían comenzado el proceso de sanación. La gente caía al suelo llorando de la risa sin razón, se sentían plenos, llenos de luz y de vida, amados, queridos, deseados, importantes. Se miraban entre sí para compartir en la mirada que habían alcanzado todos sus sueños en un solo instante. La riqueza, los productos caros, las comidas más deliciosas ya no importaban. El placer les recorría el cuerpo en choques eléctricos y eran absolutamente incapaces de sentir dolor, aburrimiento, pereza, fastidio, hambre, mareo, soledad,

abandono, humillación, inconformidad. Se había evaporado la ilusión de narrativa, podían ver la verdad, así como doña María lo había señalado. La civilización era inútil. En un millón de años posiblemente nada de esto resistiera, no había narrativa, alcanzar el punto omega de la civilización no valía nada, porque alcanzarlo significaba evaporar esa misma civilización. La felicidad absoluta de los africanos fue una venganza contra la historia. Después de tanto sufrimiento, de tanto dolor, de tantas guerras y explotación, de tanto racismo, misoginia y esclavitud, era justo que solo ellos en el mundo hubiesen alcanzado el máximo nivel de la civilización. África fue el origen de la humanidad, ahora los africanos serían testigos de su final.

Lloré. Habíamos estado tan cerca. ¡Tan cerca! Pero nuestra decisión estaba marcada por una tesis más bella que la falsa dicotomía de Sami: hasta que no avancemos moralmente, no podremos avanzar tecnológicamente. Ya no éramos los humanos de antes, ya no éramos niños básicos que creían que eran únicos y especiales; muchas de las nuevas tecnologías y del nuevo conocimiento habían cambiado la Tierra, y si a uno le quedaba esperanza, podía imaginar que eventualmente lograríamos volver a conectarnos, pero ¿con qué fin?

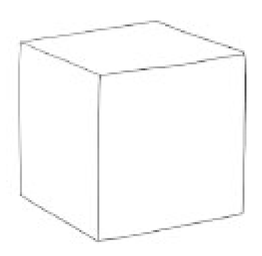
Mafalda, con el corazón tan roto como el mío, me abrazó fuertemente, y me dijo al oído mientras sollozaba:

—Tal vez debimos dejar entrar las otras tres bombas.



Agradecimientos

Quiero resaltar el trabajo de mi editor, Cristiam Muñoz (Gato), quien tuvo la visión necesaria para ayudarme a mejorar este libro, destilando, calcinando y disolviendo sus partes, y al hacerlo elevó su potencial hasta la versión que se encuentra acá, más cercana al oro que al plomo, espero. Este libro tampoco habría llegado a su forma actual sin la ayuda de las personas que me escucharon hablar de su trama y sus problemas una y otra vez, dándome consejos sobre política, tecnología, ciencia, economía, psicología de personajes, ideas para la portada y hasta títulos posibles: Laura Rodríguez, Jude Gouda, Shady George, Luis Eduardo Ariza, Andrés Pineda, Carlos Serrano, Oscar Melo, Elaine Mendoza, Jairo Rincón, Diego Cepeda, Rodrigo Bastidas y Felipe López.



Este libro se publicó por primera vez
en septiembre de 2021, durante la
infancia de la humanidad, en una
civilización tipo 1. Esperamos que el
Primer Contacto sea pronto... y que
estemos preparados, moral e
intelectualmente para el
siguiente paso.

LUIS CARLOS
BARRAGÁN CASTRO

(Bogotá, Colombia, 1988)
Estudió Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Colombia e Historia del Arte Islámico en la Universidad Americana del Cairo. Su novela *Vagabunda Bogotá* ganó el X Premio de la Cámara de Comercio de Medellín y fue nominada al Rómulo Gallegos. Su segunda novela, *El Gusano*, recibió una mención de honor en el Concurso de Novela de Ciencia Ficción Isaac Asimov del Ateneo de Puerto Real. En 2018, ganó el Premio George Scanlon por su tesis de maestría, así como el primer premio del Concurso de Ucronías Perú. Fue mención en el Concurso de Cuentos Mirabilia 27+. En 2021 publicó su primer libro de cuentos, *Parásitos perfectos*, con Ediciones Vestigio, gracias a la beca de publicación de Idartes para proyectos editoriales independientes. Ha publicado sus cuentos en las revistas *PRÓXIMA*, *Supersonic*, *Cosmocápsula*, y en las antologías *Verbum*, *America fantástica*, *Paisajes perturbadores*, *Fabricantes de sueños*, *Relojes que no marcan la misma hora*, *Lo sintético: Narraciones sobre robots, seres poshumanos e inteligencias artificiales*, *Ruido Blanco 7*, *Cuentos y relatos de la literatura colombiana* (Tomo III), *El tercer mundo después del sol* y *Antología iberoamericana de ciencia ficción*.

OTROS TÍTULOS DE MINOTAURO:

El tercer mundo después del sol
Antologado por Rodrigo Bastidas Pérez

Los desposeídos
Ursula K. Le Guin

La mano izquierda de la oscuridad
Ursula K. Le Guin

Crónicas marcianas
Ray Bradbury

Fahrenheit 451
Ray Bradbury

¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?
Philip K. Dick

Frontera Oscura
Sabino Cabeza Abuín

El primer contacto extraterrestre ocurre en las selvas latinoamericanas. Dos colombianos sin nada que perder huyen en una nave espacial. Un par de años después, uno de ellos regresa para fundar una embajada interplanetaria, que promete traer tecnología y mano de obra alienígena a la Tierra. Ahora la humanidad tiene la oportunidad de convertirse en una sociedad tipo 1 y de ser parte del Directorio Interestelar.

Pero los poderes económicos y políticos de siempre tratarán de impedir ese nuevo futuro. La crisis diplomática con las potencias terrestres es grave, pero ahora hay seres superiores, infinitamente superiores, que intervendrán… para bien o para mal.

